

JOSÉ JAVIER ABASOLO

# ASESINOS INOCENTES



Lectulandia

Markel Zugasti es un joven abogado con instintos depredadores cuyo máximo objetivo en la vida, tanto personal como profesionalmente, es hacer siempre lo que más le conviene, sin ningún tipo de ataduras morales, y aumentar lo máximo posible su cuenta de resultados.

Desgraciadamente para él su vida cambiará cuando, a requerimiento de una vieja amiga, decide hacerse cargo de la defensa de un hombre que ha sido acusado de asesinato, para sorpresa de todos sus allegados que le consideran una persona afable y enemiga de la violencia.

Pese a que su experiencia en asuntos criminales es nula y sus dotes como detective inexistentes aceptará el caso creyendo que se trata de un asunto banal y aparentemente sencillo, hasta que todo empieza a complicarse, poniéndose en juego no solo su estabilidad profesional sino también su seguridad personal.

Lectulandia

José Javier Abasolo

# Asesinos inocentes

ePub r1.0

Titivillus 06.10.2018

Título original: *Asesinos inocentes*  
José Javier Abasolo, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

En cualquier lugar del mundo a donde uno viaje, tiene la seguridad de encontrar el mismo número limitado de especies de abogados, con idéntica seguridad con que un naturalista encuentra su hierba y su cizaña en todas las tierras. La primera clase comprende los abogados que consideran los recovecos legales como profundos e intocables ídolos dignos de adoración. Para la segunda especie de letrado, la carnívora, lo primero es la presa, y considera las leyes como los principales obstáculos para alcanzar el éxito.

Matthew PEARL,  
*La sombra de Poe.*

Yo, no me queda más remedio que admitirlo, pertenezco al segundo grupo, pero no creo que haya que darle excesiva importancia. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio, ¿no? Además, pertenecer a ese grupo viene muy bien para que crezca la cuenta de resultados del bufete. Que, al fin y al cabo, no dirijo una asociación caritativa o sin ánimo de lucro, sino un despacho de abogados. Mi propio despacho de abogados.

Markel ZUGASTI,  
socio mayoritario  
y prácticamente único  
de «Zugasti y Asociados».

# 1

La situación era perfecta y todo se estaba desarrollando como yo había imaginado con anterioridad. La muchedumbre que se agolpaba mientras gritaba a pleno pulmón que no iban a permitir el desalojo de una familia que llevaba viviendo en el barrio un montón de años, los efectivos de la Ertzaintza quietos, contemplando atentos la situación, pero dispuestos a actuar con contundencia cuando la autoridad judicial se lo ordenara, un hombre mayor, con apariencia de haber entrado de golpe en la tercera edad, llorando más amargamente que Boabdil cuando perdió Granada, una joven pelirroja que intentaba consolarle sin mucho éxito, un escenario suburbial en el que, al fondo, se vislumbraban, semiderruidas, antiguas fábricas que se alzaban en el horizonte como si fueran los fantasmas de una pujante industria ya extinta. Y la prensa. Sobre todo, la prensa.

Fue ese preciso momento el que elegí para aparecer. Había dejado el Audi aparcado tres calles más atrás, ya que no me pareció una buena idea llegar hasta allí en él, y me había desplazado andando lo que quedaba del camino. Entonces, con mi mejor sonrisa, me acerqué hasta la pelirroja que intentaba consolar en vano al anciano y le dije estas simples, pero efectivas palabras.

—Ya puedes estar tranquila, Karmele. El banco ha comprendido perfectamente la situación y tu padre no va a ser desalojado. Tendremos que negociar todavía algunos flecos, pero no va a perder su vivienda. Hemos ganado.

Pocas palabras, pero terriblemente efectivas, como ya he dicho. Y tranquilizadoras. En cuestión de segundos la noticia corrió como la pólvora y todos los amigos, familiares y militantes de la asociación antidesahucios prorrumpieron en vítores y aplausos y se acercaron al viejo y a la pelirroja para felicitarles y palmearles la espalda. De mí no se acordó ninguno de ellos, pero no me importó. No eran los destinatarios de mi actuación, sino la prensa. Y muy pronto estuve rodeado de un ingente número de cámaras, micrófonos y fotógrafos que deseaban obtener algunas declaraciones, unas declaraciones que yo estaba dispuesto a proporcionarles sin pérdida de tiempo alguna.

En el fondo se trataba de algo lógico. Los periodistas estaban ya hartos de entrevistar a llorosas amas de casa que de repente se encontraban en la calle con cuatro hijos a su cargo y sin ingresos con los que mantenerlos, a políticos que afirmaban que eso era una vergüenza y una tragedia nacional, pero que luego, a la hora de votar las necesarias reformas en el Parlamento se resistían a hacerlo diciendo eso de que «no es el momento adecuado», o a barbudos líderes de movimientos antisistema que echaban pestes y culebras y amenazaban con los más terribles infiernos, pese a ser en su mayoría ateos (aunque siempre había entre ellos algún cura que se tomaba en serio la letra de los Evangelios), a los desalmados capitalistas y banqueros que se estaban lucrando con los desahucios. Comparado con toda esta fauna, que había acabado por hastiar a lectores y telespectadores, yo era un chollo.

Un auténtico mirlo blanco para los medios de comunicación, y no lo digo con chulería ni prepotencia, sino que me limito a constatar un hecho.

Y es que no había más que verme. Impecablemente trajeado, con una chaqueta cruzada azul oscuro a juego con el pantalón del mismo color y tonalidad, camisa blanca impoluta, una corbata en la que combinaban los tonos azulados con otros más pálidos ligeramente verdosos y unos zapatos negros tan brillantes que hubieran podido utilizarse para cegar a un enemigo en una batalla crucial y definitiva sin miedo a perderla. Para que quede bien claro, que podría haber sido la portada de una de esas revistas dedicadas al *glamour* y la elegancia. Eso, por lo que respecta al ropaje. Si las miradas se centraban en aspectos más personales, podía observarse que estaba perfectamente rasurado, sin *piercings*, pendientes o tatuajes que deformaran mi bronceada tez, el pelo ni muy corto ni muy largo y, por lo que respecta a la edad, cercano a la cuarentena sin llegar a ella, lo suficientemente joven como para mostrar una imagen de dinamismo y lo suficientemente mayor como para transmitir confianza y madurez. Resumiendo: un tío con cierto aspecto de pijo, lo admito, pero que de repente, llegado de la nada, acababa de paralizar un desahucio y se convertía en un héroe. Era normal que todos los reporteros desplazados por los diversos medios de comunicación se arremolinaran junto a mí para obtener unas palabras. Y yo estaba totalmente dispuesto a dárselas, sobre todo porque sabía que mi nombre aparecería en negrita tanto en los periódicos y revistas impresas en papel como en los digitales, así como que sería profusamente mencionado en las emisoras de radio. Pero, sobre todo, y mucho más importante, era consciente de que en los informativos televisivos aparecería sobrepresionada, junto a mi imagen, la siguiente leyenda: «Markel Zugasti, abogado».

Cuando ya no cabían más micrófonos bajo mi boca y todas las cámaras que se encontraban por los alrededores interrumpieron lo que estaban grabando para enfocarme, llegó el momento de tomar la palabra. Aunque me estaban bombardeando continuamente con preguntas, no respondí de momento a ninguna sino que, tras mirar impertérrito a esas mismas cámaras, solté sin titubear el discurso que traía preparado desde mi despacho.

—En primer lugar tengo que darles las gracias por su atención e interés —empezar de un modo educado y anodino siempre suele ser un buen sistema, sobre todo cuando se está a punto de lanzar una bomba—, y en segundo lugar, debo añadir que me satisface responder a esa atención e interés con una noticia tan positiva como la que acabo de transmitir a la hija del señor Mentxaka. Como le he dicho hace un momento a ella, y lo repito con inmenso placer ante todos ustedes, hace tan solo veinticinco minutos, acabo de firmar con el director para el País Vasco de los servicios jurídicos del banco, un documento que acredita que don Aurelio Mentxaka Iribarren no va a ser expulsado de su hogar, del que además continuará siendo único propietario —con un gesto teatral, del maletín de cuero que siempre llevaba conmigo, saqué un impreso en el que se veía el logotipo de la entidad financiera y lo mostré a

los periodistas allí presentes.

—Excúsenme si no les proporciono una copia del mismo, confío en que entiendan que se trata de un documento privado, aunque pronto será protocolizado notarialmente, y que por tanto es confidencial y solo atañe a las partes interesadas. Pero les doy mi palabra de que su contenido es el que acabo de explicarles hace un momento, que el señor Mentxaka podrá seguir disponiendo de su propia vivienda y no va a ser desalojado de ella, ni ahora ni en el futuro.

La algarabía que se formó fue indescriptible y los periodistas no dejaron de hacer preguntas, una detrás de otras.

—Discúlpenme por favor, pero podré contestarles mejor si me preguntan por turnos —dije como si fuera el mismísimo Presidente del Gobierno que, tras una aparentemente banal reunión del Consejo de Ministros, hubiese comparecido para transmitir él, en persona, lo decidido en esa sesión.

—¿El acuerdo al que acaba usted de hacer mención es firme? ¿No habrá en esta ocasión letra pequeña?

El periodista que acababa de hacerme esa pregunta representaba a un periódico en el que tenían cabida todas las soflamas más revolucionarias, progresistas y antisistema del país, así que estaba preparado para responderle. Y le contesté sin titubear y sin dejar de sonreír, ya que las cámaras seguían filmándome.

—De no ser así yo no me hubiese atrevido a estampar mi firma en el documento que acabo de enseñarles. Me precio de ser una persona seria y, como abogado, mi prioridad absoluta es la defensa de los intereses de mis clientes, y el señor Mentxaka lo es. Así que le repito, no hay trampa ni cartón, don Aurelio Mentxaka no será desalojado de la que sigue siendo su propiedad.

—Entonces, ¿se ha producido una prórroga de su hipoteca? ¿Y cómo quedan en el futuro las condiciones del contrato? Porque suponemos que si el señor Mentxaka conserva la propiedad de su vivienda, no se ha negociado una dación en pago —me preguntó el corresponsal en Bilbao de uno de los más serios periódicos españoles de información económica.

—Sobre esto último tiene usted toda la razón —le respondí con lo que podía interpretarse como un gesto de complicidad, pero que según mis asesores quedaba muy bien ante las cámaras—. En cuanto a lo otro, sería para mí un placer poder responderle, pero debe entender que yo solo soy el abogado de una de las partes contratantes y estoy sujeto a una obligación de confidencialidad, como creo que he intentado explicarles al principio de mi intervención. Eso solo podrían respondérselo el banco o el señor Mentxaka, no yo, espero que lo entiendan.

Los murmullos de asentimiento que los propios periodistas emitieron me confirmaron que todo estaba saliendo como yo lo había previsto.

—En primer lugar, señor Zugasti, felicidades por haber conseguido evitar un nuevo desalojo en estos tiempos tan difíciles. Y, en segundo lugar, desearía saber si para ello ha colaborado con la comisión antidesahucios de la localidad y, en caso de



haberlo hecho, cómo ha sido esa colaboración.

Quien me acababa de hacer la pregunta era el representante de un periódico radicado en Madrid, de amplia difusión en todo el territorio nacional, que se caracterizaba porque lo mismo atizaba a derechas que a izquierdas, a monárquicos que a republicanos, a nacionalistas que a centralistas, si lo consideraba positivo para su negocio, que consistía en la venta de cuantos más ejemplares mejor. Afortunadamente también estaba preparado para hablar con ese medio porque, aunque era consciente de que si con eso vendían más ejemplares no les iba a importar nada utilizarme de «punching ball», también lo era de que si salía airoso al contestar, eso iba a ser un punto muy importante para mi carrera. Por ello me había preparado adecuadamente para hacer frente a ese tipo de interpelaciones.

—Conozco a las comisiones antidesahucio, de esta localidad y de todo el Estado en general, a través de los diferentes medios de comunicación que suelen informar acerca de sus actividades. Y tengo que decir que, como ciudadano, no tengo más que respeto y admiración por su labor, una labor altruista y desinteresada, lo que en estos tiempos tan turbulentos de crisis económica y decadencia de los más importantes valores de la sociedad como son la solidaridad y el sentido de la justicia, nos reconforta a quienes creemos que, por encima de todo, están las personas, los seres humanos.

»Pero dicho esto, entiendo que en una sociedad en la que convivimos, y queremos seguir haciéndolo, ciudadanos de diferentes ideologías, procedencias, costumbres o maneras de ser, es mucho más útil un instrumento civilizado como el Derecho, cuya función es, precisamente, la de ordenar las relaciones entre los diversos tipos de personas y las instituciones que ellas mismas han creado, que el activismo militante puro y duro, quizás necesario en ocasiones, pero que fácilmente puede llegar a ser manipulado y desvirtuado. No digo que esto haya ocurrido, estoy convencido de la honestidad y honradez de muchos activistas que, como ya he dicho con anterioridad, han sido generosos y desprendidos al trabajar desinteresadamente por sus conciudadanos, pero mi instrumento de lucha es diferente. Las leyes y la negociación, la negociación y las leyes. Y, como han podido comprobar, son dos instrumentos que producen muy buenos resultados. Ahora, señores, si me disculpan, desearía volver con el señor Mentxaka y sus familiares y amigos. Ellos son los grandes protagonistas de lo que está sucediendo en estos momentos.

Me desembarqué de un modo elegante y eficaz de los periodistas y me dirigí hacia donde estaba Karmele, tras haber conseguido uno de mis principales objetivos, la publicidad. Era una pena que junto a mi nombre en las noticias no pudiese aparecer mi número de móvil ni la dirección del bufete, pero había tenido el tiempo que necesitaba para fijar en la retina de los televidentes, en el oído de quienes preferían enterarse de las noticias a través de la radio o en la memoria de los lectores de periódicos y revistas mi nombre, mi profesión y, sobre todo, mi capacidad y dedicación a los posibles clientes que en el futuro quisieran confiarme sus problemas.

Andy Warhol, ese viejo dinosaurio, se equivocaba cuando hablaba de que todos necesitábamos quince minutos de fama. Lo que la gente emprendedora e inteligente como yo necesita son quince minutos de publicidad. Y si es gratuita mucho mejor.

Cuando Karmele me vio se acercó para besarme y darme nuevamente las gracias, pero apenas pude cruzar una palabra con ella ya que inmediatamente un montón de gente, amigos, vecinos, familiares, e incluso algún barbudo desaliñado que llevaba puesta una descolorida y ajada camiseta con la leyenda «Stop Desahucios/Kaleratzeak Stop» no dejó de achucharme, abrazarme, palmearme la espalda e incluso darme algún beso que otro, como si se tratara del mismísimo presidente de la República Francesa en el momento de conceder una condecoración a un bigotudo coronel de sus ejércitos.

Aún tuvo que transcurrir casi una hora hasta que Karmele y yo encontráramos un momento para hablar a solas. Los más allegados habían entrado ya en el portal para subir al piso que seguía siendo de su padre y celebrar en la intimidad el éxito de mis gestiones. Yo también había sido invitado, pero me excusé alegando que aún tenía cosas que hacer en el despacho. Era totalmente cierto, pero también lo era el que no me apeteciera estar mucho tiempo con un puñado de gente con la que no tenía nada en común salvo el hecho, compartido tan solo con el propietario y algunos de sus más cercanos familiares, de haber veraneado en el mismo pueblo cuando era niño. Además, con quien quería estar era con Karmele, no con ellos, y preferiblemente a solas.

—No sé cómo podré agradecértelo, Markel —repitió cuando nos quedamos solos, junto al portal del edificio, lo que me había dicho casi una hora antes, rodeada de convecinos y militantes de la comisión antidesahucio.

—Sí, sí que lo sabes —le respondí. Y quizás mis ojos se volvieron repentinamente duros y fríos, porque se separó de mí y me miró con una dureza y frialdad similares.

—Estás de coña, ¿no? —parecía que no iba a tener fuerzas para continuar, pero volvió a hablar—. ¿De verdad lo dices en serio? No me lo puedo creer.

—Pues créemelo, porque nunca he hablado más en serio —le respondí. Ni siquiera amagué con una ligera sonrisa, quería dejarle muy claro que no le estaba gastando una broma—. Ya hablamos de eso hace tiempo, lo sabes. Concretamente cuando te dije que podía parar el desahucio.

—Sí, lo sé, pero nunca pensé que..., nunca pensé que lo dijeras en serio, que fueras a exigírmelo de verdad. Me imaginé que tan solo era una gracia más de las tuyas.

—¿Te parezco gracioso? —Por algún extraño motivo, ya que era consciente de que me estaba comportando como un canalla, si hay algo que jamás he hecho es engañarme a mí mismo con falsas autoexculpaciones, me sentí ofendido por sus palabras—. ¿Cómo de gracioso? ¿Más gracioso que te echen de casa? ¿Menos? ¿Similar?

—Nunca pensé que pudieras llegar a ser un hijo de puta tan grande, ¿lo sabes?

—Menuda noticia, si querías ser la primera en dárme la llegas tarde. Así que dejémonos de retórica y vayamos a lo nuestro. Me lo debes, me lo prometiste. Tenemos un contrato. Yo consigo evitar el desahucio de tu padre y tú, como no tienes dinero suficiente para pagar mi trabajo, me compensas de un modo más atípico, por decirlo de otro modo. ¿Es verdad o no es verdad?

—Lo es —me contestó impertérrita, como si fuese una esfinge de mármol.

—Y tú siempre has presumido de que cuando dabas tu palabra la cumplías. ¿Es así o no es así?

—Es así, en efecto.

—Entonces, ya lo sabes.

—De acuerdo —se rindió fácilmente. Quizás demasiado fácilmente—. Lo sé. Y voy a cumplir, pero entenderás que no pueda ser ahora mismo —sus palabras intentaron ser irónicas, pero sus ojos estaban tan llenos de rabia que quitaban a la ironía toda su carga humorística.

—Lo entiendo, lo entiendo. Mañana te llamaré y quedaremos, espero que pronto. Sin prisas, pero sin excusas.

No las hubo. Al día siguiente me llamó ella, sin esperar a que yo me adelantara. Supongo que quería zanjar el tema cuanto antes.

Conocía a Karmele desde que éramos niños, aunque solo nos veíamos algo menos de tres meses al año, entre finales de junio y primeros de septiembre. Nuestros padres respectivos veraneaban en la misma población de la costa vizcaína, pese a ser de extracción social y profesiones muy diferentes. Mientras que mi progenitor era un abogado con cierto prestigio en Bilbao y en todo el País Vasco en general, el de Karmele era el hijo pequeño de una familia dedicada tradicionalmente a las labores agrícolas que, al ser consciente de que no heredaría el caserío, se buscó las alubias trabajando como albañil. No debía ser malo en lo suyo, ya que pronto se instaló como autónomo e incluso hizo sus pinitos como empresario en el ramo de la construcción, lo que le permitió comprarse el piso en el que pasaba todos los veranos junto a su familia, su mujer, ya fallecida, y su hija Karmele. Nada comparable con el chalé con piscina del que disfrutábamos los Zugasti en el mismo pueblo, pero supongo que para Karmele y su familia estaba muy bien.

El pueblo en el que veraneábamos no era excesivamente grande así que todos los chavales nos conocíamos y las barreras sociales o de clase, entre nosotros, apenas existían. Por eso, Karmele y yo desde muy pequeños pertenecemos a la misma cuadrilla, ya que éramos de edades similares. Primero, cuando éramos unos enanos que apenas nos alzábamos del suelo unos pocos palmos, jugando a lo que suelen jugar todos los niños cuando están de vacaciones. Más tarde, empezaron los juegos de adolescentes y ahí surgieron, simultáneamente, mis problemas o, para ser más exacto, mis obsesiones.

Ya desde la preadolescencia Karmele apuntaba maneras. Quiero decir que se

notaba que en su persona iban a acumularse dos características que, aunque la gente piensa que son la misma cosa, en mi opinión no lo son, aunque si se complementan mucho mejor: era muy guapa y se veía que iba a estar buenísima. También estaba muy claro que poseía dos cualidades adicionales más: era sensata e inteligente. Pero tengo que admitir, para ser completamente sincero, que los machos alfa de nuestra cuadrilla no apreciábamos para nada esas dos características. Tampoco las despreciábamos. Sencillamente, no las teníamos en cuenta.

Cuando llegamos a esa edad en la que el único órgano importante de nuestro cuerpo es el sexual, todos, en nuestros más lúbricos sueños, pensábamos en Karmele, soñábamos con ella, e incluso nos hacíamos, sin dejar de sentir un poco de vergüenza a causa de la educación recibida, unas impresionantes pajas en su honor. Ella lo sabía y se reía de nosotros, que jamás obtuvimos por su parte más que una pequeña sonrisa. Muy pronto empezaron los rumores, que si era una puta que se lo montaba con todo el mundo menos con nosotros, que si le gustaba ir con tíos más mayores, que si le iba el rollo lésbico también y cosas por el estilo. La mayoría de los rumores no eran más que invenciones nacidas del despecho, aunque sí debía ser cierto que era una mujer moderna y liberada a la que si le apetecía acostarse con un tipo, o una tipa, lo hacía. El problema es que jamás le apeteció hacerlo con ninguno de nuestra cuadrilla. Conmigo tampoco, por supuesto. De hecho, conmigo menos que con nadie.

Durante unos años la perdí de vista. Nuestras vidas siguieron caminos diferentes. Por lo que de vez en cuando me contaban, su padre empezó a tener problemas económicos y a ella, pese a su inteligencia natural, no le quedó más remedio que dejar los estudios y ponerse a trabajar. Creo que en momentos sucesivos estuvo cuidando niños, trabajó de dependienta de unos grandes almacenes, fue camarera y así sucesivamente. Los trabajos, al parecer, no le duraban mucho. Seguramente no por falta de entrega y capacidad, sino por su carácter rebelde y levantisco. Estoy seguro de que en todos sus empleos fue la líder sindical, la defensora de los trabajadores. Y claro, esas cosas se pagan.

Yo, por mi parte, seguí el guión preestablecido y estudié Derecho en la Universidad de Deusto. No fui el típico estudiante modélico que saca en todas las asignaturas matrículas de honor. De hecho, ni siquiera saqué un mísero sobresaliente o un estimulante notable en la carrera, me limité a aprobar sin alardes cada una de las materias del programa. Tampoco lo necesitaba. Sabía que cuando estuviera en posesión de mi flamante título de Licenciado en Derecho me estaría esperando un bufete que llevaba ya muchos años de funcionamiento, no en balde lo fundó mi abuelo y lo consolidó mi padre.

Para ser totalmente sinceros, los viejos hicieron un buen trabajo y me dejaron un interesante y lucrativo negocio en marcha, pero se había estancado. Ahora los tiempos son muy diferentes y ser honrado ya no se lleva, tan solo lo suficiente para que no pueda meterte en problemas ningún juez o fiscal quisquilloso, pero los procedimientos, al menos los que yo tenía *in mente* aplicar, habían cambiado. No me

deshice del todo de los antiguos clientes. De hecho permití que mi padre siguiera ocupándose de ellos en un despacho espacioso colocado al final del bufete, pero me hice cargo de la mayor parte del negocio y le di una vuelta tal, que si mi abuelo saliera de la tumba volvería a meterse en ella, horrorizado. De todos modos eso no va a ocurrir hasta que un ángel toque la trompeta para anunciar el advenimiento del Apocalipsis y, sinceramente, creo que aún falta mucho tiempo para que el mundo contemple ese alarde de efectos especiales.

El caso es que en todos esos años no dejé de pensar en Karmele. Incluso en una ocasión estuve charlando animadamente con ella, cuando trabajaba en un *pub* de camarera, luciendo un vestido súperescotado que me hizo babear durante toda la noche. Pero cuando ya eran las tres o las cuatro de la madrugada y yo llevaba cinco güisquis de los caros en el cuerpo, que en ese local en concreto eran aún más caros, apareció un negro de esos que parece que han venido a la villa a jugar en el Bilbao Basket y se fue a la calle con él, los dos bien agarraditos a la cintura y morreándose sin ningún recato.

No sé cuándo el deseo de tirármela, que en el pueblo de veraneo todos teníamos de chavales, se convirtió en una auténtica obsesión, pero seguramente lo sucedido aquel día en el *pub* marcó un punto de inflexión. Juré que Karmele acabaría rendida a mis pies, y no es por presumir, pero cuando yo quiero algo siempre lo consigo. O casi siempre.

Los problemas económicos de Aurelio, su padre, fueron los que finalmente me allanaron el camino. Era un hombre muy trabajador, como ya he dicho, pero eso no es suficiente para triunfar hoy en día en los negocios. Algunas operaciones arriesgadas le dejaron casi al borde de la ruina y, cuando llegó el estallido de la burbuja inmobiliaria, ese borde desapareció para ocupar su lugar el vacío más absoluto. Primero vendió el piso del pueblo en el que, cuando éramos pequeños, pasábamos nuestras vacaciones de verano. Luego, algunas acciones que le quedaban, pocas, de algunos de esos bancos que habían propiciado su declive económico y que, sin embargo, no le condonaban sus deudas, pese a ser, en un pequeñísimo porcentaje, copropietario de los mismos. Por último, no le quedó más remedio que hipotecar su vivienda, esa vivienda que compró al casarse con la madre de Karmele y en la que llevaba residiendo más de cuarenta años, los últimos ocho, desde que falleció su compañera de toda la vida, en la más absoluta soledad. «Nunca pensé que algún día me alegraría de que mi madre estuviera muerta», llegó a confesarme Karmele cuando me dio la noticia del inminente desahucio de su padre.

Porque eso sí, la cabrona de ella, el día del *pub*, después de sacarme un buen montón de euros con un *whisky* infame, se fue con el negro de los cojones, pero cuando tuvo problemas, ¿a quién recurrió? ¿Al vendedor de baratijas senegalesas? Pues no, a quien tuvo los santos huevos de pedirle su ayuda fue al bueno de Markel Zugasti, al mil veces despreciado Markel Zugasti, que para eso era el socio más joven, enérgico, eficiente y emprendedor de «Zugasti y Asociados». El desahucio de

su padre era inmediato y resultó que el único clavo al que podía aferrarse era su seguro servidor. Por supuesto ella no lo dijo de esa manera sino que apeló a nuestra vieja amistad, a lo bien que nos lo habíamos pasado cuando éramos adolescentes y jóvenes en el pueblo, al afecto mutuo que siempre nos habíamos tenido y a todas las mierdas de ese tipo.

—Te entiendo perfectamente y créeme que simpatizo contigo, pero no sé qué es lo que puedo hacer por tu padre —le dije.

Nos encontrábamos en mi despacho, pese a que no había concertado la imprescindible cita previa. Fue mi viejo, que siempre le había tenido cariño, quien la hizo pasar, obligándome a pensar que tal vez le había llegado la hora de la jubilación.

—Seguro que puedes hacer algo —me contestó, sin darse por vencida—. Eres abogado y además, por lo que me han dicho, de los mejores. No me extraña, porque ya de pequeño apuntabas maneras —añadió, rebajándose a la adulación, lo que me indicó que el asunto era, efectivamente, muy grave.

—Te agradezco tu confianza —contesté—, pero las cosas no son tan fáciles. Al contrario de lo que la gente piensa, los abogados, por hábiles y buenos que seamos, y es cierto que yo lo soy, no podemos hacer milagros. A veces las leyes pueden hincharse, estirarse e interpretarse, pero en otras ocasiones se asemejan a las matemáticas, dos y dos son cuatro, nunca podrán ser tres o cinco. Del mismo modo, si tu padre no ha pagado la hipoteca, no hay nada que hacer. Incluso aunque jueces, fiscales, secretarios y el resto del personal judicial simpaticen con su causa, la ecuación jurídica es muy sencilla: si no pagas, te vas a la calle. A la puta calle —añadí, por si hasta ese momento no había sido lo bastante convincente.

—Eso no es así —me replicó, en un intento de no darse por vencida—. Hay jueces que han llegado a paralizar los desahucios.

—Lo sé, aunque sinceramente me parece insólito. Estupendo, por supuesto, pero insólito. Sin embargo, en el caso de tu padre... —Meneé la cabeza en señal de tristeza—. El juez al que por turno le ha tocado decidir sobre su desahucio no es de los que comparta la sensibilidad social de sus colegas de toga.

—Entonces —me miró con ojos casi llorosos, en los que se leía la desesperación—, ¿no hay nada que se pueda hacer?

Por supuesto que había algo que se podía hacer, pero no se lo dije en ese momento. O mejor, no se lo dije directamente. Yo sabía que sí que era posible paralizar el desahucio. En más de una ocasión había tenido contactos con el banco en cuestión y siempre había sido capaz de, sin descuidar los intereses de mis clientes, hacer que los del propio banco no salieran perjudicados. De algún modo, aunque no estaba incluido en su «staff», también trabajaba para él. Era una situación un tanto delicada, pero irreprochable jurídicamente y beneficiosa para ambas partes. Así que claro que podía hacer algo. De hecho, podía parar el desahucio sin despeinarme.

Obviamente no le dije nada de eso a Karmele. Me limité a consolarla y a prometerle que haría todo lo que pudiese en favor de su padre y, de paso, le comenté

cuál quería que fuese mi recompensa en caso de salir triunfante en el empeño. Al principio se lo tomó a broma, pensando que estaba de cachondeo, luego me dijo que por qué no y finalmente accedió a mis requerimientos. Me imagino que seguía pensando que se trataba de un juego que quizás yo estaba llevando demasiado lejos y al que, por tanto, no le concedió la menor importancia. Se equivocaba.

No me fue difícil, gracias a mis contactos, conseguir que el banco paralizara la expulsión de su domicilio de Aurelio Mentxaka. El perjuicio económico para la entidad financiera no era muy grande, ya que el principal estaba abonado con creces y solo restaban pequeñas cantidades por intereses, que también habían cobrado en su mayor parte sin problema alguno. Quedarse con la vivienda no tenía para ellos mucho sentido, ya eran propietarios de más de las que necesitaban, gracias a anteriores desalojos, y en esos momentos suponían más una molestia que una ventaja. Así que accedieron, si no con entusiasmo sí con satisfacción, a mi propuesta. En el fondo para ellos era buena publicidad, ya que se presentaban antes los ciudadanos como un «banco con alma», que en casos extremos podía llegar a ser indulgente con los sectores más desfavorecidos de la sociedad y, por otra parte, a mí también me venía bien un trozo de esa tarta publicitaria. Como tenía previsto, todas las cadenas de televisión, emisoras de radio y periódicos y revistas de difusión nacional mencionaron mi nombre, así como mi decisiva intervención en el feliz resultado de ese desahucio abortado. Hubo incluso un semanario, entre serio y satírico, que profundizó en mi persona y tituló su reportaje con un expresivo «Abogado sin escrúpulos busca causa justa que defender». Aunque no difería mucho de la realidad, en un primer momento no me agradó demasiado el sensacionalismo del reportaje ni, por supuesto, ese calificativo que, no por ser certero, dejaba de ser denigrante. Incluso pensé querellarme contra él, pero desistí porque era consciente de que con eso lo único que iba a lograr era proporcionar más carnaza a la publicación. Además, curiosamente, a sus lectores les gustó y muchos de mis nuevos clientes me comentaron que lo habían leído y era lo que les había animado a contactar conmigo. Por lo visto, la mayoría de la gente, cuando van al médico o llaman a un fontanero o contratista para que les hagan obras en casa, o se acercan a la tienda de la esquina para comprar la comida, exigen al médico, al albañil o al comerciante que sean honrados a carta cabal, pero cuando tienen que acudir a un abogado suelen pensar que cuanto más hijo de puta sea este, mejor defenderá sus intereses. En fin, nunca se sabe a ciencia cierta qué es lo mejor cuando se trata de conseguir un poco de publicidad, aunque en ese caso no me quedó más remedio que admitir que ese titular tan desagradable surtió efectos positivos.

Resumiendo, que aunque el despacho, antes de mi intervención para paralizar el desalojo, iba viento en popa, posteriormente adquirió velocidad de crucero. Y es que nunca viene mal insuflarle un poco más de aire para que pueda seguir navegando placentemente.

Y claro, estaba Karmele, no podemos olvidarnos de ella. Cuando comprendió que

mi propuesta, el *quid pro quo* que había aceptado a cambio de mis servicios, por decirlo en términos estrictamente jurídicos, no era una broma y que se la había planteado totalmente en serio y con ánimo de cobrármela, intentó resistirse, pero no acepté sus reticencias, indicándole que un trato era un trato y, por tanto, en estricta lógica jurídica, no le quedaba más remedio que pagar. En este mundo nadie se libra de pagar, con su dinero, con su casa o con su cuerpo.

Cuando al día siguiente de la paralización del desalojo paterno me llamó, intenté dulcificar un poco lo escabroso de la situación y decidí invitarla a cenar. Aceptó como si le hubiese invitado a ir a un matadero. La cena me costó la friolera de doscientos euros por persona, pero no me importó, podía permitirme eso y mucho más. Lo que sí me jodió fue que no probó ni el más pequeño bocado. Doscientos euros de comida tirados a la basura, con el hambre que hay en el mundo. ¡Menuda sindicalista solidaria que estaba hecha la muy hipócrita! Eso sí, el que no probara bocado no significa que no abriera la boca, porque durante todo el rato me estuvo diciendo que no podía creerse que yo le hubiese propuesto en serio que se acostara conmigo como pago por mis servicios jurídicos. Incluso puedo decir que si yo no fuese una de esas personas que disfrutan bebiendo un buen vino y comiéndose una excelente lubina, entre otras exquisitas viandas, su insistencia habría podido amargarme la cena.

Lo peor, de todos modos, ocurrió tras acabar la cena y haber pagado la cuenta. Karmele pidió una copa de vino al estirado camarero que nos había estado atendiendo durante toda la noche, del más caro que tenga, especificó, y cuando se lo trajeron me lo tiró a la cara, tras propinarme una fuerte bofetada, mientras decía a voz en grito, para que se enteraran el resto de los comensales, que yo era una cucaracha, un auténtico cerdo y que no quería verme nunca más en mi puta vida. O quizás dijo que no quería verme más en su puta vida, no recuerdo el adjetivo posesivo que utilizó, pero el sentido era el mismo con cualquiera de las dos expresiones. Por último añadió que podría esperar sentado a que las ranas criaran pelo, porque jamás se acostaría conmigo.

—Incluso aunque lo críen —especificó, tal vez temerosa de una de esas sorpresas que de vez en cuando nos proporciona la Madre Naturaleza.

—¡No puedes hacerme esto! —le dije cuando estuvimos en la calle, ya que en el interior del restaurante preferí hacerme el loco, como si aquello no tuviera nada que ver conmigo. En lugar de escapar corriendo del local, como yo sospechaba en un primer momento que iba a hacer, salió caminando parsimoniosamente, como si quisiera que la alcanzara y poder regodearse de lo que ella, sin duda, consideraba su triunfo—. Hicimos un trato y los tratos hay que cumplirlos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ponerme una denuncia? —Sus ojos brillaban de alegría—. No soy abogada, como tú, pero me parece que si desvelaras el trato que habías hecho conmigo el mayor perjudicado, seguramente, serías tú.

En eso tenía razón, pero no podía rendirme tan fácilmente.



—No, pero se puede revertir la paralización del desahucio. Y en ese caso ya sabes lo que sucedería, que a tu padre le pondrían de patitas en la calle. Y no sé si tiene edad para dormir en un cajero automático, arrojado tan solo por unos sucios cartones.

—¡Pero qué hijo de puta eres, Markel! Hijo de puta y mentiroso, porque me he leído el contrato y es irreversible, mi padre conservará su piso hasta el mismo día en que fallezca. La verdad es que una cosa buena sí que se puede decir de ti, que eres un excelente abogado. Aunque ahora eso se haya vuelto en tu contra. Qué le vamos a hacer, son las paradojas de la vida —se rio—. Por eso mismo, antes de despedirnos para siempre, te voy a dar una pequeña recompensa. Disfrútala, porque jamás volverás a tener algo parecido.

Acercó su boca a la mía y me besó como nunca me habían besado, era un beso dulce y enérgico al mismo tiempo, suave y frenético, lánguido y vivaz. Sí, ya sé que parece imposible, pero así es como lo recuerdo. Y duró muchísimo tiempo aunque tan solo me pareció un instante. Cuando nuestras lenguas se separaron me dijo escuetamente y con tono duro «adiós» y dándose media vuelta se fue. Yo, por mi parte, no hice el menor amago de retenerla. Me había dado cuenta de que ese beso no era una recompensa, sino un castigo. Acababa de decirme «mira lo que te has perdido, lo que ya no vas a disfrutar nunca jamás» y yo, para mi desgracia, había entendido el mensaje.

Esa noche la amargura que se había apoderado de mi ser me impidió dormir. Me limité a dar vueltas y vueltas sobre las sábanas sin encontrar la postura adecuada, esperando inútilmente a ser vencido por el sueño. A eso de las cuatro de la madrugada me levanté y comprobé, asustado, que estaba llorando.

Hasta ese momento había admitido, sin que ello me creara ningún problema de conciencia, que era un auténtico hijo de puta. Pero acababa de darme cuenta de que, además, era un perfecto gilipollas. Y eso sí que no había entrado jamás en mis planes.

## 2

Como dicen los americanos, y esa gente de negocios sabe un huevo, el espectáculo debe continuar, así que yo continué con el mío. Si ya antes del numerito del desalojo el bufete iba viento en popa, el impulso que recibió a raíz del frustrado desahucio aún lo hizo funcionar mejor. No podía quejarme. Económicamente las cosas me iban muy bien y, personalmente, llevaba una buena vida. Admito que de vez en cuando me acordaba de Karmele con alguna que otra punzada de nostalgia, pero a pesar de ello enseguida conseguí pasar página, sobre todo porque había muchas mujeres más en el mundo, y no todas tan remilgadas y ariscas como ella. ¡Qué cojones!, ella era la imbécil que había despreciado a un joven rico, triunfador y, las cosas como son, físicamente muy atractivo. No era culpa mía que hubiese desaprovechado su oportunidad. No tenía ninguna intención de pasarme el resto de la vida autoflagelándome por su causa, así que tras constatar el fracaso de mi plan y que no podía hacer nada para que cumpliera con lo pactado, decidí pasar página. Aunque no lo conseguí del todo. Muchas noches me despertaba sobresaltado, pensando, ¿o soñando?, en ella y bañado en sudor. En fin, nada que una buena ducha no pudiera arreglar. Por lo menos, en lo que respecta al sudor. Lo otro era más peliagudo. O eso pensaba yo.

La conocía muy bien, por lo que sabía que, si tomaba una determinación, la llevaría hasta el final, costara lo que costase. Por eso me sorprendió tanto cuando quince meses más tarde del desalojo triunfal volvió a entrar en mi despacho. En esta ocasión no fue necesario que mi padre la introdujera de extranjería, fui yo el que le abrió la puerta, entre sorprendido e interesado.

—Dichosos los ojos que te ven —fue lo único que se me ocurrió decir cuando entró en mi despacho. Mala cosa si usaba una frase tan tópica, señal de que por primera vez en mi vida no sabía cómo controlar la situación. De hecho no sabía ni qué decir, así que tras invitarle a tomar asiento, esperé a que hablara.

—Bonita choza te has montado —respondió ella, como si fuera una vieja amiga que hacía una visita de cumplido. Al parecer le ocurría como a mí, que tampoco sabía por dónde arrancar la conversación.

—Bueno, sí, no está mal —y comprobando que seguía callada, lo que me estaba poniendo muy nervioso, añadí—. ¿A qué se debe que me honres con tu presencia? Sinceramente no esperaba verte de nuevo, desde, desde..., bueno, que no esperaba verte de nuevo —si no tuviera un gran autocontrol me habría mesado los cabellos, en un inequívoco gesto de desconcierto y desesperación—. De todos modos me alegra que hayas recapacitado y hayas decidido incumplir aquella absurda decisión de no querer volver a verme en la vida.

Supongo que esas últimas palabras consiguieron sacarla de su incertidumbre y ensimismamiento, porque mirándome con dureza me confirmó que, efectivamente, volver a verme era lo último que jamás hubiese imaginado que podría hacer.

—Pero ya ves —prosiguió—, las cosas rara vez salen como las planificamos, así que aquí estoy, hablando contigo, como si no hubiese ocurrido nada entre nosotros y aún fuésemos los mejores amigos del mundo.

—Podríamos haberlo sido, incluso podríamos haber sido los mejores amantes del momento si tú no te hubieras tomado tan a la tremenda mi ingenioso sistema de acercarme a ti —sabía que lo que acababa de decir era una auténtica chorrada, pero qué puñetas, era ella la que acababa de acudir a mi despacho, así que podía decirle lo que me viniera en gana. Y si se cabreaba y volvía a salir por la puerta, lo peor que podía pasarme era quedarme igual que había estado hacía cinco minutos. ¿O no? Pero lo dicho, dicho estaba, y no era momento de recular.

A pesar de ello enseguida comprendí que tampoco era momento de reproches ni de restregarle por la cara sus viejas palabras. La educación y el saber estar por encima de cualquier otra contingencia, ese es mi lema, bueno, uno de ellos, también los tengo más contundentes, así que intentando hacerle olvidar mis últimas palabras le pregunté qué necesitaba de mí. Estuve a punto de preguntarle qué deseaba de mí, pero me imaginé que ese verbo quizás no era el más adecuado en esos momentos, así que utilicé un sinónimo más aséptico.

—Ayer a la mañana detuvieron a mi padre. La Ertzaintza —añadió. Teniendo en cuenta que en Euskadi tenemos Guardia Civil, Policía Nacional, Ertzaintza, diversas policías municipales, seguridad privada y supongo que en los cuarteles del ejército actuará también la Policía Militar, no estaba de más la aclaración, aunque tenía mis dudas sobre su utilidad.

Aparte de eso, mentiría si dijera que la noticia no me sorprendió y me mantuve impertérrito. Aurelio Mentxaka sería un desastre para los negocios, pero era una de las personas más buenas, tranquilas y pacíficas que yo había conocido en mi vida. Incluso dudaba que jamás hubiese cruzado un semáforo en rojo. Que la policía le detuviera no tenía sentido; ni siquiera cuando estuvo a punto de ser desalojado de su vivienda mantuvo posturas violentas o amenazadoras. Supuse que habría sido por algún problema de tipo económico que un juez quisquilloso había considerado delictivo, y así se lo dije a Karmele, que lo negó dos veces, primero meneando la cabeza y, posteriormente, de viva voz.

—No, no se trata de eso —me dijo—, ya sabes que mi padre es incapaz de quedarse con un euro ajeno. En eso no se parece en nada a ti. Le detuvieron por asesinato.

¡Cojones con la mosquita muerta! Incapaz de llevarse un euro que no fuese suyo, pero muy capaz de llevarse a un prójimo por delante. Mi escala de valores no sería ejemplar, pero la de Karmele parecía superarme por momentos. Aunque supuse que sería un error policial y judicial, y así se lo comenté.

—Desgraciadamente no. Lo ha confesado todo ante la Ertzaintza y posteriormente ha ratificado su confesión en el Juzgado de Guardia. En estos momentos estará ingresando ya en la prisión de Basauri.

Nada más decir esto la dura e inflexible Karmele, la mujer capaz de sobreponerse a cualquier desgracia o contratiempo y plantarle cara con valor y gallardía, se descompuso y comenzó a llorar a moco tendido, como una plañidera de Nueva Orleans en el funeral de una estrella afroamericana de *jazz*. Pensé consolarla diciéndole que seguramente, debido a la edad de Aurelio, este estaría a salvo de los embates sexuales del resto de prisioneros más expertos y veteranos, pero deseché la idea enseguida. Seguramente no hubiese captado la benevolencia de mi comentario, así que me limité a darle un pañuelo de seda, con mis iniciales bordadas, que me había costado un buen puñado de euros, pese a lo cual no tuvo pudor alguno en destrozarlo llevandoselo a los ojos y la nariz sucesivamente.

—Lo siento, Karmele, y créeme cuando te digo que soy totalmente sincero, pero no sé qué puedo hacer por ti.

—Bueno, tú eres abogado, ¿no? Y según tengo entendido, de los buenos.

—Sí, así es —contesté—, pero no me dedico al Derecho Penal. Si lo deseas podría recomendarte a algún compañero de confianza.

—No, no quiero que me recomiendes a ningún compañero. Quiero que te hagas tú cargo del caso. Me lo debes.

En realidad no le debía nada. Todo lo contrario, era ella quien me debía algo a mí, era ella quien había incumplido el trato que hicimos en su momento. Pero no se lo dije, en el fondo yo tampoco estaba totalmente de acuerdo con esa premisa, tal vez recordando cómo algunas noches me despertaba con una fuerte sensación de vacío en mi interior. Incluso por unos breves momentos temí haber sido invadido por algo tan molesto e inconveniente como un pequeño atisbo de conciencia, pero deseché esa idea. *Pacta sunt servanda*, que decían los romanos en uno de los pocos latinajos que recordaba de la facultad, y si los pactos tienen que ser conservados no hice nada reprochable al pedirle a Karmele, con nulos resultados, que cumpliera con su parte.

Todos esos pensamientos pasaron tan rápidos por mi cabeza que mi examiga no se enteró. Sobre todo porque las únicas palabras que salieron por mi boca se limitaron a repetir que no me parecía lo mejor para su padre, que yo de asuntos penales no tenía ni la menor idea.

—No es eso lo que yo tengo entendido. He seguido tus hazañas por la prensa y así me enteré de que conseguiste la absolución de Desiderio Gutiérrez, cuando todo el mundo apostaba porque iba a pasarse un montón de años a la sombra.

—No es lo mismo —protesté—, Desiderio estaba acusado de la comisión de diversos delitos económicos, no de asesinato.

Para ser completamente sincero, el tal Desiderio era un corrupto de récord guinness. Podía haber dado clases magistrales de latrocinio de guante blanco en las más importantes penitenciarías del mundo, y cuando me hice cargo de su caso lo tenía jodido, pero que muy jodido, y su futuro era más negro que los testículos de un grillo, por decirlo de un modo fino. Afortunadamente le cayó en suerte un juez ludópata, lleno de deudas. ¿Y quién había adquirido los pagarés firmados por el

magistrado venal? ¡Bingo!, el abogado de las causas perdidas, el gran Markel Zugasti. Obviamente no le podía confesar eso a Karmele, así que seguí explicándole las diferencias que existen entre los delitos económicos y financieros y los violentos o de sangre.

—Me lo debes —continuó diciéndome con esa terquedad y cabezonería tan suya—. Ya sé que tú piensas lo contrario —sonrió por primera vez desde que entró en mi despacho, aunque fue una sonrisa triste, casi una mueca—, pero me lo debes. Y no te confundas, no necesito un buen abogado, de esos los hay a puñados. Necesito a un auténtico hijo de puta. Y tú eres el más hijo de puta no solo de todos los abogados, sino de todas las personas que conozco.

No sabía si sentirme cabreado o halagado por sus palabras, pero en mi fuero interno no me quedó más remedio que darle la razón. Además, si Aurelio ya había confesado, el asunto no podía ser muy complicado. Lo único que tenía que hacer era convencer al juez, o a un jurado si finalmente se constituía uno, que Mentxaka era un buen hombre que por algún motivo desconocido, aunque ya me inventaría yo uno suficientemente bueno y creíble, perdió la cabeza y asesinó a un semejante. Más sencillo que comer con los dedos, guarrería que nunca he practicado porque, pese a mi exitosa trayectoria profesional, siempre he odiado mancharme las manos.

—Además, puedo pagarte —añadió Karmele—. Puedo pagarte muy bien. Gracias a ti he aprendido que nunca hay que deber nada a nadie.

Hice un gesto displicente con la mano, como diciéndole que no se preocupara por eso, que esta ronda corría de mi cuenta, pero la mano volvió a caerse junto a mi costado cuando observé cómo se despojaba de su chaqueta y del jersey que llevaba debajo. Hasta ahí podía parecer todo bastante normal. Aunque en el despacho la temperatura estaba controlada y no hacía excesivo calor, todo es subjetivo. Empecé a alarmarme, bueno, esa no es la palabra adecuada, pero alguna tengo que emplear para que se me entienda, cuando se quedó en sujetador y bragas, un sujetador insuficiente para abarcar sus desarrollados pechos y unas bragas que, por contraste, hacía que las que usaban ciertas artistas del «*erotic business*» parecieran mantas zamoranas.

Mientras duró todo el proceso fui incapaz de apartar los ojos de su cuerpo y cuando, por fin, desaparecieron los inútiles adminículos con los que se suponía que se tapaba las tetas y el coño, no supe ni siquiera balbucear unas pocas palabras.

—¿Qué? ¿Te gusta? —me preguntó cuando se encontraba como su madre la trajo al mundo, solo que más crecida y apetecible, al menos para quienes tenemos gustos convencionales en materia sexual.

¡Joder que si me gustaba! De repente comprendí lo que me había perdido por ser un gilipollas y si no babeé allí mismo se debió a que la esmerada educación que recibí de chiquillo aún servía para algo, pero lo que era innegable es que con o sin el barniz de la civilización occidental y judeocristiana de la que tanto presumimos, los instintos primarios son los instintos primarios.

—¿A qué esperas? —me dijo al notar mi extrañeza e indecisión—. ¿No es así

como te gusta cobrarme los favores? ¿En carne? Pues solo tienes que decirme que sí, que te ocuparás de la defensa de mi padre, y ahora mismo tendrás un anticipo del pago final. Un buen anticipo —añadió con gesto libidinoso.

No voy a ser tan hipócrita como para afirmar que su actitud me escandalizó. Tanto en mi vida profesional como en la personal las había visto de todos los tamaños y colores, y no era ningún pazguato de esos que se sonrojan al ver una teta perdida en la playa, pero hasta cierto punto me molestó su actitud tan cínica y desvergonzada. Era cierto que en una ocasión anterior yo mismo intenté propiciar una situación parecida, pero se mirara como se mirase no era lo mismo. En mi caso no voy a mentir diciendo que detrás había amor, no. Había solo sexo, una pasión u obsesión tal vez enfermiza, pero que de algún modo era un sentimiento. Pero eso..., eso era otra cosa. O quizás no, quizás se repetía lo anterior solo que en esta ocasión no era yo quien llevaba la iniciativa, sino que esta le correspondía a Karmele.

Tuve un ramalazo de dignidad y estuve tentado a negarme, a decirle que se vistiera, que no hacía falta eso. Pero luego lo pensé mejor y me dije a mí mismo que qué coño, que a esas alturas del partido no iba a andarme con remilgos y si era ella la que se me ofrecía abiertamente no iba yo a ser tan tonto como para desperdiciar un ofrecimiento tan gratificante, así que tras cerrar la puerta del despacho y exigir que no se nos molestara hasta nueva orden, decidí cobrarme ese anticipo en especies que sustituiría a la más habitual provisión de fondos del resto de mis distinguidos y enriquecidos clientes.

—Entonces tenemos un acuerdo —me dijo de nuevo Karmele, cuando ya vestida y totalmente arreglada, se disponía a dejarme en la soledad del despacho—. Te harás cargo de la defensa de mi padre.

—Haré lo que esté en mi mano —le dije con total rotundidad, pese a que me encontraba exhausto y con la respiración al límite, como si lo hubiéramos hecho en la cima del Himalaya—. Pero antes de que te vayas tienes que ponerme al corriente de todo lo que sepas.

En realidad no sabía nada. La noticia ni siquiera había trascendido todavía a los medios de comunicación, aunque algunos digitales ya empezaban a hacerse eco de lo sucedido. Ella se había enterado apenas dos horas antes, cuando la llamó el abogado de oficio que había asistido a su padre en el Juzgado. Por lo que parece Aurelio había preferido no verla mientras se encontraba detenido, y solo cuando el juez le entregó el Auto de ingreso en prisión permitió que el letrado que le acompañó en su comparecencia ante el juzgado la llamara para explicarle lo sucedido.

—Aunque la verdad es que no me explicó nada —me dijo ya más serena, recordándome a la antigua Karmele, la que no se ponía nerviosa ni perdía la compostura pasara lo que pasase—. Tan solo que ha reconocido, sin oponer resistencia ni negarse, su culpabilidad en el asesinato de una persona. Por lo que me dijo, se encontraba totalmente sereno y tranquilo, y en todo momento asumió su responsabilidad.

—¿Se sabe quién es la persona asesinada? ¿Tenía enemigos tu padre, algún enemigo tan fuerte como para que decidiera cargárselo?

—No digas tonterías, Markel. Tú le conocías muy bien y sabes que Aurelio no tenía, no tiene —rectificó, como si hablar de él en pasado le sugiriera que era un muerto en vida— enemigos.

—Todos tenemos enemigos.

—Seguro que tú los tienes, y a paletadas —regresó Karmele la levantisca—, pero mi padre no tiene que ver nada contigo. Afortunadamente. O quizás por desgracia, está más que demostrado que en este mundo hay que ser un hijo de puta y un canalla para triunfar en la vida.

Pasé por alto las alusiones a mi humilde persona, ya que comprendía el trance por el que estaba pasando, pero insistí en esa hipótesis.

—Quizás él no tuviera enemigos o, mejor dicho, no fuera consciente de ello debido a su buen carácter, pero eso no excluye la posibilidad de que alguien, por cualquier motivo, sí se considerara su enemigo.

Karmele se encogió de hombros antes de contestarme que de ser así no se imaginaba quién pudiera ser ese hipotético enemigo.

—Además —añadió con ese sentido de la lógica que a veces achacamos a las mujeres y que tan bien nos vendría a los hombres—, si fuera como tú dices sería ese enemigo el que tendría algún motivo para matar a mi padre, no al revés.

—Quizás lo hizo, precisamente, en legítima defensa.

—En ese caso no estaría en prisión —intentó rebatirme.

Ahí le falló por completo la lógica. Probablemente había visto muchas películas de tema judicial, pero los jueces españoles no son como los guionistas de Hollywood. Entre la inmensa mayoría de los magistrados autóctonos está extendida la idea de que si alguien te ataca con una navaja, pongamos por ejemplo, tú no puedes utilizar una pistola, porque es un modo de defensa desproporcionado. Y teniendo en cuenta que, en una pelea a navajazos siempre llevará las de ganar quien más acostumbrado está a utilizarla, y no precisamente para fines honrados, al ciudadano agredido solo le cabe el recurso de intentar convencer al agresor, con su labia, de que eso que quiere hacer está muy mal y puede meterle en problemas, como ir a la cárcel si algún día es detenido y un juez advierte que sus acciones son constitutivas de delito o, aún peor, ir al Infierno si muere en pecado mortal. Vamos, que por lo general lo de la legítima defensa es una jodienda que solo sirve para meter en problemas a quien decide utilizarla.

Esa perorata hizo callar a Karmele durante unos segundos, pero no demasiados.

—Seguramente tienes razón, tú sabes mucho más que yo acerca de eso, pero de todos modos no fue en legítima defensa. Por lo que me dijo el abogado de oficio debió cometer el asesinato con premeditación, alevosía, nocturnidad y todas esas cosas que os inventáis los jueces y abogados para que los casos de asesinato parezcan más rimbombantes.

¿Premeditación? ¿Alevosía? ¿Nocturnidad? Por peliculera que pudiera parecerme Karmele en esos momentos, si se limitaba a repetir lo que el abogado de oficio le había transmitido, pintaban bastos para Aurelio. Si no se le aplicaban todas las agravantes recogidas en nuestro Código Penal, le faltaba poco. Lo curioso es que, efectivamente, nada de eso encajaba con la personalidad de Aurelio Mentxaka. Estaba dispuesto a admitir que pese a ser un auténtico bonachón podía tener, como le pasa a mucha gente, un repentino arrebato de ira y cargarse a un tío casi sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero hacerlo de ese modo, con premeditación, alevosía y nocturnidad..., no, decididamente no encajaba en el perfil.

—¿Sabes quién es la persona asesinada? ¿Es hombre o mujer? —Si fuera mujer quizás el asunto encajara dentro de los crímenes pasionales o de violencia de género. Eso no iba a ayudar a su defensa, por supuesto, pero al menos los hechos entrarían dentro de unos parámetros clasificables.

—Es un hombre, pensaba que te lo había dicho, pero no sé quién es. El abogado me dijo cómo se llamaba, pero en estos momentos no lo recuerdo, supongo que son los nervios y la conmoción sufrida al enterarme de lo ocurrido. De todos modos no me sonaba de nada su nombre, no lo he relacionado, al menos, con ningún amigo o conocido de mi padre o de la familia. Para mí se trataba de alguien completamente ajeno.

—Ajeno o no, alguna relación debía tener con tu padre para que este lo asesinara. Supongo que lo primero que tendremos que hacer será saber quién era ese tipo y qué negocios se traía con tu padre —miré el reloj, un patek philippe que me había costado la friolera de sesenta mil euros, no los cien miserables dólares que suelen pagar por una imitación en Chinatown todos esos domingueros que viajan a Nueva York aprovechando las últimas ofertas de las agencias de viaje que no han conseguido rellenar su cupo de clientes, y añadí—: seguramente en el Juzgado de Guardia ya no habrá mucho jaleo a estas horas, así que voy a acercarme a ver si puedo sonsacarles algo.

—Te acompaño —me dijo, decidida, Karmele. Al parecer no se había percatado de que cuando estaba diciendo eso de «lo primero que tendremos que hacer», estaba hablando en plural mayestático, quizás porque consideraba que no poseía la dignidad de un monarca medieval o un papa de la Iglesia Católica. Independientemente de que tuviera razón o no al opinar de ese modo, no tardé ni un segundo en sacarla de su error.

—No, al juzgado voy solo.

—Se trata de mi padre —protestó, poniéndose en jarras.

—Sí, pero también se trata de mi caso. Y en eso soy inflexible, si quieres que me haga cargo de la defensa de tu padre, las cosas se harán a mi modo. Cuando te necesite ya te llamaré. Mientras tanto estás en la retaguardia. ¿Queda claro?

—Sí, clarísimo. Así que en la retaguardia, ¿no? ¿Qué voy a ser, el reposo del guerrero? Mucho tendrían que cambiar las tornas para eso, porque hoy no has estado



muy guerrero, precisamente —me replicó en tono zumbón, como si me echara en cara que me hubiese reblandecido y ya no fuera el cabrón que intentó cobrarse en carne la paralización del desahucio.

Por primera vez desde que tenía catorce años, me sonrojé. Joder, ese no era yo, el Markel Zugasti que había ido construyendo al cabo de los años no era un pipiolo que se pusiera rojo por un comentario subido de tono. Yo era un triunfador, un depredador, y se lo había demostrado al mundo con creces. También a la propia Karmele, pero de repente parecía como si toda esa muralla protectora que había erigido alrededor de mi persona estuviera a punto de derrumbarse.

—Tómatalo como quieras —le contesté—, aunque la verdad sea dicha la idea, por machista que pueda parecer, es muy atractiva, pero en estos momentos te estoy hablando en mi condición de abogado de tu padre, así que te repito que si quieres que le defienda tendrás que permitir que haga las cosas a mi manera, y de momento —con ese «y de momento» dio la sensación de que estaba reculando, seguramente porque era cierto— al Juzgado de Guardia será mucho mejor que vaya solo. ¿Lo captas? De todos modos —añadí conciliador—, prometo tenerte informada de todo lo que vaya haciendo.

—Eso espero —respondió, mientras hacía ademán de salir del despacho—. No creas que te vas a librar tan fácilmente de mí.

—Lo sé —contesté—. Ah, y una última cosa.

—¿Qué? —me preguntó dándose la vuelta, cuando ya estaba a punto de cruzar la puerta.

—No, nada, que lo siento.

—¿Que lo sientes? Pues ya lo sabes, sácalo de la cárcel cuanto antes.

—No, no me refería a eso. Quiero decir que lo siento por..., ya sabes, por cómo me he portado. La verdad es que, es que...

—¿Que te has comportado como un cerdo, quieres decir?

—Bueno, yo, sí, algo así.

—Llegan un poco tarde las excusas, ¿no crees? Además, si quieres la verdad, no es el momento más adecuado para que te reblandezcas y te pongas tierno. Para sacar a mi padre de la cárcel necesito al hijo de puta que llevas dentro, no lo olvides, no a un imbécil arrepentido. Espero tus noticias. Llámame cuando sepas algo, y si no cojo el teléfono, vuelve a llamarme al de poco tiempo. Seguramente estaré en la ducha y necesitaré tiempo bajo el agua para quitar toda la suciedad que he acumulado aquí dentro.

Como había supuesto, el Juzgado de Guardia se encontraba en calma. Toda la patulea de abogados, chorizos, denunciadores y denunciados, procuradores y demás gente de buen y mal vivir que acostumbran a pasearse por su interior habían decidido darse una tregua y tan solo unos funcionarios aburridos constituían la prueba inequívoca de que aquel era un centro de trabajo.

En cierto modo había tenido suerte, ya que se encontraba de guardia el juzgado en el que trabajaba una vieja amiga, más vieja que amiga seguramente, Laura Santolalla.

Laura era la oficial más veterana que pululaba por los juzgados no ya de Bilbao, sino de toda Euskal Herria e incluso de la Unión Europea. De ella decían las malas lenguas que ya era una veterana cuando la primera Ley de Enjuiciamiento Criminal, allá por el año 1882, se publicó en la Gazeta de Madrid, el antecesor de nuestro flamante Boletín Oficial del Estado. Una vez se me ocurrió comentárselo a un amigo que presumía de ser totalmente serio y racional y me dijo que eso era totalmente imposible ya que en ese caso la interfecta debía contar con más de ciento cincuenta años de edad. Se notaba que no conocía a nuestra fauna judicial. El caso es que la buena de Laura, con su cuádruple papada, sus gafas que le daban el aspecto de ser una cualificada vendedora de la ONCE, su pelo canoso siempre despeinado y desaliñado, sus pantalones a cuadros que parecían ser herencia de un bisabuelo cazador de osos y una boca por la que de vez en cuando podía vislumbrarse un diente ennegrecido por la nicotina, era toda una institución y hasta los magistrados más feroces y temidos se cuadraban ante ella y temblaban como flanés cuando la buena señora decidía que había llegado el momento de echarles un rapapolvo.

—Buenas tardes, cariño —me dijo a modo de saludo nada más verme—. ¿Se puede saber qué coño te trae hasta este humilde juzgado? Que yo recuerde hoy no han traído detenido a ningún funcionario corrupto ni a ningún político venal. Vamos, que no han traído a ningún político.

—Pero mira qué mala eres, Laura. Sabes que yo no defiendo a políticos venales, me limito a exprimirlos —le contesté risueño—. Además, el simple placer de verte constituye un motivo más que suficiente para acercarme hasta aquí.

—¡No me jodas, chaval, no te habrás enamorado locamente de mí! La verdad es que no me importaría, porque tengo que reconocer que tienes un buen culo. Además, estás de suerte, porque estoy disponible.

—¡No me digas que has vuelto a enviudar!

—Muy gracioso el chavalín. Que sepas que nací soltera, como mi madre y mi abuela, que jamás se casaron, y eso que tuvieron más oportunidades que muchas que presumen de matahombres. Siempre he sido soltera y sigo estándolo en estos momentos, y así permaneceré hasta el final de los tiempos, para seguir la tradición familiar. Jamás he necesitado a ningún hombre a mi lado. Ni a ninguna mujer —aclaró, para que entendiéramos perfectamente que lo suyo era el bisexualismo, solo

que al revés.

—Y yo que iba a pedirte en matrimonio. Acabas de destrozarme la vida.

—Puedo cambiar de opinión.

Si eso último hubiera sido verdad, se me habrían puesto los pelos de punta. Por si acaso, hice un requiebro y le pregunté por el hombre que acababan de enviar a prisión.

—¿Cuál de ellos? ¿O qué te crees, que en este juzgado andamos escasos de clientes?

—Hablo de un tipo llamado Aurelio Mentxaka Iribarren. Al parecer ha matado a un hombre.

—¿Qué tienes que ver tú con ese desgraciado? No hará ni tres horas que se ha dictado Auto de prisión provisional contra él y acaban de llevárselo hace un rato a Basauri, pero no es uno de los casos que acostumbras a llevar. No sé qué pintas en ese asunto, no hay dinero en él. ¿Vas a actuar como acusación particular?

—No, todo lo contrario, voy a defenderle.

—¿Defenderle? ¿Tú? ¡Imposible! Me tienes que estar tomando el pelo. ¡Si ese tipo no podría pagarte ni un puto céntimo de euro! Además, ya tiene abogado. Un chavalín recién salido de la universidad que todavía estará dándole gracias a Dios y a todos los santos porque la Constitución, seguramente pensando en él, abolió la pena de muerte y gracias a eso no va a tener que ver cómo le dan garrote vil a su primer cliente.

—Pues sí, voy a defenderle. Me ha contratado su hija, así que ya lo sabes. En cuanto a eso de que tiene abogado, si te refieres al que le ha asistido en la declaración ante el juzgado, me imagino que no pondrá ninguna pega para darme la venia e incluso, si es cierto lo que dices, me estará eternamente agradecido. Así que ya lo ves, te lo creas o no, soy el nuevo abogado de Aurelio Mentxaka.

—Pues llegas un poco tarde —la muy cabrona se estaba descojonando de mí a mi cara—, porque tu cliente ya está gozando de la hospitalidad de nuestro acrisolado estado de derecho. ¿Qué ha ocurrido, estabas muy ocupado con algún desfalco?

Hice como si no hubiese escuchado lo que acababa de decirme y me limité a comentarle que se habían puesto en contacto conmigo para que me hiciera cargo del caso cuando ya se había decretado su ingreso en prisión.

—La verdad es que aunque hubieses llegado al mismo tiempo que el furgón policial que le trajo hasta el juzgado no podrías haber hecho nada, cariño —me dijo más condescendiente—. Era un asunto claro y nada en el mundo, ni siquiera tu *sex-appeal*, habría evitado que pasara esta noche, y me temo que muchas más en el futuro, en el Hotel Basauri. Y te aviso, dudo mucho de que puedas sacar algo positivo del asunto. Aunque conociéndote como yo te conozco, empiezo a pensar que quizás haya algo más en este asesinato que se me escapa, pero no sé cómo, no veo la manera de que lo exprimas hasta sacar beneficios. Te juro que si lo consigues, no solo me descubriré ante ti, sino que contaré la experiencia en un libro y fijo que me forro. ¡Por

mis cojones! —no le pregunté si los tenía porque conociéndola no me habría extrañado nada que, efectivamente, no estuviese hablando de un modo retórico. Además, corría el riesgo de que quisiera demostrarme que no hablaba en vano.

—No todo en la vida tiene que regirse por los beneficios económicos, Laura —hice como que me indignaba, sin conseguirlo—. También está la satisfacción moral de trabajar por una causa justa.

Si los elefantes estuvieran dotados del don de la carcajada, las risas proferidas por la vieja funcionaria habrían conseguido acallar las de una manada de paquidermos desatados. Durante unos segundos pensé que se iba a atragantar, lo que quizás hubiese constituido un contratiempo para ella, pero un bien para la humanidad, aunque finalmente se rehízo, pero tan solo para expresarme de viva voz lo que ya me había insinuado gestualmente.

—Markel, cariño, que estás hablando conmigo, no me gastes bromas de ese tipo que me va a dar un flato. ¡Qué cabrón estás hecho, por poco me envías a la tumba con la gilipollez que acabas de decir! Pero estate tranquilo, que no te lo voy a tomar en cuenta. Como estoy ardiendo en deseos de que lo nuestro acabe en bodorrio, fingiré que te creo y pensaré que has cambiado tus hábitos más consuetudinarios, por mucho que me cueste hacerlo. Así que aceptemos cucaracha como animal de compañía y que tú eres un abogado honesto y altruista. ¿Por qué iniciar esa nueva y sorprendente vida con Aurelio Mentxaka?

—Ya te he dicho que me lo ha pedido su hija y yo he accedido.

—Debe estar muy buena la señorita —contestó evocadora, como si rememorara su ya pasada juventud, en el caso de que alguien pudiera recordar los últimos milenios.

—Pues sí que lo está —preferí darle la razón antes que sumergirme en una cháchara interminable. Quizás Laura dispusiera de todo el tiempo del mundo, pero yo soy más bien de carácter impaciente y no me gusta perder el tiempo a lo tonto—, pero no he venido aquí para hablar de ella sino de Aurelio, su padre. ¿Podrías explicarme, someramente y sin florituras, qué es lo que ha ocurrido?

—Nada del otro mundo, cariño. Esta mañana, a primera hora, la Ertzaintza le ha traído tras haberle retenido una noche en los calabozos de la comisaría, acusado de haber matado a una persona. Tras un hábil e innecesario interrogatorio por parte de Su Señoría, ya que el tal Aurelio en todo momento ha reconocido su autoría, sin poner excusa alguna ni proporcionar ningún tipo de explicación exculpatoria, se le ha enviado a dormir a prisión. Fin de la historia, al menos hasta el día del juicio. Un juicio que para él será, sin duda alguna, algo así como el juicio final.

Lo dijo de una manera que parecía que ella iba a ser la encargada de anunciar el fin del mundo en nombre de Jehová, y seguramente asistiría a ese acontecimiento con ganas y disfrutándolo, pero decidí pasar por alto su actitud y pedirle, del tono más zalamero que supe, que me dejara ver las diligencias que, hasta el momento, se habían efectuado tanto en sede policial como judicial.

—Ningún problema —contestó sonriéndome, con una sonrisa que seguramente produciría pesadillas a los delincuentes más endurecidos del país—. Supongo que habrás traído tu nombramiento como abogado para poder personarte en la causa, ¿no?

No, no lo había traído, pero lo tendría enseguida, le contesté, así que no merecía la pena perder el tiempo con esos detalles burocráticos.

—Perder el tiempo contigo siempre es un placer, cariño —me contestó sin que de su rostro desapareciera la sonrisa con la que me había recibido, aunque pese a esa sonrisa daba la impresión de que me estaba ladrando—, pero ya sabes que las normas son las normas. Un abogado tan competente como tú tendría que saber que las leyes están para cumplirlas.

—Para cumplirlas e interpretarlas —le contesté mientras de una manera imperceptible, ya se sabe, la mano es más rápida que la vista, como suelen decir los prestidigitadores, un par de billetes de cien euros dejaron de estar en el interior de mi cartera para acabar, como por arte de magia, en la suya.

—Debe ser cierto que la hija del Aurelio está buenísima —volvió a obsequiarme con la espeluznante visión de su dentadura cuyos tonos oscilaban entre el negro claro y el negro oscuro—, aunque supongo que de un modo u otro se lo cobrarás. Pero en una cosa tienes razón, todas las leyes son interpretables —añadió mientras me tendía una carpeta en cuya carátula aparecía un número de diligencias previas y un *post-it* amarillo en el que se especificaba que era una causa con preso.

No había mucho que leer, en realidad. La madrugada del 7 de febrero de 2015 una persona que se identificó como Aurelio Mentxaka Iribarren llamó a la Ertzaintza para avisarles de que acababa de matar a un hombre en un piso del barrio de Indautxu, en pleno centro de Bilbao. Personado un destacamento de *ertzainas* en el lugar indicado por el comunicante, comprobaron que, efectivamente, en posición decúbito supino se hallaba el cadáver de un hombre de complexión fuerte, una altura de un metro ochenta, calvo, con una pequeña cicatriz en su mejilla derecha y un tatuaje que representaba un dragón echando fuego en su espalda, encima de un pequeño charco de sangre y con todo el aspecto de haber recibido un tiro en la nuca, lo que fue confirmado por el médico forense que asistió, junto al juez de guardia y el secretario del juzgado, a la diligencia del levantamiento de cadáver.

Llevado a los calabozos de la comisaría el presunto asesino confesó la autoría del crimen. A la mañana del día siguiente, es decir, ese mismo día le condujeron ante el juez de guardia, pero en su declaración se limitó a reafirmar lo que ya había explicado a los *ertzainas* encargados del caso.

Preguntado por el motivo de que hubiese asesinado a ese hombre, se limitó a decir que por desavenencias personales, e instado a que explicara de qué tipo eran esas desavenencias se negó a contestar, aduciendo que ya había admitido su responsabilidad en el crimen y que los motivos no tenían la menor importancia.

Supongo, ya que eso no se recogía en las diligencias, que su abogado de oficio, que se le asignó por riguroso turno colegial al negarse él a nombrar uno propio, le

indicaría que era extremadamente importante que explicara esos motivos, puesto que a la hora de su defensa podrían alegarse, con un poco de suerte por su parte así como con mucha generosidad por la de los magistrados que tuvieran la responsabilidad de dictar sentencia, como atenuantes ya que tal y como se produjeron los hechos difícilmente alcanzarían la calificación de eximentes, pero Aurelio no amplió en ningún momento su declaración. Y eso fue lo único que contó en la diligencia de interrogatorio, que mató a ese hombre, del que incluso desconocía el nombre completo, aunque él le llamaba Txomin, por desavenencias personales y que estaba dispuesto a arrostrar las consecuencias de su acción.

Parecía el guión de una película de serie B, con la sutil, aunque importante diferencia, de que esta finalizaba no con un beso entre los protagonistas, sino con un auto de prisión dictado por el juez de guardia y la subsiguiente conducción de Aurelio Mentxaka al Centro Penitenciario de Basauri en calidad de preso preventivo, aunque todo indicaba que esa prisión preventiva se iba a convertir, antes o después, en definitiva por un buen montón de años.

Conseguir que Laura me fotocopiara las diligencias me costó otros cien euros. Muchos casos así y la tiparraca podría comprarse un chalé en Miami, en el caso de que no lo tuviera ya, lo que no sería raro conociendo, como conocía yo, su trayectoria. Se trataba de algo que, además, podría haber conseguido gratis unos pocos días después, cuando me hubiese personado, pero de repente me entró prisa por hacerme cargo del caso, como si fuese verdad que le debía algo a Karmele. Así de gilipollas somos los tíos, incluso quienes como yo no tenemos ningún problema en aceptar que somos unos hijos de puta redomados.

Me despedí de mi funcionaria favorita y me acerqué a un bar cercano para volver a ojear, con más calma, el expediente, pero por ahí no había mucho más que rascar. La prosa burocrática judicial corriente y moliente que se usa siempre en estos casos, pero nada a lo que pudiera aferrarme para intentar una defensa mínimamente digna de mi cliente, que todavía ni siquiera sabía que yo era su abogado. Pensando en ello me acordé de que Aurelio había sido asistido por uno de oficio. Leí su nombre, Andrés Caballero Anasagasti, pero no me sonaba de nada. Deduje que sería un letrado joven, que estaba empezando, y llamé al Colegio de Abogados para que me dieran su número de teléfono, lo que hicieron en pocos segundos. Media hora más tarde quedé con él en una cafetería de Ledesma, muy cerca del propio Palacio de Justicia.

Desde que habían transformado la calle en peatonal estaba irreconocible. Seguían existiendo prácticamente los mismos bares de siempre, los que yo había pateado durante toda la vida, incluso antes de colegiarme como abogado, pero la peatonalización de la zona le había dado otro aire. Además, en esta vida nada es inmutable. Uno de sus bares más emblemáticos, «La Taberna Taurina», tuvo que cerrar sus puertas debido a la actualización de las rentas antiguas. Otra cafetería, en la que había metido horas y horas cuando aún era un niño que se aferraba fuertemente a la mano de sus padres por miedo a perderse, se había reconvertido hacía tiempo en un

kebab. Y no es que tenga nada contra los kebabs, aunque mis gustos culinarios y gastronómicos vayan en otra dirección, sencillamente en ocasiones te da pena ver cómo desaparecen lugares en los que has pasado ratos felices. Pero a pesar de todo, la nueva Ledesma seguía siendo la vieja Ledesma, solo que aún mucho más agradable y llena de terrazas.

Por una de esas injusticias de la vida según la cual los cabrones solemos tener más suerte que las gentes honradas, encontré libre una mesa y me senté en ella, para tomarme una cerveza mientras esperaba a Andrés Caballero. Debía tener el despacho cerca o estaba ansioso por verme, ya que llegó incluso antes de la hora en la que nos habíamos citado. No nos conocíamos en persona, pero evidentemente él sí sabía quién era yo, porque acercándose hasta donde me encontraba sentado me alargó su mano presentándose.

Era, como había supuesto, un chaval joven, con pinta de haber salido de la Escuela de Práctica Jurídica ese mismo año. De hecho, su cara me sonaba de haberle visto por los pasillos de los juzgados, acompañado por lo general por un viejo procurador y por algún que otro abogado de uno de los más importantes bufetes de la villa. Supuse que estaría haciendo prácticas en él y, mientras tanto, se sacaría algunos eurillos participando en el turno de oficio.

—Es un placer conocerle, señor Zugasti —me dijo tras presentarse—. He oído hablar mucho de usted y todo en tono elogioso, por supuesto.

El chaval apuntaba maneras. Por lo menos sabía hacer la pelota y mentir con elegancia. Si era verdad que había oído hablar de mí, lo que no me tragaba es que lo que hubiese escuchado fueran, precisamente, loas y alabanzas, pero como en el fondo soy un poco vanidoso, acepté sus palabras con agradecimiento y cierta displicencia. Sí, el chaval prometía. Con un buen entrenamiento podía llegar a convertirse en un auténtico hijo de puta. Una pena que en esos momentos no necesitara más becarios en mi despacho, le habría contratado sin la menor dilación.

Tras responder con la convencional e hipócrita frase de que «el gusto es mío» y preguntarle qué deseaba tomar, a lo que me respondió que «un agua mineral, sin gas, gracias», con lo que decidí mentalmente despedirle sin indemnización alguna, pese a que ni siquiera había llegado a contratarle, le expliqué el motivo de mi llamada.

—La hija de don Aurelio Mentxaka me ha contratado para que lleve su defensa y como tú le has asistido en su declaración ante el juez, me gustaría saber qué opinas del asunto.

Andrés Caballero pareció aliviado al saber que no iba a tener que continuar llevando el asunto, pero me comentó que era muy poco lo que podía decirme.

—El señor Mentxaka ha aceptado los hechos delante de Su Señoría y no ha puesto ninguna excusa ni ha explicado los motivos de su acción. Ha dicho que eso no tenía la menor importancia, que lo ha matado y punto, que reconoce su autoría y, por tanto, que entiende que debe pagar por ello.

—¿No has notado nada raro en su declaración?

—¿Raro? No, nada. Bueno, es cierto que no es habitual esa actitud, la mayoría de los detenidos suelen decir que son inocentes, que todo se debe a algún error o conspiración en su contra o, al menos, intentan justificar de algún modo sus acciones. Desde ese punto de vista sí que puede parecer algo rara su declaración, pero sin más.

Sin más. Así, con dos cojones, como cuando yo de adolescente le contestaba a mi padre siempre que me preguntaba dónde y con quién había estado: sin más. Empecé a pensar que no iba a hacer carrera en la abogacía. Ser un hijo de puta era un punto a su favor, eso estaba claro, pero ser un cretino que contestaba «sin más» a una pregunta y bebía agua mineral eran dos puntos en contra. Resultado: menos uno. En fin, quizás algún día el chavalín acabaría espabilando, pero no iba a ser yo quien le desasnara. Además, aunque daba la impresión de que estaba ansioso por colaborar conmigo, aún no me había dicho nada interesante o que no supiera de antemano.

—Y en tu opinión, ¿estaba diciendo la verdad?

Pese a que había acudido a nuestra cita con la evidente intención de causarme buena impresión, Andrés Caballero no pudo evitar mostrar su sorpresa enarcando las cejas ni disimular que el tema empezaba a aburrirle.

—Sí, claro —contestó finalmente—. ¿Por qué iba a mentir e inculparse de un crimen que no había cometido?

Decididamente el tipo estaba muy verde. A mí, así de repente, se me ocurrieron unos cuantos centenares de motivos para actuar de esa manera, pero no le dije ninguno. Si necesitaba clases particulares para aprender a ser un buen abogado, que las pagara.

—No lo sé, te estoy preguntando tu impresión, nada más.

—Ya, entiendo. Pues la verdad es que creo que decía la verdad.

Dos veces la palabra «verdad» en la misma frase. Parecía mentira, me dije mentalmente haciendo un ingenioso juego de palabras, aunque no se lo transmití, seguramente no lo habría entendido. Si era así de locuaz y expresivo cuando tuviera que pronunciar sus conclusiones finales en un juicio, lo llevaba jodido, muy jodido. Además, se le notaba a la legua que estaba improvisando, que en ningún momento había pensado, ni había tenido interés en hacerlo, en si Aurelio decía la verdad o mentía cuando declaró ante el juez ser el autor del asesinato del desconocido que de momento, en las diligencias judiciales, aparecía identificado como «Txomin».

Me despedí de él agradeciéndole su colaboración y Caballero, en contrapartida, me dio una tarjeta en la que aparecían su nombre, teléfono, dirección de correo electrónico y, sobre todo, el del prestigioso bufete en el que seguramente trabajaba *gratis et amore*. Le dije que la conservaría mientras buscaba, como buen ciudadano que soy, una papelería donde tirarla. Pero finalmente lo pensé mejor y la arrojé al suelo. Quizás algún desgraciado necesitado de un abogado inepto la recogería y se animaría a llamarle. Yo soy así, me gusta hacer buenas acciones aunque sepa que nadie me las va a agradecer.





Basauri es un población de Bizkaia en la que confluyen los ríos Nervión e Ibaizabal, compuesta por veintiocho barrios vecinales subdividida en quince distritos oficiales, lo que no está nada mal para sus 7,01 kilómetros cuadrados y sus 41 768 habitantes, según el censo de 2014, aunque me imagino que desde entonces habrá habido unos cuantos fallecimientos y algún que otro natalicio, incluso algún desahucio de esos que obligan a la gente a irse del pueblo y buscarse la vida en otra parte, en el dudoso caso de que eso sea posible. Es un pueblo bastante normal, por otra parte, que según soplen los vientos electorales es gobernado por un alcalde nacionalista o por un regidor socialista, y que limita con otros pueblos como Etxebarri, Arrigorriaga, Galdakao, Zaratamo y Bilbao. Todo esto no es un alarde cultural por mi parte, lo admito, sino una pequeña muestra de que sé utilizar Google y la Wikipedia con soltura y desparpajo. Y hasta cierto punto una manera un tanto aséptica y objetiva de ir al meollo del asunto. Y es que Basauri es conocida, sobre todo, porque allí se encierra a los malos, a veces por pocos meses o en ocasiones por temporadas más largas, en las que disfrutan de la hospitalidad del estado que les provee de lecho y comida a cambio del pequeño inconveniente de estar encerrados entre cuatro paredes y como recompensa por haber cometido algún que otro acto de esos que están castigados por el Código Penal. Resumiendo, aunque seguramente no hace falta porque todo el mundo lo habrá entendido, en Basauri se encuentra la prisión de Bizkaia y allí me dirigí la mañana siguiente del día en que Aurelio Mentxaka llegó en calidad de huésped preferente a ese hotel tan especial.

La verdad es que acercarse allí impresiona. No es que sea uno de esos sitios truculentos que nos muestran en las películas, ni había una tormenta de rayos y truenos sobre las garitas de vigilancia. Tampoco se encuentra uno rodeado de verjas de alambre custodiadas por tipos rubios, con cara de mala hostia, metralleta al hombro, largas gabardinas y una esvástica impresa en la manga, no, nada de eso. Lo que impresiona es algo tan sencillo como el saber que quienes permanecen allí dentro están excluidos de algo tan importante para el ser humano como es la libertad.

En más de una ocasión mis enemigos, e incluso quienes se consideran, por motivos que ni yo mismo comprendo, mis amigos, me han vaticinado que algún día yo también acabaré recluido entre esos muros. Espero que se equivoquen. Además, en todo caso, un tipo como yo debería ser ingresado en Soto del Real, no en Basauri, que hasta en eso de la delincuencia hay clases y prisiones más glamorosas que otras. No es lo mismo ser compañero de celda de un financiero excesivamente ambicioso, de un político corrupto o de algún que otro dirigente de la patronal caído en desgracia, que de un yonqui que ha atracado una gasolinera, un muerto de hambre que ha robado su exigua pensión a punta de navaja a una entrañable ancianita o de un gilipollas que mató a su mujer porque era suya y luego se emborrachó con los colegas, bebiendo vino peleón en tascas infames, para celebrarlo.

Para su desgracia, el padre de Karmele pertenecía al segundo grupo de ciudadanos, no al más exquisito de ellos, así que sus huesos habían acabado en Basauri. Lógico, por otra parte, tras haber confesado dar muerte a una persona sin motivo aparente alguno. Así que, tras hacer las correspondientes gestiones, me planté en la prisión y le expliqué al funcionario encargado de atenderme que disponía de una autorización para hablar con uno de los reclusos, Aurelio Mentxaka Iribarren.

—Ah, sí, el pobre desgraciado que trajeron antes de ayer. ¡Y pensar que parece una mosquita muerta! En este mundo no hay que fiarse de nadie —comentó tras examinar los papeles que le mostré y antes de conducirme a la sala en la que iba a efectuarse la entrevista.

No es que no estuviera de acuerdo con su filosofía de la vida, que en cierto modo se asemejaba mucho a la mía, pero preferí callarme antes de darle más confianza a quien, pese a poder tener razón, como ya he admitido, se había tomado unas confianzas que me parecían intolerables. Supongo que el tipejo pensaría de mí que era uno de esos abogados estirados que miran a todo el mundo por encima del hombro, y no estaría equivocado, pero eso a mí me importaba un huevo. Es cierto que como solía repetir mi padre, y a él se lo había dicho mi abuelo, «hay que tener amigos hasta en el Infierno», pero yo ya tenía los contactos necesarios en ese infierno, y mucho más elevados, como para preocuparme por si caía simpático o antipático a ese botarate.

Aurelio Mentxaka, pese a haber trabajado toda su vida como albañil porque incluso cuando creó su propia empresa no dejó de currar de sol a sol como cualquiera de sus trabajadores, no había sido nunca un hombretón. Estaba siempre en forma, eso sí, y en su cuerpo jamás hubo un gramo de grasa, lo que le proporcionaba un aspecto de luchador enjuto, de campeón de boxeo de los pesos ligeros. Ahora, sin embargo, lucía una inmensa barriga, de esas que no da la sensación de construirse a base de beber más cervezas que en la *Oktoberfest* sino a problemas de salud mientras que su cara, por el contrario, parecía haberse contraído a la mínima expresión y sus mejillas le daban el aspecto de ser el hombre más escuchimizado del mundo. Pero lo peor eran sus ojos, unos ojos que daban la sensación de estar inmensamente vacíos. Por unos momentos incluso fantaseé con la idea de que no me estaba mirando a mí, sino que veía más allá de mi persona, como si mi cuerpo fuera transparente. Pero sí que se había dado cuenta de mi presencia, como comprendí cuando cogiendo su teléfono me habló con una voz casi inaudible, aunque intentaba, sin conseguirlo, aparentar firmeza.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, Markel? —Por lo menos me había reconocido, aunque diera la impresión de que verme no había constituido para él un placer inenarrable.

—Yo también me alegro de verle, don Aurelio —le contesté con la mejor de mis sonrisas, lo que no me costó mucho, una de las cosas que se aprende enseguida en este oficio es que hay que sonreír a troche y moche, aunque el receptor de tu sonrisa,

sobre todo si es colega, sepa que estás fingiendo—, a pesar de las circunstancias.

El gesto de Mentxaka se dulcificó un poco al escuchar mis palabras, aunque seguía como ausente, pese a que no era el momento más adecuado para dedicarle el poema escrito por Pablo Neruda. «Me gusta cuando callas porque estás como ausente...». Menudo cabrón estaba hecho el Neruda. Con palabras muy finas, por supuesto, y con eso que llaman hálito poético y no sé cuántas memeces más, pero el caso es que le estaba diciendo a su mujer, o a la mujer a la que dedicó el poema, que se callara y dejara de darle la tabarra con estupideces del tipo de que si no ganas lo suficiente para mantener la casa, que si bebes demasiado, que si el otro día te fuiste de parranda con los amigos, que si el niño ha suspendido tres asignaturas, que si te pasas todo el día vagueando y escribiendo chorradas que nadie en su sano juicio lee. Y él, hala, a decirle que se callara de una puta vez, mientras se dedicaba a escribir con una pluma de ganso o algo así. «Me gusta cuando callas». Joder, y a todos. Solo que a él le dieron el Premio Nobel y de los demás dicen que somos unos cerdos machistas.

En fin, tampoco es un tema que me interese demasiado. De hecho aprobé Literatura en el colegio porque mi padre era un antiguo y querido exalumno que, cuando lo necesitaban, trabajaba gratis para los profesores, así que me ceñí a la ausencia que en esos momentos me interesaba, la que parecía mostrar Aurelio Mentxaka.

—Siento lo que te he dicho antes, hijo —pareció salir de su letargo, aunque su expresión continuaba igualmente vacua—, y no creas que no te agradezco todo lo que has hecho por nosotros —según parece Karmele no le había contado cómo había intentado cobrarme mis buenos oficios profesionales, lo que extrañamente me alegró —, pero sinceramente no sé qué es lo que estás haciendo aquí. Además, creo que ya tengo un abogado, pagado por el gobierno. Yo, como ya sabes, no puedo costearme uno por mi cuenta. Ya sé que la vez anterior trabajaste para mí desinteresadamente —si hubiese sido un tío de esos proclives a sentir vergüenza me habría puesto rojo como un tomate al escuchar esas palabras—, pero entiendo que eso no puede ser así siempre, no se puede vivir toda la vida de prestado.

Miró al infinito soñadoramente, como si al pronunciar sus últimas palabras «toda la vida de prestado», rememorara la anterior vida que tuvo con sus seres queridos, su hija Karmele, de la que siempre decía que era la luz de sus ojos, o su mujer Mari Carmen, su compañera de toda la vida, a la que un cáncer traicionero (¿hay alguno que no lo sea?) se la llevó demasiado joven. Aurelio y su familia, lo sé porque los conocí, vivieron días felices, muy felices, pero el mundo es así y como decía uno de los profesores que tuve, no en la facultad sino en la vida, hay que tomar todo lo que podamos y el que venga detrás que se joda.

—Por eso no se preocupe —respondí finalmente—. Me ha contratado Karmele, que se hará cargo de todo —vaya que si se hará cargo, pensé relamiéndome de gusto, aunque instantáneamente me arrepentí, lo que no dejó de preocuparme. No me había esforzado y trabajado tanto en la vida para acabar siendo un tipo decente, vulgar y

ordinario como la mayoría de mis conciudadanos que jamás saldrán de pobres gracias a esas apreciadas cualidades.

—¿Karmele? —me preguntó ansioso. Por primera vez pude observar una chispa de vida en sus ojos—. ¿Cómo está ella, cómo está mi pequeña?

—Pues cómo va a estar, destrozada —sabía que estaba siendo cruel con Aurelio, pero no era el momento de andarse con medias tintas—. Aún no es capaz de asimilar que su padre es un asesino.

—Y no lo soy, no lo soy. Por Dios, Markel, dile que su padre no es un asesino, que no lo es.

—Entonces. ¿Todo es un error? ¿No cometió el crimen de que se le acusa?

—Sí, sí, lo maté, pero..., es que es difícil, muy difícil de explicar. Lo maté, sí, pero no soy un asesino. Eso quiero que lo tenga muy claro Karmele, su padre no es un asesino.

Cuando uno lleva años toreando en este ruedo aprende a distinguir la verdad de la mentira, si quiere sobrevivir y no recibir más cornadas de las necesarias. Es cierto que siempre puede haber gente más hábil que tú y colarte una mentira, pero con el tiempo, como ya he dicho, es difícil que eso ocurra. Y, desde luego, Aurelio Mentxaka no era un hombre capaz de endilgarme una trola sin que yo me diera cuenta. Por eso me extrañó que tanto cuando me decía que no era un asesino, como cuando afirmaba que había matado al hombre conocido como Txomin, fuera sincero. Algo no encajaba ahí, y sinceramente, nunca me han gustado las cosas que no encajan. Es una manía que viene de la época de mi infancia, cuando mi madre se empeñaba en regalarme *puzzles* porque decía que eran juguetes educativos, cuando a mí lo que me gustaban eran los juguetes no educativos, balones de fútbol, ametralladoras de plástico de colorines, coches eléctricos teledirigidos y todo ese tipo de cosas que hacen feliz a un niño, independientemente de su origen, clase social, sexo o religión, como sabiamente establece la constitución española.

—Vamos a ver, Aurelio —empezaba a perder la paciencia—. ¿Mató usted al hombre llamado Txomin o no le mató?

—Sí, lo hice —lo reconoció escuetamente, y supe que estaba diciendo la verdad.

—Entonces, lo mire como lo mire, usted es un asesino.

Se encogió de hombros antes de volver a decirme, con un hilillo de voz, que seguramente yo tenía razón, pero que por favor le dijera a Karmele que él no era un asesino.

—Así lo haré —intenté mostrarme complaciente—, pero su hija no es tonta. Me preguntará de qué hemos hablado, leerá las diligencias judiciales o se informará directamente en el juzgado y la prisión y sabrá que usted ha dado muerte a ese hombre.

—Yo, yo —intentó hablar, pero de repente se echó a llorar. Nunca me han ablandado las lágrimas de las mujeres, sé que es un arma psicológica que utilizan con profusión y siempre he estado preparado para contraatacar, pero ante las lágrimas de

un hombre, concretamente de ese hombre, de repente me sentí inerme.

—Tranquilo, Aurelio, tranquilo —intenté calmarle—. Supongo que cuando dice usted que no es un asesino, se refiere a que seguramente tenía motivos más que suficientes para matarlo, que el tal Txomin se merecía morir —en principio, tras examinar las diligencias judiciales efectuadas hasta el momento, el hombre lo tenía muy jodido, pero igual por ahí encontraba algún resquicio, algún atenuante que utilizar cuando llegara el momento de la vista oral y las conclusiones definitivas.

—Nadie merece morir, creo que alguien como tú debería saber eso perfectamente —de repente Aurelio Mentxaka se irguió y volvió a mostrarse como el hombre digno que yo siempre había conocido. En cierto modo era como para descojonarse, que un tipo que acababa de reconocer que había matado a otro intentara darme lecciones de ética y moral.

—En ese caso, ¿por qué le mató?

«Ahí te he pillao, bacalao», pensé para mis adentros, pero la respuesta me dejó igual que antes de empezar a hablar con Aurelio o peor.

—Si te digo que no lo sé, ¿me creerías?

—No, ni yo ni nadie. Independientemente de la valoración penal o moral del acto, nadie mata a otra persona así, sin más ni más, sin motivo, salvo que estemos hablando de un psicópata, de una mente enferma.

—Quizás sea esa la razón, que soy un psicópata, una mente enferma —por unos breves instantes algo parecido a una sonrisa surcó sus labios, como si así considerara que me iba a poner contento y dejarle en paz.

Llegado el caso, y seguramente llegaría, intentaría aferrarme ante esa posibilidad para intentar salvarle lo mejor posible del naufragio al que estaba abocada su singladura judicial, pero yo sabía que Mentxaka era un hombre sereno y cabal, capaz de distinguir el bien del mal y, al menos hasta hace un par de días, incapaz de matar a una mosca. Y como lo pensé se lo dije.

—Así que ya lo ve, a mí no me engaña. Algún motivo lo suficientemente poderoso tuvo que tener para matarle y más le vale decírmelo cuanto antes si quiere que le pueda defender en condiciones.

—De acuerdo, había una razón, pero qué más da. Es mi secreto y me lo pienso llevar a la tumba. Lo siento mucho, Markel, pero es así, y me desagradaría que insistieras en ello. ¿Acaso no te has dado cuenta de que no quiero que me defiendas, que no quiero que nadie me defienda? He matado a un hombre y debo pagar por ello, es la ley y así debe ser —por primera vez desde que empezó nuestra conversación parecía enojado.

—¿Puede decirme, al menos, qué hacía en aquel piso de Indautxu? ¿Y de qué conocía al hombre que asesinó?

—No, no recuerdo nada, lo siento. La edad, ya sabes.

—Entonces, debo suponer que irían a ese piso a follar, ¿no? Usted le haría proposiciones deshonestas, llegarían a un acuerdo en el precio y quizás a la hora de la

verdad fue él quien quiso metérsela en lugar de limitarse a aceptar pasivamente sus arremetidas, y de ahí que ofuscado le pegara un tiro en la nuca. ¿Me equivoco?

Por supuesto que me equivocaba. Mentxaka era un hombre de la vieja escuela que no entendía ciertas cosas. En su juventud fue un aguerrido sindicalista, uno de esos luchadores anónimos que contribuyó a traer la democracia, pero que se había criado con una mentalidad en la que ciertas tendencias no encajaban. No es que fuera homófobo. De hecho, aunque esto último es tan solo una suposición mía, seguro que si el sindicato o el partido le hubiesen pedido su firma para acabar con las discriminaciones por motivos de preferencia sexual, habría firmado sin poner la menor objeción el manifiesto correspondiente, pero aun así, esas cosas de maricones..., sería todo lo legal y democrático que fuese, pero no acababa de entenderlas. Por eso se lo dije, para intentar provocarle, aunque sin éxito.

—Sí, has acertado. Eso es lo que sucedió, exactamente como acabas de decirlo — me contestó, riéndose de mí a la cara.

—Pues menuda sorpresa se van a llevar en el barrio. Sobre todo en el «Astorkiza» —ese era el nombre del bar en el que durante cuarenta años, sin faltar ni un día, echó su partida de cartas—. Cuando se entere más de uno de que su pareja de mus era un auténtico mariconazo, se van a pegar tal susto que se tragarán el puro sin darles tiempo siquiera a apagarlo.

Por unos momentos creí que le había dado de lleno en su línea de flotación, pero pronto se recompuso y me dijo que le daba igual.

—Total, ya no voy a tomar nunca más vinos en el «Astorkiza». Ni en ninguno más, para mí se acabó el poteo.

En sus palabras había un deje de tristeza solo comparable a la vislumbrada cuando me hablaba de su hija Karmele. Pero también había firmeza en su decisión. Había tomado la de callarse, y de momento, y seguramente tampoco en el futuro, nada ni nadie le haría cambiar. Quizás la propia Karmele, pero no estaba muy convencido de ello.

Se me iba acabando el tiempo, además no parecía que pudiera sacar nada más en claro, así que me despedí diciéndole que intentaría hacer lo que estuviese en mi mano para aliviar, en lo posible, su situación y preguntándole si necesitaba que le trajera algo o que hiciera algo por él.

—No, no necesito nada, aquí tengo todo lo que quiero —no parecía haber ironía en sus palabras—. Tan solo que le repitas a Karmele que la quiero, que junto a su madre es lo mejor que me ha pasado en el mundo. Y que aunque soy consciente de que es muy difícil entenderlo, ya que he admitido que he matado a un hombre, dile por favor lo que te he pedido al principio de esta entrevista, que no soy un asesino.

Volvía a tener los ojos llorosos, así que primero asentí en silencio a sus palabras y cuando volvió a pedírmelo, lo hice de viva voz.

Iba ya a marcharme cuando de repente me pidió que volviera. El funcionario de prisiones que acababa de indicarnos que nuestro tiempo se había acabado estaba

dando muestras evidentes de impaciencia, pero aún no debía estar del todo endurecido porque cuando observó el rostro demudado e implorante de Aurelio nos dijo que bueno, que nos daba otros dos minutos, «pero ni uno más, ¿eh?», añadió.

Como si temiera ser escuchado por otros oídos, me habló en un tono muy bajo, pero fue lo suficiente como para enterarme de que no quería que Karmele le visitara y que, si lo hacía, se negaría en redondo a recibirla. Por último me pidió que le dijera a su hija que tenía que buscar algo importante, muy importante, que había guardado en uno de los cajones del armario del salón, dentro de una carpeta.

—No tiene nada que ver con que esté aquí —me lo enfatizó de tal modo que no pude dejar de pensar que estaba mintiendo—, pero es importante, muy importante. Si me haces este favor —añadió—, te lo agradeceré toda mi vida.



Desde el primer momento he admitido que no soy un dechado de virtudes. Incluso, según algunas personas que presumen de conocerme a fondo, no poseo ni siquiera una virtud. Una injusta mala fama que, por otra parte, y por esas circunstancias sorprendentes de la vida, ha contribuido a mi éxito como abogado ya que los posibles clientes están convencidos, y no sin razón, y sobre todo con buenas razones, es decir, con la pasta por delante, que cuanto más cabrón sea mejor les defenderé en los juzgados e incluso fuera de ellos. ¡Qué le vamos a hacer!, yo soy así y nunca cambiaré, como creo que decía una antigua canción de Alaska. Y si no decía exactamente eso, al menos decía algo parecido.

Como soy de los que piensan que el cielo y el infierno están aquí, en el planeta tierra, tampoco me he preocupado nunca por las consecuencias de mis actos cuando llegara el hipotético, y espero que lejano, día de mi fallecimiento, pero tenía una amiga que estaba todo el santo día hablándome del karma. Que si el karma por aquí, que si el karma por allá. Solo le aguantaba porque al parecer su propio karma, o sus chakras o la Biblia en verso, que con estas locas nunca se sabe de qué estamos hablando, le había debido decir que acostarse conmigo era algo saludable y beneficioso para su espíritu. Y como la chica, aparte de estar loca, estaba también francamente buena, pues karma por aquí, karma por allá, y a follar, que son dos días. Que esa sí que es una filosofía con la que estoy completamente de acuerdo y no con la de esos pesados de Sócrates, Platón y Aristóteles con los que me torturaban en el bachillerato. Incluso hubo un tío, Heráclito creo que se llamaba, que hay que tener un par de huevos para poner a un hijo ese nombre por muy griego que se sea, que afirmaba que es imposible bañarse dos veces en el mismo río. ¿Y qué hacía entonces el cabrón cuando quería quitarse la mugre que seguramente, como buen filósofo que era, tenía constantemente adherida a su persona? ¿Cambiar de ciudad y buscarse otro río? Hombre, en ese caso quizás habría que admitir que el tal Heráclito era un hombre viajado. Gilipollas en extremo, pero viajado.

Todo esto venía a cuento, y es que admito que en ocasiones, como buen abogado que soy, tiendo a irme por las ramas, por lo que he dicho antes del karma. Según mi amiga la loca, a la que perdí hace tiempo de vista y de cuyo nombre no puedo acordarme, aunque no fuera de La Mancha ni se llamara Dulcinea, el karma es algo así como una especie de ley cósmica según la cual todo tiene causa y efecto. Es decir, y para no ponernos trascendentes, si tú eres, como ocurría en mi caso, un cabrón con espolones, seguramente en tu próxima reencarnación volverás al mundo convertido en cucaracha. De hecho mi Dulcinea, ya he comentado que ese no era su nombre, pero de algún modo tengo que llamarla, estaba convencida de que aparte de follar como los ángeles yo era ya, en esta reencarnación actual, una auténtica cucaracha. O peor, un piojo o una garrapata, lo que no me importaba mientras se me siguiera abriendo de piernas. Por lo demás, sus opiniones dejaron de importarme del todo

cuando se recluyó en algún centro budista del Tíbet donde seguramente alguno de esos tipos calvos vestidos perennemente con túnicas de color azafrán se habrá olvidado del nirvana para siempre al caer en la tentación de placeres mucho más mundanos y agradables que hacer girar constantemente la rueda de plegarias.

El caso es que al día siguiente de haberme entrevistado con Aurelio Mentxaka en la prisión de Basauri, no me quedó más remedio que acordarme del puto karma. No es que hubiese amanecido convertido en cucaracha como le pasó a un tío famoso, un tal Goyo Sansón<sup>[1]</sup> o algo así, pero lo hubiese preferido.

Lo más curioso de todo es que el día había amanecido bien. Lucía un sol radiante y yo me encontraba vestido con un impecable chaqué, no de esos que se alquilan para ir a las fiestas de disfraces o trabajar de camarero en un cotillón de fin de año, sino uno hecho a medida, que realzaba mi apostura natural y mis refinadas facciones. Me encontraba en la entrada de la Basílica de Begoña, esperando la limusina de la que se bajó Karmele, que lucía un elegante vestido blanco de novia, sobrio, sencillito y señorial mientras sus delicadas manos, enfundadas en unos níveos guantes (o sea, blancos, para los que no aprecien la poesía subyacente en mis últimas palabras), sostenían un ramo de flores. No sé si eran rosas, claveles, orquídeas o de otro tipo, ya que mis conocimientos sobre horticultura son muy deficientes, pero de que se trataba de un ramo de flores no me cabía la menor duda.

Poco después entramos en la Basílica, yo de la mano de la mujer del Lehendakari (como mi madre había fallecido hacía unos cuantos años y, por lo tanto, no podía ejercer de madrina ni aunque la hubiera momificado el mismo artista que hizo lo propio con el cadáver de Juan Domingo Perón, necesitaba que la sustituyera alguien a la altura de mi posición económica y social) y Karmele de la de su padre, Aurelio, que desentonaba bastante con su ajado traje de pana bajo el que se adivinaba, en lugar de las preceptivas camisa y corbata, un grisáceo traje de presidiario. Supuse que le habrían dejado salir de la cárcel para poder asistir a tal magno evento, aunque yo habría preferido que mi futuro, bueno, más que futuro inminente suegro, hubiese seguido alojado entre los muros del centro penitenciario en el que estaba recluido.

El sacerdote también desentonaba algo, porque en lugar de ser el cardenal primado de Toledo o el presidente de la Conferencia Episcopal Española, ni siquiera el propio obispo de Bilbao, era un cura obrero con el que había tenido en el pasado alguna que otra discusión a cuenta de una empresa a la que no le quedó más remedio, para incrementar sus beneficios, que despedir al noventa por ciento de los trabajadores. Pero como no era el momento de recordarle su grosera actitud cuando en lugar de decirme que acabaría en el Infierno, que además de ser lo propio de un cura no me hubiese acojonado lo más mínimo dada mi condición de ateo practicante, me aseguró que como a todo cerdo a mí también me llegaría mi San Martín, decidí no oponerme a que celebrara la boda. Y eso que en su momento estuve tentado de poner el caso en manos de alguna asociación de protectores de los animales, por lo del cerdo y su San Martín, claro, pero como la mayoría de sus componentes son igual de

rojos y ácratas que el cura en cuestión, opté por dar por zanjado el asunto. Eso sí, sin readmitir ni a uno solo de los trabajadores justamente despedidos.

De todos modos el cura era un profesional de lo suyo, porque incluso ofició la misa en latín, lo que me agradó profundamente no solo por ser un auténtico partidario de las más inútiles tradiciones del país, sino porque de ese modo no me enteré de las chorradas que, con toda seguridad, estaba diciendo el bueno del oficiante. Aunque cuando ya estaba a punto de declararnos marido y mujer decidió salirse del guión y preguntar eso de «si hay alguien que se oponga a este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre».

He asistido a muchas bodas, es lo que ocurre cuando la mayoría de tus amigos o familiares son unos gilipollas románticos irrecuperables, pero jamás había escuchado de boca de un cura esa expresión al parecer tan típica en las películas americanas. Y justo se le tuvo que ocurrir pronunciarla al sindicalista ese de los cojones. En fin, tampoco era cosa de darle mucha importancia hasta que de repente oí una voz que pese a ser propia de un bajo correspondía a una mujer, a una mujer que yo conocía perfectamente, a la funcionaria de la Administración de Justicia Laura Santolalla.

—Yo sí, yo me opongo —dijo con ese tono de voz que no solo pudo oírse en el santuario dedicado a la Virgen de Begoña sino que seguramente debió escucharse también en el Vaticano, allá en la lejana Roma.

En un primer momento el mismo cura quiso echarla de la basílica, pensando que se trataba de una broma de cámara oculta y que alguien había metido en el sagrado lugar un paquidermo a través del que hablaba un ventrílocuo, pero no, era ella, la excelsa veterana Laura Santolalla, superviviente de cien mil batallas y al parecer dispuesta a pelear para ganar también esta guerra.

—¿Y se puede saber qué motivos aduce para oponerse al himeneo que estamos intentando celebrar? —preguntó, bastante mosqueado por la interrupción, y muy en plan profesional, el sacerdote, que por primera vez desde que se inició la ceremonia empezó a mirarme con cierta simpatía y compasión, pese a considerarme un servil lacayo del capitalismo salvaje, cosa en la que llevaba toda la razón del mundo, no me queda más remedio que aceptarlo humildemente.

—Que ese cabrón —refiriéndose a mí, evidentemente—, me ha dejado embarazada.

Intenté reaccionar diciendo algo así como que habría tenido que ser el Espíritu Santo, como en un famoso caso ocurrido hace algo más de dos mil años en los que una virgen se quedó embarazada, ya que nadie en su sano juicio podía pensar que la buena de Laura hubiese llegado a pillar cacho, como dice la gente soez y ordinaria, pero mis palabras no fueron muy del agrado del cura, que sería muy progresista el tío, pero que en ciertos temas mantenía una estricta ortodoxia.

—De santo, nada, y de espíritu, menos —rebufizó más que habló Laura—, que esto no me lo ha podido hacer un espíritu, sino alguien de carne y hueso. Y menudo hueso —suspiró, consiguiendo que todas las miradas, sobre todo las del sector

femenino de invitados a la boda, convergieran en el «hueso» que tenía entre las piernas. Incluso hubo algún imbécil, un resentido social sin duda, que comentó en voz baja, pero suficiente para que se oyera dentro del sepulcral silencio que se había originado en la basílica, que «no parecía que fuera para tanto». ¡Gilipollas de mierda!

Olvidando la ofensa que acababa de recibir por parte de ese desconocido pazguato, esta gente siempre se oculta en el anonimato, intenté razonar con Laura diciéndole que seguramente todo se debía a un error.

—¡Ah, sí! ¿Esto es un error?

Sin preocuparse del lugar en el que se encontraba se despojó de la bata que llevaba encima y se quedó como Dios la trajo al mundo. Bueno, no exactamente, ya que hubiese sido el primer caso en el mundo en que un bebé llegara con doscientos kilos de peso, gramo más o gramo menos. Y de que estaba embarazada no había ninguna duda, salvo que se hubiese tragado en ese momento una cría de elefante y todavía estuviese pateando la pobre infeliz dentro de su vientre.

—De trillizos —se puso a gimotear y llorar—. Ese cabrón me ha dejado embarazada de trillizos.

De repente comprobé que las miradas de todos los invitados se centraban en mi persona, en su inmensa mayoría con un inequívoco gesto de dureza y unas cuantas, correspondientes por lo general a colegas a los que en alguna que otra ocasión, o en muchas ocasiones incluso, había puteado, con evidente regocijo.

Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo y ni siquiera cuando me desperté, y comprobé que todo había sido una pesadilla, dejé de sudar. Porque el motivo de que hubiese escapado de ese sueño tan horrible había sido el incesante pitido de mi teléfono móvil, que me avisaba de que alguien estaba intentando ponerse en contacto conmigo. Cuando casi a ciegas, pero agradecido por la interrupción, cogí el aparato, mi sudor se hizo más intenso, porque el nombre que aparecía en la pantalla era, precisamente, «Laura-Juzgado». Di a la tecla roja para cortar la comunicación y me dirigí, como un zombi, a la ducha. No solo para despojarme del sudor que se había extendido por todos los rincones, incluso los más ocultos, de mi persona sino para intentar despejarme y cargarme de valor antes de contestar a la llamada, porque de una cosa estaba seguro, mi funcionaria favorita no dejaría de llamar hasta conseguir que cogiera el teléfono.

La ducha me despejó el cuerpo, pero no la cabeza. De hecho me tomé tres aspirinas, así, a lo bestia, para ver si el inicio de migraña que empezaba a sentir se me iba. Porque el episodio onírico de los trillizos que Laura me atribuía, sin ser algo que pudiese calificarse como agradable, más bien al contrario, como totalmente horrible y terrorífico, no era lo peor. Lo que auténticamente me tenía desconcertado y despavorido de mi sueño es que estaba dispuesto a casarme con Karnele, y no solo eso, sino que cuando la miré, ya delante del cura, puse una cara de bobalicón como las que aparecen en las fotografías del empleado del mes de los supermercados norteamericanos. ¿Casarme yo? ¿Y encima estar feliz y contento? De eso nada, no

había defendido a viento y marea mi soltería durante años para acabar uniéndome de por vida, o hasta que llegue un divorcio en el que me desplumen por completo, con una mujer, por buena que estuviera e inteligente que fuera, como era el caso de Karmele. Entonces, ¿por qué mi subconsciente me había hecho esa putada?

De acuerdo con que la tía estaba como un tren, y que desde que empezaron a salirle las tetas deseé tirármela. Incluso acepto que intenté conseguirlo gracias a mis malas artes sin obtener resultados, y que cuando, hacía pocos días, por fin se me entregó me quedó un regusto amargo, como si no me hubiera comportado decentemente, lo que si se piensa bien se ajustaba bastante a la realidad, pero de ahí a enamorarme... O a querer casarme... Quizás solo estuviera encoñado con ella y nada más. Eso es sano, bueno para el cuerpo y para el espíritu. Pero de repente me vi en un chalé adosado de dos plantas, con un coche familiar en el garaje, un triciclo tirado en el *hall*, un par de niños regordetes y rubios con la cara pringada de chocolate que me daban un beso poniéndome perdido, y una señora, que se parecía a Karmele con unos cuantos años más diciéndome que acababa de contratar por Internet un apartamento para pasar las vacaciones en Benidorm y llamándome por el tierno apelativo de «cari». Contemplé con ojos extraviados el café solo que me había preparado para despejarme y le eché una buena chorretada de coñac.

Gracias al coñac conseguí entonarme y volver a ser, hasta cierto punto, yo mismo. Porque, para qué engañarme, me di cuenta de que un poquito, solo un poquito, sí que me estaba enamorando de Karmele. Pero bien mirado, no era tan preocupante. En cuanto consiguiera follármela tres o cuatro veces más me ocurriría como me había ocurrido en otras ocasiones, que acabaría aburrido de la tía y podría, por fin, dedicar mis energías a cosas más productivas. Como otras mujeres menos complicadas, por ejemplo.

Reconfortado por esos pensamientos decidí devolver la llamada, las múltiples llamadas, mejor dicho, que me había hecho Laura, aunque antes me desplazé hasta el bufete. No sabía de qué asunto querría hablarme, tenía varios con ella entre manos y no todos lícitos y edificantes, así que lo mejor era contactarla desde el trabajo, por si necesitaba consultar o, más probablemente, rebatirle algo.

Por si acaso la llamé a su móvil, y no tardó ni un segundo en responder. Una de dos, o el asunto era muy importante para ella o se trataba de algo con lo que podría joderme bien jodido. Con Laura nunca se sabe, lo mismo intenta —sin conseguirlo, obviamente— meterse en tu cama que te mira con el mismo desprecio que a una rata.

—*Egun on, maitea*<sup>[2]</sup> —fue lo primero que me dijo, y me eché a temblar. Teniendo en cuenta que Laura, cuando oía a alguien hablar en euskera, idioma que ella, al modo clásico, aún denominaba vascuence, era de las que se ponían en posición de firmes y exigían que se les «hablara en cristiano», cada vez que me saludaba en mi lengua vernácula sabía que tenía que empezar a temblar.

—*Egun on*, Laura —contesté—. Como siempre, es un placer hablar contigo —me alegré en esos momentos de que lo de la nariz de Pinocho fuese tan solo un cuento,

porque de ser algo real yo habría taladrado, en esos momentos, la pared de mi despacho con la mía y, seguramente, habría penetrado no en el despacho vecino, sino en el edificio contiguo—. Te habría llamado mucho antes, pero ya sabes que últimamente ando muy atareado.

—¿Muy atareado? —se rio la muy cabrona—. Sí, seguramente andarás atareado con esas rubias neumáticas que tanto te gustan. ¡Cuándo aprenderás a apreciar a las mujeres de verdad! —se supone que suspiró al decir eso último, pero no me habría extrañado nada que hubiesen temblado las sólidas paredes del Palacio de Justicia—. Tienes mucha suerte de que no sea una mujer celosa y esté dispuesta siempre a echarte una mano.

Sí, al cuello, pensé, pero me abstuve de comentarlo en voz alta.

—Lo siento en el alma, Laura, pero aunque me duela lo indecible tengo que recordarte que nuestro amor es imposible. Ya sabes cómo piensa mi padre y jamás consentiría que me uniera sentimentalmente a alguien que no tuviera ocho apellidos vascos —en realidad a mi padre le importaba un bledo con quien me emparejara, como si fuese con una nativa de Zimbabwe, pero como hacía poco tiempo había estado de moda una película sobre ese tema no pude sustraerme a la tentación de usarlo como excusa. Aunque por otra parte, mandaba huevos, por usar una expresión ministerial, tener que excusarme por no llevarme a la cama a una señora como Laura.

—Sí, viejo racista de mierda.

En esos momentos mi obligación filial me habría obligado a protestar, entre otras cosas porque mi progenitor sí era viejo, pero nunca había sido un racista de mierda. Eso sí, tenía el gran defecto, a los ojos de Laura, de que al contrario que su único hijo, jamás le había ofrecido dinero para agilizar una causa o para hacer algo que tampoco es excesivamente raro en los juzgados españoles, extraviar un sumario. Pero nuevamente opté por callarme y darle tácitamente la razón. Total, el aludido nunca se iba a enterar de lo que habíamos hablado.

—De todos modos —dije conciliador—, no creo que me hayas llamado para hablar de mi padre. Ni de las inexistentes rubias que según tu calenturienta imaginación me persiguen a todas horas, ya sabes que solo tengo ojos para ti —esto último no era ninguna mentira, porque cuando el desparramado cuerpo de Laura estaba delante de mí ni bizqueando al máximo era incapaz de ver algo que no tapara su inmensa masa carnal.

—Adulador, tú sí que sabes tratar a una chica —me respondió, riéndose a mandíbula batiente, esa mujer que según los rumores había dejado ya muy atrás su octava década—. Pero tienes razón, te he llamado para hablarte de cosas más serias. ¿Te vas a personar en el asunto del asesinato cometido por Aurelio Mentxaka?

—Sí, por supuesto. No solo me ha encargado su hija de su defensa sino que ayer le vi en prisión y obtuve su autorización para defenderle.

—Pues vete olvidándote del caso, cariño, porque no vas a ser el abogado defensor del señor Mentxaka.

—No lo entiendo —estaba sinceramente sorprendido—. ¿Ha puesto alguna objeción Su Señoría? —le pregunté refiriéndome, obviamente, al juez. Era un antiguo compañero de promoción al que le birlé en su momento una novia. Bueno, para ser sinceros, le birlaba todas las novias que se echaba, pero no era culpa mía, por lo menos, no del todo. Al fin y al cabo si yo era mucho más atractivo, simpático y adinerado que él, era lógico que las tías le abandonaran y se vinieran conmigo, ¿no? Guardarme rencor y ojeriza por aquellos leves pecadillos de juventud me parecía totalmente injusto.

—Su Señoría bastante tiene con encontrar una nueva botella de JB cuando se le ha acabado la anterior. Y es mucho mejor así, no quiero ni pensar lo que podría ocurrir si algún día, estando sobrio, se le ocurriese empezar a tomarse en serio su obligación de hacer justicia. Sería una auténtica hecatombe.

—Entonces, ¿a qué viene eso de que no voy a poder ejercer como abogado defensor de Aurelio Mentxaka? ¿Qué tipo de impedimentos hay? Porque como tú muy bien sabes, estoy colegiado y habilitado para actuar en cualquier juzgado y tribunal español, incluyendo al Supremo.

—Te creía más listo, cariño. Vamos a ver, ¿por qué un abogado deja de representar a un cliente?

—Hay varios motivos —le respondí como un alumno empollón—. Porque su cliente haya perdido la confianza en él, lo que no es el caso, porque no pueda pagarle, lo que sí sería el caso, pero como ya te dije en este asunto estoy trabajando desinteresadamente —hice caso omiso a sus estruendosas carcajadas, que debieron escucharse hasta en la lejana Laponia—, porque sus amigos o allegados le hayan comido el coco y convencido de que cambie de abogado, circunstancia que no se produce en el presente caso, ya que es precisamente su única hija quien me ha contratado o, yo que sé, porque le ha salido de los cojones, pero de un día para otro no se cambia así como así. Además, su hija no se lo permitiría.

—¡Sí que debe estar buena la zorra esa! —volvió a exclamar Laura, entre celosa y retadora, quizás esperando que yo, cual Lancelot de los Foros Jurídicos, saliera en su defensa, pero por mí, como si oía llover. Yo mismo había pensado en ocasiones eso mismo de Karnele, así que no tenía la menor intención de batirme el cobre con mi funcionaria favorita por defender su honor.

—Pues sí, en efecto, lo está. Y al contrario que los mamuts, que según creo vivieron en el Pleistoceno, ella además de estar buena tiene mi misma edad.

Como conocía a fondo —bueno, no tan a fondo, no vayan a pensar mal— a Laura sabía que mi pulla no le iba a afectar nada, como así fue, pero a pesar de ello no pude evitar anotarme mentalmente un punto en esa batalla dialéctica que quizás solo estaba en mi cabeza, pese a saber que antes o después, como solía sucederme siempre, acabaría siendo derrotado por la veterana oficial del juzgado.

—Me alegro por ti, y también por mí, ya que así puedo estar segura de que cuando necesite tus servicios estarás bien entrenado, pero deja de flirtear conmigo,

por favor, que soy una chica decente y no estamos para esas frivolidades. Me acabas de repetir como un lorito bien enseñado una serie de motivos por los que un abogado puede perder a un cliente, pero se te ha olvidado uno fundamental.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Que el juez instructor decida archivar el expediente. No hay diligencias, no hay sumario, no hay abogado. Fin de la historia.

—¿Me estás diciendo en serio que el asunto ha sido archivado?

—Bueno, todavía no, pero mañana, o como muy tarde pasado, el juez dictará el auto de archivo. Causa finita, abogado innecesario.

—Pero eso no es posible —protesté—. Estamos hablando de un asesinato y de un encausado que ha reconocido ser el asesino. No hay razón ni motivo alguno para su archivo, salvo... —dejé de hablar, esperando que Laura confirmara o desmintiera mis sospechas.

—Vaya, veo que no estás tan espeso como pensaba, cariño —me replicó la mujer elefante—. En efecto, si es lo que estás pensando estás en lo cierto. No hay razón ni motivo para el archivo de una causa de ese tipo salvo que el culpable confeso tenga el buen gusto de ahorrar gastos innecesarios al contribuyente y evite el costoso procedimiento judicial subsiguiente a la comisión de su crimen quitándose de en medio. Ahorcándose, por ejemplo, como hizo ayer Aurelio Mentxaka poco después de que le visitaras.

—¿Me estás diciendo que Aurelio se ha suicidado?

—Veo que tienes buenos reflejos, encanto. Pues sí, se ha suicidado. Utilizando unos cordones de zapatos que a saber de dónde habrá sacado. Eso sí, una cosa hay que decir en su favor, eran cordones de zapatos de esos de los caros, de marca. Ya que hay que morir, hacerlo con elegancia.

—No me lo puedo creer.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer —repitió, con sorna, Laura—. No me jodas, pichoncito, que no eres nuevo en este negocio. ¿Qué necesitas para creértelo? ¿Una fotografía del fallecido? ¿El certificado de defunción? Porque puedo enseñarte ambas cosas. Bueno, quizás no en este momento, pero siempre se puede negociar —tras la pantalla del móvil sentí como si me estuviera guiñando uno de sus estrábicos ojos—, porque seguramente el juez, si tiene previsto archivar las diligencias, como parece lo más lógico, no creo que quiera complicarse la vida admitiendo la personación del abogado de un difunto.

—Sí, supongo que eso se puede arreglar —estábamos hablando el mismo lenguaje, así que no me costó nada darle la razón—, a lo que me refería era a que no puedo creerme que Aurelio se haya suicidado.

—¡Ah, no! ¿Qué ocurre? ¿Que después de hablar contigo se dio cuenta de que eras un abogado tan bueno que incluso con todas las pruebas en contra, su confesión, sus huellas en el arma, su ADN por todos los lados y todo esas zarandajas, ibas a ser capaz de convencer a un jurado de que en el fondo era un tío más bueno que el pan



que tenía derecho a una nueva oportunidad en la vida y decidió juzgarse, sentenciarse y ejecutar la sentencia él mismo? Porque sería la primera vez que veo algo parecido, y mira que he visto cosas en mi vida.

—Sabes que no me refiero a eso, sino a que me extraña mucho que se haya suicidado —en realidad no estaba muy seguro de lo que decía. Si lo pensaba bien, un hombre en su posición, que acababa de confesar que había asesinado a una persona, era un candidato perfecto para suicidarse. Pero por otra parte le conocía bien y sabía que jamás le haría algo así a su hija.

—Pues si no ha sido suicidio, ha sido asesinato, lo que incomodaría mucho más al juez —me contestó Laura encogiéndose de hombros—. Puedes pensar lo que quieras, cariño, pero ya sabes cómo funcionan estas cosas. Se hará una investigación rutinaria y se dictaminará que lo que ha ocurrido es que el señor Mentxaka, preso de remordimientos, decidió ofrecer su vida al Señor para que fuera este quien le juzgara, lejos del sistema judicial ordinario. Estamos hablando de una muerte ocurrida en prisión, querido, y sabes perfectamente que ese tipo de muertes siempre son delicadas y nadie quiere meterles mano. Al fin y al cabo, un preso muerto de más o de menos no inquieta a nadie. ¿Cómo se dice ahora? Ah, sí, no crea alarma social.

—¿Lo sabe su hija? —pregunté, por preguntar algo, aunque me esperaba la respuesta.

—Pues de eso precisamente quería hablarte, guapetón. El juez es un membrillo al que no le gusta nada dar ese tipo de noticias, así que yo me he ofrecido voluntaria para hacerlo. Ya sabes, de vez en cuando conviene estar a buenas con la gente como él. Aunque en su mayoría sean unos imbéciles de tomo y lomo, es bueno que se sientan obligados a agradecerte algún que otro favor. Y ahora viene lo mejor de todo, que he decidido delegar en ti esa función. Estamos hablando de favores, así que espero que me hagas este. Vamos, que seas tú en persona quien le dé la buena nueva a la hija del interfecto. No te importa, ¿verdad? Así seré yo quien te deba un favor.

Sí que me importaba. Además, sabía desde hacía ya mucho tiempo que Laura no agradecía nunca los favores que se le hacían. Es más, si pudiera hasta los cobraría al mismo precio que los que ella misma hacía, pero de todos modos le dije que sí, que lo dejara de mi cuenta, que hablaría con la hija de Mentxaka.

—No esperaba menos de ti, Markel —el hecho de que me llamara por mi nombre era síntoma de que quizás, efectivamente, estuviera dispuesta a agradecerme el favor, pero sus siguientes palabras desmintieron esa errónea apreciación—. Además, si lo piensas bien, en el fondo te estoy haciendo un favor. Si la chica está tan buena como parece, necesitará con toda seguridad a alguien a su lado que sepa consolarla como seguramente se merece.

Me despedí de ella riéndole la gracia y enviándole un beso a través del teléfono. Bien mirado, eso no era tan dificultoso como besarla de verdad, algo para lo que aún no estaba anímicamente preparado. Y seguramente jamás llegaría a estarlo en mi vida.



En el fondo, si lo pensaba con frialdad, el suicidio de Mentxaka tenía un montón de ventajas para casi todo el mundo. Por una parte, como lo había explicado muy bien Laura, evitaba al contribuyente el innecesario gasto de un juicio cuyo resultado ya se conocía de antemano, y por otra a mí me evitaba el engorro de tener que defenderle sin ninguna esperanza de éxito. No es que eso fuera excepcionalmente grave, cuando me han pagado bien he aceptado representar a ciudadanos que tenían perdida de antemano su causa, pero allá ellos si además de perder el juicio, en el sentido literal, lo perdían en el metafórico, al tirar su dinero a la basura. Ningún abogado, por bueno que sea, está libre de acabar perdiendo algún que otro caso, lo importante es hacerlo con elegancia y, sobre todo, después de haber cobrado la correspondiente minuta. Pero teniendo en cuenta que no iba a cobrar nada, al menos en metálico, por defender al bueno de Aurelio, pues jode más salir perdedor. Y por último, si fuera capaz de abstraerse de otros pensamientos, la misma Karmele se evitaba el estigma de ver cómo su padre era juzgado y condenado por asesinato. Eso sin contar que heredaba un piso libre de cargas gracias a mis buenos oficios, aunque posiblemente mencionárselo no sería la mejor de las ideas.

Mientras esos pensamientos revoloteaban mi cabeza, el subconsciente ese del que hablaba Freud, un obseso sexual que curiosamente ha sido elevado a los altares de la psiquiatría moderna, no dejaba de darle vueltas a la encomienda que, cual puñalada traperera, me había endilgado mi funcionaria judicial favorita: darle la triste noticia a Karmele. La verdad es que no hay manera de endulzar una noticia de esas. ¿Qué se le puede decir? ¿Que ha dejado de ser hija única para pasar a ser una triste huerfanita? ¿Que tiene suerte porque su padre jamás tendrá Alzheimer y no sufrirá la decepción de que no le reconozca? ¿Que gracias a su muerte el estado tendrá que pagar una pensión menos? No, no es fácil encontrar el tono ni la frase adecuada, ni siquiera para un abogado con tanta labia como yo. Hombre, recordando mi olvidada educación religiosa, que por algo estudié en los Jesuitas, podría darle la buena noticia de que por fin, allá lejos, en el Cielo, las almas inmortales de su padre y su madre habían vuelto a reunirse para ser felices eternamente, en el caso de que en el más allá estuviese prohibido el adulterio, por supuesto, pero creo recordar que Karmele dejó de ir a misa mucho antes que yo. Aunque curiosamente tiene unos cuantos amigos sacerdotes, pero son de ese tipo de curas antisistema que se pasan todo el santo día —nunca mejor dicho— haciendo colectas en favor de los inmigrantes, los drogadictos y los parados de larga duración. Vaya lo uno por lo otro.

No me quedaba más remedio que coger el toro por los cuernos, y casi en sentido literal, porque en aquellos momentos Karmele trabajaba para una de esas organizaciones de defensa y acogida de animales maltratados que tanto ruido arman. Como si no tuviéramos suficiente con los sindicatos, las asociaciones de gays y lesbianas, los vegetarianos, incluidos los veganos que no son, como yo pensaba,

nativos del lejano planeta Vega, sino individuos que no solo no comen, sino que ni siquiera usan productos procedentes de animales, los amigos del Tercer Mundo y los ecologistas esos, tan pesados, que creen que hasta la mierda es reciclable, ahora teníamos también organizaciones protectoras de animales. Aunque eso sí, son muy selectivas, porque que yo sepa ninguna de ellas protege a las cucarachas —y no me vengan con eso del subconsciente y de que yo me siento identificado con ellas porque me han calificado de ese modo infinitud de veces, que igual aciertan— ni al virus del Sida que, bien mirado, también es un ser vivo, ¿no? Pues bien, esa era la última aventura sociopolítica de mi amiga, la protección y defensa a ultranza de los animales, y ejercía sus labores en un lugar de acogida que habían habilitado en un caserío de Berango, muy cerca de Sopelana, pueblo por donde también pululan un buen número de animales, aunque la gente corriente y moliente les denomina surferos.

De todos modos, antes de ponerme en marcha, tuve la prudencia de mirar el reloj. Solo eran las once de la mañana, así que aún tenía tiempo para tomarme un buen desayuno antes de coger el coche y acercarme a Berango. Esa mañana no estaba prevista mi asistencia a ninguna vista oral ni me habían citado para ninguna comparecencia judicial, así que tenía dos opciones, o volver al bufete y dedicarme al trabajo burocrático o tomarme la mañana libre. Obviamente opté por lo segundo. Llamé a la oficina y mi secretaria, Pilar, me dijo que no me preocupara, que ella se encargaría de distribuir el trabajo entre mis compañeros —los llamaba así porque también eran abogados, aunque no fuesen socios del bufete, ni lo serían en mucho tiempo si yo podía impedirlo— y que en caso de ser necesario ella misma se encargaría de todo. Le agradecí su buena voluntad enviándole un beso por teléfono y colgando antes de empezar a escuchar sus suspiros. ¡Pobrecilla!, algún día tendría que agradecerle los servicios prestados dándole un buen repaso, pero de momento me daba pereza, mucha pereza. Estaba enamoradísima de mí, se notaba a la legua, pero era más fea que un demonio. La contrató mi padre un día, aprovechándose que yo estaba encamado, con una fiebre de casi cuarenta grados, y no pude oponerme. En su defensa mi progenitor, un hombre excesivamente justo y bondadoso para ser abogado, tanto que aún no entiendo cómo consiguió mantener a flote el despacho creado por mi abuelo, alegó que era, de todas las candidatas posibles, la que mejor currículum académico y profesional tenía. Estuve tentado de decirle que sí, que todo eso sería cierto, pero que Carmen la de Mairena, comparada con ella, era Miss Universo. De todos modos como la decisión ya estaba tomada y, pese a todo, siempre he tenido afecto al hombre que me dio el ser, no la cuestioné en ningún momento y, la verdad sea dicha, es que no me arrepiento. Porque en mi vida tías buenas ha habido muchas, lo digo sin prepotencia ni orgullo desmedido, simplemente constatando un hecho, pero una secretaria tan pulcra, trabajadora y eficiente como Pilar no es nada fácil encontrar.

Pensar en Pilar me produjo una leve comezón por todo el cuerpo, no debido

precisamente a sus encantos sino por todo lo contrario ya que, por contraste, acabé acordándome de Sheila, una auténtica profesional del sexo con la que mantenía muy buenas relaciones. Antes que nada quiero dejar bien claro que nunca he necesitado ir de putas para poder follar. No es que esté en contra de eso, cada uno se lo monta como puede y si hay tíos que solo previo pago pueden hacerlo, pues supongo que eso es mejor que quedarse *in albis*, toda la vida virgen y mártir, lo segundo como consecuencia de lo primero, pero afortunadamente yo nunca he tenido que recurrir a esos extremos, siempre me he dado la maña suficiente como para cubrir mis necesidades vitales sin mayores problemas. Pero el caso de Sheila era diferente. Se trataba de una cliente agradecida, muy agradecida, ya que entre otras cosas, además de sacarle de algún que otro apuro judicial, blanqueaba el dinero que producía su negocio, y no estoy hablando de cantidades pequeñas, por lo que es necesario actuar muy sutil y prudentemente. Así que, como agradecimiento, aparte de pagarme puntualmente mis elevadas minutas profesionales, estaba siempre dispuesta a recibirme cuando sentía picores en la entrepierna y no tenía cerca ninguna voluntaria dispuesta a calmarlos. O, más sencillamente, cuando me apetecía montármelo con ella, no en balde era una puta de lujo y las putas de lujo saben cómo hacer feliz a un hombre.

Siempre he sido partidario de no quedarme en la teoría, sino de llevar esta a la práctica, así que cuando me acordé de Sheila saqué mi móvil y la llamé. No tuve que esperar mucho tiempo para escuchar su voz cantarina y un poco afrancesada, aunque ella era originaria de Palencia, diciéndome que estaba encantada de hablar conmigo y que la tenía abandonada, que hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Eso se puede arreglar ahora mismo, si estás libre —dije con mi proverbial aire de hombre de mundo.

—Para ti siempre estoy libre, *mon amour* —hay que admitir que ese tipo de cosas, dichas en francés, y más en boca de Sheila, suenan estupendamente—. Te espero dentro de quince minutos. El tiempo suficiente para prepararme —añadió con picardía.

Estuve tentado de contestarle que para desnudarse no necesitaba tanto tiempo, pero incluso las putas de lujo que te lo hacen gratis pueden llegar a mosquearse ante ciertos comentarios, así que me limité a decirle que esos quince minutos se me iban a hacer eternos, con lo que conseguí no solo que se riera, sino que me enviara un beso a través del móvil que tuvo que hacer estremecerse a la propia línea digital de la empresa operadora.

Sheila, como siempre, estuvo genial. Me exprimió al máximo y eso que, sin falsa modestia, tengo mucho que exprimir. Además, abrió una botella de *champagne* francés que escanció en sendas copas. Su intención era que nos la bebiéramos entera, pero no me quedó más remedio que declinar el ofrecimiento ya que en pocos minutos iba a tener que coger el coche para acercarme hasta Berango a darle la infausta noticia a Karmele. De todos modos su inesperada euforia me extrañaba. No recordaba

haberla pedido en matrimonio, incluso en los momentos de máximo éxtasis sexual procuro mantener la calma y la cordura y, por otra parte, aunque sé que lo hago muy bien, tampoco era la primera vez que estaba con ella y jamás había reaccionado de ese modo. Por eso le pregunté qué era lo que estábamos celebrando.

—Tú nada en especial —me sonrió pícaramente antes de volver a tomar la palabra—, aunque siempre que estamos juntos es un momento especial. Pero en mi caso, estoy celebrando que en el mundo hay un hijo de puta menos.

—¡Ah, sí! Pues qué bien —teniendo en cuenta que yo mismo no tenía ningún recato en autocalificarme como un auténtico hijo de la gran puta, ese tipo de noticias no suele causarme la menor impresión—. ¿Le conocía? —pregunté más por mera cortesía que por verdadero interés.

—No lo sé, es posible. Quizás alguna vez hayas tratado con él, porque era un pájaro de cuenta. ¿Te suena el nombre de Dominique Le Ferrand?

—La verdad es que no, ¿acaso tendría que sonarme por algún motivo? Parece un nombre francés, ¿no?

—Sí, bretón —añadió Sheila, como si su procedencia étnica o regional fuese un dato del mayor interés—. Era un cabrón que más de una vez quiso quedarse con mi negocio, incluso rajó la cara a una de mis chicas —añadió enfadada—, pero supe pararle los pies. Resumiendo: era un mal bicho, un auténtico hijo de puta, así que me alegra que se lo hayan cargado. En cuanto a lo de conocerlo, *mon amour*, teniendo en cuenta la gente con la que a veces te relacionas, podría haber ocurrido, pero no creo, le faltaba el «glamour» del resto de tus clientes. Y eso que llevaba bastante tiempo en Bilbao, tanto que algunos le conocían por la versión de su nombre en euskera, Txomin.

—¿Txomin? —se me escapó la pregunta, sorprendido.

—Sí, Txomin. ¿Qué ocurre, le conocías?

—No, no le conocía, simplemente me hace gracia. Txomin es un nombre muy común, aunque cada vez se usa menos. Simplemente me ha extrañado que a un francés le conocieran por ese nombre, pero bueno, tiene su lógica, ya que es la traducción de su nombre al vasco.

En realidad no le mentía al decirle que no conocía al tal Txomin, pero era la segunda vez que oía ese nombre en poco tiempo, y las dos veces aplicadas a un muerto, lo que no dejaba de ser un detalle peculiar. Sí, muy peculiar.

—¿Y cómo murió ese tal Txomin? —pregunté intentando aparentar indiferencia.

—¡Qué más da! —contestó Sheila—. Lo importante es que el perro está muerto, y ya lo sabes, muerto el perro se acabó la rabia. Además, si no le conocías... —no terminó la frase, pero dejó en el aire un aroma a sospecha.

—No, ya te he dicho que no le conocía —lo bueno de no conocerle era que conseguí que mis palabras sonaran sinceras—, pero por lo que me has dicho debía ser una buena pieza, así que no me extrañaría que no hubiese muerto de manera natural. Ya sabes lo que dice la Biblia, quien a hierro mata, a hierro muere.

—No sabía que fueras tan religioso —se rio abiertamente Sheila—, decididamente estás lleno de sorpresas. Pero tienes razón, le mataron hace un par de días o tres, no estoy muy segura. Y lo más curioso es que, por lo que me han contado, no le mató ningún sicario de la mafia napolitana o de algún cártel colombiano, sino un tipo normal, un hombre corriente y moliente, como suele decirse. Algo difícil de creer, por otra parte, ¿no?

Sí, era algo difícil de creer, pero preferí no meterme en honduras y darle la razón en todo antes de despedirme con la promesa de que no volvería a tardar tanto tiempo en llamarla como había hecho la última vez.

Pese a que Sheila me había demostrado, una vez más, que era una experta en el noble arte de relajar a un hombre, cuando salí de su apartamento me encontraba totalmente desasosegado. Aurelio Mentxaka no solo había matado a un hombre, sino que su víctima debía ser un pájaro de cuidado, un auténtico gánster marsellés. O bretón, tanto daba, por mí como si le habían parido en la propia Torre Eiffel. Si ya el hecho de que asesinara a cualquier convecino no me entraba en la cabeza, que hubiera sido capaz de hacerlo con un tipo bregado, alguien que seguramente tendría que estar preparado para reprimir los ataques provenientes de auténticos profesionales, me encajaba aún menos.

De todos modos, daba igual. Aurelio se había suicidado, o le habían suicidado, lo que para el caso era prácticamente lo mismo, y con el amargo recado de darle la noticia a su hija se acababa mi participación en el asunto. O eso era lo que pensaba mientras me dirigía hacia el garaje y ponía en marcha mi coche para dirigirme hacia Berango.

El pueblo en el que trabajaba, o desempeñaba su voluntariado Karmele, no está lejos de Bilbao, así que no tardé mucho en llegar, ya que además aquella mañana había muy poco tráfico. Encontrar el caserío fue algo más complicado, porque tenía que atravesar caminos vecinales desconocidos para mí. Afortunadamente para eso existe el GPS y no tardé en llegar hasta él, pero no salí del coche. De repente me di cuenta de que no me apetecía hablar con ella, por lo menos allí, en su trabajo, así que cogí el móvil y la llamé.

—¿Se puede saber qué coño haces ahí fuera, sentado en el interior de tu Audi último modelo? —me dijo nada más establecer contacto telefónico. Al parecer desde el interior del recinto había visto llegar el vehículo y debía conocer la matrícula, porque no le había costado relacionarlo conmigo.

—Tenemos que hablar —le dije—. Es importante, pero prefiero hacerlo en el coche.

—Puedes entrar aquí sin problemas —me dijo—. Los perros no te van a morder, no les vuelve locos la carroña, como a los buitres, prefieren otro tipo de alimentos más sanos.

—Acércate hasta el coche y vayamos a la cervecera, la que está junto a la carretera —le contesté, sin inmutarme—. Es importante —añadí—. Tengo noticias

sobre tu padre.

—¿Noticias sobre mi padre? ¿Qué noticias? —me preguntó, con voz vacilante.

—Malas noticias, pero prefiero dártelas en persona, no por teléfono. Y, sinceramente, no me parece que estar rodeado de animales vocingleros y bullangueros sea la situación más adecuada para hablar con serenidad.

No sé por qué hablé de ese modo. Habitualmente soy un tipo sereno, incluso frío, que sabe controlar sus nervios y estoy habituado a trabajar bajo presión. ¿Quizás porque se trataba de Karmele? Seguramente ahí estaba la respuesta, pero lo que menos me interesaba en esos momentos era autopsicoanalizarme.

Pocos segundos después Karmele abrió la puerta derecha delantera de mi vehículo y, sin pronunciar ninguna palabra por parte de cualquiera de los dos, nos dirigimos a la cervecera. No estaba abierta, pero nos sentamos en uno de los bancos corridos que había en su exterior. Todavía el sol de la mañana no había cumplido su función y los asientos estaban fríos, pero ninguno de los dos mencionamos ese detalle. Era el menor de nuestros problemas.

—Bueno —rompió finalmente el hielo Karmele—. Me has dicho que tienes malas noticias. ¿Qué noticia puede ser peor que el hecho de que esté en la cárcel acusado de haber matado un hombre?

No le contesté, limitándome a mirarla fijamente a los ojos durante unos escasos segundos, hasta que los suyos empezaron a lagrimear.

—¡No! —gritó de repente, y su grito debió ser escuchado en toda la comarca de Uribe-Kosta—. Por favor, Markel, sé compasivo por una vez en tu vida y dime que no es verdad lo que estoy pensando.

—Me temo que lo es. Bueno, no me lo temo. Lo sé. Tu padre ha fallecido. Ayer a la noche. Poco después de que me entrevistara con él.

Quizás el sistema telegráfico no fuera el mejor para explicar las cosas, pero en esos momentos no me salían frases largas.

—¿Cuándo te has enterado?

—Esta misma mañana. Me lo han comunicado desde el juzgado y, por ser tu abogado, me han pedido que te lo dijera, aunque lógicamente te enviarán una comunicación oficial.

—Sí, qué considerados. Supongo que con el membrete del juzgado y toda la hostia, ¿no? —Al menos, durante unos momentos, sus ojos dejaron de llorar para transmitir ira. No estaba seguro de si eso mejoraba o no la situación, pero verla sollozar me estaba poniendo muy nervioso.

Le contesté que lo sentía, y que comprendía su reacción, pero que era el procedimiento habitual.

—¿Cómo ha sido? —me preguntó mirándome con expresión dura, tras limpiarse con la mano los últimos vestigios de que había estado llorando.

—Al parecer se ahorcó. Acababa de entrevistarse conmigo y confesarme que no había ningún error, que él era efectivamente el autor del asesinato del que se le



acusaba. Las autoridades achacan su suicidio a la vergüenza por su acción y los remordimientos.

—¿Y tú? —me preguntó—. Tú le conocías perfectamente y acababas de hablar con él. ¿Estás de acuerdo con esa teoría?

—¿Qué quieres que te diga? Lo reconoció todo, admitió delante de mí, de su abogado, que había matado a esa persona.

—¿Y crees de verdad que me habría hecho eso a mí? ¿Suicidarse?

Ante eso no supe qué responder. Podía admitir, por absurdo que fuera, que Aurelio se hubiese convertido en un asesino, pero Karmele era la niña de sus ojos, jamás le habría hecho el menor daño, al menos conscientemente.

—No lo sé —respondí finalmente—. Pero los hechos están ahí y no tienen vuelta de hoja. Lo siento, Karmele, pero tu padre se suicidó, no le des más vueltas.

—¿Y si no se hubiese suicidado? ¿Si le hubiesen matado?

—¿Quién querría matarle, Karmele? Acababa de ingresar en la cárcel, aún no había tenido tiempo de hacerse enemigos. Además, era un hombre mojado, por lo que seguramente, al menos al principio, le habrían respetado.

—¿Un hombre mojado? —Me miró inquisitivamente.

—Sí, un hombre que había matado, en el argot carcelario. No un ladrón, un proxeneta o un violador. Un asesino por duro que parezca —y la expresión de su cara me demostró que sí, que esta vez me había pasado de frenada—. A esa gente se la respeta en prisión.

—Mi padre no era un asesino.

—Por favor, Karmele, no convirtamos esto en un círculo vicioso. Ya sé que no era un asesino, pero mató a un hombre. Yo qué sé, igual se le fue la olla, le puede pasar a cualquiera. Quizás por eso hizo lo que hizo.

—Supongo que se abrirá una investigación.

—Sí, pero ya puedo asegurarte cuáles van a ser las conclusiones. Incluso aunque haya sido asesinado, lo que no tiene lógica ni se sostiene racionalmente, ¿crees que alguien lo admitirá, que algún otro preso delatará al asesino o proporcionará una prueba a la policía? ¡Joder, Karmele, despierta! Se haya suicidado o le hayan matado da igual. El suicidio lo arregla todo, ¿no lo ves? El juez da carpetazo al asunto, se cierra, se archiva, y aquí no pasa nada, tan solo que la Seguridad Social se ahorra el pago de una pensión, así que todo el mundo contento. Todo el mundo menos tú, claro, pero no puedes hacer nada. Así funciona el sistema. Ya va siendo hora de que crezcas y te des cuenta de que cuidar animalitos maltratados y luchar por la gente marginada y desahuciada puede ser algo muy hermoso, pero que no conduce a nada. ¿Lo entiendes? A nada.

—Puedes decir lo que quieras, Markel, pero me da igual, no tengo la menor intención de discutir contigo sobre mis ideas políticas ni sobre mis compromisos sociales. De ti solo me interesa una cosa, la más importante, que sigues siendo mi abogado.

—No, no lo soy. Era el abogado de tu padre y al morir ha dejado de ser mi cliente.

—Era yo la que pagaba, aunque fuese en especies —se sonrió, pero esa sonrisa producía aún más tristeza que sus lágrimas—, así que la cliente soy yo. Y voy a seguir siéndolo. Como hija del difunto tengo derecho a personarme en el sumario que se abrirá tras la muerte de mi padre.

—No habrá ni siquiera sumario. Se incoarán, como mucho, unas diligencias previas que no tardarán en archivarse —contesté hastiado.

—Ya te ocuparás tú de que no se cierren tan pronto. Es posible que tengas razón, pero me cuesta creer que mi padre se suicidara sin antes despedirse de mí. Necesito saber la verdad, por dura que sea. Y tú me vas a conseguir esa verdad.

—No sé si podré. Ya te dije, cuando empezó todo esto, que mi especialidad no es el Derecho Penal, al menos no ese tipo de Derecho Penal.

—Pues tendrás que aprender, del mismo modo que yo he aprendido a tratar con gentuza como tú.

Iba a protestar por el modo en que estaba tratándome, pero comprendí que hubiese sido totalmente absurdo. Había dejado, por primera vez en mi vida, que alguien me controlara y me pusiera una correa, como si fuese un caniche. Que quien manejara esa correa fuese Karmele no sé si lo mejoraba o lo empeoraba, pero no me gustaba esa sensación. El problema es que de repente, y también por primera vez en mi vida me encontraba sin fuerzas, y también sin voluntad, tengo que admitirlo, para desasirme de la correa.

Nuestra conversación había terminado, pero a Karmele no le apetecía volver al centro de acogida de animales, así que llamó a una compañera para explicar la situación y me pidió que la llevara de regreso a Bilbao, a su casa. No me quedó más remedio que acceder, al fin y al cabo no dejaba de ser mi cliente y acababa de enterarse de que su padre se había ahorcado, aunque para ser sincero, lo que menos me apetecía era tenerla a mi lado mientras regresaba a Bilbao. No porque me desagradara su presencia, a pesar de saber lo que opinaba de mí, sino porque sabía que antes o después tendría que tomar una decisión, sobre ella y sobre el asunto que sorprendentemente nos había unido, y no tenía muy claro qué iba a hacer. Aunque intuía que iba a tomar la decisión equivocada.

Mientras conducía, aprovechando que al principio ninguno de los dos decíamos nada, como si el silencio entre nosotros pudiera acallar también nuestros pensamientos, no dejé de elucubrar sobre cuál debía ser mi siguiente paso. En principio era bastante obvio: mandar a tomar por culo a Karmele y a su difunto padre y olvidarme para siempre hasta del hecho de que los había conocido. Incluso extirpar de mi memoria el simple hecho de que la había conocido. ¡Como si fuera tan fácil!

De todos modos, como suele decir la gente que no tiene más cojones que resignarse con los dados que le han tocado en esta partida tan absurda que es la vida, lo mejor es enemigo de lo bueno. Lo mejor, lo más obvio, como he dicho, era zanjar de una puta vez el asunto diciéndole a Karmele que se olvidara de mí, que se buscara otro abogado que la aguantara. Pero sabía que no iba a conseguir nada con eso. La muy cabrona pensaba que por el hecho de que le hubiera hecho en una ocasión una proposición deshonesto, bueno, deshonesto para ella, para mí era una simple transacción comercial, o así tendría que haber sido si yo no fuese un completo imbécil, tenía algún ascendiente sobre mí. Lo creía firmemente y lo peor de todo es que yo, en el fondo, le daba la razón. Muy en el fondo, eso sí, pero lo suficiente como para no atreverme a darle el portazo que se merecía.

Además, tampoco era un novato que empezaba en la profesión. Sabía perfectamente cómo torear esa novilla. Era cuestión de darle un par de capotazos, ponerle las banderillas en el momento adecuado y entrar a matar cuando ya casi no se tuviera en pie. Resumiendo: que por hacer el paripé durante unos días no se iba a caer el mundo, pero seguramente Karmele acabaría por darse cuenta de que no había nada que hacer y era mejor dejar las cosas como estaban. Y es que, no me queda más remedio que reconocerlo con carácter retrospectivo, no hay tío más gilipollas que aquel que pretende entender a las mujeres. Y si en esos momentos hubiese habido unos juegos olímpicos para gilipollas, yo hubiese acumulado todas las medallas de oro puestas en juego. ¡Qué le vamos a hacer!, las cartas, incluso aunque previamente las hayas marcado, pueden darte sorpresas desagradables al repartirlas.

Una vez admitido que lo obvio, lo mejor, no era lo bueno, por imposible, decidí actuar como el abogado que era y jugar las bazas que tenía en la mano. Por eso, cuando apenas llevábamos quince minutos en la carretera, minutos en los que ambos habíamos estado callados, opté por hacerle una pregunta, directamente a la yugular.

—¿De verdad conocías a tu padre, Karmele? —intenté que mi pregunta sonara inocente, sin conseguirlo.

—¿A qué coño te refieres? Sabes que estábamos muy unidos, y mucho más desde que falleció mi madre.

—Nunca conocemos del todo a la gente, ni siquiera a quienes están más unidos a nosotros —aproveché que estaba adelantando a una furgoneta de reparto para ponerme a filosofar.

—En eso tienes razón —me contestó malhumorada—. Yo pensaba que te conocía y ya ves, resultó que eras un auténtico cerdo.

—Tus palabras, como siempre, son muy halagadoras, pero no has contestado a lo que te he preguntado. ¿Hasta qué punto conocías a Aurelio?

—Hasta el máximo posible, ya te lo he dicho. No tenía secretos para mí.

—Y, sin embargo, hizo algo que tú jamás habrías pensado que podría hacer. Matar a un hombre.

Se quedó callada durante un rato hasta que empezó a decir «no es posible, no es posible, no es posible». Repetía la frase sin cesar, casi como un mantra.

—Y sin embargo lo fue. Sobre el hecho de que tu padre mató a ese hombre no hay ninguna duda.

—¿Estás seguro de eso? Sí, ya sé que lo confesó ante la Ertzaintza y en el juzgado, y a ti mismo en Basauri, pero no sé, ¿no podría estar encubriendo a alguien?

—Hasta donde yo sé solo hay una persona por la que tu padre haría eso, por ti. Y no creo que tú hayas matado a nadie.

Karmele se mordió fuertemente los labios, hasta hacerse sangre. Durante unos segundos dio la impresión de que iba a decir algo, pero en lugar de eso se derrumbó y comenzó nuevamente a llorar. Si no hubiese sido por la sujeción que le proporcionaba el cinturón de seguridad, habría acabado por colocarse en posición fetal.

—Independientemente de la opinión que tengas acerca de mí, que ya sé que no es muy positiva, por injusto que parezca —la verdad es que incluso cuando intento ser amable y comprensivo no puedo evitar cagarla—, puedes creerme si te digo que siento lo que ha ocurrido, pero que no hay ninguna posibilidad de que tu padre fuese inocente. Sus huellas estaban en el arma del crimen, lo encontraron junto al cadáver, su confesión. Todo le señala a él. Lo único que no acabo de entender es el motivo. Una cosa es cierta, tu padre no era un asesino, pero cometió un asesinato. Ponernos una venda en los ojos no arregla nada.

—Eso que acabas de decir, lo del motivo —sus ojos parecieron cobrar nueva vida—, podría ser importante, ¿no crees?

—Quizás sí, aunque dudo que lo haya y, de haberlo, el caso está cerrado y no se va a investigar nada más. Por otra parte, lo lógico sería pensar que, en caso de existir un motivo, me lo habría comentado en nuestra entrevista, para poder preparar lo mejor posible su defensa. Si quieres que te sea totalmente sincero, pensaba alegar enajenación mental transitoria. Y no se hubiese tratado de una argucia de abogado, es que es la única explicación posible que se me ocurre. Quizás ese fue el motivo de su suicidio —hice como que estaba atento a la carretera para evitar mirar a Karmele mientras decía esto último—. Quizás se dio cuenta de la magnitud de lo que había hecho y siendo él como era, todo lo contrario a un asesino precisamente, optó por quitarse la vida antes de tener que vivir permanentemente con ese recuerdo.

Durante un rato rumió en silencio mis palabras, quizás porque necesitaba tiempo para reflexionar o tal vez sorprendida porque por primera vez en su vida creía que le

había hablado como un ser humano. Finalmente, secándose las lágrimas y emitiendo un largo y sentido suspiro, acabó admitiendo que seguramente yo tenía razón.

—Lo que no entiendo —parecía que de nuevo iba a llorar, pero se contuvo— es que no se despidiera de mí. No lo entiendo, de verdad. No puedo creer que se haya ido así, sin más ni más, sin... —seguramente iba a decir «sin acordarse de mí», pero optó por callarse. Kar mele es de las que saben, o al menos lo pretenden, sufrir en silencio.

—Bueno, quizás sí se despidió de ti. En aquellos momentos no le di importancia, pero cuando ya casi se había acabado el tiempo concedido para entrevistarnos y me disponía a alejarme del locutorio, me pidió que te dijera que te quería, que junto a tu madre eras lo mejor que le había pasado en el mundo. Y añadió que aunque sabía que era muy difícil entenderlo, puesto que admitió que había matado a un hombre, que te dijera por favor que no era un asesino. Como me había comentado que no deseaba que le visitaras en la prisión, supuse que tan solo deseaba que te transmitiera sus palabras, pero después de lo sucedido, quizás sí pueda considerarse como una despedida.

Kar mele nuevamente se puso a llorar, aunque esta vez sus lágrimas mostraban, si no una alegría imposible en esos momentos, sí cierto alivio. Pero como era habitual en ella, pasó del calor más extremo al frío absoluto y me dijo que quizás las palabras de su padre demostraran que ella estaba en lo cierto.

—¿A qué te refieres? —le pregunté por preguntar, ya que sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo.

—¿No te das cuenta? ¡Menudo abogado de los cojones que estás hecho, Markel! Si hubiese estado pensando en suicidarse no te habría pedido que me dijeras que no fuese a visitarle a la cárcel. No tendría lógica.

—Las cosas no funcionan así, Kar mele. Puede que estuviera pensando en suicidarse, pero no sabía cuándo iba a hacerlo porque necesitaba armarse de valor. Incluso puede que en esos momentos no tuviera esa idea en la cabeza, pero fue una forma subconsciente de despedirse. ¡Yo que sé! En la situación en la que se encontraba tu padre, pensar con un criterio lógico y racional es extremadamente difícil, por no decir directamente que es imposible. De todos modos, a expensas de lo que diga la autopsia, los informes médicos preliminares son concluyentes, todo apunta a un suicidio —esto último acababa de inventármelo, porque todavía no había tenido tiempo de acceder a las diligencias incoadas tras la muerte de Aurelio, pero en el fondo estaba seguro de que ese iba a ser, casi con toda seguridad, el resultado del examen que le practicara el forense.

—Es posible que tengas razón —dijo finalmente—. Tú sabes mucho más que yo de esto, pero era mi padre, no el tuyo, así que quiero llegar al fondo del asunto. Por lo menos, lo más lejos posible.

—¿Y si lo que encuentras no te gusta?

—Lo más importante ya lo sabía, y tú acabas de confirmármelo. Mi padre habrá

matado a ese hombre, pero no era un asesino. Si él lo pensaba así, yo también. Por lo demás, una vez aclarado ese aspecto de la cuestión, ¿qué puedo encontrar que sea tan terrible? Tengo ya treinta y seis años y no es que lo haya visto ya todo en la vida, pero sí me considero preparada para afrontar lo que pueda aparecer en el camino. Así que ya lo sabes, te guste o no, sigues siendo mi abogado.

—¿Y si no me gusta?

—Pues te jodes —contestó categórica—. Ahora que mi padre ha fallecido, no tengo ningún freno que me impida denunciarte ante el Ilustre Colegio de Abogados del Señorío de Bizkaia por tu forma de cobrarte o, mejor dicho, de intentar cobrarte los servicios prestados.

—¡No puedes hacer eso! —grité casi histérico. La muy hija de puta. En el fondo era casi para estar orgulloso de ella, salvo por el pequeño motivo de que era a mí a quien quería joderle la vida—. Ese tema está ya zanjado, aparte de que tras tu negativa no insistí —no insistí porque no podía hacerlo, pero ese era un detalle menor que en estos momentos no venía a cuento—. Además, no puedes probarlo.

—¿De verdad crees que eso tiene la menor importancia? ¿Probarlo? Todos los que te conocen me creerán y aunque es posible que no te expulsen del Colegio, tu buena fama no mejorará, precisamente. Así que dejémonos de discusiones absurdas y dime si sigues siendo mi abogado.

—Sí, sigo siéndolo, pero no porque me chantajeas sino porque apreciaba de verdad a tu padre.

—¡Ese es mi Markel! —se rio a mi cara Karmele—. Y ahora, hablando en serio, ¿qué pasos crees que tenemos que dar?

—Ya te dije que no vamos a dar pasos, que los voy a dar yo —intenté retomar el control de la situación—. Mañana mismo me darás un poder para que pueda actuar en tu nombre en las diligencias abiertas por la muerte de tu padre. Y de momento, vamos a tu casa.

—¿A mi casa? ¿Tan pronto quieres empezar a cobrarte tus servicios? Para eso casi mejor vamos a la tuya, que tienes *jacuzzi*, no como yo, que tengo que conformarme con un plato de ducha y un triste bidé.

—No empieces con eso —amagué una protesta, aunque no pude evitar añadir que tomaba nota de su oferta, antes de explicar lo que quería decir—. Me he equivocado, en realidad me refería a la casa de tu padre.

—¿A la casa de mi padre? —preguntó extrañada.

—Sí, a la casa de tu padre.

Mientras hablábamos, el coche se acercó hasta el domicilio del difunto Aurelio que muy pronto, cuando se oficializara la herencia, pasaría a ser propiedad de Karmele. No era fácil aparcar por esa barriada, y el finado señor Mentxaka no disponía de parcela de garaje propia, así que tuve que dar varias vueltas hasta encontrar un hueco, tiempo que aproveché para explicarle a Karmele que su padre me había pedido, el día que le visité en la prisión, que le dijera que tenía que buscar algo

muy importante que estaba guardado en uno de los cajones del armario del salón, dentro de una carpeta.

Karmele me miró extrañada, antes de preguntarme si no tenía ni idea de qué se trataba.

—No, tan solo me dijo eso —le contesté según salíamos del coche y nos encaminábamos hacia el portal—, que se trataba de algo muy importante y que lo guardaba en una carpeta, dentro del armario del salón.

—No lo entiendo. Sabes que mi padre estaba arruinado y no conservaba nada de valor. De haberlo tenido no se habría arriesgado a perder su vivienda.

Lo que decía Karmele parecía razonable, y así se lo comenté, pero por otra parte las palabras de Aurelio no eran de las que se prestaban a confusión. Además, añadí con el tono más pedante que encontré, importante no siempre significa valioso, no al menos en términos monetarios.

—Eso ya lo sé, y mucho mejor que tú, que no puedes darme lecciones de ningún tipo en ese aspecto, pero aun así, si tuviese algo importante, aunque no lo fuese económicamente, tendría que habérmelo dicho.

Como solo había una manera de salir de dudas entramos en el piso de Aurelio, del que Karmele poseía un juego de llaves. Durante unos instantes temí que se derrumbara, pero era una mujer fuerte, aunque no pudo evitar que en sus ojos, mientras iba recorriendo la que hasta hace unos pocos años había sido también su casa, aparecieran señales inequívocas de pena y tristeza.

En la entrada, en el pequeño *hall* que daba al pasillo, había un jarrón con unas flores que no se habían marchitado gracias a que eran de plástico, y una fotografía, dentro de un horrible marco estilo rococó, en el que podían verse a Aurelio, su mujer y Karmele cuando esta tenía diecisiete años. Mi amiga, a pesar de lo sucedido entre nosotros seguía pensando en ella como en una vieja amiga, cogió el marco y besó la foto. Fue el único momento de debilidad que tuvo, porque enseguida recuperó su sentido práctico y me conminó a dirigirnos al salón.

La verdad es que llamarlo salón era algo más bien pretencioso. Apenas era una salita en la que entraban con dificultad un sofá, un par de butacas y una pequeña mesa de centro, aparte del típico armario con un hueco dentro para que se pudieran colocar los antiguos televisores, esos cuyo fondo era inmenso. Ahora, con las modernas televisiones de plasma, hasta los armarios han tenido que cambiar de aspecto, pero el de Aurelio era un clásico entre los clásicos, aunque nadie hubiese dado por él cien euros en una almoneda.

Karmele debía saber qué cajón tenía que abrir, porque se dirigió al último de los tres que había en la parte baja del armario. Allí dentro, en un completo desorden, se podía ver un batiburrillo de láminas antiguas de Bilbao, seguramente de las que de vez en cuando se entregaban gratuitamente con los periódicos de la ciudad, papel de envolver, diversas cartas diseminadas, todas ellas de empresas publicitarias, y una carpeta azul en la que con un bolígrafo rojo y letra redondilla, de esa que antaño se

enseñaba en los colegios, alguien, seguramente el propio Aurelio Mentxaka, había escrito la palabra BANCOS.

—Aquí era donde mi padre guardaba la cartilla de ahorros de la caja y los papeles de la hipoteca del banco —me fulminó con la mirada, como si hubiese sido culpa mía que el buen hombre hubiese pedido un crédito que posteriormente le fue imposible reembolsar—. No entiendo qué puede tener de importante. De todos modos eso es lo de menos, se trata de algo que antes o después, como el resto de las cosas que hay en la casa, tendría que revisar.

Me encogí de hombros, como si ese no fuera mi problema, pero le hice notar que si Aurelio me había pedido expresamente que mirara en esa carpeta, quizás se debiera a que en los últimos tiempos había metido algo especial, algo de lo que ni siquiera la propia Karmele estaba enterada.

—Vamos a ver —se puso a hacer inventario—. Parece que todo está en orden. Su cartilla de la Seguridad Social, los papeles de la jubilación, que menuda puta mierda que le quedó, toda la vida trabajando y cotizando para que al final le pagaran una miseria, mis boletines de notas de la ikastola —se le quebró la voz al decir esto, pero se recompuso enseguida—, la libreta de la caja, los papeles de la hipoteca, la escritura del piso, un abonaré de sesenta mil euros en una cuenta corriente que tenía a su nombre en el BDGP, el Banco del Desarrollo y Progreso General —de repente se quedó como paralizada antes de exclamar—: ¿el Banco del Desarrollo y Progreso General?

—Sí, es uno de esos nuevos bancos que se han creado con la reestructuración bancaria, fusionándose algunas cajas y bancos que prácticamente estaban en quiebra y han tenido que ser rescatados por el gobierno —le contesté en plan didáctico, como si fuera uno de esos tipos que a diario se lee el «Wall Street Journal». Que por cierto, y aunque sé que no viene al caso, lo soy.

—Muchas gracias, señor profesor —me respondió zumbona—, pero hasta ahí era capaz de llegar yo sola. Lo que no entiendo es que mi padre tuviera abierta una cuenta en ese banco.

—¿Por qué no? A la gente le gusta diversificar su dinero, no es bueno poner todos los huevos en la misma cesta.

—Eso será para los que tenéis huevos que meter en la cesta, pero mi padre no tenía un puñetero euro, lo sabes mejor que nadie, si no jamás habríamos llegado a lo que llegamos.

Y dale, siempre con la misma matraca. Joder, eso era agua pasada, no sé por qué coño tenía que estar todo el rato con el mismo tema. De todos modos en lugar de recriminarle su penosa actitud le indiqué que la suerte de la gente puede cambiar y quizás Aurelio hizo algún negocio afortunado en los últimos tiempos.

—Puedo asegurarte, Markel, que después de estar a punto de perder su vivienda, mi padre decidió no meterse en más negocios y vivir exclusivamente de su pensión, por miserable que fuera. Y, desde luego, con su experiencia pasada, dudo mucho que



hubiera confiado en este banco.

—¿Hay más extractos de esa cuenta? —le pregunté.

—No, solo hay uno. Es un ingreso de hace catorce días.

—¡Qué raro! ¿No aparece en el resguardo el concepto o el motivo del ingreso?

Karmele volvió a mirarlo con detenimiento, aunque con el mismo resultado que si hubiese estado contemplando un jeroglífico egipcio, antes de decirme que no. Aun así le pedí que me lo pasara, por si acaso, pero tenía razón, no había nada que indicara a qué se debía ese repentino e inusual ingreso. «Hay algo más», dijo de repente, ya que tras dejarme echar un vistazo al resguardo, siguió escudriñando en el interior de la carpeta.

—¿De qué se trata? ¿Otro abonaré, quizás?

—No —contestó con gesto de extrañeza—. De algo muy diferente, de un décimo de lotería.

No me pareció nada extraño, y así se lo dije. En este país se cuentan por millones los aficionados a jugar a la lotería. Ni siquiera tienen que entrar en una administración para adquirir los billetes. En la mayoría de los bares y tabernas no es nada raro encontrarlos a disposición de los clientes que, además de tomarse unas cervezas y unos pintxos, deseen tentar a la diosa Fortuna.

—Mi padre jamás jugaba a la lotería. Tan solo en navidades y por esa costumbre de cambiarse los números con los amigos y familiares, pero aparte de eso jamás jugó a la lotería ni a la bonoloto, el euromillón o el cupón de la Once. No le gustaba el juego, ni siquiera en los frontones solía apostar.

Un vasco atípico, pensé para mis adentros. En Euskal Herria, quien más quien menos, ha apostado alguna vez en su vida, lo llevamos en los genes. No nos ha hecho falta que llegaran esas casas de apuesta inglesas que se anuncian en televisión. Aquí desde tiempos inmemoriales se han cruzado apuestas en partidos de pelota, pruebas de bueyes o levantamiento de piedras. Y en ocasiones lo que se ponía en juego era el propio caserío, así que enterarme de que Aurelio no aprobaba ese mundillo, como si fuese un pastor cuáquero o mormón, me extrañó bastante, pero de todos modos el billete estaba allí, entre las pertenencias de esa carpeta cuya importancia me había recalado antes de suicidarse. Mis pensamientos fueron cortados por las palabras llenas de extrañeza que pronunció Karmele.

—No lo entiendo —dijo en tono totalmente sincero—. Corresponde al sorteo del sábado pasado y está sellado en una administración de Orihuela.

Le cogí el billete y lo miré con el mismo cuidado que si se tratara de una moneda asiria. Sí, era extraño, muy extraño.

—¿Tu padre tenía alguna relación con Orihuela? —le pregunté tras mirar el billete por el anverso y el reverso y entendiendo lo que significaba aún menos que el famoso misterio de la Santísima Trinidad.

—Ninguna. Jamás estuvo allí. Lo más cerca que anduvo fue en Benidorm, que le encantaba a mi madre, y está en la misma provincia, pero cuando ella falleció dejó de

ir. Y, desde luego, cuando estaban en Benidorm solo se movían del hotel para ir a la playa y a la calle del coño, jamás pusieron un pie en la ciudad de Miguel Hernández.

Habló la experta en literatura, pensé para mis adentros. Siempre le había gustado apabullarme con sus conocimientos culturales, quizás para intentar demostrarme, sin conseguirlo, por supuesto, que en la vida había algo más importante que el dinero. Por mí que siguiera pensándolo, de la poesía no se come, en cambio a mí jamás me había fallado ninguno de mis negocios. Fue esa palabra, «negocios», la que me transmitió una idea que según la iba pensando me parecía cada vez más plausible.

—¿Tu padre tenía ordenador, Karmele?

—No me hagas reír, Markel —contestó sin pensárselo—, en asuntos tecnológicos mi padre aún vivía en la Edad de Piedra. No sabes cuánto me costó que se comprara un móvil. Bueno, no se lo compró, se lo regalé yo, pero no tenía en él ni whatsapp ni cámara de fotos ni nada de nada, lo utilizaba tan solo para llamar y recibir llamadas, y tampoco es que lo usara demasiado.

Afortunadamente yo sí vivía en la época actual, incluso procuraba estar más avanzado que el resto de mis conciudadanos, ya se sabe, por eso de que quien da primero da dos veces. Saqué mi iPad de última generación y metiéndome en Internet busqué la página web de «Loterías y Apuestas del Estado». Mi olfato no me había fallado. El sábado anterior el primer premio había sido vendido íntegramente en esa localidad alicantina y, ¡oh, casualidad!, el número que Aurelio guardaba en su carpeta se correspondía con el premiado.

Karmele estaba cada vez más sorprendida y empezó a pensar que quizás no conociera tan bien a su padre como pensaba.

—Primero la cuenta corriente, con sesenta mil euros, en el Banco del Desarrollo y Progreso General, un banco que ni siquiera sabía que existía. Y ahora esto, un billete de lotería ganador del primer premio y expedido en una ciudad en la que jamás ha estado. ¿Qué crees que puede significar, Markel? —Parecía más preocupada en esos momentos que cuando vino a mi despacho por primera vez para encargarme de la defensa de su viejo.

—Creo que tengo una idea, pero antes deberías ingresar el billete en una entidad bancaria.

—¿Estás loco? ¿Cómo puedo hacer eso?

—Pues muy sencillo. Te acercas a tu banco o caja de confianza, les dices que tienes un billete premiado y cuando lo comprueben no pondrán ninguna pega en hacerte el ingreso. Quién sabe, igual hasta te regalan un juego de sartenes o un calendario de propaganda, ya sabes que los bancos suelen ser muy generosos con sus clientes preferenciales.

—No digas chorradas, Markel, me refiero a que, a que..., bueno, no sé, pero es que todo esto es tan raro.

—Raro sí que es, porque las posibilidades de que toque son mínimas, pero siempre le cae el gordo a alguien. Son las reglas del juego y del azar.

—No intentes parecer más gilipollas de lo que ya eres de por sí —me espetó, enfadada, Karmele—, quiero decir que no sé, cobrar ese billete..., no sé si es muy ético. Aunque claro, hablarte de ética a ti es como intentar explicarse a un sordo cómo suena una sinfonía de Brahms.

—Yo soy más de AC/DC, querida, pero la que me parece que está diciendo gilipolleces eres tú. Resulta que eres la única heredera de Aurelio, así que todo lo que él tenía, incluyendo ese billete premiado, te pertenece. Puedes tirarlo por el desagüe si te apetece, pero me parecería una solemne tontería. Incluso si no quieres el dinero, puedes donarlo a ese centro en el que tratáis a los escarabajos y las lombrices maltratadas, y así habrás hecho tu buena acción del día. Además, podría ser importante para saber qué es lo que de verdad ha ocurrido con tu padre.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, entre interesada y sorprendida, Karmele.

—Se me está ocurriendo una idea, pero prefiero no explicártela antes de tiempo, por si acaso. ¿En el recibo de ingreso de los sesenta mil euros aparece la dirección de la sucursal del BDPG?

No aparecía, me contestó Karmele, pero eso no suponía ningún problema. Tiré de iPad nuevamente y comprobé que en Bizkaia ese banco solo tenía tres oficinas, una en Las Arenas y otras dos en Bilbao, ninguna de ellas, obviamente, en el barrio en que nos encontrábamos. Todavía no era tarde, así que le propuse a Karmele dirigirnos a la más cercana, antes de que cerrara, y aunque no le expliqué mis motivos, accedió. Quizás no se fiara al completo de mí, yo tampoco lo hubiese hecho, pero en esos momentos era su único asidero si de verdad quería conocer qué había ocurrido con su padre. Y no me refiero a su muerte, precisamente.

El empleado que nos atendió en la sucursal bancaria me recordó la película «Tiempos modernos», de Charles Chaplin. No porque luciera un ridículo bigote ni manejara alegremente un bastón o se vistiera con el clásico bombín, sino porque como la totalidad de sus compañeros parecía salido de una cadena de montaje. Y como hubiesen hecho la totalidad de sus compañeros, él también nos dijo, tras explicarle que el titular de la cuenta había fallecido y Karmele era su única hija, que lo sentía mucho y que acompañaba a mi amiga en su dolor y aflicción, pero que hasta que no trajera un documento notarial que acreditara que era efectivamente la legítima heredera del finado señor Mentxaka Iribarren —pronunció sus dos apellidos, como si se tratara de citar a un árbitro de fútbol en una crónica periodística— no podía proporcionarle ninguna información sobre sus cuentas y operaciones financieras. Lo de las cuentas lo entendimos perfectamente, pero ese término de «operaciones financieras» aplicado a Aurelio, que si se arruinó fue porque tan solo sabía las famosas tres reglas y se fiaba de la gente, por poco nos hace reír si el tema no hubiese sido tan serio.

Obviamente iba preparado, no era la primera vez que me enfrentaba a un chupatintas de tres al cuarto y sabía lo que tenía que hacer. Una llamada telefónica y todo arreglado. Mi abuelo solía decir que hay que tener amigos hasta en el Infierno y

hoy en día, con sus hipotecas imposibles de pagar y su deuda perpetua imposible de recuperar, lo más parecido al Infierno en el planeta Tierra es una entidad financiera. Cuando la persona a la que llamé se puso en contacto con el empleado, a este se le demudó el rostro y solo le faltó decir, como a José Luis López Vázquez en «Atraco a las tres», esa gran película del siglo pasado, «Fernando Galindo, un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo».

Solventado ese pequeño incidente, el empleado nos comentó que el ingreso lo efectuó el propio Aurelio Mentxaka, pero no en efectivo, sino con un billete de lotería premiado.

—Lógicamente lo guardamos en depósito hasta verificarlo, y luego, tras cobrarlo y abrirle una cuenta, se lo ingresamos.

—¿Recuerda si vino alguien con él, o si alguna persona le avaló?

—No, no fue necesario —contestó el bancario—. Nos aportó su documento nacional de identidad, del que hicimos una fotocopia, y todo estaba en regla. Y el billete de lotería era auténtico. Además, hasta no verificarlo, lógicamente, como les he dicho antes no procedimos a efectuar el correspondiente ingreso.

—¿No observó nada raro? —le pregunté.

—No, nada especial. Solamente un tipo con suerte, quizás algo desconfiado, que prefirió cobrar su premio a través de un banco que en persona o de otra manera. Yo creo que incluso actuó con prudencia. Somos un banco solvente, pese a los problemas que tuvimos en el pasado, que ya están superados.

—Es curioso —le dije—, porque hace bastantes meses que el primer premio de la lotería no cae en Bilbao ni en ninguna localidad cercana.

—Sí, es cierto, en eso tiene usted toda la razón del mundo —desde la breve conversación telefónica que había tenido con mi amigo el hombre estaba de lo más obsequioso—. El billete había sido comprado en una administración de Getafe. Lo recuerdo porque no es habitual este tipo de situaciones y además, como Getafe tiene un equipo de fútbol en la primera división y yo soy muy aficionado, pues se quedó en mi memoria. Pero tampoco le di mucha importancia, suele ser habitual que cuando nos desplazamos a otras localidades compramos, para nosotros o nuestros amigos, billetes de lotería.

Karmele abrió la boca para decir algo, pero un gesto mío la paró en seco. En el fondo ya sabía lo que iba a decir, que ni Aurelio ni ninguno de sus amigos se había desplazado a esa ciudad dormitorio madrileña en las últimas semanas, quizás nunca en la vida, pero no había necesidad de contárselo al empleado del banco.

Nos despedimos de él, tras haber puesto la cuenta a nombre de Karmele, sin necesidad de enviarle los documentos notariales preceptivos, lo que de todos modos nos comprometimos a hacer, compromiso fácil de cumplir porque era cierto que ella era la única heredera y nos dirigimos a otro banco, donde también tenía un conocido, en el que efectuamos la misma operación con el billete comprado en Orihuela.

—El empleado del Banco del Desarrollo y Progreso General no parecía ser muy

espabilado —le dije a Karmele cuando me preguntó por qué no lo habíamos ingresado en la misma cuenta—, pero un ingreso consecutivo de dos primeros premios de la lotería seguidos, de diferentes localidades, le habría hecho sospechar.

—¿Y de qué tendría que sospechar? —me preguntó.

Exhalé un largo suspiro antes de contestarle, porque ahí se encontraba el intrínquilis del asunto, que no sabía qué era lo que teníamos que sospechar.

La compra de billetes de lotería había sido, durante muchos años, la forma más simple, pero también más efectiva, para blanquear dinero. Incluso un famoso político de la costa mediterránea se hizo famoso porque todos los años le tocaba el premio gordo. Y aunque actualmente hay métodos más sofisticados y perfeccionados para ese blanqueo, yo conozco algunos y hasta el momento me han funcionado perfectamente, aún se utiliza para transacciones no excesivamente importantes. El problema es que no podía imaginarme a Aurelio Mentxaka blanqueando un dinero que no poseía. ¿O sí? Lo lógico habría sido lo contrario, que si a él le hubiese tocado la lotería algún avisado traficante de lo que fuera, o su abogado, se hubiese puesto en contacto con él para efectuar una transacción beneficiosa para ambas partes. Pero que, en poco tiempo, Aurelio adquiriese, o hubiese obtenido no se sabe muy bien de qué manera, dos billetes premiados, uno procedente de Orihuela y otro de Getafe, localidades en las que jamás había puesto un pie en su vida, parecía francamente extraño.

—¿Tu padre conocía a un tal Txomin? —le pregunté a Karmele.

—Pues sí. Estaba el párroco del barrio con el que de vez en cuando solía jugar al mus, aunque ya sabes que mi padre no era mucho de ir a misa, pero se llevaban muy bien porque don Domingo, como le denominaba con ese respeto que se tenía antiguamente a los curas, pese a las protestas del aludido que quería que le llamaran simplemente Txomin, les solía ceder, en los últimos tiempos del franquismo, los bajos parroquiales para las reuniones clandestinas del sindicato. Y me imagino que conocería a alguno más, no es un nombre tan raro, pero no sé, no me suena así, de repente, ninguno que fuese íntimo de él o tuviese la menor importancia.

—¿Y Dominique Le Ferrand? ¿Te suena ese nombre de algo?

—¿Dominique Le Ferrand? —repitió, extrañada el nombre—. No, para nada. ¿Quién es? Parece francés, ¿no?

—Sí. Bueno, bretón, en el caso de que tenga importancia —gracias a mi vasta cultura política sabía que, lo mismo que ocurre en Euskadi con respecto a España, había bretones que no se sentían franceses, pero como no conocí al tal Le Ferrand, y ya nunca le iba a conocer en la vida, sus opiniones políticas me importaban un comino. Además, me daba la impresión de que su única patria era su bolsillo, lo que desde mi punto de vista, no tiene por qué ser necesariamente negativo, como mucha gente cree—. Así se llamaba el hombre al que mató tu padre.

—Mi padre jamás salía de su barrio. Y aunque últimamente está cambiando, cada vez hay más marroquíes y sudamericanos, no recuerdo que me hablara nunca de ningún francés. O bretón. Nada de esto tiene sentido —añadió desolada, mirándome, por primera vez desde hacía mucho tiempo, como a un ser humano y no como a un depredador—. De verdad, Markel, no puedo entender nada de lo ocurrido. ¡Ayúdame, por favor!, haré lo que tú quieras. Sabes que lo haré.

Intenté calmarla acariciándole la espalda con ternura, como hubiese hecho con cualquier amiga, pero ya se sabe, una cosa lleva a la otra y vista su buena disposición, pues qué quieren que les cuente, que volví a ser el Markel de siempre y aprovechando que me había ofrecido a llevarla hasta su casa y que en esa casa había una cama muy cómoda, no dudé en consolarla de un modo menos tierno, pero mucho más placentero y excitante. Y debo confesar que en esa ocasión no me recriminó nada sino que también ella gozó de lo lindo. Quizás no se debiera a mis encantos y habilidades, sino que fue su modo de desfogarse y desahogarse por lo que estaba ocurriendo, pero la verdad, una vez que he disfrutado lo mío, no soy de esos que se pierden en reflexiones absurdamente filosóficas. Estuvo muy bien y punto. Y cuanto antes se repitiera mejor, aunque no fue eso lo que le dije al despedirnos.

De hecho le dije lo contrario, que aunque estaríamos en contacto hasta que no pasaran algunos días seguramente no nos veríamos, ya que quería hacer unas cuantas gestiones antes de poder responder a sus preguntas, si no a todas —engañar a una mujer antes de tener sexo suele ser absolutamente indispensable, pero después ya no parece ser tan necesario—, sí a algunas, lo que aceptó sumisamente. Conociéndola como creía conocerla estaba convencido de que se repondría pronto, pero ahí sí que iba a ser inflexible. Una cosa era tenerla informada y otra dejarle meter sus narices en lo que era mi trabajo. Aunque trabajara para ella, porque eso también lo tenía muy claro. El Markel cabrón había sido vencido por el Markel gilipollas y estaba dispuesto a llegar hasta el final del asunto. No estaba muy seguro de si me había entrado un inusitado ataque de decencia o me había encoñado hasta las corvas, el caso es que había decidido meterme a fondo en el asunto y mis decisiones van a misa, aunque yo no las frecuente demasiado, salvo para hacer la pelota a algún cliente influyente miembro del Opus Dei, pero esa es otra cuestión perteneciente al siempre sagrado ámbito del secreto profesional.

Lo primero que indagué fue si Aurelio Mentxaka tenía antecedentes penales o policiales con el resultado esperado: nada de nada. El padre de Karmele estaba totalmente limpio. No me extrañó, pero por otra parte, ¿qué explicación podía dársele a los dos billetes de lotería premiados que se encontraban en su poder? Si no estaba metido en negocios sucios no necesitaba blanquear dinero, pero si no necesitaba blanquear dinero, ¿cómo y a través de quién había conseguido esos billetes? Y, sobre todo, ¿para qué? ¿Era acaso el intermediario en alguna operación ilegal? La idea no era del todo descartable. Aunque ni la Ertzaintza ni la Policía Nacional tuviese nada sobre él, eso podía deberse a que sus presuntas actividades ilegales eran recientes o a que el tipo era muy sigiloso y precavido. Pero, por otra parte, ni en la famosa carpeta que me recomendó revisar en nuestra primera y última entrevista ni entre el resto de sus pertenencias pudimos hallar tampoco nada que no hubiésemos esperado encontrar de antemano.

Karmele no había debido explicar a los más allegados a su padre la cláusula secreta del contrato firmado para evitar su desahucio, por lo que cuando me acerqué a

hablar con sus más íntimos me recibieron como a uno de los suyos y no sospecharon de mí cuando fui a expresarles mis condolencias y explicarles que seguía representando a su hija y que esta deseaba saber lo que había ocurrido con su padre en los últimos meses, precisamente los previos a su encarcelamiento por asesinato y posterior suicidio, pero que no se encontraba con ánimos suficientes para hacerlo en persona y por eso me había encomendado a mí la gestión.

Como ya he dicho, nadie receló de mis palabras, pero tampoco nadie pudo explicarme lo sucedido. De hecho, sus amigos fueron los primeros sorprendidos al enterarse de lo ocurrido. Todos conocían perfectamente a Aurelio y consideraban que era incapaz de matar a una mosca, mucho menos a un ser humano. Cuando les decía que sobre ese aspecto, por desgracia, no había la menor duda, se encogían de hombros y como mucho, los más audaces, avanzaban la teoría de que quizás se le fuese la olla.

—Nos puede pasar a cualquiera —admitió uno de sus viejos compañeros de lucha sindical—. Es el estrés, la infernal competitividad a la que nos ha abocado este capitalismo salvaje y despiadado que nos gobierna.

Seguramente Marx, Engels y Lenin, incluso Trotski, hubiesen aplaudido con las orejas las palabras del viejo sindicalista, pero eso a mí no me ayudaba en nada. Y cuando pregunté, casi de pasada y como sin darle importancia, si en los últimos tiempos se le veía disponer de más dinero o llevar un tren de vida algo mejor —no me atreví a utilizar la expresión «más ostentoso» para no enemistarme con mis interlocutores— todos volvieron a decir unánimemente que no, que seguía haciendo la misma vida humilde y austera que había hecho durante toda su vida.

—Hombre, eso no quita que no se tomara de vez en cuando unos vinos en los bares de la zona, como todos, pero es que si ni siquiera podemos tomarnos unos potes, joder, casi mejor que nos lleve de una puta vez la señora de la guadaña —me explicó un paisano de esos que parecía que no se quitaba la txapela ni para dormir.

Quien quizás más se explayó sobre la figura de Aurelio fue el padre Txomin, el cura párroco que había sido su compañero en las luchas obreras de finales de la década de los setenta.

—Yo entonces era uno de esos curas progres que quería cambiar la Iglesia, por dentro y por fuera. Ya sabe usted, la Teología de la Liberación y esas cosas. Solo que hoy tengo cuarenta años más y aunque la edad no me ha hecho conservador, como ha ocurrido con muchos viejos comunistas que de repente descubrieron que seguramente el franquismo era un régimen infame, pero que el capitalismo tenía sus ventajas, sobre todo si eran ellos quienes aposentaban sus culos en los Consejos de Administración, sí que me ha vuelto más escéptico y, sobre todo, más realista. Hubo una época en la que creíamos que nos íbamos a comer el mundo y bastante hemos hecho con evitar, y no todos ni del todo, que fuese el mundo quien nos comiese a nosotros. Tengo que decir, por otra parte, que Aurelio fue siempre consecuente con sus ideas. Incluso cuando, movido por las circunstancias, acabó convirtiéndose en



empresario, un pequeño empresario, todo hay que decirlo, jamás renegó de sus orígenes obreros ni de sus ideales políticos.

»Casi casi podría decirse que fue el único que no renegó y es que en aquella época —continuó—, pensábamos que con la muerte de Franco vendría una Euskal Herria socialista, independiente y euskaldun. Pero la realidad fue distinta, muy distinta. Es cierto que no todo fue en balde, se consiguieron más derechos para la clase obrera, derechos que ahora se están perdiendo casi sin darnos cuenta, Euskadi consiguió un régimen autonómico gracias al que ha sobrevivido el euskera y nos hemos autogobernado mal que bien, eso ya va en las ideas de cada uno, pero yo creo que ha tenido más aspectos positivos que negativos, aunque le confieso que fui de los que votó en contra del Estatuto porque no reconocía el derecho de autodeterminación. En fin, cuentos del abuelo Cebolleta, aunque supongo que por su juventud usted desconocerá quién era ese personaje de los tebeos, de los cómics como se les llama ahora.

»De todos modos soy consciente de que no ha venido aquí a escucharme recordar las batallas perdidas de antaño, sino para hablar de Aurelio Mentxaka. Del hombre que fue y del que al parecer acabó siendo en sus últimos momentos. Si empezamos por esto último debo admitirle, como seguramente ya lo habrá escuchado en múltiples ocasiones de mis convecinos, que no me explico lo ocurrido. Aurelio fue siempre un hombre pacífico, enemigo de toda violencia. Incluso hace ya muchos años, en los estertores del franquismo, cuando algunos defendíamos, o al menos justificábamos, la lucha armada, él siempre estuvo en contra. A menudo me decía que no entendía cómo yo, siendo sacerdote, es decir, un hombre de paz, podía justificar la violencia y yo le contestaba siempre con la imagen de Jesucristo echando a los mercaderes del templo a latigazos. Sí, me respondía, tienes razón, pero no es lo mismo dar un latigazo o una hostia bien dada llegado el momento, que pegar un tiro en la nuca. Tenía razón, lo malo es que yo, como muchos otros, tardamos demasiado en darnos cuenta de ello.

»Pero no quiero marearle con remembranzas políticas, si he sacado de nuevo el tema lo he hecho tan solo para recalcarle lo alejado que estaba de cualquier tipo de violencia. Entonces, ¿cómo es que llegó a matar a un hombre al final de su vida? No lo sé, no tengo la respuesta. Solo puedo decirle que ese acto no era propio de él. No, al menos, del hombre al que conocí hace ya más de cuarenta años. Ni siquiera del que conocía hacía un par de semanas o tres.

—¿No notó algo extraño en él esos últimos días? ¿Andaba con otra gente, hacía otro tipo de vida?

—En el barrio, al menos, no, pero claro, es imposible saber todo lo que ocurre a tu alrededor. Ni siquiera los curas llegamos a eso. La gente se piensa que gracias a las confesiones de las beatas contamos con un excelente servicio de información, pero eso no es más que una leyenda urbana. No le digo que no nos enteremos, de vez en cuando, de algunos chascarrillos jugosos —se rio abiertamente—, pero no es para

tanto. Aunque pensándolo bien, algo raro sí que estaba.

—¿De qué se trata, padre? —le pregunté respetuosamente, al observar que se quedaba callado.

—No sé, la verdad es que no quiero precipitarme, quizás su actitud no fuera tan rara, porque se trata de cosas que nos vienen con la edad. El caso es que estaba obsesionado con la muerte. Bueno, quizás exagere y la palabra «obsesión» no sea la adecuada, pero sí que pensaba mucho en ella. Y no sé, supongo que seguramente pensaba, quizás por eso me hablaba constantemente acerca de ese tema, que por el hecho de ser sacerdote tenía que saberlo todo. ¡Qué más quisiera yo!, como si los sacerdotes no tuviésemos también nuestras dudas. Me preguntaba mucho acerca de la otra vida, si es verdad, como solemos proclamar los curas en nuestras homilias, si la muerte no es el final de nuestra existencia. El problema es que deseaba escuchar certezas, y eso es imposible. Creer en Dios, en la resurrección de los muertos y en lo que predicamos es una cuestión de fe, hoy por hoy no hay ninguna evidencia científica. Y él quería eso precisamente, una evidencia científica, algo que yo no le podía proporcionar.

—¿Quizás presentía lo que iba a ocurrir? ¿O lo tenía ya en su cabeza?

—Si hubiese tenido eso en su cabeza y yo lo hubiese sabido, habría intentado disuadirle, como es lógico —me dijo el padre Txomin—. Pero tal vez tenga usted razón, tal vez esas preguntas no fuesen tan solo motivadas por su entrada en la vejez, lo que algunos llaman eufemísticamente la tercera edad, como si por eso dejáramos de cumplir años, sino porque sabía, o intuía, lo que le iba a ocurrir. Pero eso es algo que usted y yo jamás sabremos. ¿Desea algo más?

Sonaba a despedida. El vejete no era un mal hombre, para ser sacerdote, y me había aguantado bastante, pero se notaba a la legua que estaba harto de mí y que yo no le caía nada bien. En ningún momento de la conversación había perdido la compostura y la educación, pero esas cosas se notan. Tampoco me extrañó demasiado, los curas, por su profesión, son especialistas en conocer a las personas, y para mí que este me había calado a la primera. Aun así, ya que se había ofrecido a contestarme a una nueva pregunta, le hice la que acababa de hacerle esa misma mañana a Karmele y al resto de los conocidos de Aurelio, aunque su respuesta, para mi sorpresa, fue bien distinta a las que había recibido hasta ese momento.

—¿Le suena de algo el nombre de Dominique Le Ferrand?

—¿Dominique Le Ferrand? ¿El traficante bretón? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Es el hombre al que mató Aurelio —le respondí—. Pero ¿por qué se refiere a él como el traficante bretón y en qué traficaba?

—Vayamos por partes —afortunadamente no hizo el chiste fácil y mil veces pronunciado y escuchado de añadir «como decía Jack el Destripador»—. Aunque anteriormente le he comentado que fue un error de juventud, o algo peor si se quiere calificar más duramente, el haber defendido hace años la lucha armada o el

terrorismo, si Aurelio Mentxaka hubiese acudido a mi confesionario para decirme que había matado a Le Ferrand, no le habría dado la enhorabuena, por supuesto, pero le habría absuelto con una penitencia mínima. En cuanto a por qué me refiero a él como traficante..., mire, aunque los tiempos han cambiado y afortunadamente, o quizás desgraciadamente viendo cómo la sociedad ha tomado una deriva hacia el capitalismo más salvaje, ya no tenemos la influencia de antaño, a un cura le siguen contando cosas que normalmente no se dicen por ahí. Quizás por eso del secreto de confesión o porque por nuestra propia misión tendemos, o deberíamos tender, a ser discretos. Por eso he oído hablar de ese tipo y no precisamente bien. Ahora, si lo que quiere es que me explaye más, lo siento mucho, pero no puedo presentarle ninguna prueba que pueda aducir usted ante un juzgado. Aunque en estos momentos, una vez muerto, seguramente ya no tiene importancia. Ni siquiera para su presunto asesino, que ya no será juzgado por ningún tribunal terrestre. Y estoy convencido de que cuando haya llegado ante el juez superior, este le habrá absuelto.

Como no me interesaba meterme en disquisiciones teológicas y además, de momento, los abogados no podemos personarnos en los juicios divinos, me limité a contestarle que era el único, entre todos los conocidos de Aurelio Mentxaka con los que había hablado, que había admitido saber quién era Dominique Le Ferrand.

—No debería extrañarle. Todos, incluso el difunto Aurelio, a pesar de las apariencias, son buena gente, hombres y mujeres que solo desean vivir en paz y sacar adelante a sus hijos, y en muchas ocasiones, por desgracia, también a sus nietos, porque son el único sustento que estos tienen. Y si alguno de ellos llega a tener conocimiento, por alguna de esas casualidades de la vida, de que alguien no es trigo limpio, aplica el viejo dicho de «oír, ver y callar». Quizás no sea algo muy cívico, pero sí muy humano, terriblemente humano.

—Me imagino que no conocerá usted qué tipo de relaciones tenían Mentxaka y Le Ferrand.

Quizás le di un tono excesivamente irónico a mis palabras, porque el padre Txomin se puso extremadamente serio antes de contestarme.

—No, no lo sé. Y no es una evasiva, ni un intento de ocultarle información. Desgraciadamente ignoraba que Aurelio conociera a Le Ferrand. Y recalco lo de «desgraciadamente» porque, en caso de haberlo sabido, habría intentado por todos los medios que esa hipotética relación se cortara o desapareciera. Pero no lo conocía y lo sucedido ya no tiene vuelta atrás. Me imagino que es a usted a quien le corresponde descubrir qué tipo de relación tenían, en el caso de que merezca la pena hacerlo.

El sacerdote tenía razón. ¿Merecía la pena seguir por ese camino? Aunque la respuesta, a estas alturas, ya me daba igual. Estaba metido en el asunto y no solo porque se lo hubiese prometido a Karmele. Me daba la impresión de que me encontraba en la misma situación que, cuando era un niño, me esforcé en aprender a andar en bicicleta. Sabía que si dejaba de pedalear acabaría cayéndome al suelo y dándome una buena hostia, pero al mismo tiempo era consciente de que enfrente

tenía un muro contra el que, con toda seguridad, chocaría indefectiblemente. Vamos, para decirlo sin ambages, sabía que hiciera lo que hiciese nada en el mundo me iba a librar de darme un buen hosti3n, pero no por ello dejaba de pedalear.

No le transmití estos pensamientos al sacerdote sino que, tras estrecharle la mano, creo que ya no se les besa el anillo a los curas, aparte de que ese en concreto ni llevaba anillo ni me daba la impresi3n de que hubiese aceptado ese anacr3nico homenaje, me despedí de él dándole las gracias por su informaci3n. O eso intentaba porque antes de que me fuera me dirigi3, sonriendo aunque con una sonrisa m3s hiriente que un juego de cuchillos bien afilados, unas últimas palabras.

—Tenga cuidado, joven. Y sobre todo, no piense que, al contrario que al resto de conocidos de Aurelio, me ha enga3ado. En algo nos parecemos todos los curas, seamos de izquierdas o derechas, independentistas o espa3olistas, progres o conservadores, y es que tenemos detr3s de nosotros dos mil a3os de historia y no es f3cil peg3rnosla. Le deseo suerte en sus pesquisas, pero usted y yo sabemos que no es un joven abogado desinteresado, sino un adorador del becerro de oro. Quiz3s no conozca la historia de Mois3s y lo que ocurri3 cuando baj3 del Monte Sinaí, y no es el momento de explic3rselo, puede consultarla en la Wikipedia, porque dudo mucho de que tenga una Biblia en su casa, pero adorar a ese becerro no siempre sale a cuenta. Aunque sea en la cuenta de resultados —finaliz3 con lo que me pareci3 un chiste detestable—. Pi3nselo, aunque me temo que no lo har3. De todos modos le reitero mis buenos deseos y que tenga suerte. Por Aurelio y por su hija. Sobre todo, por su hija.

¡Joder con el cura! ¿Sabría lo nuestro? Bueno, lo mío, porque aunque últimamente Karmele se había desatado me daba la impresi3n de que solo me estaba utilizando, lo que no podría reproch3rselo, puesto que era exactamente lo mismo que hice yo con ella cuando me encontré en situaci3n de hacerlo.

Lo que sí me había tocado los cojones era su alusi3n a la historia del becerro de oro. No porque no tuviese raz3n, que obviamente la tenía, aunque me la traía floja. Si el cura ese se había quedado anclado en las ideas del siglo xx era su problema, yo hacía tiempo que sabía que lo que no es susceptible de aumentar tu cuenta corriente no merece la pena. Lo que verdaderamente me jodía era su alusi3n a que seguramente yo desconocía la historia, como si fuese un patán inculto de esos que dejaron el colegio para enriquecerse con el ladrillo y luego se dejó enga3ar con las preferentes. Yo tenía mis estudios, mi cultura, y que un sacerdote trasnochado insinuara lo contrario no me hacía ni puñetera gracia. Que uno será un cabr3n con pintas, lo reconozco, pero no por eso deja de tener su orgullo.

Salí del barrio con la impresi3n de que o Aurelio Mentxaka era muy buen actor, lo que no tenía muchos visos de ser factible, o que algo inesperado le puso en contacto con Dominique Le Ferrand y le oblig3 a matarle. Ahí estaba la clave, en el bret3n. Miré el reloj y comprobé que ya era tarde para acudir a los juzgados. Pero no tenía prisa. Podía esperar un tiempo antes de volver a hablar con mi funcionaria

favorita. Este oficio que he elegido, con sus plazos, sus recursos y sus apelaciones, me ha enseñado a tener paciencia. Y dejar pasar un par de días no era nada malo, sobre todo porque quizás en el propio juzgado tendrían ya más información que la que pude obtener el primer día.

Mientras esperaba a que llegara el momento más adecuado para acercarme al Palacio de Justicia y comprobar en qué estado se encontraban las diligencias, tanto las del asesinato de Dominique Le Ferrand como las del suicidio de su presunto —y más que presunto, seguro— asesino, indagué en Internet qué se podía averiguar sobre el bretón. Encontré bastantes entradas, pero prácticamente todas «favorables» para su persona. Asistencia a galas benéficas y festejos diversos, fotografías con personajes de la «jet set», de esos que salen habitualmente en las páginas de la prensa del corazón, discretas participaciones en campeonatos de golf y poco más. De vez en cuando alguna insinuación acerca de su posible implicación en algún famoso caso de corrupción, o sospechas de estar involucrado en algún que otro delito fiscal o de evasión de capitales, pero nada importante. Estamos tan acostumbrados a situaciones y escándalos de ese tipo, que leer esa clase de noticias ya no asusta a nadie. Y ya metido en harina, se me ocurrió experimentar con búsquedas en las que aparecía conjuntamente Aurelio Mentxaka y Dominique Le Ferrand, pero no conseguí nada. Si en algún momento habían tenido tratos de algún tipo, esos tratos habían pasado desapercibidos para la poderosa red cibernética mundial. Pero como eso es prácticamente imposible, la conclusión a la que no me quedó más remedio que llegar es que, por extraño que pareciera, Aurelio y Dominique tuvieron que conocerse muy poco antes de que se produjera el asesinato que llevó primero a la cárcel, y posteriormente al suicidio, al padre de Karnele.

Una cosa sí tuve que admitir, tras mi paso por Internet, sobre la personalidad de Le Ferrand. Para ser un reconocido delincuente, como me aseguró Sheila y me confirmó, aunque sin proporcionarme excesivos datos, el padre Txomin, el fulano no era, precisamente, un ejemplo de discreción. Tenía abierta una cuenta a su propio nombre en Facebook en la que apenas escribía mensajes, pero a la que solía subir con profusión fotografías en las que siempre estaba acompañado por auténticas bellezas, incluso en algunas de ellas aparecía la propia Sheila y alguna otra mujer que reconocí sin lugar a dudas. También solía cambiar muy a menudo de foto de perfil, y en ellas siempre aparecía en postura de macho arrogante, de esos que se machacan habitualmente en los gimnasios y expelen testosterona por todos los poros de sus macizos cuerpos. Era prácticamente imposible que un tipo como Aurelio Mentxaka se hubiese acercado hasta él lo suficiente como para darle matarile. Salvo que se conocieran de antemano y el bretón confiara plenamente en él, pero esa, pese a ser la única posible, era una idea que carecía de sentido.

Quizás había llegado el momento de hablar de nuevo con Sheila y, como lo pensé, lo llevé a cabo. La avisé previamente de mi visita, no fuese a ocurrir que estuviese ocupada con algún cliente, yo soy así de considerado, y me dio cita para las dos de la tarde. Solo que en esta ocasión no me recibió, como solía hacer habitualmente, embutida en uno de esos conjuntos de lencería fina, tan fina que era prácticamente

transparente y dejaba traslucir sus muchos encantos corporales, sino que parecía estar vestida como para ir a una boda.

—Me he imaginado que hoy no querías verme para follar conmigo, precisamente —me dijo sonriendo, cuando le comenté ese hecho. Tenía razón, aunque siempre he sido, por otra parte, de los que consideran que los negocios no tienen que estar necesariamente reñidos con el placer—. Teniendo en cuenta la hora que es, he reservado mesa en un restaurante, para que podamos hablar con más tranquilidad. Supongo que serás todo un caballero y pagarás tú la comida.

Así lo hice, aunque teniendo en cuenta el lugar al que me llevó y los precios de cada plato que degustamos, allí no se comía, allí se «degustaba» la comida, me hubiese salido más barato encerrarme con ella toda una semana seguida en un hotel de los más lujosos y estar continuamente dale que te pego. Pero en fin, cuando es conveniente uno sabe comportarse y así lo hice, aunque para ello tuviese que tirar de Visa. En otras ocasiones me hubiese dolido menos, porque habría cargado la cuenta al cliente, pero en este caso, siendo mi cliente Karmele, sabía que por ahí no tenía nada que rascar.

Un convencionalismo tácitamente respetado por ambas partes hizo que, hasta que no nos sirvieran los cafés, solo y bien cargado para mí, descafeinado con leche desnatada y sacarina para ella, y las copas, *bourbon* para el caballero y un orujo de hierbas para la gentil damisela, no entráramos en materia.

—La comida ha sido deliciosa y la compañía, como siempre, muy agradable —me dijo Sheila con esa sonrisa que habría conseguido que Simón el Estilita se hubiese bajado inmediatamente de la columna en la que, según dicen, permaneció treinta y siete años huyendo de las tentaciones de la carne, y hubiese tomado la decisión de no subirse a ella de nuevo jamás en la vida, que ya habían sido muchos años de hacer el gilipollas—, pero no me has invitado solo por la charla. Ni por follar conmigo, para eso no te habría traído aquí. Pongamos las cartas boca arriba. Tú necesitas una información que crees que yo te puedo proporcionar. Déjame que lo adivine —añadió son dejar de sonreírme—: ¿quieres sonsacarme sobre Dominique Le Ferrand?

—Sigues siendo la mejor —contesté con sincera admiración—. Y no solo en la cama —añadí. Decirle esto último a ella no suponía ninguna grosería, sino un auténtico elogio que acostumbraba a agradecer.

—En el fondo no era tan difícil saberlo —intentó quitar importancia a su intuición—. Te conozco desde hace muchos años y sé, por bien que lo intentes disimular, y para que tu ego se quede tranquilo, tengo que reconocer que normalmente lo haces muy bien aunque conmigo no te vale, que cuando te hablé del francés, sobre todo cuando te dije que era también conocido en algunos ambientes como Txomin, el tema te interesó más de lo habitual. Vamos, que no me fue nada difícil comprender que cuando me preguntaste por él no fue, simplemente, para seguirme la corriente sino porque el tema te interesaba de verdad. La cuestión es, ¿hasta cuánto te interesa?

—Lo suficiente como para estarte eternamente agradecido me cuentas lo que me

cuentas.

—Ya sabes que a mí el agradecimiento me gusta que se me demuestre en euros.

—Me temo que la persona a la que represento no vería con buenos ojos que dilapidara sus escasos ingresos para que tú acrecieras tu cuenta corriente, pero sé que has tenido problemas con la licencia de apertura de un nuevo local que quieres instalar en Portugalete. ¡Quién sabe!, quizás eso podría arreglarse dentro de muy poco tiempo —había llegado mi momento de sonreír.

—Siempre he dicho que sabes tratar a una dama —fue la réplica de Sheila—. De acuerdo, me fiaré de tu palabra, incluso aunque lo que te cuente no te sirva finalmente de mucho.

—Sabes que cuando doy mi palabra la cumplo siempre, cueste lo que cueste.

—No digas chorradas, Markel, que nos conocemos hace tiempo y tú eso de la «palabra de vasco» siempre te lo has pasado por el forro de los cojones —dijo esto último con un tono de voz que daba la impresión de que acababa de pronunciar las más dulces palabras que un oído sensible puede escuchar—, pero es cierto que conmigo siempre has cumplido y volverás a hacerlo porque, otra cosa quizás no, pero siempre has sabido lo que era más conveniente para ti.

Sonaba a amenaza y lo era, aunque eso no constituyera ningún obstáculo para que nuestra relación fuese más sólida que la gran muralla china, así que no le di ninguna importancia y, tras volver a garantizarle que lo de Portugalete podía considerarlo solucionado, le insté a que me hablara de Dominique Le Ferrand.

—En realidad tampoco puedo decirte mucho más que lo que te comenté el otro día. Era un tipo de cuidado, pero sabía guardarse las espaldas. Cuando te dije que había rajado la cara de una de mis chicas no te mentí, pero no te comenté que el asunto no siguió adelante porque cuando puse la denuncia ante la Ertzaintza apareció un ecuatoriano, un tipo que se encontraba sin papeles, y se hizo responsable del navajazo. Y aunque ya sabes que a mí nunca me han acojonado los tipos como Le Ferrand, y que tengo una buena influencia —volvió a sonreír al pronunciar la palabra «influencia», como si estuviera rememorando momentos y situaciones muy concretas— en las más altas esferas policiales y judiciales, esas influencias sirvieron para pararle los pies al cabrón, pero no para que le procesaran. El marrón se lo comió el ecuatoriano al que, además, mi «chica» reconoció, finalmente, como su agresor. Cuando se lo recriminé, dijo que se trataba de su vida y no de la mía. Seguramente tenía razón, pero la eché a la calle. Eso es lo bueno de un negocio como el mío, que no hay que pagar indemnizaciones por despido improcedente.

—¿Sabes qué ha sido de ella?

—Intenté enterarme discretamente, ya que no acabamos precisamente como amigas, pero desapareció del mapa. Se fue de Bilbao y nunca he sabido nada más de ella, ni por dónde anda, ni a qué se dedica ni para quién trabaja. Por mí como si se convirtió al Islam, se enfundó en un burka y está ahora en Siria follándose como una loca, por amor a la causa, a los tíos esos del Estado Islámico. Fin de la historia.



—¿Y el ecuatoriano? ¿Qué puedes decirme de él?

—Que se llamaba Joaquín Nelson Gordillo Reyes, era de Guayaquil, tenía veintiocho años, soltero aunque con muchas novias y unos cuantos hijos no reconocidos, de profesión albañil aunque sus manos no estaban lo suficientemente encallecidas como para haber trabajado en la construcción y que si quieres hablar con él tendrás que contratar a una médium, porque pocos días después de salir de la cárcel falleció en una reyerta entre compatriotas a la salida de una discoteca de ambiente latino. Por cierto, y para el caso de que te interese el dato, nunca se detuvo a su asesino.

—Pero tú supones que detrás de todo eso se encontraba Le Ferrand.

—Yo no supongo nada, *mon amour*, tan solo te cuento lo que sé. ¿Cómo decís los leguleyos? Me limito exclusivamente a hacer un relato de los hechos. Los fundamentos de derecho, y las conclusiones pertinentes, son cosa vuestra.

—¿En qué estaba metido?

Alzó los brazos sobre su cabeza, como si fuese una actriz italiana declamando eso de «pero qué habré hecho yo, Dios mío, para que todos los cretinos se acerquen a mí» antes de responderme.

—¿Se puede saber por qué me preguntas esa chorrada? Joder, pues a todo lo que oliera a pasta y se la proporcionara. Lo mismo que haces tú, solo que tú eres un chico inteligente y de buena familia que procura no rebasar, si no es estrictamente necesario, los límites legales, y Le Ferrand, en cambio, no tenía tantos escrúpulos. Bueno, lo tuyo no son escrúpulos —rectificó con una sonrisa en los labios—, sino inteligencia, tengo que admitirlo.

—Sé que esta nueva pregunta te va a parecer igual de tonta, pero ¿por qué querría alguien matarlo? Quiero decir, ya sabemos que estaba metido en todo aquello sucio y podrido susceptible de producirle alguna ganancia económica, pero ¿por qué ahora? ¿Se metió en algo que le sobrepasaba o actuó de manera que algún poderoso enemigo se soliviantara tanto como para decidir que había que acabar con su vida?

Se encogió de hombros antes de contestarme que seguramente yo tenía razón, no se mata a alguien sin ningún motivo, añadió, pero desconocía cuál podía ser.

Cambié de tema y le pregunté si, por casualidad, conocía a Aurelio Mentxaka.

—Por casualidad no —me contestó sonriendo nuevamente—, sino por lo que he leído en la prensa. Es el hombre que, según parece, mató a Le Ferrand. Y que era tu cliente antes de que su suicidio cortara de raíz vuestra relación profesional. Una pena, me refiero a lo de su suicidio, porque iba a solicitarte encarecidamente que le felicitaras, tanto de mi parte como del de mis chicas.

Si no conociera tan bien a Sheila me habría sorprendido que estuviera al tanto de mi relación con Mentxaka, pero como me constaba que tenía oídos en todas las esquinas o, más sencillamente, clientes en todos los sectores sociales del país, no me extrañé demasiado, pese a que aún no había trascendido a la prensa que yo era, o al menos lo había sido durante un escaso lapso de tiempo, su abogado.

—No te preocupes por eso, lo haré cuando consiga una médium suficientemente poderosa o contacte con él a través de la ouija —pretendí parecer irónico, aunque sin conseguirlo—. Lo que de verdad quería saber es si conocías a Aurelio Mentxaka, o te sonaba de algo, antes de que asesinara a Le Ferrand.

—¿Y por qué no se lo preguntas también a través de esa médium? Como si no supiera yo bien qué tipo de médiums son tus preferidas, algo así como esto, ¿no? —Se pasó las manos suavemente por su cuerpo, mientras reía a carcajadas—. Pero voy a ser buena contigo así que te responderé, aunque no posea contactos con el más allá. No, ni mis chicas ni yo conocimos nunca en persona al asesino de Le Ferrand. No era cliente nuestro. Y hasta donde nosotras sabemos, no era conocido ni en nuestro ambiente ni en ningún otro tipo de ambiente que tuviese relación con actividades parecidas a las que Le Ferrand solía llevar entre manos. Para mí lo ocurrido es tan extraño como para cualquier otro. Si lo que he sabido por la prensa es cierto, Mentxaka no encajaba en el tipo de los posibles asesinos de un tipo tan peligroso como el bretón.

—En ese caso, ¿cómo pudo acercarse hasta él y matarlo tranquilamente, sin ninguna oposición?

—Me imagino que conoces la respuesta tan bien como yo. Posiblemente, por algún motivo que desconocemos, Le Ferrand llegó a confiar tanto en Mentxaka que bajó la guardia, con consecuencias funestas para él.

—Sí, claro, eso parece evidente, pero ¿cómo pudieron llegar a tal grado de intimidad y confianza? Eso es lo que no entiendo. No se movían en los mismos círculos, no se dedicaban a las mismas cosas, uno era un delincuente, el otro un ciudadano ejemplar.

—Un ciudadano ejemplar hasta que mató a Le Ferrand, no lo olvides —apostilló Sheila mi último comentario.

—No, no lo olvido, pero hasta ese momento nada en su vida ni en su personalidad indicaba que pudiera a llegar a hacer algo como eso.

—La gente es imprevisible. Y además, cambia. ¿Quién sabe hasta dónde podemos llegar si se nos presiona demasiado? —sentenció, filosóficamente, la propietaria del más elegante burdel de Bilbao.

A eso podía haberle contestado, pero no quise. Si cuando intentaron desahuciarle lo aceptó resignadamente y no cogió una escopeta para liarse a tiros con todos los financieros que tuviera a mano, parecía difícil entender qué otra posibilidad podría haberle hecho estallar. Aunque a veces, como dice el refrán, una pequeña gota es la que hace derramar el vaso. Pero ¿por qué Le Ferrand? ¿Qué le había hecho ese tipo?

Pagué la cuenta del restaurante y me despedí de Sheila, sin dejarme convencer para que la acompañara hasta su domicilio, pese a que según dijo, zalamera ella, en esa ocasión «pagaba la casa». Cuando rechacé su oferta me preguntó, sorprendida, si no me estaría enamorando de mi clienta.

—¡No digas chorradas! —intenté zanjar la cuestión—, ya sabes que yo no soy de

esos —le dije, pero no pude evitar que una extraña inquietud se apoderara de mi interior.

Mientras me dirigía al despacho una idea empezó a revolotear en mi cabeza. Los billetes premiados en la lotería nacional, que se habían encontrado en casa de Aurelio o que este había ingresado en una entidad bancaria, ¿podrían ser el precio por matar a Le Ferrand? Era absurdo, totalmente absurdo. Mentxaka no era un asesino profesional y nadie en su sano juicio le habría contratado para ejercer como tal, pero entonces, ¿por qué estaban en su poder esos billetes? ¿Se los habría robado al bretón? ¡Imposible! Le Ferrand no era de esos tipos que se dejara robar —aunque por otra parte, tampoco era de esos tipos que se dejaran matar y, sin embargo, ocurrió—, pero de haber ocurrido algo así la víctima del asesinato hubiese sido Mentxaka, no él.

En la oficina volví a meterme en Internet, pero la red no hace milagros. Si la anterior vez que tecleé en Google no encontré relación entre asesino y asesinado, ahora tampoco. Se me ocurrió que quizás Mentxaka podría encontrarse entre los amigos de Facebook de Le Ferrand, aunque cuando estuvimos revisando su domicilio no encontramos ni un ordenador, ni una tablet y Karnele me había dicho que su padre era totalmente ajeno a las nuevas tecnologías, pero de repente allí estaba. ¡Bingo! Aurelio Mentxaka también tenía una cuenta en Facebook y él y su víctima eran amigos.

Aun así, las cosas no me cuadraban. Estuve escudriñando en el Facebook de Mentxaka y no tenía ningún amigo que pudiera considerarse afín a él, quiero decir, amigos de verdad, no de la red, sino de esos con los que juegas al mus o te tomas unos vinos. En su mayoría eran escritores, artistas o políticos, de esos que aceptan a todo el mundo para poder hacer publicidad de sus libros, discos o ideas, pero a los que no has visto nunca y, seguramente, jamás verás en la vida. El único amigo disonante, por así decirlo, entre toda esa pléyade, era precisamente Dominique Le Ferrand. Pero eso no significaba nada, como acabo de comentar mucha gente tiene amigos en Facebook a los que no ha visto en su vida, limitándose a aceptar automáticamente su petición de amistad, sin saber, ni interesarles, quién era, qué hacía y a que se dedicaba. Aun así no dejaba de ser un dato curioso y que, seguramente, demostraba que Mentxaka se había interesado en algún momento por saber cosas de Le Ferrand, ya que me parecía absurdo que hubiese ocurrido lo contrario, que hubiese sido el bretón quien se interesara por el padre de Karnele. ¿Ese interés vaticinaba que Mentxaka estaba ya pensando en acabar con Le Ferrand? Parece posible, desde luego, aunque no había modo de saberlo a ciencia cierta.

De todos modos, si ya era extraño que Mentxaka tuviese una cuenta en Facebook, más extraño aún era que apenas subiera fotografías, escritos o noticias. De vez en cuando hacía comentarios anodinos sobre las entradas que subían algunos de sus contactos, pero nada más. Eso sí, muy de vez en cuando, ante fotografías en las que aparecía una mujer, solía hablar de sus zapatos, que si le gustaban mucho, que si eran unos zapatos muy elegantes, que si se parecían a los que había utilizado una famosa

actriz en tal película y cosas por el estilo. Que yo supiera, el bueno de Aurelio nunca había dado el tipo de fetichista, pero es que en el fondo no hay un tipo especial para esas cosas, cualquiera puede serlo, yo mismo..., pero bueno, hay cosas que pertenecen a mi más íntima intimidad y no me apetece contar, así que mejor callarse. El caso es que eso me obligó a recordar que se suicidó utilizando, precisamente, unos cordones de zapatos. Y, por lo que me dijo Laura Santolalla, se trataba de unos zapatos caros, de marca. Aurelio nunca fue un hombre dado a los lujos, todo lo contrario, siempre fue, incluso en sus momentos de bonanza económica, la persona más austera que yo he conocido nunca, pero supongo que cuando uno tiene un vicio o, denominémoslo más piadosamente, una afición, no le duele gastarse un dinero extra en satisfacerla. Aun así me imagino que se trataba de una afición muy controlada, ya que cuando inspeccionamos su domicilio no encontramos zapatos de alta gama, ni de mujer ni de hombre. Y tampoco era cosa de irle con el cuento a Karmele, al menos no de momento, así que me olvidé de esa inicua afición y volví a centrarme en sus contactos. Unos cuantos me sonaban, incluso se encontraban entre los míos, pero todos eran personas honorables, aunque ese término está últimamente algo devaluado, no me queda más remedio que admitirlo.

Lo raro de Mentxaka no era tanto que tuviese una cuenta en Facebook, ¿quién no la tiene hoy en día?, sino que vista su afición, no tuviese ordenador en casa, por lo que debía depender, o bien de amigos, o bien de comercios en los que te alquilaban por un rato el ordenador. Al fin y al cabo, aunque el noventa por ciento de la población, seguramente un porcentaje mucho más alto, usa Internet casi exclusivamente para ver páginas porno, tener hoy en día un ordenador no es tan vergonzoso o, de serlo, lo sería tanto como tener una aspiradora o una máquina de afeitar. Llegué a preguntarme si es que quería esconder a su hija esa afición, inocua pero que podía ser malinterpretada, y supuse que seguramente esa era la solución correcta.

Aquella noche soñé con Aurelio Mentxaka. Se encontraba subido sobre una montaña de zapatos de mujer, zapatos de todo tipo, sandalias, zuecos, escaarpines, alpargatas, mocasines, manolequinas, merceditas, acharolados, planos, con tacón, sin tacón, botas, plataformas. Seguramente en estado de vigilia no habría sabido citar ninguno, pero en sueños me venían todos a la cabeza, o mejor sería decir, al subconsciente. Y en la cúpula de esa montaña el bueno de Aurelio jugueteaba con unos zapatos de un color rojo intenso y un tacón de aguja tan pronunciado que, de aparecer en una película, por vestida que fuese su propietaria, hubiese sido clasificada como X.

De repente la escena se difuminaba, es lo que tienen los sueños, o sea, la cosa onírica que dicen los entendidos (¿entendidos en qué?, me he preguntado siempre, sin saber responderme) y junto a Aurelio se encontraba Dominique Le Ferrand, que parecía charlar amigablemente con él hasta que el padre de Karmele cogía el zapato y clavándole el tacón en un ojo hacía que todo mi sueño se anegara en un rojo sangre

indistinguible del rojo del zapato.

Hasta cierto punto, más que un sueño podía considerarse una pesadilla, pero como yo no aparecía en él para mí no significaba nada, dijera lo que dijese el difunto doctor Freud. Aunque la cosa se complicó de repente y me encontré, sin saber cómo, en un juzgado, también lleno de zapatos de todo tipo. Y en el juzgado, mi buena amiga Laura Santolalla que me decía que, a cambio de dos mil euros, me diría cuál era el zapato mágico con el que conseguiría liberar a Aurelio Mentxaka, que estaba acusado de matar, clavándole precisamente un zapato en el cráneo, a Dominique Le Ferrand. ¿Pero no había sido en el ojo?, protesté en el acto, sin percatarme de que los sueños no se caracterizan precisamente por su coherencia y realismo. Laura se encogió de hombros, provocando un seísmo similar al que provocaría una montaña que también los tuviera y decidiese moverlos, y me dijo que dado mi escepticismo el precio acababa de subir y ahora el zapato mágico valía tres mil euros.

Los sueños son tan extraños que, de repente, me dio un ataque de honradez y le dije a Laura que se olvidara, que no pensaba darle ni un mísero euro por esa información, que ya encontraría por mi cuenta el zapato mágico.

—Tú mismo, querido —me dijo con una voz que era la suya, pero que también sonaba como si estuviesen hablando al unísono un millón de hormigas, es lo que tienen las pesadillas—. Pero ya sabes que si fallas, no habrá vuelta atrás. Tu cliente será condenado a la pena capital.

—En España hace tiempo que desapareció la pena de muerte —ni siquiera en sueños puedo vencer la tentación de apabullar con mis conocimientos jurídicos a mis contrincantes.

Como única respuesta Laura volvió a reírse de un modo frenético mientras se alejaba de mí, difuminándose, como en una película en la que el director quería demostrarnos lo bien que sabía utilizar los recursos técnicos que el productor había puesto a su disposición. Me encontré solo, delante de una estantería llena de zapatos, aunque en esta ocasión eran de hombre. Decidido, me acerqué a unos que eran idénticos a los que usaba el personaje de Rhett Butler en «Lo que el viento se llevó», cosa por demás sorprendente ya que yo debía ser de los pocos mortales que jamás había visto lo película, y los cogí entre mis manos.

Un fundido en negro brevísimo, no duró ni una milésima de segundo, y la escena cambió de nuevo, pero tan solo para que yo pudiera contemplar una visión espeluznante. Aurelio Mentxaka se había ahorcado, pero la cuerda de la que pendía estaba formada por un millón, sí, un millón, no me pregunten cómo supe la cantidad exacta, de zapatos entrelazados los unos con los otros.

—Eso es lo que ocurre por no pagar —volví a escuchar la horrible voz de Laura Santolalla, que pronto se confundió con la de mi despertador.

Aunque estaba anegado en sudor, últimamente mis despertares eran muy húmedos y no debido precisamente al sexo, como a mí me gustaría, agradecí haber vuelto al mundo real, pese a que mientras me duchaba recordé que en estos últimos

días el mundo real y yo no formábamos la pareja del año. Intenté masturbarme pensando en Karmele, pero la imagen de Laura Santolalla volvió a mi cabeza e hizo que mi pene se quedara más flácido y mustio que el de un muerto. Y por mucho que lo intenté, no pude dejar de pensar en mi funcionaria favorita. Entre otras cosas, porque mi primera tarea del día, después de pasar por el bufete para firmar unos documentos que seguramente mi secretaria ya tendría preparados, consistía precisamente en pasar por el juzgado que llevaba el asunto del asesinato de Le Ferrand y el suicidio de Mentxaka. El mismo juzgado en el que Laura Santolalla ejercía su omnímodo poder.

Como había previsto, mi eficiente secretaria, Pilar, lo tenía todo preparado y yo me limité a firmar los documentos que siguiendo mis instrucciones habían elaborado ella o los abogados que trabajaban para el bufete.

—Eres un sol, Pilar. No sé lo que haría sin ti. Nunca podré agradecerte tus desvelos como te mereces —le dije mientras, mecánicamente, imprimía mi rúbrica en los papeles que sucesivamente me iba entregando.

El hecho de que su cara adquiriera el color de un tomate en su plenitud me demostró que ella sí tenía alguna leve, o más que leve, idea de cómo podía demostrarle mi agradecimiento. El problema es que todo lo que tenía de eficaz lo tenía también, por decirlo de un modo suave, de estéticamente poco atractiva. Quién sabe, quizás algún día, si estaba lo suficientemente desesperado o tal vez extremadamente caritativo..., pero deseché la idea según me vino a la cabeza. No solo por su carencia de estímulos físicos positivos sino porque liarse con una empleada no suele traer más que complicaciones. Y una cosa es que a mí me gusten las complicaciones, sobre todo si vienen por el aspecto lujurioso de la existencia, y otra muy diferente que las busque en mi propio despacho.

Iba a salir del bufete, para dirigirme al Palacio de Justicia, cuando se acercó mi padre, que debía estar informado de mi llegada. Él siempre era el primero en llegar y el último en irse del bufete, nunca he entendido muy bien por qué, ya que en los últimos tiempos su figura era meramente decorativa. Aunque era un buen abogado, muy respetado en los ambientes jurídicos y profesionales de la ciudad, hacía tiempo que su cartera de clientes se había reducido al mínimo necesario para no aburrirse. Un letrado de la vieja escuela, conocedor del derecho y de los entresijos de las leyes, pero que en esta época, si hubiese tenido que empezar por su cuenta, como cualquier recién licenciado o graduado en Derecho, y no hubiese tenido la suerte, como la tuvo en su tiempo y hasta cierto punto, porque en mi caso yo sí habría salido adelante, la he tenido yo, de heredar un bufete en marcha y prestigioso jamás hubiese llegado a prosperar en la profesión. No por falta de conocimientos o capacidad profesional, sino porque no era capaz de oler la sangre y dar dentelladas allí donde hiciera falta.

Antes he dicho que nunca he entendido muy bien por qué era siempre el primero en llegar y el último en salir del bufete, aunque esto último no es del todo cierto. Si se ocupaba de cerrar, a horas bien tardías, la puerta del despacho era porque, desde la muerte de mi madre, siendo yo aún un adolescente, volver al domicilio familiar se le hacía insoportable. Es cierto que los primeros años se volcó en mí, pero cuando yo me independicé, sin recibir por ello el menor reproche, y se quedó solo en el viejo y enorme piso que mi madre y él habían compartido cerca de la plaza del Ensanche, cada día que pasaba se le hacía más difícil la vuelta al hogar. En muchas ocasiones, sobre todo tras recibir jugosas ofertas por el viejo piso, le había instado a trasladarse a un pequeño apartamento, donde viviría seguramente más tranquilo y sin esos

recuerdos que tan dolorosos eran para él.

—No te equivoques, hijo —me dijo en una ocasión—. Por dolorosos que sean esos recuerdos son los que me mantienen vivo.

Contradicciones del ser humano, pensé aquella vez, sintiendo sobre todo la pérdida económica que la cabezonería de mi progenitor nos estaba causando. Pero como él era el propietario, y tenía la última palabra, no pude poner objeción alguna a su decisión.

La verdad es que en general nos llevábamos bien. O quizás habría que decir simplemente que «nos llevábamos». Nos veíamos todos los días, o casi todos, en el bufete y nos saludábamos cordialmente. Al fin y al cabo yo era su único hijo y sucesor, no solo en el bufete sino en todo lo demás, y como hombre apegado a las costumbres y tradiciones, jamás se le hubiese ocurrido desheredarme, lo que a esas alturas tampoco me hubiese importado en exceso, salvo por lo simbólico, ya que mi cuenta corriente era, desde hacía bastante tiempo, mucho más abultada que la suya. Que no aprobara mi vida ni mi forma de ver los negocios era otra cosa, pero como me dijo un día entre filosófico y resignado, «mientras no tenga que ir a visitarte a la prisión de Basauri, supongo que todo está en orden». En el fondo le habría gustado que me hubiese casado con una buena chica y todos los domingos fuera con mi esposa y mi prole, sus ficticios nietos, a comer junto a él, a la vieja casa del Ensanche, pero si difícil es cumplir los sueños cuando dependen de uno mismo, cuando dependen de una tercera persona, aunque sea tu hijo, es imposible, así que es un tema sobre el que muy pronto dejó de insistir.

Lo que más me sorprendió fue lo efusivo de su abrazo y sus palabras.

—Markel, Markel, me he enterado de lo que estás haciendo por Karnele y su pobre y difunto padre —me abrazó aún más fuerte después de decirme eso—. No sabes lo feliz que me hace ver que por fin vas a utilizar toda tu capacidad y conocimientos de un modo altruista, solo por amistad y por creer que su causa es justa —por lo visto Karnele o era muy discreta o sentía vergüenza del trato que en su día hizo conmigo, porque mi progenitor tampoco estaba al corriente del tema.

«Tu madre estaría orgullosa de ti» —añadió, casi al borde las lágrimas—. «Pero seguro que desde donde está ahora lo sabe y te sonríe».

Me desembaracé de su abrazo como mejor pude sin que pareciera que obraba con brusquedad y me dirigí hacia el ascensor. Afortunadamente en esos momentos no bajaba nadie conmigo, porque una lágrima rebelde hizo amago de arrastrarse por mi mejilla. ¡Tenía cojones la cosa!, la alusión a mi madre me había emocionado. ¿Me estaría convirtiendo en un blandengue? ¡Imposible! Seguramente alguna mota de polvo cabrona se había metido en mi ojo y eso me había hecho lloriquear. Sí, eso tenía que ser. Me miré en el espejo del ascensor y comprobé, tras restregarme fuertemente los ojos, que estaba en lo cierto, con lo que pude finalmente recobrar mi aspecto firme y normal y salir con paso fuerte a lo que un escritor norteamericano denominó, hace ya muchísimos años, la jungla de asfalto. Y es que de los yanquis se



podrá decir lo que se quiera, pero cuando dan en el clavo, pues eso, que dan en el clavo.

También se podrán decir de mí muchas cosas, la mayor parte de ellas negativas, pero lo que nadie podrá decir nunca es que me arrugo o que soy un cobarde, así que nada más llegar al Palacio de Justicia me dirigí, sin pérdida de tiempo, ni siquiera para saludar a los múltiples colegas con los que me crucé por los pasillos, a las fauces del dragón. Es decir, al despacho en el que reinaba, con un absolutismo absoluto que no se parecía en nada al despotismo ilustrado de algunos de nuestros antiguos monarcas, mi buena amiga y, en los últimos tiempos, centro de mis más horripilantes pesadillas, Laura Santolalla.

La antediluviana funcionaria me recibió con lo que ella seguramente pensaba que era una radiante sonrisa pero, tras haberla aguantado en el interior de mis más crueles y negros sueños, la horrible mueca que me dirigió no fue capaz de enturbiar mi ánimo. Aun así no pude reprimir un gesto de sorpresa al observar que a su alrededor no había más que viejos legajos y expedientes, en lugar de zapatos de mujer. Debía continuar bajo los influjos de Morfeo, porque imprudentemente así se lo hice notar a Laura. El que nada más decírselo me diera cuenta de que acababa de dejarme dominar por mi subconsciente no arregló en nada la situación.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Te has vuelto fetichista? O, como el príncipe del cuento, ¿buscas una Cenicienta para postrarte a sus pies e introducir en ellos unos hermosos y caros zapatos de cristal? Por si acaso, aquí tienes los míos. No son tan delicados como los de las princesas de los cuentos, pero sí mucho más resistentes y aptos para patear culos indeseables —se regocijó enseñándome unos zapatos de monte que podrían haber sido utilizados, en su ascensión a la totalidad de los «ocho miles», por el propio Juanito Oiarzabal, en el caso de que el montañero alavés calzase un cuarenta y nueve de pies.

Balbuocé unas torpes excusas acerca de que me habían informado, de un modo erróneo, por lo que parecía, que la Policía Municipal se había incautado de una partida de zapatos de imitación de las mejores marcas y que por eso lo preguntaba, pero a Laura no debían interesarle mis explicaciones, ya que las cortó inmediatamente diciéndome que llevaba varios días esperando que pasara a visitarla.

—He andado muy ocupado —le respondí, intentando recobrar mi autocontrol—. Ya sabes que a mí la crisis no me ha afectado para nada y cada vez tengo más trabajo.

—Sí, es lo que tienen las crisis, que son ocasiones estupendas para que los hijos de puta prosperen en la vida —reflexionó Laura, con el aspecto de ser una fervorosa adepta al marxismo-leninismo más extremo, aunque luego añadió que lo de «hijo de puta» referido a mí era un término cariñoso y no ofensivo.

—Casi preferiría que fuese ofensivo —le seguí la aparente broma—, si eso significa que los negocios marchan viento en popa y que cuento con tu colaboración para que sigan así.

—¡Cómo no, querido! Ya me conoces y lo que más deseo en el mundo es tu

bienestar y que las cosas te vayan bien. Ya sabes que tengo mis razones para ello — me miró con lo que las revistas femeninas definían como «aspecto pícaro y sensual», solo que pasado por el tamiz de alguien más acostumbrada a leer informes de autopsias que consejos para maquillarse a la última—. Concretamente, y en estos momentos, trescientas buenas razones.

Trescientas buenas razones, en su nada críptico lenguaje, significaba que dentro de poco trescientos euros iban a ser trasvasados de mi cartera a la suya. Trescientos euros, ni más ni menos.

—Muchas razones me parecen —intenté protestar, a sabiendas de que con Laura era imposible regatear.

En lugar de rebatirme, se limitó a encogerse de hombros y preguntarme si traía el poder necesario para personarme en las causas abiertas por las muertes de Dominique Le Ferrand y Aurelio Mentxaka. Cuando se lo aporté, hizo como que los miraba antes de decir que todo estaba correcto y entregarme copia de las actuaciones de ambos expedientes.

Durante un rato me sumergí en la aburrida prosa procesal de las diligencias judiciales. Todo parecía en orden. Las causas de las muertes eran las ya previstas y, en los dos casos, el auto de archivo estaba suficientemente razonado. En el de la muerte del bretón porque había quedado claro que su asesino había sido Aurelio Mentxaka, no solo por sus declaraciones sino también por el resto de pruebas encontradas y analizadas, entre ellas las huellas dactilares y el ADN. Fallecido el responsable, no tenía ningún sentido mantener abierta la causa. Y por lo que respecta a Aurelio, el juez, los investigadores de la policía judicial y el forense tenían también, meridianamente claro, que se había causado su propia muerte. Nada nuevo bajo el sol, como ya decía el viejo y sabio rey Salomón. Un hombre desesperado, que sabe que ha matado a un semejante y que, reconcomido por los remordimientos, decide aplicarse a sí mismo la pena de muerte, desaparecida del código penal, pero no de cierto antiguo e incluso absurdo código de honor masculino.

Por lo que respecta a los zapatos, salvo el hecho de que utilizó unos cordones, que nadie se explica cómo llegaron a su poder, para ahorcarse, nada indicaba que tuvieran relación alguna con lo sucedido. Aunque estaba claro, al menos para mí, que a Aurelio le motivaba el tema, lo llevaba con discreción, por eso tan solo se desahogaba en Facebook, y tampoco de un modo atosigante o continuo, así que no le di más importancia. Seguramente la unión de ambas circunstancias había originado mi pesadilla, pero no merecía la pena que indagara más sobre ese asunto. De todos modos, cuando por fin se acabara este enojoso asunto, tendría que acudir a un buen psiquiatra. O aún mejor, me iría de vacaciones a las Bahamas que, teniendo en cuenta lo que cobran los pocos aunque selectos psiquiatras que yo conozco, me iba a salir igual de caro, pero mucho más placentero.

El problema con el que me encontré fue que no podía indagar nada más ni sobre el asunto de los zapatos ni sobre ningún otro asunto. Porque tras haberme leído

detenidamente el expediente judicial pude comprobar, aún no sé si por suerte o por desgracia, que no me proporcionaba apenas ningún dato nuevo con el que trabajar. Ni siquiera se explicaban razonablemente los motivos que movieron a Aurelio Mentxaka a asesinar al bretón, lo que en las series de televisión se conoce como el «móvil», que esta palabreja se usaba mucho antes de que empezara a servir para denominar a esos teléfonos pequeños, a veces no tan pequeños, que casi todos llevamos en los bolsillos.

—¿Y a ti qué coño te importa el móvil ese de los cojones? —me preguntó, cuando le comenté ese aspecto del tema, la buena de Laura—. Lo mató y lo demás son hostias. Tal vez tendría algún sentido averiguarlo si el asunto hubiese llegado a juicio, pero tras haberse suicidado el autor, ya no tiene ninguna importancia.

Estuve a punto de preguntarle si al juez no le interesaba conocer esos ignorados motivos, pero no lo hice para que Laura no se descojonara a mi costa y porque conocía la respuesta. Para el juez, como para todo el mundo, excluyendo a Karnele, por supuesto, el asunto estaba finiquitado del mejor modo posible. Para mí también, pero como me estaba agilipollizando a un ritmo extraordinario, todavía seguía en la brecha. Decididamente tenía que olvidarme de las Bahamas y acudir a la consulta de algún psiquiatra afamado, de esos que suelen salir en televisión exponiendo obviedades con voz engolada, a ver si era capaz de enderezar el tornillo que se me estaba aflojando y volvía a mi ser real, pero antes de buscar uno razonablemente barato en las páginas amarillas le pregunté a Laura por las trescientas razones que tenía para esperar mi visita con tanto afán.

—Porque esto —señalé los expedientes—, es una auténtica mierda. Y además, una mierda que me sale gratis porque una vez personado en las causas tengo derecho a revisarlas siempre que me apetezca.

No estaba siendo del todo sincero, porque en las diligencias había aparecido un dato que quizás tuviera importancia, aunque no sé de qué tipo. Y no lo sabría hasta que hablara con Karnele. Seguramente ni siquiera ella lo sabía, o me lo hubiese contado. De todos modos hasta que no hablara de eso con mi vieja amiga, en el caso de que lo fuésemos, no merecía la pena especular sobre ello, así que mantuve mi cara de póquer y me limité a repetir, delante de Laura, que en las diligencias judiciales no aparecía nada que yo no supiera de antemano.

—No todo viene en esos papeles, cariño —volvió a ofrecerme lo que en su inconsciencia u optimismo desenfrenado seguramente consideraba una seductora sonrisa—. ¿No te acuerdas de aquella serie de televisión tan famosa, «Expediente X»? ¿Y que siempre se decía eso de «la verdad está ahí fuera»? Pues en este caso quizás lo que de verdad te interese está también ahí fuera, y no en el interior de las diligencias.

Allí el único expediente X que había era el mío, de otro modo no me explicaba que estuviera a punto de soltar trescientos euracos por un asunto que no me interesaba lo más mínimo. Salvo porque Karnele me lo había pedido y... Y nada, joder, que empezaba a volverme loco con el tema. Decidido. Esa misma tarde

llamaría a Karmele para decirle que lo nuestro fue bonito mientras duró, que bien mirado, o mejor dicho, mal mirado, ni siquiera fue bonito, olvidarme de todo y volver a mi vida cotidiana, más rutinaria, lo reconozco, pero mucho más placentera. De todos modos, y si lo mirábamos desde el punto de vista estrictamente económico, para mí trescientos euros eran calderilla, podía permitirme ese gasto sin que mis finanzas sufrieran un gran quebranto, así que con gran disimulo, aunque esas chorradas le importaban poco a Laura, cuya honestidad crematística todo el mundo en el Palacio de Justicia sabía que brillaba por su ausencia sin que por ello jamás hubiese sufrido la menor represalia, le aboné por adelantado esas trescientas razones que, según ella, me iban a hacer tan feliz como a un vampiro en un banco de sangre.

—Así me gusta, que te atengas a razones. A trescientas razones —añadió con sorna—. Y que conste que es un precio de amigo porque lo que hay aquí —añadió extendiéndome unos folios que, a simple vista, parecían redactados en francés— es oro molido. Aunque admito que no sé para qué coño lo necesitas, pero es todo tuyo.

Una de las ventajas de mi esmerada educación políglota, que se la debo más a los esfuerzos de mis progenitores que a mis propios deseos, aunque admito que a la larga resultaron fructíferos, fue el que pude leer, sin apenas esfuerzos, lo que tenía toda la pinta, sobre todo por los sellos oficiales que lo acompañaban, de ser un informe interno de la Interpol. Cómo llegó a manos de Laura es algo que desconozco y ni siquiera osé preguntárselo, entre otras cosas porque me habría respondido que eso era secreto del sumario, pero el informe de marras daba una descripción de Dominique Le Ferrand muy diferente a la que él había extendido sobre sí mismo en las redes sociales. Incluyendo su propio aspecto físico. Según se recogía en el informe, se había hecho la cirugía estética en un par de ocasiones para evitar ser reconocido. Incluso había cambiado de nombre. En realidad, ni era bretón ni se llamaba Dominique Le Ferrand. Había nacido en un pequeño pueblecito cercano a París y respondía al vulgar nombre de Marcel Dupont, con el que ya desde su tierna infancia empezó a ser conocido en los ambientes más sórdidos y miserables de la capital francesa.

Al parecer había tenido la osadía de estafar a uno de los cabecillas del hampa parisina, un gabacho descendiente de exiliados rusos, o chechenos, o uzbekos, qué más da, llamado Pierre Mamadaliev en un claro caso de mestizaje e integración cultural, y había tenido que salir por patas de la patria del cognac y del pastis, para evitar que el franco-ruso, que pese a estar integrado en el país de adopción de sus padres aún conservaba algunas de las más entrañables tradiciones del Cáucaso, usara su hígado, y llegado el caso todos los restos aprovechables de su cuerpo, para fabricar ese estupendo paté de *foie* que tanto gusta a nuestros vecinos de allende los Pirineos. El problema estribaba en que si la Interpol lo había averiguado, y no solo eso, sino que el informe había podido llegar hasta las manos de Laura Santolalla, seguramente el Mamachicho ese de los cojones, o Mamadaliev como al parecer se apellidaba, también estaría informado. Así que era cuestión de tiempo que Le Ferrand (me seguía

gustando más su apellido falso que el auténtico, Dupont) sufriese en sus carnes las iras del gánster. Hasta ahí, todo correcto. El problema es que quien le había matado, el bueno de Aurelio Mentxaka, jamás en su vida había tenido la más pequeña relación con el crimen organizado. ¿O tal vez sí? Lo que me faltaba, además de gilipollas me estaba volviendo paranoico. Mentxaka un asesino a sueldo de un mafioso francés de origen ucraniano o bielorruso. Era como para ponerse a comer cerillas. Miré a Laura, pero esta, con una sonrisa, contestó negativamente a mi silenciosa pregunta. Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita. Seguramente la información que aparecía en el *dossier* de Interpol valía los trescientos euros que me había cobrado, e incluso mucho más llegado el caso, pero a mí no me servía para nada. O eso pensaba yo entonces.

Iba a marcharme cuando Laura me hizo una pregunta que me descolocó:

—¿Sabes si Aurelio Mentxaka estaba metido en política?

—¿A qué viene esa pregunta?

Me sonrió enigmática antes de volver a decirme que incluso hay cosas que ni siquiera se mencionaban en el informe de la Interpol.

—Pero si Mentxaka era un hombre totalmente apolítico..., pues olvídalo, no tiene la menor importancia.

¿Qué era lo que no tenía la menor importancia? Daba igual, sabía que Laura no me lo iba a decir si antes no contestaba a su extraña pregunta.

—Hasta donde yo sé era un hombre bastante desengañado de la política y los políticos, pero bueno, toda su vida fue un luchador y participó en el movimiento antifranquista, desde los sindicatos más que desde los partidos. Sé que estuvo en Comisiones Obreras y luego se pasó a LAB, aunque lo dejó cuando montó su propia empresa, pero siempre estuvo próximo a posturas abertzales. De todos modos nunca militó en ningún partido concreto, que yo sepa. Y, desde luego, siempre fue muy crítico con ETA y el terrorismo o la lucha armada, como cada uno prefiera denominarla. Y ahora, ¿me puedes explicar por qué me has hecho esa pregunta?

—Como ya te he dicho antes, no todo viene en los informes oficiales, pero sé que Marcel Dupont, Dominique Le Ferrand o como quieras llamarle, durante un tiempo estuvo protegido por la policía española porque, bajo otro nombre, fue uno de los mercenarios reclutados por el GAL para actuar en el País Vascofrancés contra los refugiados y miembros de ETA.

Eso podría explicar por qué, hasta ese momento, Mamadaliev no había conseguido llevar adelante sus deseos de venganza, pero no que le matara Mentxaka. ¿Acaso se enteró el padre de Karmele de las antiguas actividades del falso bretón y decidió tomarse la justicia por su mano? No tenía ningún sentido, era totalmente absurdo. Si incluso en la época en la que ETA contaba con cierto apoyo popular fue siempre crítico con sus acciones, ahora que la pesadilla parecía haberse terminado no parecía lógico que le diera por asesinar a antiguos terroristas parapoliciales o de ultraderecha. No, se mirara por donde se mirara no tenía sentido.

—¿Es eso lo que piensa el juez?

—No oficialmente, ya que como el caso está cerrado no desea meterse en aguas pantanosas, y empezar a estas alturas a remover historias de ese tipo le apetece menos que a alguien que tiene vértigo asomarse a las cataratas del Niágara, pero al menos eso es lo que me ha comentado extraoficialmente.

—Tu juez es un cretino.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —se sonrió Laura, y por primera vez su sonrisa me pareció cálida y sincera.

Salí del juzgado con trescientos machacantes menos y la seguridad de que el asunto que llevaba entre manos me iba a costar mucho más caro, hablo en términos económicos, por supuesto, de lo que pensaba. Las cosas como son, con lo que me estaba gastando por haber intentado echar (sin conseguirlo, que es lo que más duele) un polvo con Karmele, podría haber fletado un avión y traerme a las *calls-girls* más solicitadas de Beverly Hills, allá por las Américas. Y es que en pocos minutos iba a entrevistarme con el detective más caro de la ciudad. No solo iba a entrevistarme con él, sino a pagarle una buena comida en uno de los mejores restaurantes de Bilbao, y eso sin contar con la minuta que seguramente tendría que abonarle por sus servicios. Pero cuando busco un detective siempre busco el mejor, y si nos olvidamos de Mikel Goikoetxea, un exertzaina más conocido como Goiko al que todos consideran el número uno de su profesión en Euskadi, pero cuyo carácter indisciplinado y la animadversión que suscitaba en todo el estamento jurídico vasco me aconsejó no contratarle, independientemente de que a algunos interme diarios les comentó, en su momento, que no trabajaría jamás para alguien como yo, frase que no se la tomo en cuenta porque seguramente debió proferirla en estado máximo de ebriedad, única forma de explicar tan absurdo exabrupto, me llevó a contratar a un antiguo subcomisario del Cuerpo Nacional de Policía, Leopoldo de Marcos, el segundo en la lista en cuanto a capacidad profesional y el primero, sobre ese aspecto no había la menor duda, a la hora de cobrar.

Leopoldo de Marcos quizás no fuese el nombre más adecuado para un policía. De hecho le inscribieron en el Registro Civil como Leocadio Márquez y así se llamaba todavía cuando de joven entró en el cuerpo, pero para un detective de la categoría que había logrado alcanzar a lo largo de los años, su nuevo nombre, que legalizó convenientemente cuando decidió establecerse por su cuenta, en lugar de jugar en su contra le favorecía. Y más en esos momentos en los que su agencia estaba asentada y había llegado a convertirse en una de las más respetadas de la ciudad. Y es que su nuevo nombre podía ser un tanto extraño para moverse entre delincuentes de baja estofa, navajeros, timadores, proxenetas y demás gente de mal vivir, pero cuando a lo que de verdad se aspira es a hacerse un hueco entre las agencias que trabajan para las grandes entidades financieras y las empresas punteras del país, lucir una tarjeta en la que se puede leer *Leopoldo de Marcos y Asociados, SL, Asesoramiento General e Informes Confidenciales*, allana bastante el camino.

Un camino que, como ya he mencionado, fue extremadamente duro en los comienzos porque cuando aún se llamaba Leocadio Márquez, el actual Leopoldo de Marcos inició su carrera como funcionario del Cuerpo Nacional de Policía investigando chanchullos de pequeños comerciantes de barrio, deteniendo a atracadores a los que el mono les impedía correr los cien metros lisos necesarios para escaparse del policía que tenían al lado o sonsacando información a putas que si aún

no habían fallecido era por la sencilla razón de que no tenían donde caerse muertas. No estuvo, de todos modos, codeándose durante mucho tiempo con ese sector de la población, tan solo el necesario para llamar favorablemente la atención de sus jefes y ser ascendido a puestos en los que supo cultivar los contactos imprescindibles para labrarse una espectacular carrera, primero como policía y posteriormente en el sector privado. El hecho de haberse dado cuenta de por dónde se movía el viento en los últimos tiempos jugó notablemente a su favor, ya que en su momento pidió el traslado a la Brigada de Delitos Financieros, y la experiencia en ese destino, unida a su nuevo nombre y su aspecto de inspector de Hacienda más que del Cuerpo Nacional de Policía le allanó mucho el camino y le produjo pingües beneficios una vez que decidió dejar de ser funcionario e instalarse por su cuenta.

Hacía ya tiempo que prácticamente no se movía de su despacho. Los tiempos de patear las calles habían terminado para él, afortunadamente. Ahora tenía a un puñado de jóvenes, con los estudios de Criminología indispensables para obtener la licencia de detective recién terminados y dispuestos a trabajar muchas horas por un escaso salario con tal de ir prosperando en la profesión, que hacían el trabajo por él. Aunque eso no era un obstáculo para que, en su papel de jefe máximo y único propietario de la agencia, recibiera en persona a muchos de sus clientes, por lo menos a los más importantes, aquellos que solían salir en negrita en las páginas de crónica social de los periódicos locales.

En mi caso había optado por recibirme en la terraza de un restaurante del centro, para informarme sobre las pesquisas que había estado efectuando, por encargo mío, en Getafe y Orihuela.

—Decidí ir yo en persona —me comentó mientras atacaba un bogavante— porque aunque confío plenamente en mis chicos, el asunto, las cosas como son, despertó mi curiosidad. El blanqueo de dinero a través de billetes de lotería premiados es prácticamente tan antiguo como el honesto oficio de meretriz —saltaba a la vista que el antiguo Leocadio Márquez había asumido su nuevo papel como Leopoldo de Marcos, ya no hablaba de putas sino de meretrices, palabra que significa lo mismo, pero que tiene un aspecto más culto y burgués—, pero normalmente quienes compran los billetes premiados son políticos corruptos o delincuentes honestos que quieren, de ese modo, justificar la posesión de un dinero obtenido ilícitamente, no pobres desgraciados como tu amigo Mentxaka.

Estuve tentado de decirle que Mentxaka no era estrictamente, ni lo había sido en vida, un amigo, pero seguramente eso hubiese hecho aumentar la tarifa de De Marcos, no porque hiciese precios especiales para «asuntos de amigos» sino porque para él cualquier excusa era buena para aumentar sus tarifas, así que me abstuve de hacer el menor comentario y opté por dejar que continuara hablando, entre bocado y bocado al carísimo marisco con el que yo le estaba obsequiando.

—No sé si conocerás Getafe —me dijo, mientras le daba un tiento al blanco más caro que había encontrado en la carta—. Ahora es algo más conocido que antes



porque todo el mundo sabe que tiene un equipo de fútbol en primera división, y entre los cultoretas porque se organiza un interesante festival de novela negra desde hace ya varios años, pero antiguamente la poca gente que había oído hablar de esa localidad solo sabía que estaba cerca de Madrid y que era la típica ciudad-dormitorio. Cuando trabajé para la policía tuve que trasladarme allí unas cuantas veces para solventar un asunto un tanto delicado sobre comisiones ilegales, por eso conservo aún algunos contactos —con De Marcos lo interesante hubiese sido conocer en qué lugar no tenía contactos— y aunque es una ciudad con una población bastante elevada, más que muchas capitales de provincia, gracias a esos contactos y sabiendo en qué administración se vendió el billete premiado no me fue difícil encontrar a uno de los ganadores que vendió su participación. Desgraciadamente, nadie pudo darme ningún dato concreto sobre los compradores. En general se trataba de jóvenes bien trajeados, sin ninguna característica física especial, que pagaban a tocateja y que, por supuesto, no dejaban tarjeta de visita. Por lo que me dijeron, el décimo que estaba en posesión de Mentxaka no fue el único que se compró.

»En Orihuela la situación fue parecida, la misma descripción, o quizás sería mejor decir “falta de descripción” de los compradores, pero el *modus operandi* era idéntico al de la localidad madrileña. Se enteraban, gracias a los vendedores, a los dueños y camareros de los bares o a los vecinos, de quienes habían sido agraciados con el premio máximo y les compraban los billetes. Como te he dicho, nada que se salga del manual, excepto porque dos de esos billetes premiados aparecieron en manos de tu difunto cliente, que no tenía aspecto de ser un hombre necesitado de blanquear dinero. He indagado entre mis contactos en las altas esferas policiales y Aurelio Mentxaka estaba limpio, completamente limpio, incluso cuando el fontanero iba a su casa a hacer algunos arreglillos le pedía la factura con IVA incluido. Si todo el mundo fuera así el país iría mucho mejor —suspiró cínicamente—, aunque a nosotros, las cosas como son, nos irían mucho peor.

—Lo de que estaba completamente limpio te lo podría haber dicho yo —no pude reprimir la contestación.

—En ese caso, si ya conoces todas las respuestas, no sé por qué coño me has contratado, salvo que quieras dilapidar tu dinero y, o bien te conozco muy poco, o ese no es tu estilo.

De Marcos no sabía lo cerca que estaban sus palabras de la realidad. No porque el dinero gastado en su agencia no mereciese la pena hasta el último céntimo de euro que tuviese que abonarle, sino porque en este caso mi cliente no iba a reembolsarme los gastos, pero me abstuve de explicárselo, no fuese a pensar, con toda la razón del mundo, que me estaba convirtiendo en un auténtico gilipollas.

—De todos modos —volvió a tomar la palabra, como si hubiese adivinado mis pensamientos, o al menos la parte de ellos que no me hacía parecer un cretino integral—, no has malgastado tu dinero. Como tú comprenderás, para hacer lo que puede hacer cualquier principiante no muevo el culo del despacho, así que fui un poco más

allá de las apariencias. Me recorrí algunas otras poblaciones que en los últimos meses habían sido agraciadas también con el primer premio salido del bombo de los niños de San Ildefonso, y pude comprobar que en unas cuantas de ellas también se había producido una curiosa compraventa de billetes agraciados en el sorteo.

—¿Y eso te parece tan importante? A mí me parece algo lógico, y que era de esperar, por otra parte —ya que tanto la comida como su factura me iban a costar un riñón y parte del otro, no me reprimí de pronunciar lo que, a todas luces, era un comentario sarcástico, pero el aristocrático Leopoldo de Marcos, creo que se me ha olvidado decir que incluso en pleno verano viste con traje y corbata de lazo o pajarita, no se inmutó lo más mínimo.

—¡Hombres de poca fe! —volvió a suspirar De Marcos, como si fuera el resucitado Jesucristo dirigiéndose a sus apóstoles—. Solamente por ese comentario tan grosero y ordinario debería aumentarte la tarifa. Lo mismo que cuando estuve en la policía cobraba por mis trabajos un plus de peligrosidad, a ti debería cobrarte un plus por intento de humillación, pero no te lo tendré en cuenta. Para mí, por encima del dinero, está nuestra amistad. Aunque de nuevo, dicho sea de paso, hayas vuelto a equivocarte. Porque gracias a mis desvelos descubrí otra cosa que seguramente te interesará —hizo una pausa teatral, para que le preguntara qué era lo que había descubierto, pero al ver que me callaba y me limitaba a mirarle directamente a los ojos, cuando es necesario yo también sé jugar al póquer visual, continuó su perorata—. No he sido el único que ha pasado por Getafe y Orihuela para interesarse por el trapicheo de billetes de lotería premiados.

—Sí, claro —le contesté—. Supongo que el asunto también habrá atraído la atención de algún que otro inspector de Hacienda.

—Pensaba que eras más inteligente, Zugasti —me contestó sonriente, sin dejar de atacar el postre que acababan de traerle a la mesa, momento que aprovechó para pedir que le trajeran un café solo bien cargado y un Chivas de veinte años, petición que extendió generosamente para mi persona, ya que no le gustaba beber solo. Sí, claro pensé para mis adentros, como lo voy a pagar yo, puedes mostrarte todo lo generoso que quieras. Tras limpiarse con elegancia unos restos de chocolate que se le habían quedado adheridos a los labios repitió nuevamente la frase anterior—. Sí, Zugasti, pensaba que eras más inteligente. Y te soy sincero cuando te digo que lamento haber estado tan equivocado. ¿Cuántos años llevamos haciendo negocios juntos? ¿Ocho, diez? Por ahí andaremos, ¿no? ¿Y todavía no te has dado cuenta de que soy inmune a tus ironías, pullas, sarcasmos y comentarios pretendidamente satíricos?

Alcé los brazos en gesto conciliador antes de decirle que no fuera tan picajoso, que ya sabía que yo siempre había confiado en su buen hacer profesional.

—De otro modo, no te pagaría lo que te estoy pagando —añadí, para que se diera cuenta de que por mucho que dudara de mi inteligencia, no era tan tonto como había dado a entender—. Así que te agradecería que me explicaras quiénes, aparte de mi humilde persona y los funcionarios de la Agencia Tributaria, se han interesado

últimamente por el negocio de la compraventa de billetes de lotería premiados.

—Un colega tuyo. Un abogado llamado Gerardo Monforte Barrantes. Supongo que no le conoces.

—Tengo una memoria prodigiosa, pero no tanto como para saberme el nombre y apellidos de los más de cien mil abogados que seguramente están colegiados como ejercientes en el Estado Español. Quizás si me indicas para qué bufete trabaja, podría serme más útil ese dato.

—Ahí está el intrínquilis del asunto. Monforte no pertenece a ninguno de esos grandes despachos con los que tú estás acostumbrado a trabajar. Es un francotirador que comparte bufete con otros tres abogados que como él aún son tan ilusos que creen en la justicia y que las leyes pueden ser un instrumento para conseguirla. Ya sé que para ti eso sonará a finlandés o algún idioma igual de incomprensible, pero todavía hay gente así en este mundo. ¡Brindo por ellos! —Alzó su copa de *whisky* en un gesto que no supe calibrar si era de homenaje o simplemente cínico—. Te mandaré sus datos junto al informe y la factura, pero para ir adelantando aquí tienes su dirección, correo electrónico y teléfono, por si quieres ponerte en contacto directo con él —añadió entregándome los datos impresos en un papel—. Podría haberlo hecho yo o alguno de mis hombres, y así lo haremos si lo deseas, pero normalmente entre abogados os gusta hablar sin intermediarios, supongo que al compartir la misma jerga podéis entenderos mucho mejor.

¿Qué podría obligar a un abogado de medio pelo a interesarse por ese tema? ¿Acaso era uno de esos luchadores contra la corrupción que batallaba implacablemente contra el fraude fiscal y el blanqueo de dinero? Seguramente, pero incluso en ese campo de la abogacía existían jerarquías, y Monforte Barrantes, al contrario que algunos otros abogados del ejército anticorrupción, era para mí un perfecto desconocido. Como le había dicho anteriormente a De Marcos, era imposible conocer el nombre y apellido de todos los letrados que ejercían su labor en el Estado Español, pero sí me preciaba de conocer, a muchos de ellos no solo de oídas sino personalmente, a quienes destacaban en las diversas ramas de la profesión, incluyendo las más abnegadas y altruistas, que también existen, y Gerardo Monforte era para mí un auténtico desconocido. Consideré que seguramente el detective tenía razón y era mejor que el primer contacto con él fuese de abogado a abogado. Si posteriormente surgían complicaciones, sería el momento de que entrara de nuevo en escena la reputada empresa «Leopoldo de Marcos y Asociados, SL, Asesoramiento General e Informes Confidenciales».

El detective estuvo plenamente de acuerdo conmigo, y lo dijo de tal modo que parecía que la idea había sido mía y no suya. En eso, entre otras cosas, demostraba que era un gran profesional, no sé si de la investigación, pero al menos sí del engaño y la manipulación. De todos modos, y aunque antes de contratarle ya conocía sus precios, al fin y al cabo no era la primera vez que trabajaba para mí, decidí explotarle un poco más y preguntarle qué sabía acerca de un tal Pierre Mamadaliev.

La pregunta le pilló por sorpresa y le dejó totalmente descolocado. «Un punto para mí», pensé, aun a sabiendas de que en una posible confrontación dialéctica o de otro tipo con De Marcos siempre saldría perdiendo.

—¿Mamadaliiev? ¿Pierre Mamadaliiev? —repitió como un papagayo Leopoldo De Marcos, como si necesitara tiempo para pensarse una respuesta que no llegó, al menos en ese momento—. ¿Te refieres a Pierre Mamadaliiev, el conocido hombre de negocios francés que ha estado implicado en algún asunto de blanqueo de dinero?

—No, me refiero al Pierre Mamadaliiev que es un afamado biólogo de Nueva York y que ha recibido este año el Premio Nobel de Medicina por sus estudios sobre la aplicación a los seres humanos de los últimos descubrimientos sobre la curación automática de las enfermedades cardiovasculares en los simios.

—Para tu mejor información, querido amigo, te comunico que los últimos agraciados con dicho premio han sido John O’Keefe y el matrimonio compuesto por May Britt Moser y Edvar I. Moser, galardonados gracias a sus descubrimientos sobre una clase de células que constituyen un sistema de posicionamiento en el cerebro. Hasta donde mi escasa memoria llega, nadie denominado Pierre Mamadaliiev ha recibido jamás el Premio Nobel de Medicina.

Aunque le conocía desde hacía mucho tiempo, De Marcos no dejaba de sorprenderme a diario. Si yo antes me había anotado mentalmente un punto, no me quedaba más remedio que concederle a él cincuenta. Pese a ello intenté mostrarme nuevamente irónico, a sabiendas de que era una batalla perdida.

—Igual me he confundido y lo que ha recibido es el Premio Nobel de la Paz.

—Podría haberse dado el caso —me contestó, zumbón, el detective—. Si el Comité Nobel Noruego ha llegado a premiar a personajes como Henry Kissinger, Anwar Al-Sadat, Menachen Begin o Isaac Rabin y Yassir Arafat, incluso a Barack Obama pese a mantener abierto Guantánamo, no veo por qué no podría haberlo recibido un personaje de la catadura de Pierre Mamadaliiev, pero si mi memoria no me falla eso no ha ocurrido todavía, aunque el futuro está abierto, por supuesto. De todos modos dejémonos de tonterías y explícame por qué te interesas por un tipo como ese.

—Quién sabe. Quizás si, como has dicho anteriormente, es un honesto empresario que circunstancialmente puede dedicarse al blanqueo de dinero, podríamos llegar a hacer negocios juntos.

En lugar de contestarme, Leopoldo de Marcos se pidió otro *whisky* a mi costa. Yo conocía, gracias a mis lecturas juveniles y las películas que descargaba ilegalmente en mi ordenador, la capacidad de trasiego alcohólico que tenían los detectives de ficción, en su mayoría hombres amargados, mal afeitados, con un oscuro historial y embutidos en unas gabardinas cuyo poso de suciedad no podría ser eliminado ni por el mejor detergente del mercado, pero jamás hubiese imaginado que un hombre tan atildado, profesional y circunspecto como De Marcos pudiese empaparse de alcohol como si se tratara de agua. Debía ser una señal de identidad del gremio, deduje

sabiamente, al igual que en el caso de mis admirados y desaliñados investigadores de ficción. En lo que sí se asemejaba mi detective real a los de los libros era en que, tras darle un buen tiento a su copa, me miró con dureza antes de preguntarme de nuevo que por qué cojones estaba interesado en Pierre Mamadaliev.

—Y esta vez déjate de chorradas y dime la verdad —añadió.

—De acuerdo, de acuerdo —repetí conciliador la expresión—. La verdad es que no sabía nada de Mamadaliev hasta hace muy poco, y no tengo ninguna relación directa con él, pero ha aparecido colateralmente en un caso que estoy llevando.

—¿El de los billetes de lotería premiados?

—Podríamos decir que sí, que en el caso de los billetes de lotería premiados —nunca había pensado en el asunto de Aurelio Mentxaka como si fuese el «caso de los billetes de lotería premiados», pero sonaba bien, casi como una novela de Erle Stanley Gardner, el creador de Perry Mason, un colega mío de ficción. Aunque creo que en lo único en que nos parecíamos era en la profesión elegida, no en la manera de desempeñarla.

—Así que ha aparecido colateralmente, ¿no? ¿Podrías ser algo más explícito?

Estaba claro por qué De Marcos era tan bueno. Porque incluso cuando trataba con sus clientes conseguía de ellos más información que la que les proporcionaba. Pero aun así decidí sincerarme con él y se lo expliqué todo, de la cruz a la fecha, incluyendo que Marcel Dupont, más conocido en estos lares como Dominique Le Ferrand, el hombre al que presuntamente —bueno, sin «presuntamente», pero hay que respetar ciertas formalidades jurídicas, sobre todo cuando uno ejerce de abogado —había asesinado mi difunto cliente, no parecía estar en muy buenas relaciones con Mamadaliev.

—Sé quién era Le Ferrand —me comentó De Marcos, aunque su revelación no llegó a sorprenderme, lo raro es que hubiese alguien desconocido para él—. No era trigo limpio, pero desde que colaboró activamente en la guerra sucia con el GAL, en la época de los primeros gobiernos socialistas, gozaba de la protección de las altas esferas y no me preguntes a qué me refiero cuando te hablo de «altas esferas» porque no te voy a contestar a eso. Me pagas muy bien, extremadamente bien —me guiñó un ojo, como si me estuviese gastando una broma, aunque por desgracia lo que acababa de decir era una verdad como una casa—, pero no tanto como para que desvele ciertos secretos. De todos modos, no sé hasta qué punto esa protección podría servirle con un tipo como Mamadaliev, que une en su persona además de una inteligencia excepcional, la finura francesa con la brutalidad rusa. De hecho parece que no le ha servido de nada.

—Pues todavía lo entiendo menos, porque no creo que Aurelio Mentxaka, un hombre de trayectoria intachable y valores personales más intachables aún, estuviese al servicio de ese tipo.

—Ese tipo, como tú le has definido, es uno de los más peligrosos gánsteres que pululan por el mundo. Todo el mundo lo sabe, el FBI, la CIA, la Interpol, la Leopoldo

de Marcos y Asociados, SL, Asesoramiento General e Informes Confidenciales, e incluso la policía española, el CNI y la Ertzaintza, pero jamás nadie ha podido aportar una prueba para llevarle ante un juez. No digo que para condenarle, sino ni siquiera para llevarle ante un juez.

»Aunque en una cosa tienes razón —prosiguió con semblante sombrío—. Como te he dicho al principio de esta agradable comida, hemos investigado hasta el más pequeño milímetro de los calzoncillos de Mentxaka y el hombre estaba limpio, completamente limpio. Salvo, por supuesto, por el hecho de que tuviese en su poder unos billetes de lotería premiados de los cuales podemos estar seguros que no fue él quien los compró. No da el tipo de brazo ejecutor de Mamadaliev.

—¿Entonces? —dejé la pregunta en el aire.

—Entonces, nada. Estamos ante un problema irresoluble que solo la víctima, Le Ferrand, y el victimario, Mentxaka, nos podrían aclarar. Pero como ambos están muertos y los respectivos sumarios archivados definitivamente, jamás sabremos qué es lo que ocurrió de verdad ni por qué el buenazo de Aurelio asesinó al cabrón de Dominique. Pero de una cosa puedes estar seguro, Mamadaliev no es un hombre con el que convenga estar enemistado. Así que si ha aparecido «colateralmente», como tú mismo has dicho, en el asunto, olvídate de él con la misma rapidez con la que oíste por primera vez su nombre. Lo de colateral no es bueno, ya sabes lo que ocurre en las guerras, daños colaterales, víctimas colaterales... Sí, si quieres un buen consejo, olvídate de Mamadaliev. Y para que no vuelva a aparecer colateralmente ni de ningún otro modo, olvídate de Aurelio Mentxaka y Dominique Le Ferrand. Quién sabe, quizás después de todo, fue un crimen pasional. Por lo demás, cerrados ambos casos, a nadie le interesa saber la verdad de lo ocurrido.

En eso no llevaba razón. A Karmele, la hija de Aurelio, sí que le interesaba, pero no se lo dije. Lo que sí le dije es que, efectivamente, era un buen consejo. Además, era lo que yo mismo llevaba pensando muchos días. Entonces, ¿por qué sabía que era un buen consejo que no iba a seguir? ¿Acaso por la propia Karmele? Me entraron unos escalofríos que disimulé como pude. Ella para mí era tan solo una vieja amiga que estaba muy buena y a la que me apetecía follármela, pero nada más. ¿Vale? Nada más. Entonces, ¿por qué le estaba dando tanto la vuelta a ese asunto durante los últimos días? Afortunadamente, mientras esos sombríos pensamientos rondaban mi cabeza llegó la cuenta y, por primera vez, me alegré de reducir ostensiblemente el saldo de mi tarjeta oro, ya que eso hizo que la hija de Aurelio Mentxaka desapareciera, aunque fuese tan solo momentáneamente, de mi mente. Al menos, hasta el día siguiente. Y es que si, como dice la canción, «veinte años no es nada», veinte horas aún es menos.

En contra de lo que dice ese absurdo tópico de que no hay quien entienda a las mujeres (supongo que el tópico se refiere a los hombres, no a las propias mujeres), yo siempre me he preciado de entenderlas. O si eso parece muy pretencioso, al menos de saber cómo conseguir de ellas lo que deseaba. Es una cualidad que no todo el mundo tiene, pero que yo siempre he poseído por arrobas. Y hasta ese momento me había ido muy bien. Hasta ese momento.

Porque Karmele estaba rompiendo todos mis esquemas. Se suponía que yo era el crápula que lo único que había deseado durante toda mi vida era calzámela, sin que eso supusiera ningún compromiso añadido para mí, por supuesto, y ella la virgen ofendida que siempre se negó a mis requerimientos hasta que le hice una oferta de esas que, como se suele decir en las películas de mafiosos, «no podía rechazar», salvo que estuviese dispuesta a permitir que su padre se quedara en la calle, desahuciado como un perro, por supuesto. Otra cosa es que aceptara y no cumpliera, pero allá ella con su conciencias. En fin, así son las cosas, lo admito y no me avergüenzo de ello. Si Dios me hizo de esa manera las responsabilidades para él, en caso de que exista. Tengo muchos defectos (aunque para mí la mayoría de lo que la gente corriente llama defectos son virtudes), pero entre ellos no está el de la hipocresía y jamás, todo el que me conoce lo sabe, he ido de santurrón por la vida.

Pero de repente parecía como si un guionista con ganas de chanza hubiese trastocado nuestros papeles y a ella le hubiese correspondido el de putón desorejado y a mí el de hombre apocado y tímido que no sabía cómo tratar a las mujeres y, lo que es peor, que se enorgullecía de «respetarlas». Y es que cuando llamé a la mañana siguiente a Karmele para quedar con ella, me dijo que acababa de salir de la ducha y que me agradecería un montón que me diera prisa en llegar, así le evitaría el tener que vestirse.

—Aunque espero que no ocurra lo del otro día. No estoy acostumbrada a que los tíos me obsequien con un gatillazo —añadió, regodeándose con el recuerdo de lo ocurrido el día que acudí a Berango a notificarle el suicidio de su padre.

Estuve tentando de mandarla a la mierda, pletórico de indignación. Y no solo por su alusión al único fallo que había tenido en mi vida en el aspecto sexual, sino por su descarado y desfachatez. En mi opinión, se estaba comportando de un modo inapropiado, con ese lenguaje tan soez y esas proposiciones tan descaradas. Afortunadamente, antes de rechazar su ofrecimiento, mi auténtico ser volvió a coger las riendas y le dije que sería un placer, un auténtico placer, remarqué con una sonrisa que tuvo que percibir detrás de su móvil, encontrarme con ella.

Me pregunté si había sido siempre así y sus renuencias a mis anteriores requerimientos se debían tan solo a un confundido intento por mantener nuestra infantil amistad incólume ante las servidumbres que producen las relaciones sexuales o quizás su nueva actitud solo era una reacción a la muerte de su padre. Yo ya sabía

que no había hecho voto de castidad ni se había mantenido virgen a la espera del príncipe azul que la llevara hasta el altar, pero de eso a ir provocando por la vida..., no sé, quizás después de todo haya calado en mí, más de lo que creía, la educación tradicional recibida, aunque no tanto como para desperdiciar una ocasión que me ponían a huevo. Por eso, arriesgándome a que me sancionaran con la más abultada multa de tráfico que jamás se hubiese puesto en Bilbao, llegué a la calle en la que vivía Karmele en un tiempo que hubiese dejado como unos aficionados a los propios Lewis Hamilton y Fernando Alonso.

Dios debe tener debilidad por los abogados incumplidores con las normas de tráfico, porque no solo no resulté agraciado con una buena multa sino que le demostré a Karmele, con creces, que lo de nuestro último encuentro fue tan solo un pequeñísimo accidente incapaz de mancillar mi buena fama de inagotable depredador sexual. De todos modos no había acudido hasta el domicilio de Karmele tan solo para echar un polvo, aunque sea de buen cristiano aprovechar las oportunidades que el Señor te ofrece en el camino, sino para hablar con ella de otro tema o, mejor dicho, para contarle las últimas noticias sobre su padre. Así que aprovechando que aún estábamos desnudos sobre la cama mientras apurábamos sendos cigarrillos, se lo solté de sopetón:

—Por cierto, ¿sabías que tu padre tenía cáncer? Un cáncer terminal que seguramente habría acabado con su vida en poco tiempo si no se hubiese suicidado antes —quizás no sea el tío más delicado del mundo, lo admito, pero las cosas son como son, darle mil vueltas al tema para acabar diciendo lo mismo no tiene sentido. Aunque quizás la opinión de Karmele no coincidiera con la mía, como pude comprobar al instante.

La hostia que me dio superó en fuerza e intensidad a las que, según he visto en ocasiones en televisión, ya que yo prefiero no meterme en esos líos que no me benefician en nada económica ni profesionalmente, suelen dar algunos policías a los manifestantes contra los desahucios, la exclusión social y todo ese tipo de cosas. Que no digo yo que todos los policías sean así, ni que no estén justificadas al cien por cien las hostias que dan, que si hay alguien defensor del orden y la ley soy yo, pero las cosas como son, tienen que doler un huevo. Pues bueno, la que me endiñó Karmele dejaba en meras caricias las de nuestros más aguerridos y esforzados servidores de la ley. Lo que me faltaba, además, experta en kung-fu.

Por otra parte, su acción había sido totalmente desmedida y fuera de lugar. La cosa no era para tanto. ¿No me había contratado para descubrir qué había ocurrido con su padre? ¿A qué venía, por tanto, eso tan ridículo y manido de matar al mensajero? O al menos, de intentarlo, porque si no me mató fue porque, como todos los que me conocen suelen decir, tengo la cara más dura que una roca. Ellos lo dicen en sentido metafórico, pero afortunadamente también debe funcionar en sentido real.

Todavía con la marca de su mano en mi mejilla, y medio tambaleándome, me levanté y me dirigí a la cocina, donde oía trastear a Karmele, que se había levantado



de la cama nada más arrearle el hostión, y había empezado a notarse un exquisito aroma a café. Notó que me acercaba y, sin volverse, me dijo que era un cerdo.

—Un cerdo sin sensibilidad —añadió.

Teniendo en cuenta que ella aún estaba desnuda y yo tan solo me había puesto los calzoncillos y los calcetines, la situación no dejaba de ser surrealista, por no usar la más adecuada expresión de chusca. Así debió entenderlo Karmele porque cuando se volvió para mirarme, de sus ojos desapareció la expresión de enojo y se puso a reír desafortadamente, casi histéricamente, antes de echarse a llorar y abrazarme. Y posiblemente por primera vez en mi vida, desde que perdí la inocencia, no me porté como un cerdo sino que la abracé, intentando consolarla. Ni siquiera tuve una erección, pese a que estaba desnuda, pero no me preocupó lo más mínimo.

Poco después, ya vestidos los dos, retomamos la conversación en el punto en que lo habíamos dejado.

—Eres un cerdo sin sensibilidad —volvió a decirme, aunque sin la fuerza de antes y sin darme ninguna hostia, cosa que agradecí, antes de añadir—: ¿Cómo es posible que no me hubiese dicho nada? ¿Cómo es posible que mi padre me hubiese ocultado que tenía cáncer, un cáncer terminal, además?

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas —en realidad era absurdo lo que acababa de decir, hasta que no te ocurren de verdad nadie sabe cómo son ese tipo de cosas—. Me imagino que no querría alarmarte ni hacerte daño.

—¿Eso es lo único que se te ocurre? ¿Que no quería hacerme daño? —contestó con rabia—. ¿Y qué pensaba, que matando a un hombre y suicidándose posteriormente iba a hacer de mí la mujer más feliz del mundo?

—No, claro —intenté contestar, conciliador—, tienes razón, pero nunca es posible saber lo que pasa por la cabeza de un hombre que sabe que va a morir dentro de muy poco tiempo.

—¿Estás seguro de eso? ¿Cuánto tiempo le quedaba?

—El que estaba completamente seguro era el forense que le hizo la autopsia. En cuanto al tiempo que le quedaba... —titubeé—, no es fácil predecirlo, pero como mucho unos pocos meses. Y eso en las condiciones más favorables.

Karmele no solo era fuerte físicamente, aún me dolía el fortísimo bofetón que me había propinado de un modo tan injusto como inmerecido, sino también anímicamente, por eso su cara fue recuperando poco a poco el color, mientras se bebía su segunda taza de café, y sus ojos readquirieron el brillo que les caracterizaba.

—Puedo llegar a entender que no me lo dijera, al menos desde un punto de vista intelectual, pero joder, era su hija, su única hija, tendría que habérmelo dicho, maldita sea, el muy cabrón no tenía derecho a no decírmelo.

Se estaba contradiciendo, pero me abstuve de hacer ningún comentario en ese sentido. No después de saber cómo se las gastaba con su mano derecha.

—Incluso puedo entender que se suicidara tras enterarse del diagnóstico. Era un luchador, ya lo sabes, pero cuando una batalla está perdida... —se quedó callada

durante un momento, como si estuviera rememorando aspectos de su vida personal—, pues eso, que está perdida. Siempre he sido partidaria de la muerte digna y contraria a lo que llaman el encarnizamiento terapéutico, por eso puedo entender que tomara esa decisión. Pero ¿qué tiene eso que ver con el hecho de que matara a un hombre? Porque sobre ese aspecto no hay dudas, ¿no? —me preguntó con un pequeño destello de esperanza en sus ojos.

—No, Karmele, sobre eso no hay dudas. Todas las pruebas y análisis forenses que se han hecho lo ratifican. Aurelio mató a Dominique Le Ferrand. Aunque en realidad no se llamaba Dominique Le Ferrand sino Marcel Dupont.

—Me da por culo como se llamaba ese hijo de puta. No tenía ningún derecho a dejarse asesinar por mi padre, ningún derecho.

Explicarle que entre los artículos de la Declaración Internacional sobre los Derechos Humanos no había ninguno que aludiera al derecho a permitir que le asesinaran a uno no me pareció lo más indicado, sobre todo porque volvió a darle la llantina, aunque esta vez, en lugar de abrazarme, que hubiese sido lo propio, se levantó y se puso a fregar las tazas de café que habíamos estado usando. Puso tanto empeño en ello que si se hubiese presentado a unas olimpiadas de limpieza e higiene se habría llevado todas las medallas de oro en liza.

—Bueno, ya basta de lloros —me dijo de repente, como si quien hubiese estado sollozando y gimoteando hubiese sido yo—. ¿Otro café?

Dije que sí, ya que entre las cualidades de Karmele se encontraba la de hacer un café capaz de elevarte hasta el mismísimo cielo, aunque esa no era la única razón. Superada por fin su congoja, presentía que íbamos a volver a hablar, con más tranquilidad, dentro de lo posible, del tema, como así fue.

—¿Podría haber sido el cáncer el detonante de que mi padre matara a ese tipo? No sé, quiero decir que, como tú mismo has insinuado antes, a veces los enfermos terminales no aceptan su situación y pierden la cabeza. Vamos, que se les va la pinza, y hacen cosas que no harían en condiciones normales.

—Podría ser, pero si quieres que te diga la verdad, jamás he oído que un enfermo terminal de cáncer se volviera loco hasta el punto de dedicarse a asesinar a sus semejantes. No digo que no pueda ocurrir, incluso estoy dispuesto a aceptar la idea, pero en ese caso lo más lógico sería que el enfermo enloquecido cogiera una escopeta, o un cuchillo de cocina, y se liara a tiros con el médico aunque no tuviese culpa de nada, o que asaltara al primer viandante que se le pusiera a tiro, no que asesinara a un peligroso delincuente.

—¿Y no pudo ser casualidad?

Le cogí las manos, como se hace con una vieja amiga, de hecho lo era aunque jamás había pensado en ella en esos términos, antes de contestarle.

—Olvídate de eso, Karmele. Es posible que las casualidades existan, a todos nos ha pasado alguna que otra vez que estemos pensando en una persona y justo en ese momento nos llame por teléfono. Pero para explicarnos eso no hace falta que lo

consultemos con Iker Jiménez, es pura estadística, ¿cuántas veces hemos pensado en esa persona sin que nos llamara?, o simple casualidad. Sí, las casualidades existen, aunque me temo que lo ocurrido en este caso no se debe a la casualidad. Dominique Le Ferrand era un delincuente. Pero no un raterillo de tres al cuarto, sino un auténtico profesional. Tu padre jamás habría podido haberle matado si, por algún motivo que aún desconocemos, no hubiese confiado en él y bajado la guardia. En su momento me dijiste que Le Ferrand no te sonaba de nada. ¿Y Marcel Dupont? ¿Te suena ese nombre?

—Tampoco. La primera vez que he oído hablar de él ha sido hace un rato, cuando me dijiste que era el verdadero nombre de Le Ferrand.

—¿Y Pierre Mamadaliev? ¿Te suena de algo Pierre Mamadaliev?

—¿Pierre qué? —me preguntó, pero por el tono de sus palabras comprendí que, efectivamente no le conocía de nada.

—Mamadaliev, Pierre Mamadaliev —se lo repetí, pese a estar convencido de que era un auténtico desconocido para ella—. Un francés de origen ruso, o de algunas de las repúblicas de la extinta Unión Soviética. Para mucha gente, un empresario de éxito, pero para la policía un gánster que sigue libre porque nadie ha sido capaz de probar sus actividades delictivas —hice una pausa teatral antes de pronunciar la siguiente frase—. Un gánster que tenía cuentas pendientes con Dominique Le Ferrand, el hombre al que mató tu padre.

Karmele no era nada tonta, ni mucho menos lenta de reflejos, pero aun así se tomó su tiempo, mientras me miraba fijamente a los ojos, tan fijamente que no me quedó más remedio que apartarlos, antes de decirme que debía estar loco.

—¿Estás insinuando que mi padre mató a Le Ferrand obedeciendo las órdenes de un delincuente francés de origen ruso? ¿De verdad puedes creerte que mi padre era un asesino a sueldo? ¿Cómo se les llama, sicarios? ¿Es posible que creas que mi padre era un sicario?

No, no podría creerlo razonablemente, y así se lo reconocí a Karmele. Además, ni la policía ni Leopoldo de Marcos habían encontrado nada en ese sentido. Y no hablamos solo de la policía española o la Ertzaintza, en la base de datos de la Interpol tampoco aparecía esa absurda e increíble relación. Sin embargo, los hechos eran los hechos. Aurelio Mentxaka había asesinado al enemigo de Mamadaliev y en su poder se habían encontrado dos billetes de lotería premiados, vendidos en ciudades en las que jamás había estado. ¿Había alguna conexión entre Aurelio y el mafioso francés? ¿Se trataba de una simple coincidencia? De momento el único sistema que se me ocurría era echar una moneda al aire, y si salía cara era casualidad y si salía cruz, un asesino a sueldo. Pero hacía mucho tiempo que no usaba monedas, sino tarjetas de crédito, así que deseché de inmediato recurrir a esa argucia que, por otra parte, no me queda más remedio que reconocer que no solo era muy poco científica sino que podía considerarse surrealista del todo. Es lo bueno de tener estudios y haber visitado el Museo Dalí de Figueras, que lo que la gente vulgar y ordinaria denomina gilipollices

tú puedes calificarlo como «perfoances» de estética surrealista y encima quedas como un tipo culto y leído.

Mientras yo me limitaba a elucubrar sobre lo guapo, alto, listo y buen abogado que era, sobre mi *sex-appeal* no elucubraba porque se trataba de algo más que demostrado, Karmele se puso a rebuscar en una vieja agenda e hizo una llamada telefónica.

—¿Tienes el coche abajo? —me preguntó.

—Sí, por supuesto, ya sabes que a mí eso de ir y venir en metro no me va, no sabes nunca con quién vas a encontrarte.

—Ya, claro, lo mismo te rozas con alguna persona honrada y te contagia —me dijo la muy cabrona con retintín, bueno, con retintín no, con una mala hostia del carajo.

—Sabes que estoy inmunizado contra esa clase de virus —intenté quitarle hierro a su comentario haciendo una pequeña broma, pese a que en el fondo estaba diciendo algo de lo que todos los que me conocían a fondo, Karmele incluida, eran conscientes.

—Pues entonces deja de decir chorradas y mueve tu precioso culo de abogado estreñido, que nos vamos.

Intenté preguntarle que a dónde, pero no me contestó. Se limitó a abrir la puerta y esperar a que yo saliera delante de ella. Quizás tenía miedo de que si me quedaba dentro le robara la cubertería de plata. No digo yo que no fuese capaz de hacerlo, pero no de un modo tan evidente que todo el mundo pudiese señalarme como culpable. Que otra cosa no, pero a la hora de desplumar a mis incautos conciudadanos siempre he mostrado elegancia, estilo y discreción, sobre todo discreción.

Sin decirme a dónde teníamos que ir, tan solo indicándome la ruta que debía seguir, como si fuera su chófer particular, acabé llegando hasta el centro de salud del barrio en el que había vivido durante toda su vida Aurelio Mentxaka.

—Aparca donde puedas, que tenemos prisa —me dijo Karmele, sin atender mis protestas acerca de que allí no había dónde hacerlo—. Pues lo dejas en doble fila, coño —añadió en un tono claramente imperativo.

—Sí, ¿y si me ponen una multa o se me lleva el coche la grúa? ¿Acaso la vas a pagar tú?

—Seguro que eres capaz de recuperar el coche sin tener que soltar un mísero céntimo de euro.

O Karmele me conocía demasiado o me estaba volviendo totalmente transparente. Ninguna de las dos posibilidades me seducía, pero no era el momento de centrarme en ese dilema, bastante tenía con seguir a mi amiga, que se dirigía con paso firme y decidido a la sala de espera de la consulta. Allí, cuando llegamos, nos sentamos en unas sillas de plástico situadas enfrente de una puerta de la que colgaba una placa que ponía «Doctor I. Antúnez».

—Iñaki Antúnez ha sido siempre el médico de la familia —me explicó, a lo que

asentí sin pronunciar palabra alguna, como si ese dato hubiese constituido una revelación inesperada y yo tuviese que rumiar tan insólita noticia. Debió interpretar mal mi silencio porque, con una sonrisa en los labios, me preguntó si me sentía incómodo.

Supongo que se refería a que estábamos rodeados de ancianos tosiendo, niños a los que les faltaba una buena dosis vitamínica o todo lo contrario, niños a los que habría que prohibirles tomar más vitaminas porque no paraban de moverse de un lado a otro, así como algunas personas cuyos rasgos físicos y color de su tez delataban que no eran aborígenes o, para ser más exacto, eran aborígenes de países lejanos, no de Euskal Herria. Había sido un comentario malvado por su parte, aunque no le faltara algo de razón. Ese no era mi ambiente, pero a lo largo de mi vida he aprendido a adaptarme, y aunque ese ambulatorio nunca pasaría a engrosar mi listado de lugares favoritos, intentaba disimularlo del mejor modo posible, así que le dije que no, que de eso nada.

—Contigo a mi lado siempre estoy cómodo —añadí, intentando aportar algo de romanticismo y cursilería a ese desolado lugar, obteniendo como recompensa una gélida mirada por parte de Karmele.

Poco después, de la puerta de enfrente, salió una enfermera que llamó a una tal Gladys del Amor Hermoso Velázquez. Una mujer de mediana edad, que podía haber actuado de extra en una película de Hollywood de esas en las que se masacran a los indios, en el papel de masacrada, por supuesto, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la consulta. Fue aquel el momento elegido por un tipo con cara de mala leche para, con un cerrado acento andaluz, manifestar su desagrado porque los extranjeros tenían preferencia sobre los españoles. «Nos quitan el trabajo, nos quitan las mujeres —quizás ese era el motivo de su mala leche— y hasta se aprovechan de nuestro sistema de salud», dijo en voz lo suficientemente alta como para que todos los asistentes lo oyéramos. No me quedó más remedio que darle la razón, pero como lo hice en euskera, en lugar de agradecer mi solidario apoyo me espetó un sonoro «cabrón separatista» que dio por finiquitado todo conato de conversación entre nosotros.

Cuando al de un rato Gladys del Amor Hermoso salió de la consulta con una sonrisa en los labios, seguramente le habían dicho que no tenía de qué preocuparse, que no estaba embarazada de su sexto hijo, la enfermera pronunció el nombre de Karmele Mentxaka, lo que hizo que el hombre de antes volviera a protestar, esta vez contra esos batasunos de mierda que se creían superiores a los demás y no respetaban el turno de llegada. En eso último tenía razón, pero es que si yo fuera el doctor Antúnez también daría preferencia a alguien como Karmele antes que al tipejo ese.

Por la forma en que se saludaron, besos incluidos, comprendí que Karmele y Antúnez, un médico aparentemente al borde de la jubilación, si es que no había solicitado la pertinente prórroga, se conocían desde hacía mucho tiempo. Lógico, por otra parte, si era el médico de la familia, pero daba la impresión de que el trato

continuo había convertido lo que era una mera relación profesional en una fuerte amistad. Durante un rato me quedé quieto en una esquina, como si fuera parte del mobiliario, hasta que Karmele se dignó presentarme. Lo hizo como si estuviese presentando a una mascota recién adquirida, y esta mascota fuese un reptil de piel fría y ojos saltones, pero bueno, menos da una piedra, y las formalidades hay que cumplirlas, así que estreché efusivamente la mano de don Iñaki Antúnez y le dije eso tan sobado y manido de «encantado de conocerle».

—Antes de que me expliques qué es lo que deseas de mí —dijo el médico, una vez cumplimentados los prolegómenos protocolarios—, quiero que sepas que he sentido enormemente la muerte de tu padre. Era una buena persona, de lo mejor que he conocido nunca.

—¿Aunque matara a otro hombre? —le replicó, con dureza, Karmele.

El doctor Antúnez pareció encogerse tras la mesa, como si no supiera qué contestar a eso, limitándose a agitar la mano de un modo que tanto podía servir para darle la razón a Karmele como para quitársela o, más simplemente, para darse aire y evitar el consiguiente sofoco.

—Lo siento, no quería ofenderle —volvió a hablar mi amiga, tras percatarse del efecto que sus palabras habían producido en el viejo médico de la familia—. No sé qué me pasa últimamente, pero ha sido tan, tan duro, que me es difícil reaccionar con normalidad.

—No te preocupes, lo entiendo —la consoló el médico, que volvía a erguirse con dignidad, mientras la sonreía cariñosamente—. Yo también he pensado en ello y me parece inconcebible lo sucedido, pero darle vueltas no sirve de nada. Ya sabes que si te puedo ayudar, en cualquier cosa, puedes contar conmigo, pese a que lo mío ha sido siempre la medicina general. No tengo conocimientos psiquiátricos y poco puedo hacer por ti en ese aspecto, aunque si crees que lo necesitas conozco a alguno muy bueno y de toda confianza.

—Se lo agradezco, Iñaki —Karmele sonrió por primera vez desde que habíamos entrado en la consulta—, pero aún no me he vuelto loca. He estado a punto, no lo niego, pero de momento mantengo mi cordura. No es ese el motivo de mi visita, sino hacerle algunas preguntas sobre mi padre.

—Tú me dirás —le dijo, solícito, el galeno.

—Mi padre tenía cáncer, ¿no?

El gesto del doctor denotó una gran sorpresa, antes de contestar con otra pregunta.

—¿No lo sabías? No lo entiendo. Aurelio me pidió que no te dijera nada, porque quería hacerlo él en persona.

—Pues no, no lo hizo —dijo con rabia Karmele, aunque esa rabia no iba dirigida contra Iñaki Antúnez, sino contra el mundo en general y su padre en particular.

—Ya, entiendo —habló en tono conciliador Antúnez—. Pero no debes reprochárselo, esas cosas... —Hizo un gesto con la mano, como si necesitara tiempo antes de volver a hablar—, ya se sabe, son difíciles de contar. Quiero decir que tú,

siendo su hija, su única hija además, tenías perfecto derecho a enterarte, pero quien en última instancia tiene que decidir sobre ese aspecto es el paciente, en este caso tu padre. Estoy seguro de que pensaba decírtelo, pero quizás no encontró el momento adecuado. ¿Puedo saber cómo te enteraste?

Karmele me miró, como pidiéndome que fuese yo quien respondiera a esa pregunta.

—Por la autopsia. Al suicidarse en la cárcel, la ley exige que se le haga la autopsia. Y el médico forense, al efectuarla, fue quien lo descubrió y lo transcribió en su informe.

Aunque hasta ese momento había estado callado, entendí la tácita invitación de Karmele a contestar a la anterior pregunta como una autorización para intervenir en la conversación, así que decidí transmitirle al doctor Antúnez la pregunta que la propia Karmele me había hecho anteriormente y que yo, creo que con buen sentido y lógica total, había desechado. Pero quizás si el médico le daba la razón a ella, podría retirarme dignamente del asunto, con la excusa de que había hecho todo lo que había estado en mi mano y no podía pedirle más.

—Doctor, el hecho de enterarse de que sufriera cáncer, ¿pudo haber desencadenado los acontecimientos que se sucedieron posteriormente? Quiero decir, que Aurelio asesinara a una persona.

—Sí, sé lo que quiere decir —me contestó en tono serio el médico de la familia—. Cada persona es un mundo, y por tópica que parezca la frase, se corresponde con la realidad. ¿Cómo reaccionaríamos cada uno de nosotros ante una noticia así? ¿Pelearíamos hasta el último momento, nos rendiríamos, intentaríamos poner orden en nuestra vida, quien es creyente procuraría volver su vista a Dios? ¿Seríamos pragmáticos y haríamos testamento o intentaríamos escribir nuestras memorias para dejar testimonio de nuestra vida a hijos, descendientes y amigos? ¿Todas esas cosas juntas o ninguna? Hasta que no le toca de cerca, nadie sabe cómo va a reaccionar. He visto gente fuerte y orgullosa derrumbarse y llorar como un bebé y, en cambio, a personas aparentemente apocadas y pusilánimes, afrontar la noticia con gallardía.

—¿Y cómo reaccionó mi padre? —volvió a tomar la palabra Karmele.

—Pues como reacciona todo el mundo, en eso no suele haber muchas diferencias, pese a lo que acabo de decir —respondió el médico con un esbozo de sonrisa—. Es decir —continuó nervioso—, ¿cómo esperas que reaccione alguien que recibe una noticia de ese tipo? Al principio no se lo creen, te dicen que tiene que haber un error, que has confundido sus informes con los de otro paciente. Luego se derrumban, piensan que es totalmente injusto. ¿Por qué a ellos? ¿Por qué les tiene que ocurrir eso? Más tarde algunos se hunden y otros, como os he dicho, se rehacen dentro de lo que cabe y deciden pelear. Tu padre fue uno de los que, pasado el disgusto inicial, intentó seguir adelante. Y ya de paso respondo a su pregunta, joven —se dirigió a mí, con voz fuerte—. No, Aurelio no estaba trastornado, por lo menos la última vez que habló conmigo, que no fue hace mucho tiempo. Al menos, dadas las circunstancias,

no hasta el punto de matar a alguien.

—Pero lo hizo —no pude evitar el llevarle la contraria.

—Si, joven tiene usted razón, lo hizo. Pero eso ya no es competencia de la medicina, sino de la policía y de los jueces. Lo siento, Karmele —dijo al observar el gesto de dolor que había aparecido en su rostro—, no quería hacerte daño, pero...

—Lo sé, Iñaki, lo sé. No se preocupe, tiene usted razón, mucha razón. Gracias por todo, pero creo que ya no tenemos nada más que hacer aquí, ya hemos visto que tiene usted otros pacientes a los que atender.

Parecía una despedida en toda regla, pero antes de que nos fuéramos el doctor Antúnez añadió algo.

—Supongo que si no sabías ni siquiera que tu padre tenía cáncer, tampoco puedes saber quién le trató. Ya sé que no te va a servir de consuelo, pero puedes estar segura de que estuvo en manos de uno de los mejores oncólogos de Euskadi, el doctor Sánchez Etxanobe. Lástima que no pudiera hacer nada por él. Lo siento, lo siento de veras.

Parecía sincero al decirlo, así que Karmele se despidió de él dándole un par de besos. Yo no llegué a tanto, por lo que me limité a estrecharle la mano. Y aunque mi amiga supervisó el acto, por si acaso, puedo jurar que no aproveché la ocasión para birlarle el reloj. Además, era de los baratos.



Es un chiste muy viejo que no tiene ni puta gracia, aunque admito que la primera vez me descojoné, quizás por lo malo que era.

La cosa va de mejicanos. Se encuentran dos y uno de ellos le pregunta al otro: «¿cómo te llamas, manito?». El segundo contesta que Pepe, o Juan, o lo que sea, y entonces el primero vuelve a decir: «Pum, pum (sonido onomatopéyico de un disparo, acompañado del gesto correspondiente por parte de quien está contando el chiste). Te llamabas».

Sí, lo sé, es un chiste malo de cojones, aunque cuando era un chaval y me lo contaron me reí un huevo. Y seguramente volvería a hacerlo. Los chistes malos son los mejores, porque ya sabes cuándo tienes que reírte. Lo jodido es cuando ese chiste parece hacerse realidad. O no lo parece, se hace realidad.

Me estoy imaginando la conversación.

—¿Es usted Markel Zugasti?

—Sí, lo soy. ¿Qué desean?

—Ya no lo es. Lo era.

Suenan varios disparos, nada onomatopéyicos, acompañando la frase anterior, y el hombre llamado Markel Zugasti cae al suelo muerto. Asesinado.

De acuerdo, es un diálogo imaginario. Y macabro. Pero el final del chiste, del puto chiste, es cierto. El tipo que ha admitido ser Markel Zugasti muere asesinado.

Asesinado. De una vez y para siempre. Cuando te asesinan, te asesinan. No es ningún chiste. Ya solo queda enterrar a la víctima y confiar en que la policía descubra a los asesinos y estos sean juzgados y condenados. Como si eso fuera un consuelo. Como si eso fuera a resucitar a mi padre.

Porque el Markel Zugasti al que asesinaron era mi padre. Aunque yo era consciente de que era otro Markel Zugasti al que querían asesinar. Y eso sí que jode. No solo porque soy consciente de que alguien quiere acabar con mi vida, lo que efectivamente me toca los cojones, sino porque sobre todo soy consciente, plenamente consciente, de que mi padre ha muerto por mi culpa. Sí, lo sé, el auténtico culpable es el que aprieta el gatillo, pero aun así queda un resquemor, un remordimiento, un pensar que todo esto ha sucedido por tu culpa. Y lo era, pese a que por primera vez en la vida el asunto que estaba llevando hubiera merecido la aprobación de mi padre. Así es la vida, cabrona como ella sola y llena de paradojas.

Creo que en más de un momento ha quedado claro que la percepción que mi progenitor y yo teníamos sobre el ejercicio de nuestra profesión no coincidía en nada. Él todavía seguía creyendo en los viejos valores de la justicia mientras que yo tenía claro que mi objetivo en la vida era, y sigue siéndolo, enriquecerme. Cuanto antes y con el menor costo posible. Supongo que me aguantaba porque era su único hijo y en el fondo esperaba que con el tiempo me enmendara y aflorara todo lo bueno que él y mi madre intentaron inculcarme cuando todavía era un tierno infante. Quién sabe,

quizás algún día ocurra, pero ya no estarán para verlo.

El hecho de que seguramente iban a por mí lo tenía más que claro. Mi padre jamás se metió en nada sucio ni ilegal. Sí, es cierto que estuvo una temporada en la cárcel, pero fue en los tiempos de la dictadura, cuando militaba en un grupo contrario al régimen franquista. Pero eso hoy en día es ya la prehistoria, algo que los niños estudian en los libros de texto. ¿Por qué entonces esa confusión? Supongo que por algo tan estúpido como tener el nombre en euskera o castellano.

Cuando mi padre nació el Registro Civil estaba vedado a los nombres en euskera, así que le pusieron como nombre de pila Marcelo, pese a que siempre, familiares y amigos, le llamaron Markel. Al llegar la democracia, como ya empezaba a ser conocido como abogado, y en todos los papeles aparecía su nombre en castellano, decidió no cambiárselo oficialmente, aunque a mí me bautizaron ya como Markel. Por eso en la placa que había en la puerta de nuestro despacho aparecían contiguos los nombres de Marcelo Zugasti Arana, mi padre, y Markel Zugasti Uribeetxeberria, un servidor. Supongo que los sicarios enviados a matarme vieron que había un Marcelo y un Markel y le preguntaron si él era Markel, y al contestar este que sí, decidieron cumplir con su cometido, consistente en acribillar a balazos al tal Markel. Si el muerto no hubiese sido mi padre, el asunto era como para partirse el culo de la risa, matar a un hombre por un simple y llano error lingüístico.

Pero se trataba de mi padre, por eso el chiste no tenía ni puta gracia. Y la tuvo mucho menos cuando un *ertzaina* me llamó por teléfono para darme la noticia. No fue muy diplomático, pero sí escueto, lo que dadas las circunstancias agradecí. Me explicó sin rodeos lo que había ocurrido y me dijo que deseaba hablar conmigo. Cuanto antes, añadió, como si yo fuese el principal sospechoso. Lo que por otra parte era lógico. Es un axioma policial que, habitualmente, el asesino suele encontrarse en el entorno de la víctima. Y según cómo se mire el asunto, en esta ocasión el axioma de los cojones no se había equivocado. Yo no maté a mi padre, pero estaba convencido de que de un modo indirecto era el causante de su muerte.

Cuando llegué al despacho estaba todo inundado de policías, investigadores de la científica, el forense y la comisión judicial. Al juez y al oficial del juzgado les conocía de otras ocasiones y les saludé. Me devolvieron el saludo no porque me tuvieran en mucho aprecio, sino porque eran gente educada y comprendían mi situación. Incluso me transmitieron sus condolencias, que yo acepté a sabiendas de que estábamos participando en un campeonato de hipocresía. Aunque quizás las condolencias fuesen sinceras, no por mí sino por mi padre, que era un hombre bastante apreciado en general. No se puede tenerlo todo. Yo había preferido optar por la pasta y hasta ese momento no me había ido nada mal. Hasta ese momento.

Lo peor de todo, sin embargo, fue el abrazo que la buena de Pilar, mi secretaria, me dio, perdiendo todo el sentido del recato y el protocolo y anegando mi chaqueta con sus lágrimas. Tenía el rostro descompuesto y no dejaba de sollozar mientras me decía que lo sentía mucho, pero que mucho, que no podía entenderlo, «con lo bueno

que era don Marcelo con nosotros y con todo el mundo», repetía sin cesar. En cierto modo envidié su facilidad para el lagrimeo. Yo soy de los que nunca lloran, no lo hice cuando murió mi madre y tampoco fui capaz de hacerlo en aquellos momentos. No es insensibilidad, o al menos no la típica insensibilidad que todos los que me conocen me adjudican, sino sencillamente que, por jodido que esté y mal que me sienta, las lágrimas jamás afluyen a mis ojos. No es un acto consciente de voluntad, en esos momentos habría deseado llorar como un bebé, pero era incapaz de hacerlo. Hasta que llegó Karmele. Con ella sí, con ella por fin fui capaz de demostrar mis sentimientos, esos sentimientos que durante tanto tiempo había tenido aletargados, y eso que no se me escapó que su frase sobre que «parece mentira que hayan tenido que matar a tu padre con la de hijos de puta que hay sueltos por el mundo», podía considerarse una velada alusión a mi persona.

Cuando por fin el juez de guardia dio la orden de levantar el cadáver y todos los empleados del despacho me habían dado su pésame y mostrado todo lo que apreciaban a mi progenitor, llegó el momento de entenderme con la Ertzaintza. El hombre que me había dado la noticia por teléfono se plantó ante mí y tras presentarse como Ander González, oficial de homicidios, me recordó que deseaba tener una conversación conmigo.

—¿Prefiere que la tengamos aquí o en la comisaría? Si no le molesta que mis compañeros anden revoloteando por el bufete, quizás sea mejor aquí, para evitarle la molestia de tener que trasladarse hasta Ibarrekolanda.

Dicho así parecía que estaba teniendo una deferencia conmigo, pero hacía tiempo que yo no me chupaba el dedo. Si me llevaban a comisaría, me daba tiempo para reflexionar sobre lo que podía o debía decirles. Además seguramente pensaban que en el despacho, viendo el trasiego de policías que intentaban escudriñar hasta el último rincón, acabaría perdiendo los nervios y quizás dijera algo inconveniente. Inconveniente para mí, por supuesto. Aun así, opté por quedarme en mi territorio y González, acompañado por otro agente al que me presentó como Andoni Iturbe, un joven que seguramente no necesitaba afeitarse a diario, se recluyó conmigo en el espacioso despacho del que era usufructuario. Se trataba de una pareja curiosa, pero no porque jugaran al poli bueno-poli malo, aunque González mantuviera durante toda la conversación un tono hosco y adusto e Iturbe tuviera físicamente el aspecto de un ángel de Botticelli que de repente, y casi sin darse cuenta, hubiese llegado a la edad adulta, sino porque jugaban a ser otro tipo de pareja, poli hablador-poli mudito. Este último era el agente Iturbe, que apenas pronunció una palabra, pero que no se perdía nada de lo que se decía en la estancia y lo escudriñaba todo, creo que hasta mis pensamientos, como si fuese uno de esos robots de las películas de ciencia ficción que tienen rayos X en los ojos.

—En primer lugar —empezó su interrogatorio González, sin abandonar su tono serio y fúnebre—, quiero que sepa que comprendo su situación y lamento lo sucedido, pero espero que usted también comprenda que tenemos que hacerle algunas

preguntas.

—¿De verdad entiende mi situación? ¿Es que acaso han matado a su padre?

¿No querías taza, madero de mierda? Pues toma taza y media. De todos modos mi irónico comentario no hizo mella en él. Supongo que estaba acostumbrado a situaciones más crudas.

—Mi padre murió de muerte natural, un fallo cardíaco unido a una avanzada diabetes —me contestó en el mismo tono, sin alzar la voz ni mostrar un enfado especial por mi salida de tiesto—, así que no fue necesario abrir unas diligencias policiales para averiguar la causa de su muerte. Pero el suyo ha sido asesinado. Ya le he transmitido nuestras condolencias, pero sinceramente, que las acepte o no nos la trae floja. Estamos aquí para averiguar quién ha asesinado a su padre. Y nos vendría bien su colaboración, en el caso de que a usted también le interese saber quién le ha matado, por supuesto —durante unos breves microsegundos me pareció que esbozaba algo parecido a una sonrisa, pero quizás fueron imaginaciones mías.

—¡Pues claro que quiero saber quién asesinó a mi padre! —respondí con sinceridad, aunque mi indignación pareciera impostada y fuera de lugar—. Y por eso mismo me gustaría que se abstuviera de sentir la muerte de alguien a quien jamás conoció y haga su trabajo de una puta vez. Si no le importa ir al grano se lo agradecería, tengo muchas cosas de las que ocuparme, entre otras las gestiones para dar cristiana sepultura al cuerpo de mi padre.

—Me temo que eso no va a ser posible hasta que se le haga la autopsia. Es el procedimiento habitual. Estoy seguro de que usted, como abogado, lo sabe tan bien como nosotros. Pero tiene razón, vayamos al grano. ¿Sabe usted quién mató a su padre?

—No me joda, hombre. ¿Así actúa nuestra Ertzaintza? ¿Preguntando al hijo de la víctima si sabe quién es el asesino? ¿Y si le doy un nombre, un nombre cualquiera, qué va a hacer, fiarse de mi palabra y detenerlo? Es como para ir a mear y no echar gota. No me venga con hostias, si supiera quién es el asesino y pudiera demostrarlo ya se lo habría dicho.

—O no —respondió en tono serio el *ertzaina*—. Pero voy a darle el beneficio de la duda y replantear la pregunta de otro modo. ¿Sabe de alguien que quisiera matar a su padre o tuviese motivos para hacerlo?

—Mi padre era un buen hombre que jamás hizo daño a nadie. No tenía enemigos.

—Todos tenemos enemigos. Además, era abogado. Los abogados, por su profesión, están al corriente de muchos secretos, chanchullos, tejemanejes. ¡Qué le voy a explicar yo a usted que no sepa!

—Mi padre no era ningún chanchullero. Y sí, es posible que todo el mundo tenga enemigos, pero puedo jurarles que mi padre era la excepción a esa regla. Jamás hizo daño a nadie, al menos conscientemente, y siempre que podía echar una mano o hacer un favor a alguien se lo hacía.

—Sin embargo, a pesar de todo lo que usted me ha dicho, le mataron —no había

ironía en las palabras del oficial de la Ertzaintza, pero sus ojos me escrutaron sigilosamente, como si quisiera escudriñar en mi interior—. Quién sabe, quizás fue un error.

—¿Un error? —Intenté mostrarme sorprendido—. ¿Un error? —repetí, sin disimular ni mi asombro ni mi irritación ante esas palabras.

—Según las declaraciones que hemos tomado a sus empleados, los asesinos preguntaron por Markel Zugasti, no por Marcelo Zugasti. Sí, ya sabemos que en la intimidad a su padre todo el mundo le llamaba Markel, pero oficialmente al menos el único Markel Zugasti que trabaja en este bufete es usted.

—¿Está insinuando que los asesinos venían a por mí y se equivocaron de persona?

—Es tan solo una posibilidad —de nuevo una sonrisa fugaz apareció en el rostro de González, para desaparecer con la misma velocidad con la que había llegado—. Acaba de decirme que su padre no tenía enemigos. ¿Los tiene usted?

Por fin habíamos llegado al meollo de la cuestión. González era inteligente y había sacado las mismas conclusiones que yo. La persona a la que habían querido asesinar no era precisamente mi padre. Todo había sido un error, como había insinuado el *ertzaina*, un trágico error, y habían liquidado a la persona equivocada.

—Claro que los tengo. Como usted acaba de decir hace un rato, todos los tenemos.

—Salvo su padre —me interrumpió el *ertzaina*.

—Sí, salvo mi padre —asentí fatigado—, aunque le cueste creérselo. Pero yo sí los tengo, por supuesto que los tengo. Mire, no soy de esos tipos que creen que los policías son idiotas y no saben hacer su trabajo. Me imagino que a pesar del poco tiempo transcurrido ustedes habrán hecho sus deberes y conocen perfectamente las diferencias que teníamos mi padre y yo sobre el modo de trabajar. A mí nunca me ha importado pisar cabezas con tal de lograr mis objetivos. Quizás sea éticamente repugnante —ahora llegó mi momento de sonreír, pese a estar totalmente jodido por dentro—, pero siempre me he mantenido dentro de los límites legalmente establecidos.

—O sencillamente aún no le hemos pillado —me replicó el *ertzaina*, pero sin mostrar resquemor, tan solo como si constatará un hecho.

—Sí, o sencillamente aún no me han pillado, quizás tengan que esmerarse más en su trabajo —no pude contenerme—. Es posible que estén en lo cierto, pero creo que no es esa la cuestión. No han venido a este despacho a investigar sobre si mis negocios son o no fraudulentos, sino sobre el asesinato de mi padre, aunque en realidad, y en eso coincido con lo que usted acaba de insinuar, seguramente el objetivo era yo. Pero aun así, sigue pareciéndome algo inconcebible. Admito que a lo largo de mi carrera he hecho enemigos, pero los enemigos de ayer pueden ser los amigos de mañana. Todos nos hacemos putadas mutuamente, en unas ocasiones ganan unos y, en otras, otros, pero la sangre jamás llega al río. Ya sabe el dicho,

«perro no muerde perro».

—Eso no es del todo exacto, y usted lo sabe, señor Zugasti. En más de una ocasión un perro ha sido víctima de las dentelladas mortales de otro perro.

—Bueno, da igual, creo que ha entendido perfectamente lo que quería decirle. Se trata de negocios, nada más que de negocios. No nos matamos entre nosotros. Y no me imagino quién ha querido asesinarme, en el caso de haber sido yo el objetivo, y no mi padre, como pensamos ambos. Siento no poder ayudarles en eso. Y créame si le digo que lo lamento.

—Está mintiendo.

Miré sorprendido al joven agente que acompañaba a González. Como había permanecido todo el rato callado me había olvidado de él. Pero tenía boca y, al parecer, sabía utilizarla. Iba a protestar cuando González se adelantó a mis palabras.

—Creo que no le he dicho, al presentarnos, que el agente Iturbe es licenciado en psicología y un auténtico especialista en saber cuándo alguien miente o dice la verdad. Así que si está diciendo que usted miente tiene que ser porque, efectivamente, usted miente.

—Sí, yo también fui asiduo espectador de una serie de televisión en la que el protagonista poseía ese tipo de cualidades paranormales —intenté mostrarme sarcástico—, pero pensaba que estábamos hablando de la vida real, no de películas.

—Me da igual lo que usted piense sobre si lo que dice mi compañero se debe a unos supuestos poderes paranormales o a su preparación científica. El caso es que también yo, sin tener ninguna de esas cualidades, estoy convencido de que tiene razón. Usted nos ha mentado. O si lo prefiere, no nos ha dicho toda la verdad.

—No entiendo a dónde quiere llegar.

—Es muy sencillo. Como usted mismo ha reconocido hace unos momentos, nos gusta hacer nuestros deberes. Y no solo eso, sino que también nos gusta traer la lección bien aprendida cuando nos entrevistamos —por su tono dio la impresión de que quería decir «interrogamos» en lugar de «entrevistamos», pero González parecía ser un hombre prudente que sabía medir sus palabras— con alguien, por eso nos hemos permitido hacer algunas indagaciones sobre su persona. Y sabemos que está usted especializado en asuntos financieros, fusiones de empresas, consecución de subvenciones, maniobras fiscales para pagar menos a Hacienda. E incluso blanqueo de dinero, aunque por el momento —añadió al comprender que yo iba a protestar— esto último no debe preocuparle, ya que sobre ese tema no hemos podido demostrar nada.

—Ni conseguirán hacerlo en el futuro —quizás mis palabras manifestaban más un deseo que una realidad, aunque siempre había sido un auténtico especialista en guardarme las espaldas—, ya que no hay nada que demostrar.

—Me alegro por usted, señor Zugasti —comentó educadamente el oficial González, aunque su aspecto no traslucía la menor alegría—, pero como le he dicho antes hemos hecho nuestros deberes y hemos averiguado que en los últimos tiempos

aparte de dedicarse a sus asuntos financieros también ha hecho sus incursiones en el terreno del Derecho Penal, defendiendo a Aurelio Mentxaka, el hombre acusado de asesinar a Marcel Dupont, más conocido como Dominique Le Ferrand. Un peligroso delincuente.

—Si han hecho tan bien sus deberes, seguramente sabrán que asumí la defensa de Mentxaka por el único y exclusivo motivo de ser amigo de su hija Karmele. Y que una vez muerto mi defendido, ya no tengo ningún cliente.

—Eso no es del todo exacto, señor Zugasti, porque si nuestras informaciones son correctas se ha personado en las diligencias abiertas a raíz del suicidio del señor Mentxaka.

Tanto «señor» empezaba a cansarme. Sobre todo porque no se me escapaba que la exquisita educación que estaba mostrando González era una pose y que, como las serpientes, tan solo quería hipnotizarme para poder abalanzarse sobre mí en el momento en que bajara la guardia.

—Tiene razón —respondí—, es cierto que me he personado en la causa abierta tras la muerte de mi cliente, pero ha sido tan solo para poder mantener informada a su hija de las circunstancias del caso. Un caso que no dudo que se cerrará próximamente, con el archivo judicial de las diligencias.

—¿Qué sabe usted de Dominique Le Ferrand?

—Antes de ocuparme de la defensa de Aurelio Mentxaka nada, ni siquiera sabía que existía alguien con ese nombre. Después, por supuesto, procuré informarme y parece que era un tipo nada recomendable. Que por cierto —intenté tocarle los cojones al *ertzaina*— no entiendo cómo estaba libre cuando usted mismo acaba de decir que era un peligroso delincuente.

Esta vez la sonrisa en sus labios se mantuvo unos segundos más que en anteriores ocasiones, pero volvió a desaparecer cuando me contestó.

—Por lo mismo que sabemos que usted blanquea dinero y aún no se le ha podido llevar a un juzgado. Desgraciadamente no somos infalibles. Sabemos quién era y cómo era Le Ferrand, pero aún no habíamos obtenido las pruebas necesarias para que un juez le procesara. Seguramente antes o después lo hubiésemos conseguido, es cuestión de paciencia, y le aseguro que paciencia nos sobra —sonó como una amenaza, pero intenté mantenerme tranquilo, lográndolo a duras penas—. En fin, si no conocía a Dominique Le Ferrand supongo que tampoco sabrá quién es Pierre Mamadaliev.

Puso una cara tan grande de inocencia al decir esto último, que comprendí que intentaba metérmela doblada, pero yo no era tonto. Aunque parezca una paradoja, a veces el mejor modo de confundir al enemigo es contándole la verdad.

—Sí, claro, por supuesto que sé quién es. Un mafioso parisino que no le hace ascos a meter sus manos en cualquier asunto sucio. Y antes de que me pregunte nada le diré que lo he sabido, precisamente, a raíz de asumir la defensa de Aurelio Mentxaka. Antes de eso, era para mí un perfecto desconocido. Y espero que siga

siéndolo.

—Las esperanzas no siempre se cumplen —me contestó, enigmático, González.

—¿A qué se refiere con eso?

—A nada en especial. Era una simple reflexión. Aunque finalmente me metí a *ertzaina* en el colegio me gustaba mucho la asignatura de Filosofía, por eso, de vez en cuando, me gusta hacer reflexiones en voz alta. Y como ya le he dicho, las esperanzas no siempre se cumplen. Y para que vea que juego limpio con usted, y no me guardo ninguna de mis reflexiones, ahí va otra. No entiendo que sepa usted quién es Mamadaliev gracias a haber asumido la defensa del señor Mentxaka. En las diligencias incoadas a raíz del asesinato de Le Ferrand no aparece para nada su nombre.

—Reflexión por reflexión —le contesté—, yo también tengo mis contactos.

—Lo sé, lo sé —González había dejado de sonreír, pero me daba la impresión de que en su interior se estaba descojonando de mí—, pero tenga mucho cuidado. Está claro que iban a por usted, no a por su padre. Y si sus actividades financieras no son las que le han puesto en peligro... —dejó la frase inconclusa, seguramente pensando que de esa manera me llegaría mejor el mensaje que me estaba mandando.

—¿Está insinuando que me encuentro en peligro?

—Eso tendrá que calibrarlo usted mismo, pero si la muerte de su padre ha sido un trágico error... —volvió a dejar en suspenso la frase, como si deseara que yo la asimilara en toda su plenitud, antes de continuar—. De todos modos no podremos evaluar con exactitud la situación mientras usted no se sincere del todo con nosotros y nos cuente todo lo que sabe del caso.

—Les he contado todo —protesté.

—Bueno, no vamos a discutir sobre ese punto, pero aun siendo cierto no sería suficiente. Oficialmente estamos investigando el asesinato de su padre, un asesinato en el que usted no está, aparentemente, implicado. Y tampoco ha habido amenazas contra su persona, así que sin más datos nos va a ser muy difícil avanzar en la investigación. A pesar de ello, yo que usted —añadió en tono sincero—, tendría motivos para preocuparme si, como ambos pensamos, era el auténtico objetivo de los asesinos.

—No sé preocupe por eso —contesté, sin recatarme en mostrar indignación—. Siempre he sabido cubrirme las espaldas.

—No lo dudo, señor Zugasti, no lo dudo, pero en esta ocasión no se encuentra en medio de una pelea entre tiburones de las finanzas, sino que puede estar muy cerca de las fauces de otro tipo de tiburones. Unos tiburones que, en cuanto huelen la sangre, atacan de inmediato y proporcionan a su víctima unas buenas dentelladas.

El oficial González, aparte de sus inclinaciones filosóficas, debía ser también un asiduo del «National Geographic», pero me limité a decirle que si no tenía más preguntas que hacerme, que me disculpara, que como muy bien podía suponer aún tenía muchas cosas de las que ocuparme.



—Lo entiendo perfectamente, pero créame cuando le digo que en estos momentos su mayor ocupación, por no decir preocupación —al hijo de puta, al parecer, también le gustaban los juegos de palabras—, debe ser su propia vida. Ya sabe dónde encontrarme, si quiere o necesita contarme algo nuevo, pero por si acaso aquí tiene mi tarjeta. Puede llamarme a cualquier hora del día, no se corte si son horas inadecuadas, mi mujer es muy comprensiva —finalizó con tono sarcástico mientras me extendía una tarjeta de visita, segundos antes de indicar a su compañero, con la mirada, que era la hora de retirarse.

Cuando me quedé solo comprendí, quizás por primera vez desde que había empezado todo esto, que no era un juego. O que, de serlo, era un juego mortal. Afortunadamente, por paradójico que pudiera parecer, el tener que atender a todas las personas que presencialmente o a través del correo electrónico o de sus teléfonos móviles me mostraron sus condolencias, e incluso las gestiones iniciadas para que, cuando me devolvieran el cadáver de mi padre, pudiera ser enterrado dignamente en el panteón familiar, cumplieron con la función de distraerme y hacer que, durante unas horas, me olvidara del peligro que se cernía sobre mi cabeza. Pero ese no era el problema. Yo podía olvidarme de todo, pero si había alguien que no quería olvidarse de mí, estaba jodido, y bien jodido.

En cierto modo, la muerte de mi padre me había concedido una prórroga. ¡Bien por el viejo! Seguramente quienes atentaron contra su vida dejarían pasar un tiempo prudencial antes de volver a intentarlo con su auténtico objetivo. O quizás no, desconozco cómo funciona la mente de los criminales. Al menos, de ese tipo de criminales.

Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo cuanto antes. Pero solo había un problema. Yo era un buen abogado, un excelente abogado cuando se trataba de arreglar chanchullos financieros y tapar dudosas operaciones económicas, pero no era policía ni detective, y no tenía ni repajolera idea de por dónde empezar. Pero es que ni repajolera idea.

—Déjalo. Déjalo ya de una puta vez. Ya ha muerto demasiada gente. No quiero que tú también mueras, maldita sea. Eres un cabrón, siempre lo has sido, pero no quiero que mueras.

Quien me estaba hablando así, en tono tan perentorio, era Karmele. Aunque ya había acudido a visitarme al bufete cuando se enteró de la muerte de mi padre, tuvo también la deferencia de venir más tarde a mi apartamento para darme el pésame y acompañarme en mi aflicción. Lo agradecí, no solo porque sus palabras de consuelo y de ánimo fueran una especie de bálsamo para mi dolor, sino también porque sabía que quería a mi padre tanto como me detestaba a mí. Pese a ello, aunque me pareció normal verla afectada, no esperaba su reacción y así se lo dije.

—¡Joder, tío! ¿Es que eres imbécil? ¿No te has dado cuenta de que no iban a por tu padre sino a por ti?

Vaya por Dios, otra que se creía tan inteligente como la Ertzaintza. O como yo. Porque estaba en lo cierto, la buena de Karmele no acababa de descubrir América. Así que no me quedó más remedio que darle la razón. Y luego, para cagarla de nuevo, añadí que si me había metido en ese lío era por su culpa.

—¿Por mi culpa? ¿Tienes la cara dura de decir que todo ha sido por mi culpa? — Me abofeteó con la misma fuerza que Glenn Ford a Rita Hayworth en Gilda, solo que en esta ocasión el papel de Gilda no lo hacía la pelirroja Rita sino el moreno Markel —. No solo eres un cabrón y un imbécil, sino que también eres un miserable.

Al parecer mi vieja amiga había estudiado a fondo, en sus clases de Literatura, el Diccionario Secreto de Cela o, tal vez, era asidua espectadora televisiva de debates políticos o programas del corazón, porque, cuando se trataba de meterse conmigo, su lenguaje era de lo más variopinto e incluso acertado, para qué negarlo. Pero pese a su indignación, era cierto que si estaba metido en ese lío se debía a que me había obligado a asumir la defensa de su padre tras matar a Dominique Le Ferrand.

—¿Que yo te obligué? ¿Tienes la cara dura de decir que yo te obligué? —al parecer la indignación le hacía repetir constantemente las mismas frases y ciertos latiguillos, pero no me pareció el momento más inoportuno para criticar su oratoria —. Pues claro que te obligué, mamonazo de mierda —efectivamente yo estaba en lo cierto, la lectura de don Camilo había dejado poso en ella—, pero fue porque tú antes quisiste jugar sucio conmigo, ¿no lo recuerdas? O pasaba por el aro o mi padre se iba a la calle, a la puta calle —en esta ocasión no necesitó recurrir a académicos expertos en palabras malsonantes sino que utilizó una expresión que ya había pasado a constituir parte del acervo lingüístico popular—. El que no pasara por el aro no significa nada, lo importante es que lo intentaste.

—Eran negocios, tan solo negocios —volví a mostrar el aspecto más inoportuno de mi personalidad—. Yo cumplí con mi parte, pero tú no hiciste lo mismo con la tuya. Aquí, en todo caso, el agraviado fui yo.

—¿Que tú fuiste el agraviado? Lo que hay que oír por tener orejas. Y en cuanto a que solo se trataba de negocios, ¿has pensado de verdad lo que acabas de decirme? ¿Sabes cómo se llama a la que hace negocios con su cuerpo?

—Modelo de alta costura, actriz de éxito, deportista de élite —intenté bromear, sin conseguirlo.

—¡Putas! ¡Se le llama puta! ¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy una puta?

—Coño, Karmele —intenté protestar débilmente—, no se trata de eso, no saques mis palabras de contexto.

—Me cago en tus putas palabras y en el puto contexto —después de todo, quizás Karmele no había profundizado excesivamente en el texto de Cela, porque su lenguaje empezaba a ser repetitivo—. ¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto? ¿O lo más jodido de todo esto, como prefieras calificarlo? Que no tenías que haber llegado a ese punto. Antes o después lo habríamos hecho. Y voluntariamente, sin necesidad de chantajes por tu parte.

No me consideraba un tipo fácil de sorprender, y siempre había sido un excelente jugador de póquer y mus, pero en esa ocasión debió ponerseme una cara de panoli digna de ser pintada por el mismísimo Velázquez si surgiera de su tumba y se percatara de que mi bobalicona expresión podría darle más juego a su paleta que la de las palaciegas meninas. Y es que no me queda más remedio que reconocer que lo que acababa de escuchar de boca de Karmele me había dejado totalmente descolocado.

—Mira, no es el momento más adecuado para hablar de estas cosas —intenté reaccionar del mejor modo posible—, pero me cuesta mucho creerte.

—Siempre has sido un gilipollas —meneó la cabeza con tristeza— y por mucho que hayas tenido éxito en tu trabajo y seas un profesional reconocido y muy bien remunerado, nunca dejarás de ser un pobre gilipollas que no se entera de nada. ¿Sabes? Siempre he estado enamorada de ti, hasta que, hasta que ocurrió eso...

Las lágrimas la obligaron a callarse mientras yo pensaba que quizás, en efecto, era un gilipollas, porque no entendía nada de nada. La observé llorar en silencio durante un buen rato, el suficiente como para darme cuenta de que había hablado con total sinceridad, lo que aumentó aún más mi desconcierto. Y, en cierto sentido, mi mala leche.

—¿Que estabas enamorada de mí? ¿Que estabas enamorada de mí? Tiene cojones la cosa, te acostabas con todo el mundo menos conmigo y todavía tienes el rostro de decirme que estabas enamorada de mí. Joder, si estabas tan enamorada podríamos haber hecho las cosas de otra manera y no habríamos tenido que llegar a lo que llegamos —ni yo la habría cagado como la cagué, añadí para mis adentros, aunque este último pensamiento no lo expresé verbalmente.

Me sentía tan estúpido, idiota y desconcertado que, de repente, empecé a verme como un personaje de vodevil. Solo faltaba, para que la escena fuese completa, que empezaran a abrirse puertas y entrar y salir un montón de gente. O como Romeo, que se suicidó al creer que Julieta estaba muerta. ¿O fue al revés? Daba igual, entre mis

pensamientos más inmediatos no se encontraba el de quitarme voluntariamente la vida, ya había quien quería hacerlo por su cuenta como para que, encima, yo le ayudara. Pensándolo bien, quizás fuéramos como los amantes de Teruel, ya se sabe, tonta ella y tonto él, aunque me daba en la nariz que en ese sainete el único tonto había sido yo.

—¿Pero es que todavía no lo entiendes? —me chilló, más que me preguntó, una enfurecida Karmele—. Con los demás era tan solo sexo, pasar un rato divertido. Supongo que lo entenderás, tú tampoco has sido nunca un ejemplo de mojigatería. Pero contigo tenía que ser algo especial, hasta que lo jodiste todo chantajeándome tras evitar el desahucio de mi padre.

—Bueno —le dije con la mejor de mis sonrisas, esa que mis múltiples enemigos y la mayoría de mis amigos dicen que se asemeja a la de las hienas—, todavía podríamos arreglar eso. Al fin y al cabo la cosa no llegó a mayores.

—Sigues siendo un cerdo —me dijo con desprecio, al escuchar lo que acababa de decir. Pero en lugar de salir de la casa dando un sonoro portazo, como parecía indicar la lógica, se echó a mis brazos mientras volvía a llorar como una Magdalena. Y claro, una cosa lleva a la otra y al de poco tiempo estábamos ambos dos retozando en la cama, uno con el otro, que es más apropiado y sugestivo que cada uno por separado en rincones opuestos del lecho.

Cuando estábamos ya los dos exhaustos llegó el momento de separarnos, pero no físicamente, que también, sino por decirlo de un modo delicado, espiritualmente. Durante un buen puñado de minutos Karmele estuvo mirando el techo de mi habitación. Y teniendo en cuenta que allí no se encontraba una réplica de los frescos de la Capilla Sixtina ni nada similar, supuse que si fijaba allí su mirada era porque se estaba concentrando en sus pensamientos. Hasta ahí, estaba seguro de acertar al cien por cien. Ahora bien, adivinar cuáles eran esos pensamientos era harina de otro costal, aunque quizás debería habérmelos imaginado porque cuando por fin volvió a concentrar sus ojos en mi persona me pidió de nuevo, con más intensidad, si cabe, que antes de que hiciéramos el amor, que lo dejara.

—Déjalo, por favor —me dijo—. Déjalo —era insistente la tía.

No sé qué me condujo a ello, o mejor dicho, sí lo sabía aunque en el fondo no quería admitirlo, pero le respondí que no podía dejarlo. No a esas alturas.

—¿Por qué no? ¿No crees que ha muerto ya demasiada gente? Primero mi padre, joder, mi padre, un hombre que en su vida había matado a una mosca, mató a un tío que luego resultó ser un delincuente. Más tarde se suicida en la cárcel, no sé si presa de los remordimientos o atenazado por el cáncer. Y por último asesinan a tu padre, aunque lo más seguro es que los asesinos se hayan confundido de persona y a quien quisieran matar fuese a ti. ¿No va siendo ya hora de dejarlo? Si lo estás haciendo por mí olvídale, desde este mismo momento eres libre de cualquier compromiso que hubieses adquirido conmigo.

Hacía unos días escuchar esas últimas palabras hubiese sido para mí como oír

música celestial, pero ya era tarde para eso. Estaba metido hasta las cejas en un asunto que parecía ser más turbio de lo que me pareció en un principio, y ya no podía abandonar.

—¿Pero por qué no? —me insistió Karmele.

—Porque quiero llegar hasta el fondo de este asunto. Porque quiero conocer la verdad. Y porque te lo debo —esto último lo dije en un tono tan bajo que llegué a pensar que no me había escuchado aunque sí lo hizo.

—No me jodas, Markel —de repente renació de sus cenizas la Karmele irónica, satírica y sarcástica de toda la vida—, ¿cuándo te has preocupado por saber la verdad sobre algo? La única verdad que a ti te ha interesado siempre es la que podía producirte ganancias y dividendos, así que no me vengas con esas chorradas. Y olvídate de esa estupidez acerca de que me debes algo. Como muy bien has dicho antes, lo nuestro fue una mera transacción comercial. Una mera transacción en la que yo no cumplí mi parte, aunque en los últimos días creo que no puedes quejarte. Y punto —algo en su voz, unido a lo que en un momento de debilidad me había confesado no hacía mucho tiempo, me incitaba a pensar que al menos en ese aspecto no era sincera, pero no pude decir nada porque siguió hablando, sin permitir que la interrumpiera—. ¿Es que acaso te ha entrado de repente un extraño sentido de la justicia? ¿Acaso el abogado sin escrúpulos está buscando una causa justa que defender? —Según parece ella también había leído el artículo que me dedicó un periódico sensacionalista de Madrid.

—Si el asesinato de mi padre no te parece una causa lo suficientemente justa... —contraataqué, aun a sabiendas de que en el fondo Karmele tenía razón.

—Sí, claro que me parece justa —me respondió—, pero deja que se encargue de eso la Ertzaintza. Es su trabajo, no el tuyo.

—Me temo que ya es demasiado tarde —le dije—. Quienes han matado a mi padre ya se habrán dado cuenta de su error, tú misma has adivinado que no era su auténtico objetivo, y querrán venir a por mí. Estoy en el baile, aunque no tenga ni puta idea de bailar y ni siquiera sé si se trata de un vals, un tango, un *break-dance* o un *rock* desmelenado. Pero o muevo ficha o me dan jaque mate en pocos movimientos.

—Pues más a mi favor, Markel. Eres un buen abogado, el más hijo de puta de todos, llegado el caso, pero no eres policía ni detective, no sabes qué ficha tienes que mover. Lo más seguro es que muevas la que muevas, te la coman nada más hacer la jugada.

Karmele tenía razón, pero ¿qué podía hacer? Seguramente tendría que ponerme nuevamente en contacto con De Marcos, aunque no le vi, en nuestra pasada reunión, muy interesado en seguir trabajando para mí. O quizás debería contratar a un par de guardaespaldas. Sin embargo estaba convencido de que con eso no iba a solucionar nada, quizás alejara de mí el peligro por un tiempo, pero antes o después los asesinos de mi padre decidirían completar su trabajo, y esa vez sin fallos.

—Vayámonos —me dijo Karmele—. O, si lo prefieres —añadió, como arrepentida de haber usado la primera persona del plural—, vete solo, de vacaciones, a cualquier sitio. Al Caribe, a Nueva York, a Australia, un crucero alrededor del mundo, ¿por qué no? Puedes permitirte y así tal vez las cosas se enfríen y quienes ahora quieren matarte se den cuenta de que no supones un peligro para ellos y te dejen en paz.

Era una posibilidad. Quién sabe, quizás los asesinos de mi padre fueran, en el fondo, gente razonable y si veían que lo dejaba estar, que no iba a mover un dedo en contra de ellos y sus intereses, se olvidaran de mí. Quizás. Pero aun así, de repente, me di cuenta de que mi estómago se revolvía de solo pensar que el asesinato de mi padre podía quedar impune. Nunca había sido el hijo con el que mi progenitor había soñado, ni siquiera había sido un buen hijo en el sentido clásico del término, pero acababa de descubrir algo que jamás pensé que pudiera anidar en mi interior, un afán de justicia insaciable, un afán de justicia, o quizás tan solo de venganza, que tenía que llevar a cabo cayera quien cayese, aunque el caído fuera yo mismo. Quizás la puya que había intentado meterme Karmele era cierta, quizás el abogado de la gente rica había encontrado una causa justa en la que comprometerse. Quizás. Aunque por otra parte, un crucero alrededor del mundo con ella al lado era mucho más atractivo que arriesgarme a que me metieran un par de tiros en la cabeza o el corazón, o cualquier otro órgano igual de vital.

—Lo de la vuelta al mundo parece una idea atractiva —respondí por fin—. ¿Me acompañarías?

—¿De verdad necesitas mi compañía? No te sería nada difícil conseguir eso que se solía decir antes de los marineros, lo de tener una novia en cada puerto. Aunque claro, lo tuyo no serían novias, sino putas de lujo.

Ya empezábamos de nuevo. Mucho decir que si había estado toda la vida enamorada de mí, que si lo mejor era irnos juntos de viaje hasta que pasara el peligro, pero cuando se lo pedía de verdad volvía al mismo rollo de siempre, que no digo yo que no haya sido aficionado al sexo de lujo, aunque tuviera que pagar por él, pero es que al fin y al cabo uno es humano, y si puede permitírselo, ¿por qué renunciar a ello? Sin embargo en esta ocasión ni a mí mismo me convencían mis argumentos, así que por una vez en la vida decidí no cagarla con Karmele y hablar con el corazón en la mano.

—Hace unos días te habría dicho que tienes toda la razón del mundo, pero ahora te pido que me creas. Ven conmigo al crucero. Sin condiciones previas de ningún tipo.

—¿Sin sexo?

Joder, qué pregunta. Pero había llegado a un punto en que estaba dispuesto a todo, así que tragué saliva, inspiré fuertemente y le dije que sí. O algo parecido.

—Preferiría que lo hubiera, no voy a mentirte, pero si esa es tu condición, la acepto. Sin sexo.

Se sonrió y acercó sus labios a los míos, besándome como jamás nadie me había besado. Ni siquiera Sheila, que era la mejor profesional que había conocido. Sí, ya sé que no debería compararla con ella, pero es que en esos momentos no se me ocurría nada mejor, aunque de nuevo me abstuve de expresar mis pensamientos en voz alta.

Cuando nuestros labios se separaron comprendí que, para que lo nuestro funcionara, y acababa de darme cuenta de que si algo deseaba en este mundo era que funcionara, significara eso lo que significase, tenía que poner en orden mi vida. Y para ello, por paradójico que pareciese, tenía que averiguar qué había ocurrido tanto con mi padre como con el de Karmele. No podía dejarlo y tuve que confesárselo.

—Pero ese viaje alrededor del mundo tendrá que esperar. Necesito tiempo.

—¿Para qué? —me preguntó, aunque sabía perfectamente la respuesta, como indicaron sus palabras siguientes—: Esto, Markel, no es una película de serie B, en la que el protagonista, un tipo sinvergüenza aunque simpático, se redime a última hora realizando un gesto heroico e inmolándose en beneficio de los demás. Esto, Markel, es la realidad, una realidad en la que no sabes moverte. ¿Por qué no dejas que la Ertzaintza haga su trabajo y te quedas al margen?

—No me cabe ninguna duda de que nuestros esforzados agentes de la ley harán su trabajo con rigor y eficacia y que, en el fondo, buscan lo mismo que yo —le contesté—, pero no puedo quedarme al margen, tienes que entenderlo, tú mejor que nadie, después de lo ocurrido con tu padre, tendrías que ser capaz de entenderlo. Además, puedes estar tranquila —lo dije tan poco convencido que me fue imposible transmitirle a ella esa falsa convicción—, no pienso arriesgarme más de lo debido. Ya sé que no soy un superhéroe, ni tengo ganas de serlo, pero aunque es muy posible que, como me has dicho antes, si desaparezco de escena por un tiempo quienes asesinaron a mi padre se olviden de mí, jamás tendré la seguridad absoluta de que eso es así, y no quiero pasarme la vida mirando detrás de mí por si viene alguien con malas intenciones. Así que, aunque no sepa desenvolverme muy bien en ese mundo, como acabas de decirme, tendré que hacer algo. Pero te prometo que haremos ese viaje.

Me miró como si no creyera en esa promesa, la única promesa hecha en los últimos años que me apetecía cumplir, y se despidió de mí con una sonrisa que lo mismo podía estar preñada de esperanza que de lástima.

Yo no era policía, ni tampoco detective, pero mi vida profesional me había hecho estar en contacto con miembros de ambos gremios en múltiples ocasiones, así que aunque quizás no supiera los rudimentos de sus oficios, sí tenía alguna idea de lo que tenía que hacer. Y de lo que tenía que callar, al menos por el momento. Es posible que antes o después tuviera que confesar a González e Iturbe lo ocurrido con los billetes de lotería premiados que habíamos encontrado en posesión de Aurelio Mentxaka, pero ese momento aún no había llegado. Ni tampoco pensaba comentarles que había un abogado madrileño que también estaba interesado en el mismo asunto. Hasta que no lo considerara estrictamente necesario prefería no proporcionarles ese dato.

Además, quién sabe, quizás por ahí podría sacar algo. De hecho no me quedaba más remedio que explorar esa posibilidad ya que era el único hilo del que podía tirar.

Como le dije a Leopoldo De Marcos incluso a alguien como yo, que procura estar al tanto de todo lo que se cuece en el mundillo de la abogacía, le es imposible conocer los nombres de todos los letrados colegiados en España, pero quizás algunos de mis colegas madrileños de confianza —usando la palabra «confianza» siempre con mucha cautela, sobre todo tratándose de compañeros de profesión— hubiesen tratado en alguna ocasión con Gerardo Monforte. Y aunque lo primero que me preguntaron todos, como hubiese hecho yo de estar en su lugar, era por qué me interesaba por él a lo que respondí, como también hubiesen hecho ellos, con vaguedades poco creíbles, pero verosímiles, finalmente resultó que nadie había oído hablar de él. Salvo uno de ellos, aunque tampoco le conocía demasiado, pero le sonaba que era un pobre desgraciado de esos que trabajaba con parroquias obreras, organizaciones de ayuda al tercer mundo, asociaciones de vecinos y cosas de ese tipo. Un auténtico gilipollas, o quizás un tipo sin talento para labrarse una buena carrera profesional, añadió para intentar endulzar su anterior e insultante calificativo. Pero poco más pudo decirme, salvo que ni siquiera dentro de ese sector era una estrella. Jamás había salido en un noticiario televisivo como querellante contra algún banquero más avaricioso de lo habitual en su gremio o flagelador de algún político corrupto tan tonto como para que le hubiesen pillado con las manos en la masa. «Así que, como puedes ver, incluso en su mundo es un don nadie» finalizó, lapidario, mi colega madrileño, que antes de colgar el teléfono me aconsejó no relacionarme con él, no fuese a contagiarme algún virus.

Virus o no virus, era lo único que tenía a mi disposición, así que me introduje en la página web del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid y tras acceder a la entrada de consulta de colegiados pude comprobar que, efectivamente, Gerardo Monforte Barrantes estaba colegiado como ejerciente y tenía su despacho en una calle ilusamente denominada «de la Emancipación Obrera». No sé si era casualidad o algo cargado de simbolismo, aunque sí me extrañó que Ana Botella, la preolímpica alcaldesa madrileña, no hubiese decidido cambiar de nombre a esa calle de la ciudad que gobernaba con mano firme, aunque relajada, tras tomarse algún que otro café con leche en la Plaza Mayor. Seguramente ni siquiera sabía que existía y jamás habría puesto sus pies en ella. Esto lo deduje hábilmente tras comprobar, en un callejero de la ciudad, que estaba enclavada en uno de esos barrios a los que la gente de bien nunca osaría acercarse. Bueno, por lo menos ese dato encajaba con lo que me había dicho mi colega madrileño.

Decidí informarme un poco más acerca del ilustre abogado de ese barrio ultraperiférico y recurrí, como es fácil imaginar, a Internet. Y para mi asombro, las primeras noticias que aparecieron en el buscador que utilicé no fueron sobre sus éxitos o fracasos en los juzgados de la Plaza de Castilla, sino sobre su muerte. Monforte, por lo que decían todos los periódicos que consulté, había fallecido



atropellado, mientras se dirigía a su trabajo, por un coche que se dio a la fuga. Todos los medios que recogieron el suceso indicaban, con encomiable unanimidad, que el conductor del vehículo no se detuvo, como es preceptivo, ante un paso de cebra que estaba cruzando el abogado, y se lo llevó por delante.

Continué indagando en Internet, pero poco más pude encontrar. Al parecer no se había detenido al causante del accidente o, de haberse hecho, ningún periódico consideró que la noticia era lo suficientemente importante como para publicarlo en su página web. Me extrañó que mi colega madrileño desconociera ese detalle, aunque si sus mundos laborales no se cruzaban a menudo, lo que era bastante probable, tampoco era tan raro. Decidí llamarle nuevamente y comentarle lo que había encontrado navegando por la red. Se mostró sinceramente sorprendido y me dijo que haría algunas averiguaciones y me llamaría en cuanto supiese algo nuevo.

El colega era un hombre de palabra y me llamó, vaya que si me llamó. Pero fue para decirme que me olvidara de él para siempre y, sobre todo, que me olvidara de que alguna vez existió un abogado llamado Gerardo Monforte Barrantes. No entendía ese cambio de actitud, sobre todo teniendo en cuenta que en un primer momento no había puesto ninguna objeción a colaborar conmigo. Al parecer alguien le estaba presionando. De todos modos me jodía dejar las cosas en ese estado, así que le recordé que me debía más de un favor y le insinué que tenía en mi poder ciertos datos que podían comprometer no solo su buena fama sino su libertad.

—No me jodas, Markel, que no estamos jugando a policías y ladrones. Hazme caso y haz como si jamás hubieses oído hablar de Monforte. No tomaré en cuenta tus palabras porque sé que jamás cumplirás tu amenaza, ya que estás tan pringado como yo en esos asuntos de los que me hablas, así que, como te he dicho, olvídate de él, haz como si jamás hubiese existido. Y tómate unas buenas vacaciones, puedes permitirte y es un sistema estupendo de combatir el estrés.

Daba la impresión de que ese día todo el mundo se empeñaba en enviarme al Caribe. No, si al final tendría que hacerles caso y coger el petate. Pero aún no estaba dispuesto a marcharme, no sin saber, al menos, qué era lo que estaba ocurriendo. Aun así, le contesté a mi interlocutor que estaba dispuesto a hacerle caso, pero antes quería que me hiciese un último favor.

—Dime —incluso desde el teléfono podía notarse que estaba sudando—, pero sé breve, no tengo mucho tiempo.

—¿Podrías darme el nombre de algún compañero de su bufete con el que ponerme en contacto?

—Lo siento, desconozco con quién o quiénes trabajaba, aunque supongo que serían un grupo de desgraciados como él. Se acabó el tiempo. Y hazme caso, olvídate del asunto, seguir en ello no te va a traer más que complicaciones y quebraderos de cabeza.

En esta ocasión no me dio la oportunidad de replicarle que considerar una complicación o un simple quebradero de cabeza el que mataran a tu padre creyendo

que te mataban a ti me parecía muy optimista, ya que nada más pronunciar sus últimas palabras cortó la comunicación. Tampoco me extrañó demasiado, la verdad sea dicha, porque hacía mucho tiempo que sabía que yo no era el único hijo de puta que trabajaba en este país como abogado. Aunque eso no significa que no me jodiera su actitud. Lo hizo y mucho, pero no solo por lo que de incorrecto o poco respetuoso tenía su gesto sino porque comprendí que si quería seguir adelante iba a tener que luchar yo solo, como Don Quijote, contra los molinos de viento. Y hacía mucho tiempo que había decidido dejar de hacer el quijote y pelearme contra molinos de viento, aunque mi Sancho Panza, o aún mejor, mi Dulcinea, fuese Karmele. Sin embargo, no fue Karmele quien me vino a la mente sino otra persona que solo coincidía con ella en su pertenencia al sexo femenino. Miré en mi caja fuerte, repleta de billetes de cien y doscientos euros, y suspiré con resignación pensando que un buen puñado de ellos acabaría, seguro que ya lo han adivinado, posándose en las manos de mi vieja amiga Laura Santolalla.

Se podían decir muchas cosas de Laura, pero entre sus defectos no se encontraba el de ser compasiva y misericordiosa, ni siquiera el de mostrar algo de empatía o interesarse un poco por lo que pudiera ocurrirle a los demás. No lo digo como reproche, ya que en eso ambos somos muy parecidos, sino con extrañeza porque cuando nos juntamos me pareció observar en sus ojos algo parecido a un atisbo de preocupación por mí. Enseguida deseché la idea, achacando esa sensación a algún efecto óptico originado por la iluminación del restaurante italiano en el que habíamos quedado.

Su exigencia en ese sentido también me extrañó bastante. Nunca le había preocupado realizar sus manejos en el juzgado, a la vista de todo el mundo, como si dispusiera —lo que supongo que se corresponde con la realidad— de total impunidad, hiciera lo que hiciese. En ocasiones había elucubrado acerca de los motivos de dicha impunidad, llegando a la misma conclusión a la que hubiese llegado cualquiera con un mínimo de materia gris en su cerebro: debía tener cogidos por los huevos a importantes representantes de la judicatura y la abogacía. Puestos a elucubrar, también había especulado con lo que yo mismo podría hacer con esa información que seguramente atesoraba mi funcionaria favorita si aceptara que trabajáramos en común. De todos modos, los riesgos de hacernos socios superaban considerablemente a las hipotéticas ventajas que llegado el caso podría obtener, así que jamás se lo propuse. Pero por eso mismo, el que la principal de sus exigencias, cuando accedió a proporcionarme la información que le solicité, fuese la de vernos lejos del Palacio de Justicia, me desconcertó bastante. O Laura se encontraba en horas bajas, lo que siendo posible no era probable, o la situación era aún más sería de lo que yo mismo pensaba.

Aunque llegué puntual a la cita que teníamos en un conocido restaurante italiano de la ciudad, ella ya se encontraba sentada en la mesa que habíamos reservado. Frente a ella había un hermoso plato de spaghettis, lo que no me sorprendió, ya que no era una mujer capaz de esperar a alguien cuando se trataba de un asunto tan sagrado como la comida. Lo que sí me sorprendió fue que el plato estaba intacto. O había hecho recientemente un cursillo de buenos modales por correspondencia o se encontraba desganada, cosa insólita en ella.

—*On egin*<sup>[3]</sup>! —le dije, mientras tomaba asiento enfrente de ella, del mismo modo que en la antigüedad los cortesanos se agolpaban en torno a su rey a la espera de recibir sus favores o, al menos, no caer en desgracia—. Gracias por haberme esperado. Pediré lo mismo.

Me miró como dicen que las vacas miran el paso de los trenes, cosa que nunca he podido comprobar en persona ya que el agrario no es mi hábitat natural, hasta que al fin comprendió lo que le estaba diciendo.

—Déjate de cortesías, y menos en esa cháchara de bárbaros que utilizáis en esta

tierra y al grano —me dijo, recuperando su ser natural.

Sabía a lo que se refería, por eso saqué de mi chaqueta un sobre en el que esa misma mañana había introducido diez billetes de cien euros y se lo entregué sin más miramientos. Con la habilidad que dan cientos de años de práctica, Laura contó con una mano los billetes mientras con la otra llamaba a un camarero para que viniera a tomar nota de mi comanda.

—Está todo correcto —añadió cuando acabó de contarlos—. Veo que eres un tipo serio a la hora de hacer negocios. Pero tampoco me extraña, nos conocemos hace tiempo y ya sabes que conmigo no se puede jugar, ni siquiera un bomboncito como tú. Aunque si se trata de otro tipo de juegos... —Durante un momento, y dentro de lo que cabe en alguien cuya máxima fantasía sexual es contar billetes de cien y doscientos euros, los de quinientos no desde que las autoridades empezaron a obstaculizar su uso cotidiano, la expresión de su cara adquirió un tono soñador, lo que estuvo a punto de producirme escalofríos—. ¿No quieres comer nada? —añadió, al comprobar que mi plato, igual que el suyo, aún permanecía intacto.

—Después de usted, señora.

No dije esto último como una muestra de cortesía, sino porque me extrañaba, conociéndola como la conocía, que aún no hubiese atacado su plato. Pero mi comentario debió sacarla de su ensoñación y empezó a comer, con una finura que no esperaba en ella. Una vez más me había dejado llevar por los tópicos y pensé que se iba a dar un atracón, pero no. Incluso resultó que sabía utilizar los cubiertos como una dama de la alta sociedad.

A pesar de ello su actitud seguía siendo muy extraña, porque pese a su habitual locuacidad, apenas me dirigió la palabra mientras comíamos. No es que se quedara totalmente muda, eso no congeniaba con su carácter, pero se limitó a utilizar los tópicos que siempre aparecen cuando las conversaciones decaen, que si hacía un día muy caluroso, excesivo para Bilbao, que si prefería la comida italiana a la japonesa, que si no sabía si irse de vacaciones a Italia o a Grecia. No era la Laura que yo conocía lo que, curiosamente, me inquietó bastante, así que cuando llegamos a los postres estallé.

—Pero bueno, ¿me has citado aquí para que hablemos de pájaros y flores, como dos buenos amigos que se citan todos los martes para comer juntos o tienes algo jugoso que contarme? Porque en caso contrario, ya puedes ir devolviéndome los mil euros que te acabo de dar.

—De eso nada, monada. Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita —me contestó Laura, quizás recordando las frases hechas de su época infantil, aunque la dureza de sus ojos estuviera muy alejada de la inocencia que se presupone en los niños—. Pero tienes razón, no perdamos el tiempo hablando de chiquilladas. Tengo para ti algo que es canela pura.

Uniendo la acción a la palabra de una vieja cartera negra, que reposaba a sus pies, totalmente deshilachada y con aspecto de haber sido utilizada ya en la época del

arcipreste de Hita para guardar el original del Libro del Buen Amor, extrajo un montón de folios fotocopiados que me entregó sin dilación alguna.

Iba a enfrascarme en la lectura de los folios, cuando por primera vez en la vida dijo algo que me sorprendió del todo e incluso me dejó descolocado.

—Sentí lo de tu padre, Markel. Lo sentí mucho, te lo digo de corazón. Era un buen hombre.

—¿De verdad? No es eso lo que me dijiste de él la última vez que hablamos — respondí a la defensiva. Yo no había sido el hijo que mi padre había deseado, ni siquiera había sido simplemente un buen hijo, pero oírle nombrar de labios de Laura me pareció una indignidad, como si estuviera mancillando su memoria.

—Claro que no —me contestó imperturbable—, sé lo que te dije y lo mantengo. Era un hijo de puta rojo y separatista. Y además jamás quiso hacer negocios conmigo. Ni con ningún otro funcionario de los juzgados, las cosas como son. Por eso me caía mal, porque jamás obtuve de él ni un mísero euro, pero en cierto modo admiraba su integridad. Ya sabes, quienes viven en la mierda admiran a los que saben mantenerse limpios. Supongo que a ti te pasará lo mismo aunque, por simple cuestión de edad, no estés tan embadurnado de excrementos como yo.

Tengo que admitir que a pesar de las escatológicas palabras que había utilizado Laura para explicarme lo que sentía por mi fallecido progenitor, se me erizaron los pelos de la piel. Por unos instantes deseé haber sido el abogado que él siempre había querido que yo fuese, pero ya era tarde. Y si algo tengo claro en la vida, es que no hay nada más absurdo e inútil que llorar por la leche derramada.

Como Laura volvió a sumirse en un silencio muy poco habitual en ella y se centró en finalizar la comida que tenía en el plato y que hasta ese momento, para mi sorpresa había estado ignorando, decidí enfrascarme en las diligencias abiertas por el juzgado de instrucción madrileño al que por riguroso turno le correspondió ocuparse de la muerte de Gerardo Monforte, tras ser arrollado por un vehículo que se dio posteriormente a la fuga.

Por lo que comprobé después de una rápida aunque intensiva lectura de las diligencias, el asunto se archivó al no poderse esclarecer la identidad del conductor causante del atropello. Los testigos a los que la policía municipal tomó declaración ni siquiera se pusieron de acuerdo entre ellos sobre cómo era el vehículo. Algunos decían que era blanco, otros en cambio que de tonalidad gris clara. Según unos era un Audi, pero otros afirmaban que el automóvil era de otra marca, incluso uno de ellos insinuó que podía ser un Mercedes. Eso sí, lo que no había era discriminación por razón de género, quien iba al volante del coche que se dio a la fuga lo mismo podía ser un hombre que una mujer. No me extrañaba que con esos mimbres los municipales fuesen incapaces de fabricar un cesto, así que en la casilla correspondiente al responsable del atropello aparecían las palabras «persona desconocida».

Los accidentes existen, por supuesto. Yo mismo, cuando era más joven y alocado,

destrocé la friolera de dos coches y aún no sabía por qué, a pesar de todo, seguía con vida, pero mi experiencia profesional, aunque fuera más extensa en el campo financiero que en el penal, me hacía dudar. Ya era casualidad que un abogado que se interesaba por los mismos hechos que habían despertado mi curiosidad y llevado a mi padre a la muerte, muriera atropellado ignominiosamente mientras se dirigía andando a su trabajo. Era posible sí. Y seguramente se trataba de la explicación más lógica. Pero tras lo vivido los últimos días ya no estaba convencido de que la lógica rigiese el mundo.

No me dio la impresión, tras leerme el expediente, de que la policía se hubiese esmerado excesivamente en encontrar al culpable del atropello. Supongo que podrían haber indagado en talleres mecánicos para comprobar si recientemente había aparecido un coche con restos de sangre en su carrocería, pero me imagino que en Madrid tiene que haber miles de talleres y que además, en caso de que el vehículo hubiese sufrido algún desperfecto, el conductor ya se habría preocupado de limpiarlo bien a fondo antes de llevarlo al taller, sobre todo si el «accidente» no había sido fortuito. En fin, mil euros tirados a la basura. No es que eso supusiera un fuerte golpe a mis arcas personales, pero regalar dinero a cambio de nada siempre jode.

Cuando levanté mis ojos de los folios que estaba leyendo comprobé que los de Laura se estaban fijando en los míos, sin apenas pestañear. No sé cuánto tiempo llevaría así, pero su plato estaba tan reluciente, daba la impresión de que no era necesario fregarlo antes de servírselo a otro comensal, que supuse que hacía un buen rato que mi compañera de mesa me estaba observando.

—¿Decepcionado? —me dijo. No había asomo de ironía en sus palabras, lo que me desconcertó aún más, si cabe.

—Un poco —se lo admití—, aunque si quieres que te diga la verdad, en el fondo no esperaba mucho más.

—Ya sabes que en este negocio no se admiten devoluciones En cuanto a lo de si quiero o no quiero que me digas la verdad, ya sabes que eso me importa un huevo, a mí lo único que me interesa en la vida es que mi cuenta corriente siga creciendo, y tengo que admitir que tú me eres muy útil en ese aspecto —me respondió, aunque en esta ocasión sus ojos, que me miraban con algo parecido al afecto, no se mostraban tan duros como sus palabras.

—No pensaba pedírtelas —le dije, intentando mostrar mi aspecto más despreocupado—. Además, para mí, mil euros no es dinero —me salió el bilbaíno que llevo dentro.

—¿Y seis mil euros? ¿Qué me dirías si habláramos de seis mil euros?

¿Seis mil euros? Estábamos hablando de un millón de las antiguas pesetas. Seis mil euros. Joder, las apuestas empezaban a ser fuertes. No es que no pudiera desprenderme de esa cantidad, por supuesto, pero eso requería algo más que el croquis de un paso de cebra en el que habían atropellado a un abogado gilipollas. Y en esta ocasión no me mordí la lengua y se lo dije así, tal y como lo pensaba.

—Mucho y muy bueno tendrías que ofrecermelo para que te pagara seis mil euros.

Me miró con algo parecido a la compasión, lo que me produjo más pavor que si me hubiese mirado con odio, antes de hablar.

—En realidad lo que te estoy ofreciendo es gratis. O mejor dicho, yo no me voy a quedar con un misérrimo euro. Soy así, en el fondo soy una sentimental y lo que te he dicho antes de tu padre es cierto. Le respetaba y, a mi modo, le tenía afecto. Los seis mil euros son para un compañero de Madrid que ha arriesgado su pellejo por proporcionarme la información que te voy a pasar. Si pagas antes, por supuesto.

Parecía extraño, pero la creí cuando me dijo que ella no se iba a quedar con ninguno de los seis mil euros que me estaba pidiendo. Aun así tuve que decirle que no acostumbraba a llevar esa cantidad encima.

—Y no creo que seas de las que aceptan cheques. O pagos con tarjeta de crédito.

—El tiempo de que los hombres usaran tarjetas de crédito pasó hace ya mucho tiempo para mí —me contestó con lo que pretendía ser una sonrisa pícara, pero incluso en el prácticamente imposible caso de que en alguna etapa de su vida los hombres hubiesen estado dispuestos a pagar por ella, era muy dudoso que existieran las tarjetas de crédito. Quizás ni siquiera se había inventado el papel moneda.

—De todos modos —dije finalmente—, aparte de que no llevo esa cantidad encima, me parece mucho dinero para gastarlo alegremente en alguien que yo no conozco y no sé si puedo fiarme de él.

Laura debía estar en un plano astral muy diferente al que habitualmente ocupaba, porque hizo algo que jamás había hecho. Con su mano derecha aferró fuertemente la muñeca de mi brazo izquierdo y sin soltarla durante un buen rato, al fin y al cabo el que estaba viendo las estrellas era yo, no ella, me miró fijamente a los ojos como si quisiera convencerme de la gravedad de lo que iba a decir.

—No sé si la información vale los seis mil euros que te estoy pidiendo, lo que sí te puedo asegurar es que el riesgo que ha asumido mi compañero por hacerse con ella los vale. ¿Lo tomas o lo dejas?

Mentiría si dijera que las palabras pronunciadas por Laura no me acojonaron, pero como la situación no podía empeorar, o eso esperaba yo al menos con infundado optimismo, me dije a mí mismo que por qué no, que de perdidos al río, y si me tocaba bailar, bailar. Así se lo manifesté a mi funcionaria favorita, aunque con otras palabras.

—Tú ganas, lo tomo. Pero como muy bien puedes comprender —añadí—, no tengo en estos momentos esa cantidad en mi poder. Tendrás que esperar un par de días o tres —no era cierto y Laura lo sabía, podía disponer de esa suma ese mismo día, pero las negociaciones son así, no hay que dar demasiadas facilidades a la parte contraria.

—De acuerdo, sin problemas. Me fiaré de ti. Alguna vez tenía que comportarme como una ingenua y parece ser que me ha tocado hoy. Además —añadió con la típica sonrisa que suele aparecer en el rostro de los personajes malvados de los dibujos

animados—, sabes que te conviene estar a buenas conmigo y no engañarme.

Lo sabía, y no desde ese momento, sino desde hacía ya mucho tiempo, así que le di mi palabra de honor —«no digas gilipolleces», me interrumpió al escuchar esa expresión— de que cumpliría lo acordado y en menos de tres días tendría sus seis mil euros.

Tuve que esperar a que se tomara una copa de orujo para que me entregara un enorme sobre que no solo estaba cerrado, sino lacrado, como si estuviésemos en el siglo XIX y fuese un importante documento firmado por Su Majestad Fernando VII con la orden de fusilar al Empecinado. Lo que, por otra parte, tampoco me hubiese extrañado demasiado, ya que ni siquiera sabía que aún se fabricara el lacre. Inconvenientes de pertenecer a una generación que nació con la Play Station y se crio con los móviles de cuarta generación y la fibra óptica.

—Llévatelo al despacho, o a tu casa, como prefieras, pero no se te ocurra abrirlo aquí. Y, por supuesto, tú y yo no nos hemos visto hoy ni te he entregado nada.

Asentí fervorosamente a sus peticiones, aunque siendo ella como era y siendo conocida por todos los bilbaínos que en alguna u otra ocasión habían tenido algún contacto con el mundo jurídico, era sorprendente que de verdad pensara que su presencia allí, en ese momento y conmigo, podía pasar inadvertida. Pero por otra parte tenía recursos para conseguir eso y más, así que le reiteré mi promesa de guardar silencio y como un chico obediente me dirigí a mi domicilio, dispuesto a rasgar el sobre y saber qué era aquello tan importante por lo que acababa de comprometerme a abonar seis mil euros, un millón de las antiguas pesetas, ni más ni menos.

Lo primero que observé al abrir el sobre fue que contenía un montón de fotocopias de un sumario instruido por un juzgado de Madrid. En su primera página había un sello que advertía de que se trataba de una «causa con preso» y, a mano, una anotación advirtiéndome que había sido archivado. ¿Una causa con preso archivada? No es que no fuera posible. De hecho hasta hace poco yo había estado personado en una y..., sí, efectivamente, había ocurrido lo mismo, el preso aludido en la carátula se había suicidado en la prisión de Valdemoro. ¿Coincidencia con lo ocurrido en la de Basauri con Aurelio Mentxaka? Hasta que no me leyera todas las diligencias no podía saberlo, pero de ser coincidencia Laura Santolalla no se habría preocupado tanto por obtener una fotocopia. No es que no fuera capaz de estafarme, pero hay límites que ni ella misma prefiere rebasar.

El suicida de Valdemoro se llamaba Edson Arantes Rodríguez. El nombre me sonaba. No era de mi época, pero cuando niño mi padre me habló miles de veces de un tal Edson Arantes do Nascimento, también conocido como Pelé. El mejor futbolista del mundo. Ni Cruyff, ni Maradona, ni siquiera Leo Messi se le podían comparar. Bueno, el mejor futbolista del mundo si exceptuamos a nuestro Piru Gainza, solía añadir con más nostalgia y fervor que ecuanimidad. El caso es que yo no era muy futbolero, pero el nombre de Edson Arantes no me era desconocido.



Aunque parecía claro que el hombre del que hablaba el sumario no era el mítico Pelé. No solo por motivos evidentes de edad, sino porque el apellido no coincidía. Y porque ese Edson Arantes, aunque era sudamericano no había nacido en Brasil, sino en Colombia.

—¡Coño! —me dije a mí mismo, aprovechando que no tenía a nadie cerca para afeear mi lenguaje tosco y ordinario, impropio de un abogado de mi categoría—, ya estamos ante un caso típico de narcotráfico.

Lo sé, lo sé, del mismo modo que no todos los vascos somos terroristas, no todos los colombianos son narcotraficantes, pero qué le vamos a hacer, vivimos en un mundo lleno de tópicos y ni siquiera alguien como yo, un joven abogado pletórico de sensibilidad, está libre de caer en ellos. Lo comprobé enseguida cuando, tras examinar las diligencias, pude ver que estaba libre tanto de antecedentes penales como de policiales. Si alguna vez había cruzado un semáforo en rojo, ningún policía municipal fue capaz de observarlo e imponerle la correspondiente multa.

Edson Arantes Rodríguez era un colombiano que había venido a España a buscarse una vida mejor, trabajando como albañil, y que siempre fue respetuoso con la ley. Hasta que mató a un hombre. ¡Qué cosas pasan! Toda la vida siendo un honesto ciudadano y luego, por una tontería, como pegarle un tiro en la nuca a un hombre, te detienen, encarcelan y procesan y ya no te quitas jamás el estigma de ser un asesino.

Salvo que te suicides y entonces no solo desaparece el estigma sino que también desapareces tú. No me parece que sea la mejor solución, pero es la que eligió Edson Arantes Rodríguez. La misma que eligió Aurelio Mentxaka. Y curiosamente su abogado, que se había interesado por unos números de lotería premiados similares a los que se encontraron en poder del padre de Karmele, había fallecido atropellado por un vehículo que posteriormente se dio a la fuga y no fue encontrado.

Interesante. Sí, muy interesante. Incluso elemental, querido Watson. Sí, ya sé que el gran Sherlock Holmes nunca pronunció esa frase en los relatos y novelas escritos de Conan Doyle, pero es que yo soy más de las versiones cinematográficas, y cuando me meto en el papel, me meto en el papel.

El gran Holmes era un excelente detective, cosa que yo no soy. De hecho, ni excelente ni malísimo, sencillamente no soy detective, aunque de momento tuviera que jugar a serlo. Mi propia vida estaba en juego. En eso volvía a ganarme el gran Sherlock. Él podía fallecer en las cataratas de Reichenbach y resucitar al de un tiempo por decisión de su autor, pero si yo moría no habría resurrección posible. Dos a cero a favor del personaje de ficción, por lo tanto. En fin, como único consuelo, que yo, pese a ser un detective insignificante comparado con él, tenía a mi disposición un instrumento del que nunca disfrutó la criatura de Conan Doyle: Internet. Por eso pude enterarme de que Edson Arantes Rodríguez prácticamente no existía. Al menos, hasta que fue detenido por matar a un hombre. Por lo demás, muy poco. Tenía un perfil en Facebook, que aún no había sido borrado, pero en el que apenas aparecía nada. Unas

pocas fotografías de familiares y amigos que había dejado en su Colombia natal, así como del Real Madrid, del que debía ser ya hinchas cuando aún vivía en el país sudamericano. Y poco más. Hasta que se le cruzaron los cables y mató a un compatriota, un tal Willy Orlando. Que por cierto, este sí que parecía una buena pieza.

Willy Orlando era también sudamericano, pero seguramente jamás habría sufrido el desprecio de los españoles, como posiblemente le ocurrió a Rodríguez, ni nadie le habría estigmatizado con el epíteto de «sudaca». Por dos motivos fundamentales. El primero, que vivía en un chalet de La Moraleja, junto a lo más exclusivo del poderío económico español. Aunque por si eso no fuera suficiente, ya que la mayoría de los racistas dejan de serlo cuando el moro, negro o sudaca tiene dinero a paletadas, pero siempre hay alguien que se lo toma en serio y no se deja amilanar porque el «ser racialmente inferior» pueda pagar él solito la deuda nacional, había otro motivo para que nadie en su sano juicio decidiera incordiarle. Y es que él sí respondía al tópico del colombiano narcotraficante. Vamos, que según todos los indicios había hecho su fortuna gracias al tráfico de estupefacientes a gran escala, lo que no le impedía codearse con lo más granado de la sociedad madrileña y, por extensión, española. Al fin y al cabo, como le dijo el emperador romano Vespasiano a su hijo, cuando le recriminó que estableciera un impuesto sobre la orina que utilizaban los curtidores de pieles en su oficio, *pecunia non olet*, el dinero no huele. Afirmación con la que por otra parte, y en honor a la verdad, tengo que aceptar que siempre he estado de acuerdo.

¿Qué relación había entre Edson Arantes Rodríguez y Willy Orlando, aparte de su común nacionalidad y que hubiesen venido a labrarse una nueva vida en España, cada uno a su manera? Aparentemente ninguna. Rodríguez era un albañil que en los últimos meses se había quedado en el paro y Orlando un gran empresario que se codeaba con lo mejorcito de la sociedad, en el caso de que la expresión «mejorcito» pudiera considerarse como sinónimo de «más adinerado». En las diligencias judiciales tampoco aparecía ningún documento ni indicio que explicara el motivo del asesinato. Rodríguez no trabajó jamás para ninguna de las empresas legales de Orlando y hasta donde la policía había llegado a saber, tampoco en las ilegales. De hecho, como ya he comentado, su historial era impecable.

Había otra incógnita. ¿Cómo era posible que un hombre al parecer pacífico, como Rodríguez, que jamás había cometido la más pequeña ilegalidad, ni siquiera una infracción administrativa, pudiese asesinar a un hombre al que se suponía protegido y escoltado por un montón de sicarios bien pagados y entrenados? Era una incógnita, una incógnita que de nuevo me llevaba a la casilla de salida del asunto en el que estaba metido hasta las cejas. ¿Cómo pudo matar Aurelio Mentxaka a un peligroso delincuente como Marcel Dupont, alias Dominique Le Ferrand? No hacía falta sacar un sobresaliente *cum laude* en Criminología para comprender que si Mentxaka y Rodríguez consiguieron acercarse tanto a sus objetivos como para matarlos se debía a

que sus víctimas confiaban plenamente en ellos y no temían por su seguridad. Pero si confiaban en ellos sin conocerlos, alguien, una tercera persona, de la que los difuntos seguramente también se fiaban, tenía que haberlos traicionado y propiciado su muerte. ¿Una o dos personas? ¿Era posible tanta coincidencia? No hace falta ser un sagaz inspector de policía, ni siquiera tener un nivel de coeficiente intelectual excesivamente alto, para percatarse de que dos asesinatos similares, casi idénticos, no pueden haber sido instigados por dos personas diferentes, salvo que trabajaran en común.

El problema estribaba en que lo único que declaró Rodríguez, tanto ante la policía como ante el juez para justificar su acción, era que el hombre al que había asesinado le miró mal. ¡Coño!, como si el occiso —permítanme que use esta palabra en honor a los protagonistas del caso, ambos latinoamericanos— tuviese poderes paranormales y Rodríguez hubiese sospechado que Orlando le había echado un mal de ojo. No sé si es que Edson Arantes se cerró en banda o que tanto policías como jueces participaban de ese absurdo prejuicio sobre los sudamericanos que dice que, efectivamente, son capaces de matarte porque les hayas mirado mal, el caso es que eso es lo único que quedó impreso en las diligencias sobre los hipotéticos motivos que le indujeron a asesinar al narcotraficante. Y su suicidio en prisión, aparte de ahorrar al erario español los gastos que hubiesen supuesto tanto tenerle encerrado como su posterior juicio, imposibilitó asimismo ulteriores averiguaciones sobre sus auténticos motivos, aunque me imagino que, una vez establecida su culpabilidad, ni a la policía ni a los jueces les interesaba ahondar en el asunto.

El contacto de Laura había hecho un buen trabajo, aunque si bien se mira lo único que tuvo que hacer fue fotocopiar unas diligencias judiciales que ya estaban archivadas. ¿Valía lo que acababa de proporcionarme los seis mil euros que acababa de pagar por ellas? Laura tenía muchos defectos, si lo sabré yo, pero no dramatizaba ni exageraba, o al menos a mí no me causó esa impresión, cuando me dijo que su compañero corrió un gran riesgo al hacer esas fotocopias.

Unos días antes no lo habría creído, pero tras el asesinato de mi padre, la muerte alevé de Monforte, el suicidio de su cliente y la reacción de mi colega madrileño, mi percepción de la situación estaba empezando a cambiar. Quizás sí, quizás sí había corrido un gran riesgo. Desde mi punto de vista, eso solo podía significar una cosa, que detrás de la muerte de Dominique Le Ferrand y seguramente de la de Willy Orlando y de los suicidios de sus asesinos debía esconderse algo gordo, muy gordo. No tenía más que averiguar de qué se trataba y todo volvería a la normalidad. Fácil, ¿no? Sí, claro, facilísimo. Sobre todo si conseguía salir sano y salvo del asunto.

En las copias de las diligencias sobre el asesinato de Orlando a manos de Edson Arantes, y en las que el también fallecido Gerardo Monforte estaba personado como abogado de este último, aparecía un escrito remitido desde su bufete en el que venían inscritos los nombres de sus tres socios. Fue un auténtico golpe de suerte, ya que de otro modo, para averiguarlos, tendría que haber intentado contactar de nuevo con colegas madrileños lo que, visto lo visto, no hubiese servido más que para remover el avispero y poner aún más en precario mi seguridad e integridad personal.

Busqué en Internet información sobre ellos, pero no encontré nada. Al parecer eran tan anodinos como su colega Monforte. Muy buena gente, con toda seguridad comprometidos política y socialmente, pero unos infelices que seguramente llevaban la toga remendada porque sus ganancias no daban mucho de sí. Es lo que conlleva ser idealistas y desprendidos. Supongo que eran de los que no habían hecho caso al consejo de evitar las tres pes: putas, pobres y parientes.

Aunque quizás habían empezado a espabilar. Cuando entré en la página web del Colegio de Abogados de Madrid comprobé que los tres seguían en activo, pero que ninguno de los domicilios en los que se habían acomodado, por separado, para seguir ejerciendo su profesión era el tan entrañable de la calle de la Emancipación Obrera, sino que ahora los tres estaban ubicados en uno de los más elegantes barrios de la capital. Es cierto, como le comenté hacía unos días a Leopoldo De Marcos, que era imposible que conociera a todos los abogados colegiados en España, pero sí tenía, en mi agenda electrónica, un pequeño registro con los nombres y domicilios de los más importantes bufetes del reino, y enseguida comprobé que los excompañeros de Monforte habían conseguido recolocarse en tres de esos despachos colectivos cuyos presupuestos podrían dar sopas con ondas al de un buen puñado de países del Tercer Mundo. No dejaba de ser curioso que tras la muerte en un extraño accidente de su socio, esos tres abogados, que hasta entonces se habían significado por luchar denodadamente contra las injusticias del sistema capitalista, hubiesen decidido unirse al carro de los poderosos. Un caso podría ser lógico, dos una coincidencia excesiva, pero que hubiese sucedido con los tres, apestaba. Ahí había tomate, y en cantidades industriales, más que en todas las películas que suelen presentarse al Festival de Terror de Sitges para dar la apariencia de que la sangre corre a raudales.

No hacía falta ser un gran detective para darse cuenta de que los tres habían sido sobornados o quizás, por concederles el beneficio de la duda, presionados tan fuertemente que habían olvidado sus convicciones, para que no escarbaran de un modo molesto en lo que había sucedido. No lo digo en tono de reproche. Entre la posibilidad de comprobar si, como dicen los curas, hay una vida mejor tras acabarse esta, o de momento dejarse de ese tipo de comprobaciones y disfrutar lo más posible de la que tenemos, yo también habría optado a pies juntillas por la segunda opción. Que ya lo dice la misma Biblia, el espíritu está fuerte, pero la carne es débil. Y de

momento, y ahora vuelvo a hablar de mi experiencia personal, la carne me ha dado más satisfacciones que el espíritu.

Se imponía una conversación con uno de esos tres excompañeros, el dilema era con cuál de ellos, porque tenía claro que con los tres iba a ser imposible. De hecho, ya iba a ser extremadamente difícil hablar con uno solo de ellos, pero si lo conseguía estaba convencido de que no tardaría ni un minuto en avisar a los otros dos y las cosas se pondrían feas para mí. Posiblemente no más de lo que ya lo estaban, supongo, pero sería absurdo abrir un nuevo frente. Así que como solo tenía una posibilidad, y eso siendo muy optimista, no me quedaba más remedio que elegir a una víctima en concreto. Antes de hacerlo de un modo aleatorio intenté recabar datos adicionales sobre cada uno de mis tres hipotéticos objetivos. La verdad es que Internet no me ayudó mucho, pero en uno de los artículos que leí sobre la muerte de Monforte aparecían las declaraciones de uno de los abogados, en tono lacrimoso y compungido según el periodista, diciendo cómo su compañero, su amigo más que compañero en realidad, había sido un gran hombre, humano, desprendido y luchador. Le vamos a echar mucho de menos, finalizaba su escueta elegía.

Sí, claro, seguro que le iba a echar mucho de menos, pero estaba dispuesto a apostar la mitad de mi fortuna (nunca hay que poner todos los huevos en la misma cesta) a que su repentina incorporación a uno de los más importantes bufetes de Madrid había mitigado bastante su dolor. Aun así, si cuando formuló ese panegírico era sincero, y pese a mi natural tendencia al escepticismo estoy dispuesto a admitir que lo fuera, quizás quedaran algunos rescoldos de esa amistad, de ese espíritu que le llevó a colaborar con Gerardo Monforte en sus causas perdidas y pudiera sonsacarle algo que tal vez me sirviera para avanzar en la investigación.

El problema era cómo entrarle. Estaba claro que no podía hacerlo por teléfono ni por videoconferencia. Eso está muy bien cuando las dos partes se encuentran ansiosas por hacer negocios juntas, pero aquel no era el caso, así que la primera medida que tomé fue trasladarme a Madrid, acompañado por Karmele, que pese a su dramatismo inicial y sus cambios de humor había acabado por tomarse aquello como una apasionante aventura. Total, qué más le daba, la vida que estaba en peligro era la mía, no la suya. Pero tampoco podía presentarme de buenas a primeras en su despacho y decirle así, de sopetón, como quien habla del tiempo: «buenos días, soy Markel Zugasti, abogado de Bilbao, y quiero hablar con usted sobre las extrañas circunstancias de la muerte de su antiguo camarada, Gerardo Monforte». Lo más seguro, en el dudoso caso de que pudiera llegar hasta él, era que llamara a los agentes de seguridad del bufete y me echaran con malos modos, esos tipos no destacan precisamente por su delicadeza, a la puta calle. Y eso con suerte, ya que podrían tomar medidas más drásticas. ¿Que si me estaba volviendo paranoico? Es posible, pero no hay nada peor que un paranoico que de verdad está en peligro. Y yo lo estaba, para qué engañarnos.

En realidad no iba a ser tarea fácil concertar una cita, ni apareciendo por el bufete

en persona ni llamando por teléfono o enviando un correo electrónico. Lo mismo que yo tengo a Pilar y a unas cuantas empleadas más que filtran mis llamadas y visitas, esos bufetes de primera línea tienen un «ejército de pilares» que son como dóbermans cuando se trata de proteger a los abogados que están bajo su cuidado.

Tenía claro que no podía ir de cara si no quería que me partieran el culo, y perdonen el chiste malo, pero es que no me encontraba en mi mejor momento. Pero tampoco se me ocurría ningún método eficaz para llegar hasta él. Seguro que si pedía una cita dándoles mi nombre y apellidos me la negarían. O en caso de concedérmela, al fin y al cabo era un colega de éxito, el excompañero de Monforte estaría tan aleccionado y vigilado que lo que me diría sería tan «light» que, comparándolo con ello, una cerveza sin alcohol podría dejarte borracho al primer sorbo.

Curiosamente fue Kar mele quien me proporcionó la solución, cuando le expuse el problema. Pese a que ambos nos habíamos propuesto firmemente no vernos durante algún tiempo, no cumplimos nuestras promesas y aprovechando que la cama, después de hacer el amor, es un momento idóneo para hacerse confidencias, le conté el dilema en el que estaba inmerso. Y, como he dicho, fue ella quien me dio la solución. Tendría que haberseme ocurrido a mí, pero se ve que el amor, o lo que los imbéciles e incautos llaman amor, agilipolla a base de bien. Y es que, como yo siempre he defendido, solo hay dos cosas que mueven al mundo: el dinero y el sexo. Y como nos imaginábamos que el viejo colega de Monforte ya habría pillado un buen pellizco de pasta, solo nos quedaba atacar por el lado del sexo. Bueno, la que atacaría sería Kar mele, salvo en el caso de que el tipo fuese gay. Pero si llegábamos a ese punto ya nos las arreglaríamos metiendo en el ajo a un chavalillo guapo y bien dispuesto, ya que yo no estaba por la labor. Vamos a ver, estoy a favor de los derechos de los homosexuales, pero nunca he tenido el más pequeño deseo de unirme a su club. Son dos cosas muy diferentes y estaba firmemente dispuesto a mantenerlas en orillas también diferentes.

El plan, como ya habrán adivinado, era tan sencillo como viejo, pero podía funcionar. Se trataba de que Kar mele sedujera a Antonio (el «sujeto», como se dice en las novelas de a duro, se llamaba Antonio Cortés Dehesa) y le llevara a una situación en la que se viese obligado a confesarse conmigo, como un pecador al que no le quedara más remedio que contarle sus cuitas al párroco si no deseaba ir derecho al Infierno.

Y así le tenía en esos momentos. Y es que el plan parecía haber funcionado perfectamente, al menos en su primera fase. Llevábamos cinco días en Madrid, donde alquilamos un apartamento con nombre y documentos falsos, no en balde contaba con los contactos adecuados, y ya desde el primer día Kar mele inició su campaña de acoso y derribo contra el bueno de Antonio. Tengo que reconocer que era igual de buena montándoselo con los tíos como yo con las tías. No, si al final iba a ser verdad eso de que estábamos hechos el uno para la otra. Bueno, al grano. El caso es que se lo había estado trabajando sutilmente todos esos días y, claro, sucedió lo que tenía que

sucedier, que mi colega madrileño reaccionó como un adolescente en celo, seguramente nunca había sido objeto de las atenciones e insinuaciones de una mujer como Karnele, y mordió el anzuelo como un pececillo que acaba de iniciar su andadura por los procelosos océanos y desconoce los riesgos a los que debe enfrentarse. Por eso se encontraba en esos momentos en el dormitorio principal del piso que habíamos alquilado, totalmente desnudo, dejando ver sus esqueléticas carnes y unos abdominales manifiestamente mejorables, abrazado a Karnele, que también se encontraba como su madre la trajo al mundo, solo que sin el cordón umbilical molestando sus movimientos, y con un cuerpo que por un momento me hizo pensar que el abogado madrileño iba a incurrir en eso que los sexólogos denominan eyaculación precoz.

Fue una falsa alarma, o quizás un frustrado deseo subconsciente por mi parte, porque Antonio estaba aguantando como un campeón. Lo malo es que cuando estaba pensando ya en marcar el gol que le iba a hacer acreedor a la Champion's y el Mundial, todo de una pieza, apareció el marido ofendido, es decir, yo, y el pobrecillo quedó en completo fuera de juego.

—¡Carmela! —grité enfurecido, llamándole por el nombre ficticio que habíamos decidido que usara esos días, sin echarle mucha imaginación, lo admito—, ¿es cierto lo que están viendo mis ojos? ¡Exijo una explicación!

Dicho así, y en este momento, la frase parecía infumable y típica de vodevil, pero no se me ocurrió nada mejor. Lo importante es que funcionó el engaño, vaya que si funcionó. Aunque la primera en hablar, también siguiendo el guión que habíamos preparado, fue Karnele.

—Pues tampoco hay mucho que explicar —dijo esta—. Como tú eres un eunuco impotente que no sabe satisfacerme, me he tenido que buscar otro maromo.

De acuerdo, vale, esa frase estaba en el guión, y la habíamos ensayado juntos, lo que no estaba en el guión era la sonrisilla que me dirigió mientras salía de su boca. De todos modos no era el momento mejor para hacerse el digno, o quizás sí, teniendo en cuenta que Antonio Cortés pensaba que yo era un marido cornudo. Afortunadamente no tuve que dilucidar qué grado de indignación era el necesario ya que se me adelantó el frustrado amante de Karnele.

—No saque conclusiones precipitadas, por favor —dijo con una ligera vocecilla—. Esto no es lo que parece.

En cada ocasión que lo rememoro, pienso que ese fue el gran momento del día. «No saque conclusiones precipitadas, por favor, esto no es lo que parece». Era para partirse la caja de la risa. Siempre había pensado que esa excusa era la más absurda del mundo e incluso estaba convencido de que nadie en su sano juicio la utilizaría jamás en la vida real, pero allí estaba yo, asistiendo en vivo y en directo a lo que podría haber sido una escena de una película de Antonio Ozores. Se suponía que Cortés era un tipo instruido, con su bachillerato y su carrera de Derecho, su abnegado trabajo en defensa de los oprimidos y su nueva posición en un bufete de postín. Y sin

embargo, a la hora de la verdad, no se le ocurrió decir más que esa majadería: no saque conclusiones precipitadas, por favor, esto no es lo que parece. Sí, decididamente estoy en lo cierto, fue el gran momento del día, pero no era cuestión de perder el tiempo regocijándome en ello sino de intentar machacar en la herida abierta, así que hice la pregunta que cualquier persona sensata hubiese hecho de estar en mi lugar.

—¿Ah, sí? ¿No es lo que parece? En ese caso, si no se disponía usted a follar con mi mujer —sin que su infeliz compañero de cama se percatara, Karmele me dedicó una ostensible mueca de desagrado cuando dije eso de «mi mujer»—, ¿qué hacían los dos desnudos en la cama? ¿Dando, acaso, una lección de anatomía? ¿O quizás es usted un afamado pintor y quería plasmar en un lienzo el glorioso desnudo de mi señora? Aunque para eso no hace ninguna falta que el artista esté también desnudo y, por otra parte, no veo por ningún sitio lienzo, ni pinturas ni paleta. Lo que sí veo es a un tipo que cree que el paleta soy yo con esa historia tan increíble de que no es lo que parece. Pero como en el fondo soy un buen tipo voy a concederte el beneficio de la duda —sonreí falsamente conciliador—, así que durante unos pocos segundos estaré dispuesto a admitir que, efectivamente, no es lo que parece. ¿De qué se trata entonces?

Que un abogado no tenga nada que decir no es que sea casi imposible, es que prácticamente es un milagro, lo reconozco en la parte que me toca, pero al parecer el milagro se había producido. Tal vez debería revisar mis relaciones con la divina providencia, aunque me fuera difícil explicar que mi conversión no se había producido en un acceso místico escuchando el sermón de la montaña sino viendo el flácido cuerpo desnudo de un abogado incapaz de pronunciar ni una sola palabra, pero si es cierto eso de que arrepentidos los quiere Dios, no creo que le importe mucho el camino que nos haya llevado a ese hipotético arrepentimiento.

De todos los modos, por contemplativa y mística que fuese la escena, como ya he comentado no me apetecía mucho perder el tiempo, así que volví a pedirle que se explicara.

—Bueno, claro, es que, ya se sabe, quiero decir que... —Demóstenes lo hubiese tenido jodido para enseñarle oratoria a Antonio Cortés, aunque admito que en la situación que se encontraba le fuera difícil explayarse. Pero como decía un profesor de Matemáticas que tuve en el bachillerato, el esfuerzo siempre tiene su recompensa, aunque él nunca llegó a ser galardonado con el Premio Nobel, que había sido siempre su máxima ilusión. El caso es que por fin, tras intentarlo en varias ocasiones, consiguió decir algo coherente—. Cuando le decía que no es lo que parece quería decir que no sabía que la señora estuviese casada. De haberlo sabido jamás habría accedido a caer en sus redes. Siempre he sido un ardoroso defensor de la institución matrimonial y nunca en la vida me habría acostado con la mujer legítima de otro hombre.

—¡Pero cómo se puede ser tan mentiroso! —aprovechó ese momento Karmele,



que acababa de vestirse, para arremeter contra el abogado que seguía desnudo, lo que psicológicamente le ponía en claro estado de desventaja—. No le creas, Rodolfo —este era el nombre que me había asignado para nuestra pequeña obra de teatro, como si no hubiera nombres más normales y corrientes como Pepe, Manolo o Juanito, llegado el caso—. Es él quien con sus malas artes me sedujo. Ha estado a punto de mancillar mi honradez —añadió con voz temblorosa. Durante unos instantes temí que su exceso de sobreactuación pusiera en guardia a Antonio Cortés, pero este estaba tan acojonado que no pilló lo paródico del asunto.

«Además —prosiguió Karmele—, mírale, si es que no da la talla. ¡Qué decepción! Mucha labia, mucho postureo, mucho te voy a hacer la mujer más feliz del mundo, nena, y luego resulta que la tiene más corta que un grillo».

Creo que ahí Karmele se mostró excesivamente dura. No es que se tratara de solidaridad entre machos, ni mucho menos de solidaridad entre abogados machos, pero es comprensible que, dada la situación, el aparato de mi colega se encogiera hasta el punto de ser necesario un microscopio para poder vérselo. De todos modos, como eso seguía proporcionándome ventaja desde el punto de vista psicológico, no defendí su virilidad sino que me sonreí suavemente, como para hacer mayor el escarnio sufrido por Cortés. Aproveché, de paso, que Karmele ya estaba vestida para decirle que nos dejara solos, que «este asunto tenemos que tratarlo entre hombres».

—Ya salió el machito —protestó de nuevo Karmele, sin esforzarse en fingir, ya que aunque estábamos cumpliendo con el guión que habíamos elaborado de mutuo acuerdo, era incapaz de dejar apartados, en un rincón, sus prejuicios ideológicos—. Pero será lo mejor —añadió dubitativa—. De todos modos no hagas ninguna locura, en el fondo Toni es un buen tipo.

Antonio Cortés Dehesa, que había sido degradado al más coloquial diminutivo de Toni, miró salir, con ojos suplicantes y recelosos, a Karmele. Supongo que a ello contribuyó el detalle, que se me había olvidado explicar hasta este momento, de que yo blandía, en mi mano derecha, una pistola.

En realidad no se trataba de un arma de verdad, sino que la había comprado esa misma mañana en una juguetería cercana al apartamento en el que nos encontrábamos, pero eso Toni no lo sabía y estaba tan bien hecha que daba el pego. Supongo que hasta podría haber sido utilizada para asaltar una sucursal bancaria, cosa que de momento no entraba en mis planes a corto plazo. Hay sistemas menos arriesgados y más eficaces para desplumar a un banco.

Aunque no tenía ninguna intención de utilizarla, no solo porque era de juguete sino porque en general no me gustan las armas, la ventaja que me daba sobre mi colega era evidente. Eso, unido a que continuaba desnudo, ya que Karmele se había llevado su ropa, era suficiente para dominarlo. E incluso si se percataba de que la pistola era falsa y eso le incitara a rebelarse, tampoco iba a tener ningún problema. No podía presumir de músculos y carecía de la suficiente serenidad de ánimo para enfrentarse conmigo. Yo, en cambio, llevo años cuidándome en un caro gimnasio de

mi ciudad y he practicado artes marciales. Soy consciente de que no le aguantaría ni medio asalto a un chino cabreado, pero con un tipo como Toni no tenía ni para empezar. Lo digo sin chulería, simplemente constatando un hecho.

Mientras pensaba todo eso no estuve inactivo y le ordené a Cortés que se sentara, desnudo como estaba, de espaldas al radiador, afortunadamente para él no estaba encendida la calefacción, y que levantara las manos sobre su cabeza. Aturdido como todavía se encontraba debido a lo que acababa de ocurrirle, obedeció al instante, pese al desconcierto que apareció en su rostro. Cuando le tuve en esa postura saqué de los bolsillos unos alambres que había recortado de una de esas vallas que pueden verse a lo ancho y largo de la campaña nacional, e incluso en algunas obras urbanas que no están convenientemente vigiladas por la pertinente brigada de jubilados. Para ello tuve que guardar en otro de los bolsillos la falsa pistola, con el peligro de que mi víctima intentara defenderse, pero era un riesgo totalmente asumido. Estaba seguro de que no iba a intentar nada ya que, en ese momento, el infeliz tenía la mente nublada, y de intentar hacerlo se habría quedado tan solo en eso, en el intento. En el peor de los casos, si me arrebatara la pistola no le iba a servir de nada y yo estaba, como ya he dicho, en mejor forma física que él, eso sin contar con mis habilidades en el campo de las artes marciales, ya mencionadas. Además, antes de guardarme el juguete con el que le estaba amenazando, tuve la previsión de posar uno de mis zapatos sobre sus testículos desnudos. Eran unos zapatos normales, bueno, no tan normales, que por culpa del apellido italiano de su diseñador me habían costado un huevo. Quiero decir que no era uno de esos zapatos con puntera de hierro, o claveteados o listos para utilizar en la jungla vietnamita contra los guerrilleros del Vietcong, pero aun así, si mis ochenta kilos se concentraban en el zapato y presionaban lo suficiente, el resultado no podía estar más claro: el apellido Cortés corría un riesgo bastante serio de extinguirse. Al menos en la rama correspondiente al bueno de Antonio Cortés Dehesa.

Todo eso que yo estoy intentando racionalizar debió comprenderlo él de un modo instintivo, porque no opuso la menor resistencia. Y eso que tuvo que dolerle cuando até sus manos al radiador, afortunadamente era de los antiguos, con el alambre que acababa de sacar del bolsillo. No soy ningún sádico, pero ya he dicho que no soy experto en estas lides y la idea del alambre la saqué de una película de Chuck Norris que días atrás me había descargado ilegalmente en Internet. Además, no me dio tiempo a acudir al *sex-shop* para comprar unas esposas, por lo que no tenía más remedio que utilizar lo que tenía a mano. Que no estaba acostumbrado a estas cosas me lo confirmó el hecho de que me puse lívido y casi me desmayo cuando vi brotar una pizca de sangre de una de las muñecas de Cortés. Afortunadamente él no se percató de ese hecho y pude conservar mi ventaja psicológica.

—Bueno, Toni, bueno —le dije suavemente, mientras le proporcionaba dos leves cachetes en su mejilla—, tú y yo tenemos que hablar. Espero que seas buen chico y colabores.

Parecía como si se le fueran a salir los ojos de las órbitas, pero aun así consiguió emitir unos sonidos. Como no le entendía le pedí educadamente que repitiera lo que me estaba diciendo, solo que más pausadamente, y aunque sus ojos seguían desmintiendo que estuviera calmado logró balbucear algo más coherentemente unas cuantas palabras. Más o menos venía a decirme que lo sentía mucho, que no sabía que Karmele —él seguía llamándola Carmela— estaba casada y que de haberlo sabido jamás le habría puesto los ojos encima. Añadió que no habían llegado a consumar el acto y que él, en todo caso, era una simple víctima de un malentendido.

—¡Ay, Toni, Toni! —Volví a darle otros dos suaves cachetes. Al parecer estaba empezando a gustarme ni nuevo papel de matón mafioso—. Serás un abogado excelente y trabajarás en un bufete de primera división, pero eres tonto del culo. ¿De verdad te has tragado eso de que soy un marido celoso que quiere vengar su honor? ¿Acaso te crees que acabo de salir de un pueblo perdido de la España profunda del siglo XIX? Sí, lo dicho, eres tonto del culo. Para que te enteres, la tía a la que te querías cepillar de vez en cuando me la chupa, y te confieso que es algo bastante agradable y gratificante, pero no es mi mujer. Por tanto, yo tampoco soy su marido —le apabullé con mi impecable lógica—. Ni mucho menos un marido celoso. Soy un hombre del siglo XXI y en el inconcebible caso de que me hubiese casado, me dan escalofríos solo de pensarlo, jamás se me habría ocurrido comportarme como uno de esos botarates que piensan que tienen derecho de vida y muerte sobre sus mujeres. Yo soy un hombre moderno, hijo de mi tiempo.

Mis palabras, en lugar de tranquilizar a Cortés, produjeron el efecto contrario, porque aumentó no solo su desconcierto sino su miedo. Eso pude comprobarlo cuando observé que se estaba formando un pequeño charco a sus pies.

—¿De qué va esto, entonces? —pronunció con apenas un hilillo de voz.

—Quiero que me hables de Pierre Mamadaliev.

Antonio Cortés me miró con los ojos salidos de sus órbitas mientras intentaba asimilar qué era lo que le estaba ocurriendo. En cuanto habló comprendí el motivo.

—¿Que le hable de quién?

—De Pierre Mamadaliev. Ma-ma-da-liev —silabeé.

La cara de asombro de Cortés me demostró dos cosas: que efectivamente nunca había oído hablar del gánster franco-checheno y que el giro que acababa de dar la situación le había sumido en una profunda perplejidad. En realidad ya se lo había anunciado al decirle que la cosa no iba de un marido ofendido que deseaba vengar la afrenta sufrida, pero supongo que el estado de *shock* en el que se encontraba había limitado su capacidad de raciocinio. De todos modos antes o después tendría que habérselo dicho. No podía sostenerse indefinidamente la versión del cornudo celoso si lo que me interesaba de verdad era saber lo que había ocurrido con Gerardo Monforte y en qué andaba metido, así que no me quedaba más remedio que descubrir mis cartas. Y lo de empezar preguntando por Mamadaliev me pareció una buena idea. Si en alguna ocasión hubiese oído hablar de él a su antiguo colega, seguramente se

habría delatado, pero no fue el caso, y parecía sincero.

—¿Y de Dominique Le Ferrand?

Como única respuesta siguió mirándome con ojos de besugo, antes de decir débilmente que no sabía de quién le estaba hablando.

—Muy ignorante me parece —intenté ser irónico, pese a que creía que seguía diciéndome la verdad—. Entonces, supongo que tampoco te sonará el nombre de Aurelio Mentxaka.

—No, no me suena —tuvo un pequeño acceso de rebeldía, que se cortó en seco cuando al mover sus manos los alambres se clavaron un poco más en sus muñecas—. ¡Joder!, ¿me puede explicar de que va esto? No sé quiénes son las tres personas por las que me ha preguntado.

Como no había llegado aún el momento de explicárselo todo, me limité a decirle que a quienes seguramente sí conocía era a Edson Arantes Rodríguez y a Willy Orlando. Y una vez más acerté, aunque no por eso desapareció el gesto de extrañeza de la cara de Cortés.

—Sí que me suenan, aunque no mucho. Sé que el tipo con nombre de futbolista asesinó al otro fulano y a un compañero de mi anterior bufete le correspondió, en el turno de oficio, defenderle. Pero el asunto se archivó cuando el asesino, que había confesado su responsabilidad tanto ante la policía como en el juzgado, se suicidó. Fin de la historia. Y poco más puedo decirle. ¿Por eso ha armado todo este escándalo? —Si no estuviera aún totalmente acojonado, su comentario podría haber podido pasar como un acto de indignación e incluso rebelión, pero hice caso omiso a sus palabras y le pregunté por su compañero.

—Hábleme de la muerte de Gerardo Monforte.

—¿Que le hable de la muerte de Gerar? Y eso, ¿qué importancia tiene en estos momentos? Fue un accidente —calló durante unos instantes, pero al observar mi mutismo y la mirada inquietante e inquisitiva que había estado ensayando durante toda la mañana delante del espejo, volvió a hablar—. Fue en un paso de cebra. Uno de esos hijos de puta que se creen campeones de la Fórmula 1 no lo respetó y se llevó por delante a mi compañero. Fue una gran pérdida, pero un accidente. Provocado por un cabrón imprudente, pero un accidente. No tiene nada que ver con las personas de las que me ha hablado.

Yo no estaba nada convencido de esas afirmaciones. De hecho trabajaba con la hipótesis contraria, la de que la muerte de Monforte estaba relacionada con las de Edson Arantes Rodríguez y Willy Orlando, pero no dejé traslucir esos pensamientos sino que, agarrándome a una frase que acababa de pronunciar Cortés, proseguí con mi acoso verbal.

—Según lo que ha dicho hace unos momentos, la muerte del Gerar —utilicé el diminutivo cariñoso con el que, sin duda, le denominaban los amigos—, fue una gran pérdida. Estoy dispuesto a aceptarlo, pese a que no le conocí en vida, pero no creo que fuese una gran pérdida para usted y sus otros dos compañeros, sino una gran

oportunidad de prosperar, porque poco después de morir abandonaron el infame cuchitril en el que hasta entonces habían estado trabajando y se incorporaron a tres de los despachos más importantes del país.

Hasta ese momento el amigo Cortés había estado pálido, como consecuencia de la desfavorable impresión que al parecer le había originado nuestro asalto, pero aunque pareciera imposible su lividez se acentuó aún más al escuchar mis últimas palabras, lo que interpreté como una llamada para que continuara golpeando por ese lado.

—Así que estoy en lo cierto —sonreí—. No os han contratado por vuestros saberes jurídicos, sino que han comprado vuestro silencio. El de Gerardo Monforte, en cambio, no pudieron comprarlo y por eso lo asesinaron. De alguna manera eso os convierte en cómplices.

—Está usted loco —chilló Antonio Cortés—, lo de Gerar fue un accidente, ya se lo he dicho. Joder, joder, joder —por tres veces seguidas utilizó ese vocablo, más como desahogo personal que como respuesta a lo que yo había dicho—. De acuerdo, tiene usted razón —para mi sorpresa cambió radicalmente de discurso—, lo de incorporarnos a esos tres bufetes fue un pago por nuestro silencio, pero no tiene nada que ver con ningún asesinato.

—Me gustaría creerte —le mentí, porque si acababa creyéndole mi hipótesis se derrumbaría como un castillo de naipes—, pero para eso tendrás que convencerme. Así que explícate lo mejor que puedas y sepas.

Y se explicó, vaya que si se explicó. Se ve que aún no estaba del todo maleado y no tenía los recursos ni las ganas suficientes como para engañarme o evadirse de mis preguntas, pero nada de lo que me dijo, pese a lo jugoso del asunto, tenía que ver con lo que me había llevado hasta allí. Todo el follón se remitía a un asunto de corrupción urbanística y política por valor de varios millares, o más probablemente millones, de euros, cuya documentación había ido a parar a manos de Gerardo Monforte. Al parecer los presuntos corruptos, todos hombres de bien, negociaron con los cuatro componentes del bufete de la calle de la Emancipación Obrera que, sin necesidad de mucho esfuerzo comprendieron que, tras muchos años intentando emancipar a los obreros sin obtener ningún resultado y mucho menos ningún beneficio económico, la emancipación bien entendida empieza por uno mismo y decidieron pasarse con armas y bagajes al gran capital. Incluso el paladín de las causas justas, Gerardo Monforte Barrantes, estaba de acuerdo con la operación, pero su inesperada muerte impidió que se llevara la jugosa tajada que le correspondía.

—Como usted puede ahora comprender —volvió a afirmar con rotundidad Antonio Cortés—, a Gerar no le asesinaron sino que su muerte se debió a un accidente. Como mucho lo ocurrido podría calificarse de homicidio por imprudencia —sin poder evitarlo le salió el jurista que llevaba dentro.

Como muestra de buena fe se ofreció a enviarme toda la documentación que obraba en su poder sobre el asunto de marras, pero le dije que no era necesario. En el fondo me sentía solidario con los abogados que habían urdido la trama y además, ya

se sabe, entre bomberos no es bueno pisarnos la manguera. Eso sí, tomé nota mental de llamar al colega madrileño con el que había contactado anteriormente para decirle que ya podía reanudar sus relaciones profesionales conmigo ya que estaba al cabo de la calle del asunto Monforte y que, como siempre, podía contar con mi silencio y discreción. Era un tipo con el que en el pasado me había llevado muy bien y hecho buenos negocios, así que podía perdonarle su ataque de fundamentalismo profesional que, aun pareciéndome desmedido, era comprensible.

El problema es que volvía a estar como estaba, sin tener por dónde agarrarme en el asunto de Edson Arantes Rodríguez y Willy Orlando. Cuando volví a hablar con él de ellos me mostró nuevamente su extrañeza. Si había alguien en la sombra, Pierre Mamadaliev por ejemplo, que había ordenado a Rodríguez la muerte de Orlando, Cortés lo desconocía. En realidad no se lo pregunté directamente, no me pareció muy prudente, pero esa es la conclusión que saqué tras un rato más de charla con él y creo que era una conclusión correcta.

No tenía ya el menor sentido retenerle y tampoco era cuestión de cargármelo, sobre todo porque no tenía mucha confianza en mis dotes como asesino y seguramente la cagaría, con el desagradable resultado de que al de pocos días estaría en un calabozo. Aparte de que el bueno de Antonio Cortés no era mal tipo. Quizás un poco corrupto, lo admito, pero ¿quién no lo es hoy en día? Por eso, con unos alicates corté los alambres con los que le había atado y le solté, después de advertirle que si se le ocurría contar a alguien lo que había ocurrido tendría que atenerse a las consecuencias. Debía haber visto muchas películas de gánsteres porque me aseguré cien veces seguidas que no me preocupara, que iba a ser una tumba, todo ello aderezado con más reverencias que las que hace un luchador de sumo antes de subirse al tatami.

Iba a marcharme del apartamento, para no volver en la vida, cuando me preguntó por su ropa. Según parece le daba vergüenza andar desnudo por la calle. Mi madre, seguramente, le habría dicho que más vergüenza tendría que darle quedarse con el dinero ajeno, pero yo, como ya han podido comprobar, en esos temas soy mucho más laxo y liberal que la mujer que me dio el ser, así que comprendí la situación y le dije que no se preocupara, que su ropa estaba a buen recaudo.

—Suba hasta el 4.º B y allí se la darán. Luego márchese lo más rápido posible y olvídense de todo lo que aquí ha ocurrido si no quiere volver a tener noticias nuestras —aproveché la ocasión para meterle más miedo en el cuerpo.

Asintió en silencio y mientras yo bajaba hacia el portal subió hasta el cuarto piso. No tardé en oír una aguda y algo cascada voz femenina tildándole de guarro, cerdo, asqueroso y algunas cosas mucho peores. No sé qué habría hecho Karmele con la ropa de Cortés, seguramente tirarla a un contenedor, lo que sí sabía era que en el 4.º B vivía una anciana malhumorada de esas que se pasan toda la vida husmeando y metiéndose con el prójimo. Seguramente que tras tener que enfrentarse con ella Antonio Cortés pensaría que lo nuestro no había tenido la menor importancia. Me

alejé del portal con paso firme y decidido mientras una sonrisa surgía en mis labios. A veces soy un poco cabroncete, lo admito, pero es que detalles como ese son los que nos alegran la existencia. Bueno, si nos olvidamos del sexo y el dinero, por supuesto.

Teníamos que volver a empezar la investigación desde cero. Eso en el caso de que meter continuamente la pata significara estar a cero, porque yo pensaba que estábamos a menos diez. Pero no nos quedaba más remedio que apechugar con lo ocurrido. El asalto de Antonio Cortés no había servido para nada salvo para demostrar que toda persona tiene un precio, pero eso ya lo sabía yo antes de iniciarse toda esta movida, así que ni siquiera el lado pedagógico de la situación me había sido útil.

De todos modos, el hecho de que el antiguo compañero de Gerardo Monforte no supiese nada del asesinato de Willy Orlando a manos de Edson Arantes Rodríguez y que desconociese totalmente quién era Pierre Mamadaliev no me desanimó. Estaba seguro de que ahí tenía que estar la conexión entre los dos casos y con la ayuda del entrañable señor Google inicié una búsqueda en la red, pero mi decepción fue mayúscula. Los apellidos Mamadaliev y Orlando no aparecían juntos en ninguno de los enlaces que el famoso buscador puso a mi disposición. Eso no significaba nada, tampoco era cuestión de que proclamaran a los cuatro vientos su asociación criminal, en el caso de que existiera, pero no dejaba de ser un dato a tener en cuenta. Aunque bien mirado, para lo que me servía, podía olvidarme de ese hipotético dato. Reconozcámoslo, estaba más perdido que un fraile franciscano en un *sex-shop*. De todos modos quizás no sea la comparación más adecuada, porque he conocido algún clérigo que ya, ya. Pero en fin, esa es otra historia.

Ya que estábamos en Madrid, y para no irnos totalmente de vacío, pensamos — bueno, lo pensó Karmele y a mí no me quedó más remedio que acceder, ya que no se me ocurrió ninguna idea mejor— que sería interesante hablar con el entorno del asesino convicto, confeso y suicidado, Edson Arantes Rodríguez. Su domicilio estaba en el mismo barrio en el que Monforte y sus tres mosqueteros antisistema y corruptos, creo que por ese mismo orden aunque no me atrevería a jurarlo, habían tenido su combativo despacho. Como gracias a este asunto estaba empezando a tratar con las clases bajas de la sociedad acepté, con resignación más laica que cristiana ya que nunca he sido un hombre religioso, acompañar a Karmele hasta la casa de Edson Arantes, que por lo que pudimos averiguar leyendo la prensa y las diligencias judiciales, había dejado mujer y tres hijos de diecinueve, dieciocho y nueve años respectivamente. Cuando le insinué a Karmele que lo más lógico era que la diferencia de edad entre el segundo y el tercer hijo se debiese a que el bueno de Edson Arantes seguramente habría tardado nueve años en traer a su familia a España, ya que esas latinoamericanas parían como conejos, en lugar de agradecer mi razonable explicación me llamó racista repugnante y me acusó de ser un xenófobo. En fin, el mundo está lleno de ingratos, así que me limité a contestar a sus imprecaciones con un despectivo silencio.

Lo primero que nos chocó cuando llegamos al portal de la casa en la que había



vivido Edson Arantes con su familia fue ver una limusina aparcada junto al mismo. No parecía nada normal que en un barrio al que estuve sopesando ir descalzo, para que no me robaran los zapatos que llevaba puestos, se exhibiera un vehículo de esa clase y tamaño. Además, a su lado, podía contemplarse una furgoneta abierta por detrás que dejaba ver cómo se apilaban de manera irregular una serie de bultos, cajas y maletas viejas en su mayoría, que estaban a punto de reventar, y sobre la que se sentaba un chaval que lamía un chupa-chups de un modo frenético, como si le fuera la vida en ello.

Aparcamos nuestro coche en doble fila, me imagino que la Policía Municipal llevaría décadas sin adentrarse en esos territorios, y nos acercamos hasta la limusina. Junto a ella, sentado en una silla que seguramente habían sacado de una mugrienta taberna que lindaba con el portal, un viejo renegrido, que seguramente había combatido en la guerra de Cuba y masticaba incesantemente un mugriento palillo, nos guiñó un ojo, como si fuésemos viejos conocidos, antes de decirnos, con palabras que denotaban una gran dosis de envidia y amargura, que todos los sudacas eran unos extravagantes a los que lo que más les gustaba en el mundo era aparentar.

—Ahí los ve. Hasta hace cuatro días, como quien dice, eran unos muertos de hambre, y ahora regresan a su país en limusina. Bueno, la limusina les llevará hasta el aeropuerto, pero hay que joderse viendo cómo se puede ser tan pretencioso. Eso es lo que pasa, vienen aquí a quitar el hambre y en cuanto comen dos platos de sopa caliente seguidos ya se creen que son unos grandes señores.

Un chaval que llevaba entre sus manos una grandísima caja que por fuera anunciaba con grandes letras que era una televisión de plasma apareció por la puerta. Debía haber oído las últimas palabras del excombatiente porque, en tono furioso, le instó a que se callara.

—Viejo chocho de mierda, tiene suerte de que tenga las manos ocupadas, porque si no se iba a enterar de lo que es bueno.

—¿Qué pasa, delincuente, me ibas a clavar un navajazo? Porque todos vosotros sois unos delincuentes y unos navajeros, eso es lo que sois. Y lo mismo tu padre, que yo no me chupo el dedo. Mucho decir que murió de cáncer, pero todos sabemos que murió en la trena, como el criminal que era.

No sé si el viejo era tan solo un loco imprudente o pensaba que en caso de necesidad yo le protegería, porque de ser cierta esta última posibilidad ya podía considerarse cadáver. Era lo que me faltaba, ponerme a proteger a un viejo imbécil con incontinencia verbal de un joven sudamericano que no sé si sabría manejar la navaja, pero que no parecía ser un tipo muy agradable ni tolerante. Afortunadamente el niño, olvidándose del chupa-chups, empezó a recitar, como si se tratara de un mantra, que «no importa tener cáncer, porque el cáncer lo cura todo», con lo que desvió la atención del joven, que le dijo que dejara de hacer el idiota y se callara de una puta vez. Además, en ese momento aparecieron una mujer que aparentaba más de setenta años, aunque seguramente andaba entre los cuarenta y cincuenta, junto a una

chica joven cuya vestimenta hubiera hecho que mis dos abuelas, tanto la paterna como la materna, se santiguaran mientras se lamentaban de cómo se estaba corrompiendo la juventud, y consiguieron calmar al joven.

—Deja en paz al viejo, Wilson Omar —con mi talento innato para estas cosas deduje que Wilson Omar era el joven sudamericano, no la vetusta gloria patria—, que le reconcome la envidia. Pero es tan avaro y miserable que jamás ha comprado un billete de lotería. Por eso nos ha tocado a nosotros y no a él. ¡Que se chingue el muy cabrón! —Finalizó, escupiendo a los pies del viejo.

—Se chingue el muy cabrón, se chingue el muy cabrón —repitió, con aspecto alhelado, el niño, recibiendo como justa recompensa una soberana bofetada por parte de la que seguramente era su madre, lo que concitó las risas de la chica joven que estaba con ellos.

—A ver si te callas de una vez, Héctor Melquíades. ¡Y deja de tocar los huevos repitiendo todo lo que escuchas!

—Todo lo que escuchas, todo lo que escuchas —repitió el niño, que debía ser de los que no aprenden ni a base de hostias. De todos modos tuvo suerte porque su madre debía estar cansada de sus infructuosos intentos por desasnarle y puso su atención en Karmele y en mí.

—¿Se puede saber que hacen usted ahí plantados? ¿No ven que están interrumpiendo el paso?

Interpreté esa súbita atención por nuestras personas como una invitación a que habláramos con ella y decidí no despreciar la oportunidad que se nos ofrecía.

—¿Es usted la señora de don Edson Arantes Rodríguez?

La mujer me miró con ojos recelosos. Eso es lo malo de la gente humilde y menesterosa, que cuanto más educado eres al tratarlos más desconfían de tus buenas intenciones.

—Su viuda, sí señor —respondió finalmente—. ¿Qué coño quiere?

—Solo unos minutos de su tiempo —le dije, mientras como un eco el niño repetía «minutos de su tiempo, minutos de su tiempo».

—Pues va a ser que no —respondió la matrona colombiana cuyo acento, lejos de la dulzura que se le supone al habla hispanoamericana, había asimilado todos los matices de la aridez patria—. Además, de lo que menos disponemos es de tiempo. Nos volvemos a Colombia. A vivir como reyes —sonrió por primera vez desde que nos había visto, pero pronto recuperó su gesto adusto—. Así que despejen, cojones, que no tenemos mucho tiempo.

—¿De qué conocía su marido a Willy Orlando? —volví a preguntar sin hacer caso a sus requerimientos.

Quizás el excombatiente de la guerra de Cuba con el que habíamos estado hablando nada más llegar al barrio tuviera razón en sus opiniones sobre los sudamericanos, porque el hijo mayor de la señora, una vez libres sus manos tras haber instalado en la furgoneta la televisión de plasma, avanzó hacia mí con una

navaja en la mano.

—Guarda eso, imbécil —le dijo su madre cuando lo vio, afortunadamente para mí —, no vayas a desgraciarte a última hora, cuando por fin podemos volvernos a Colombia con los bolsillos bien llenos. Y ustedes —añadió dirigiéndose de nuevo a Karmele y a mí—, dejen ya de molestarnos con sus preguntas, que tenemos que irnos. Jessica, Héctor Melquiades, Wilson Omar, a la *limousine* —pronunció esta última palabra con un exquisito acento francés, solo le faltó decirnos «chupaos esa, gilipollas de mierda».

Los tres hijos, obedientes, se subieron a la limusina, al mismo tiempo que se cerraba la puerta trasera de la furgoneta. Cuando la viuda de Edson Arantes siguió el mismo camino que sus hijos y estuvo cómodamente instalada en el inmenso vehículo blanco, nos envió un beso con la mano. Como, pese a mi evidente atractivo para las mujeres, no creo que se hubiese enamorado súbitamente de mí, supuse que se estaba descojonando de nosotros, pero no podía hacer nada. En este país hay libertad de circulación y movimientos y ni la señora ni sus hijos mayores estaban acusados de haber cometido ningún delito o infringido la más pequeña norma administrativa. Además, si lo que querían hacer era largarse a su país, las autoridades no iban a ponerles ninguna pega. Todo lo contrario, extenderían la alfombra roja a sus pies.

Pronto dejó de fijarse en nosotros, volviendo su atención hacia el hijo pequeño, al que volvió a propinarle una bofetada de esas capaces de dejar k. o. a un campeón de los pesos pesados. Y es que el chaval había vuelto a su costumbre de repetir frases cortas, aunque en esta ocasión no las había oído de nuestros labios, sino que seguramente se las había tenido que escuchar a su difunto padre. No pude entender todo lo que decía con suficiente nitidez, porque en esos momentos las ventanillas de la limusina se estaban cerrando, pero me quedó la duda de si la madre le abofeteó para que dejara de decir chorradas o porque esas chorradas en concreto, si había oído bien, no tendrían que haberse pronunciado nunca delante de nosotros. Pero ya era tarde para averiguarlo, porque la viuda y los huérfanos de Edson Arantes Rodríguez se estaban alejando de aquel barrio con más velocidad que mis escasos ideales de juventud.

Allí ya no hacíamos nada así que con aire de derrota y frustración nos dirigimos a recoger nuestro coche. Milagrosamente estaba intacto, con las cuatro ruedas en su lugar y ningún destrozo aparente. Junto a él se encontraba un chiquillo, de apenas once o doce años, que sonrió elocuentemente a Karmele mientras esta le daba un billete de cincuenta euros.

—¿Y eso? —pregunté sorprendido.

—¿Qué te crees? —me contestó—. ¿Qué nos iba a cuidar el coche por la cara, *gratis et amore*, como decís los leguleyos? Por cierto, me debes cincuenta euros, que el que está forrado eres tú, no yo.

Con un gesto displicente le extendí un billete de cincuenta euros que Karmele acogió con una sonrisa burlona. Al parecer, mientras yo no la observaba, había

negociado con el chaval para que cuidara del coche. Eso me demostró dos cosas. La primera, que sabía más que yo de cómo eran las calles. Y la segunda es que hasta la santa infancia estaba contaminada por la ola de corrupción que asolaba España. Y que conste que no me quejo, he cabalgado en multitud de ocasiones sobre esa ola y he sacado provecho de ella, pero que unos inocentes infantes, inocentes en teoría, sucumban a los cantos de sirena de una sociedad corrupta y hedonista, no deja de ser descorazonador.

Sumido en estos lúgubres pensamientos casi ni me di cuenta de que Karmele se había sentado en el asiento del conductor y se disponía a arrancar el vehículo. No puse ninguna objeción, ya que no soy de esos machistas a los que les molesta que las mujeres conduzcan sino, en todo caso, de esos machistas a los que les gusta que las mujeres les hagan de choferesas, pero le pregunté que a dónde íbamos, ya que se la veía muy decidida.

—A hablar con Inés Ridruejo, la compañera de Gerardo Monforte.

—¿Compañera? Monforte solo tenía colegas masculinos y no creo que los otros dos puedan decirnos algo más de lo que nos dijo Antonio Cortés.

—¿Tú eres tonto o te lo haces? —me espetó, más divertida que furiosa, Karmele—. Compañera, pareja sentimental, santa esposa, barragana, llámalo como quieras. Estoy hablando de la mujer con la que vivía el difunto Monforte.

Ni era tonto ni me lo hacía, pero estaba claro que mis dotes detectivescas no podían considerarse excepcionales. Aunque bien mirado, no deja de ser lógico que un fanático de la soltería como había sido yo a lo largo de mi existencia no pensara en que mi difunto colega madrileño pudiera estar bien casado o, en su defecto, bien arrejuntado. Que en cambio se le hubiese ocurrido a Karmele, parecía más normal, aunque me abstuve de comentarlo, no fuera a ser que me acusara injustamente de machista y retrógrado.

—Me parece bien —intenté arreglar el estropicio—, yo también había pensado en hacer algo así, solo que todavía no conozco su identidad.

—Se llama Isabel Inés Ridruejo y trabaja como profesora de preescolar en una escuela pública —se dignó informarme—. Y no estaban casados, por si te interesa saberlo.

No es que me interesara mucho el tema, pero supongo que algún gesto le hizo creer a Karmele lo contrario. En realidad en lo que estaba pensando era en cómo habría conseguido ella ese dato. Supongo que a través de alguna red de feministas históricas o algo parecido, aunque preferí no indagar en el tema ni, mucho menos, explicarle mi teoría. Pero como su última afirmación era, en realidad, una provocación en toda regla, no pude evitar contestarla con un comentario desafortunado, aunque en aquellos momentos me pareció muy ingenioso.

—Pues muy mal hecho —dije—, porque no va a tener derecho a la pensión. Ni va a heredar un chavo de su difunto amante.

—Vete a tomar por culo —me dijo de un modo soez y chabacano, al parecer los

esfuerzos que habían hecho sus padres por proporcionarle una buena educación no habían fructificado. Pero me abstuve, nuevamente, de replicar, y como ella no volvió a pronunciar una palabra continuamos el trayecto en silencio. Ni siquiera le pregunté a dónde nos dirigíamos, porque me lo estaba imaginando. Y cuando aparcó enfrente de una escuela, en pleno paso de cebra, total, la previsible multa me tocaría pagarla a mí, comprendí que había acertado.

Como siguió sin hacerme ni puñetero caso, mientras estábamos estacionados saqué de un bolsillo mi teléfono móvil y me puse a jugar a uno de esos juegos en los que hay que matar marcianos, como si los marcianos nos hubiesen hecho algo. Pero ya que no tenía nada mejor que hacer y Karmele no estaba por la labor de darme conversación, afiné mi puntería y como si estuviese aquejado de epilepsia empecé a disparar a diestro y siniestro, cepillándome sin la menor misericordia a todos los extraterrestres que se me ponían a tiro. Vamos, que un poco más y me condecora la NASA por haber librado al planeta Tierra de un peligroso enemigo alienígena. Estaba a punto de pasar del nivel séptimo al octavo, lo que hubiese sido todo un puntazo, cuando un golpe de Karmele en mis costillas me hizo perder el juego, el set y el partido.

—Déjate de juegucitos chorras que por allí viene —me dijo, sin disculparse ni por la posible rotura de mis costillas ni porque acababa de frustrar una prometedora carrera como campeón de videojuegos.

—¿Quién es? ¿Ese feto que viene por allí? ¡Joder, pobre Gerardo! Me imagino que si ligó con una tía así sería más por considerarla una excelente compañera de lucha proletaria que una agradable compañera de cama.

Como contestación recibí una fuerte patada en la espinilla y un sonoro «¡machista!» pronunciado con una desorbitada mala hostia, cuando en realidad yo no había insultado a la mujer señalada por Karmele. Simplemente me había limitado a describirla de un modo sucinto, para no extenderme demasiado preguntando: «¿quién es? ¿Esa mujer bajita y rechoncha, que parece que ha sido peinada por la peluquera de la bruja Avería, compra su ropa en un almacén de Cáritas, usa unas gafas de sol que ya estaban caducadas en pleno siglo XIX y se ha olvidado afeitarse el bigote y depilarse las piernas antes de salir de casa?». Para cuando lo hubiese dicho ya habría llegado la interfecta. Además, conociendo a mi amiga, seguramente tampoco le hubiese gustado esa descripción, pese a ser totalmente justa y exacta. ¡Para que luego digan que las mujeres no se defienden entre ellas y no son corporativistas!

Como había sospechado, no me habría dado tiempo a hacer esa pregunta. Lo comprobé cuando, sin haber terminado de pensar en ello, la mujer cruzó la calle y pasó a nuestro lado, momento que aprovechó Karmele para hablar con ella y pedirle que nos concediera unos pocos minutos.

—Es un poco difícil de explicar —le dijo Karmele—, pero estamos interesados en un cliente de su difunto marido.

—Yo no he estado casada nunca —contestó, recelosa, la mujer. «No me extraña»,

pensé, aunque me abstuve de expresar en voz alta mis sentimientos. No porque no deseara ofenderla, decir la verdad no ofende salvo cuando va en contra de mis intereses, pero en aquel momento eran precisamente mis intereses los que me indicaban que lo mejor que podía hacer era mantener la boca cerrada. Y no precisamente para que no entraran moscas, como dice el refrán.

—Bueno —admitió Karme—, es posible que esté confundida, pero lo de menos es si tenían papeles o no. Si no estoy equivocada, usted era la pareja del abogado Gerardo Monforte Barrantes, que falleció hace poco atropellado por un vehículo que se dio a la fuga.

Como tenía ocultos sus ojos por los cristales oscuros de sus gafas no puedo estar seguro de su reacción, pero por lo que se veía parecía que el recelo había cedido su lugar al temor.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Son de la policía?

—No, no somos de la policía —le contestó, tranquilizadora y sonriente, Karme—. Pero desearíamos hablar con usted. Es una historia larga, aunque no nos llevará mucho tiempo contársela, pero tal vez la calle no sea el mejor lugar para hacerlo. Si nos acompaña a esa cafetería —señaló un local cercano—, podríamos sentarnos y charlar unos pocos minutos.

La mujer seguía sin estar convencida de que hablar con nosotros era una buena idea, pero al parecer debe haber una conexión invisible entre cierto tipo de mujeres feministas, revolucionarias o antisistema (sí, lo admito, soy asiduo a cierto tipo de tertulias televisivas no aptas para menores de 18 años), independientemente de que sean un antídoto contra la lujuria, caso de nuestra nueva amiga, o estén tan buenas como Karme, que misteriosamente funciona, así que accedió a nuestros deseos.

Había pensado que la viuda putativa de Monforte iba a pedir una menta poleo o algo de ese estilo, pero cuando le pregunté qué deseaba tomar se descolgó mencionando una de las marcas de *whisky* más caras del mercado. Por lo que parecía, ser más fea que un pecado no le impedía disfrutar de las cosas bellas de la vida. Karme, para no desentonar, o para joderme en lo que más me duele, la cartera, se adhirió con entusiasmo a la petición así que yo tuve que hacer lo mismo. Pedir una cerveza en esos momentos era lo más parecido a una mariconada que podía hacer. Con otro cliente no me hubiese importado el gasto, lo habría incluido en mi minuta profesional, pero con mi actual cliente era yo quien apechugaba con todo. En fin, la cosa ya no tenía remedio, así que intenté relajarme y disfrutar del *whisky* y, en lo posible, de la conversación.

—Bueno, ¿qué es exactamente lo que desean de mí? O, mejor dicho, ¿a qué viene ese interés por Gerardo? —no había desaparecido el recelo de su expresión, pero una vez que había accedido a nuestros deseos de charlar con ella, parecía evidente que no estaba dispuesta a perder el tiempo.

Antes de que Karme abriera su boca me anticipé y le dije que yo también era abogado y que estaba interesado en un cliente suyo, Edson Arantes Rodríguez, que

había asesinado a un compatriota suyo, un tal Willy Orlando. La expareja de Monforte me miró como si estuviera diseccionándome por dentro antes de volverme a preguntar qué interés tenía yo en Rodríguez.

—Como ya le he dicho soy abogado y no hace mucho tiempo he tenido un caso muy similar al de su —iba a decir «su difunto marido», pero recordé que no habían estado casados—, al del Sr. Monforte. Un hombre de trayectoria intachable asesinó a una persona de dudoso historial y, posteriormente, se suicidó.

Con el rabillo del ojo pude comprobar cómo Karmele se mordía los labios, en un gesto que delataba su sometimiento a una fuerte tensión, pero mi amiga no era una mujer que permitiera que sus emociones la vencieran y en pocos instantes recobró la compostura. No puedo asegurar que no lo notara también Inés Ridruejo, pero aparentemente nada indicaba que lo hubiera hecho.

—No entiendo —me contestó tras finalizar su examen de mi persona. Seguramente me habría puesto como calificación la de «necesita mejorar», pero como no se lo pregunté, me quedé con la duda—. ¿Tenía usted relaciones profesionales con Gerardo? Porque nunca he oído hablar de usted. Aunque tampoco es que Gerardo estuviera todo el día contándome las vicisitudes de su trabajo, pero más o menos sabía con qué colegas estaba relacionado y su nombre no me es nada conocido.

Si esas últimas palabras las hubiese pronunciado una bróker relacionada con las entidades financieras más importantes del país me habría sentido ofendido y ninguneado, pero en boca de una maestrilla insignificante solo me produjo una leve y condescendiente sonrisa.

—En realidad —accedí magnánimamente a explicarle—, el asunto del que le hablo sucedió en Bilbao, pero es muy similar al que llevaba el señor Monforte aquí, en Madrid, en el que estuvo implicado el hombre que se suicidó, Edson Arantes Rodríguez.

—Gerardo no trabajó nunca en Bilbao. Ni en ninguna ciudad del País Vasco —añadió tras pensárselo un momento, como si hubiese repasado mentalmente todas las localidades en las que su difunto había representado como abogado a algún ciudadano en apuros.

—Sí, está bien —empezaba a impacientarme, para ser una maestra parecía bastante obtusa, a saber qué enseñaba a los pobres niños que caían en sus garras—, en ningún momento le he dicho que el señor Monforte hubiese trabajado en Bilbao, sino que el caso que yo llevaba en Bilbao era prácticamente idéntico a otro en el que él estuvo implicado aquí, en la capital del Reino.

Curiosamente fue Karmele quien consiguió hacérselo entender, explicándole lo sucedido con su padre. Para cuando acabó de hablar ambas estaban llorando como unas magdalenas, lo que me azoró bastante, no porque fuera sensible a ese burdo truco de las hembras de la especie que creen que con unas lagrimitas ya pueden conseguir de ti todo lo que quieran, sino porque el resto de clientes de la cafetería,

sobre todo las féminas, me miraban acusadoramente, como si yo fuera el causante del llanto de las dos mujeres que estaban sentadas conmigo. De todos modos, y como soy de los que prefiere ver la botella medio llena, tuvo un efecto positivo y fue el que Inés Ridruejo empezó a mostrarse más colaboradora.

—Lamento lo de su padre —dijo dirigiéndose a Karmele, una vez que ambas se hubieron secado los ojos y retocado la pintura que en ellos llevaban—, pero me temo que, desgraciadamente, no les voy a ser de gran ayuda. Gerardo no solía contarme gran cosa de su trabajo. No es que me ocultara nada, no se trata de eso, pero nuestra vida en común no giraba en torno a nuestras respectivas actividades laborales, aunque de vez en cuando nos comentábamos cosas, como es lógico. Sí recuerdo que me extrañó que aceptara defenderle, porque él siempre llevaba asuntos de carácter laboral o social, pero no era un experto en Derecho Penal. Se lo comenté y me dijo que el señor Rodríguez había sido cliente suyo, creo que le ayudó a regularizar su situación en España, la residencia, el permiso de trabajo, en fin, esas cosas, supongo que usted las conoce mejor que yo —finalizó mirándome.

No, no las conocía. Yo nunca me había ocupado de esos asuntos, que estarán muy bien considerados social y popularmente, pero que no te sirven para aumentar los números azules de tu cuenta corriente. No obstante hice un leve gesto de asentimiento, como incitándola a que siguiera hablando.

—Poco más puedo contar, de todos modos —añadió—. Porque al de poco tiempo de encargarse de su defensa el señor Rodríguez se suicidó. Y unos días más tarde atropellaron a Gerardo y, y... —no pudo continuar hablando porque de nuevo le sobrevino una considerable llantina—. Lo siento, soy una tonta —dijo por fin, secándose las lágrimas en un vano intento por recomponer su aspecto—, pero es que ha pasado tan poco tiempo...

—De tonta nada, es algo normal, a mí me ocurre algo parecido —intentó consolarla Karmele—. No se preocupe, está entre amigos.

—Gracias, gracias, son ustedes muy amables —el que me incluyera demostraba que la buena de Inés no tenía muy buen olfato con las personas, pero agradecí sus palabras con una inclinación de cabeza—. ¿Por dónde iba? —preguntó ansiosa.

—Nos estaba diciendo que el señor Rodríguez era ya cliente de su compañero. —Respondí. Es curioso, cada vez que pronunciaba esa palabra, «compañero», en lugar de la de marido o esposo, me parecía estar hablando en una reunión de Comisiones Obreras, cosa rara, ya que las únicas reuniones de ese tipo que he tenido en mi vida han sido, obviamente, con las organizaciones patronales, no con las sindicales, pero como siempre he sido muy adaptable esa expresión salida de mis labios no pareció chocar a ninguna de las dos mujeres—. Creo que le arregló los papeles de la residencia y del trabajo.

—Sí, y eso es lo más raro. No el que le arreglara los papeles para trabajar —añadió al advertir mi gesto de extrañeza—, al fin y al cabo se trataba de lo que él hacía habitualmente, sino que tras conseguir un trabajo estable, creo que encargado



en una empresa de limpieza, con un sueldo que no le daba para veranear en Marbella, pero sí para poder sacar adelante a su familia, esas fueron más o menos las palabras textuales de Gerardo, acabara matando a una persona.

—¿No le contó a su compañero —me estaba acostumbrando a la palabreja— por qué lo hizo? Quizás viniera de atrás la historia, creo que el hombre al que asesinó era compatriota del señor Rodríguez.

—No lo sé. Es posible, pero no lo sé y creo que a Gerardo tampoco se lo dijo. En realidad, como ya les he comentado un par de veces, es muy poco lo que me explicó acerca del asunto, pero creo que estaba igual de extrañado que ustedes por lo sucedido. Intentó que el señor Rodríguez se abriera a él, que le confesara los motivos de su acción, pero no sacó nada en claro. Lo único que le dijo era que en el fondo todo daba igual, porque prácticamente ya estaba muerto.

—O sea, que cuando tuvo esa conversación con su compañero, ya estaba pensando en el suicidio.

—Supongo —aceptó la mujer mi suposición—. Aunque no sé si eso explica por qué mató a aquel hombre. Cuando uno se va a suicidar, en lo que menos se piensa es en matar a otra persona, ¿no lo creen así?

Le dijimos que sí, que tenía razón, pero yo no estaba muy seguro de ello. Alguien que tiene pensado suicidarse puede pensar que, ya puestos, por qué no llevarse junto a él a un montón, o uno solo, de cabrones. Como dijo el rey francés Luis XV, *après moi, le déluge*. Sí, después de mí, el diluvio. Pero ¿y antes? ¿Antes del diluvio? Ahí había algo que se me escapaba y, sin embargo, estaba convencido de que en ello se encontraba la clave. En el dudoso caso de que en todo aquel asunto hubiese una clave que yo fuese capaz de entender.

A veces, en películas que he visto o novelas que he leído, el detective protagonista, al despertarse, tiene la sensación de que en sueños ha dado con la clave del caso, aunque para su frustración, y regocijo de los guionistas, que suelen ser una panda de cabrones, no recuerde nada de nada. Afortunadamente, al de unos pocos capítulos o unos cuantos fotogramas le viene a la memoria, como si se tratara de una aparición divina, con paloma incorporada y todo, aquella solución que había vislumbrado. Y gracias a eso, del mismo modo que un mago se saca un conejo de la chistera, el superdetective que había andado todo el rato como puta por rastrojo descubre lo que ha ocurrido y concluye felizmente su investigación.

Desgraciadamente en lo único que me parecía yo a esos detectives y policías tan soñadores como eficientes era que también me encontraba como puta por rastrojo, sin saber por dónde me daba el aire ni qué coño hacer a continuación. Daba la impresión de que mi cerebro se había vaciado, aunque pensar eso no sería justo. En realidad yo no era un policía ni un detective y mis relaciones con el Código Penal se habían limitado a los artículos relativos a los delitos de cariz económico, así que nadie podría haberme reprochado que no supiera cómo afrontar mi investigación. El problema es que, con conocimientos o sin ellos, no me quedaba más remedio que intentarlo, porque si iba a la policía no me iban a hacer el menor caso, y en el supuesto de que me lo hicieran las consecuencias podrían ser aún peores. Y en cuanto a acudir a un detective de verdad..., tenía mis dudas. Si Leopoldo De Marcos, al que siempre le había pagado generosamente sus servicios y tenía conexiones con todo bicho viviente a lo largo y ancho de la Unión Europea, era reticente a seguirme la corriente en este asunto, era dudoso que cualquier otro aceptara trabajar para mí. Y si lo hacía, sería tan solo para agarrar una buena parte del dinero que tenía en mi cuenta corriente tras escribir un pulcro informe lleno de palabrería e incluso de gráficos en el que finalmente apareciera, a modo de conclusión, la confesión de que había sido imposible obtener resultados positivos de sus pesquisas.

Me encontraba, por lo tanto, en un callejón sin salida. Incluso estuve tentado de reconocérselo a Karmele y preguntarle si tenía alguna idea, pero no lo hice para no hundir aún más mi escasa autoestima como detective y, sobre todo, para que siguiera confiando en mí y en mi capacidad para continuar llevando las riendas del asunto. El que eso no fuera cierto me importaba un bledo, casi tanto como a Rhet Butler/Clark Gable lo que ocurriera con Scarlett O'Hara/Vivien Leigh en «Lo que el viento se llevó», pero no me habría gustado que el acercamiento que últimamente teníamos Karmele y yo, hasta parecía haberme perdonado, o al menos olvidado transitoriamente ciertos hechos ocurridos no hacía mucho tiempo, se frustrara. No me quedaba más remedio que mentirle y decirle que sabía cuál era el siguiente paso que teníamos que dar, como si fuera uno de esos brillantes investigadores de ficción a los que de repente un pajarito les susurra al oído la solución del caso. El problema

estribaba en que cuando me preguntara cuál era ese paso volvería a pillarme en fuera de juego, pero confiaba tanto en mi imaginación como en mi acreditada capacidad para improvisar y mentir a los clientes, así que esperaba, si no salir del paso airosamente, sí ganar algún tiempo. Curiosamente fue la propia Karmele quien, al proponerme que nos quedáramos un par de días más en Madrid antes de volver a Bilbao y que embarcara hacia el Caribe para ponerme definitivamente a salvo —se había puesto pesadita con esa idea—, evitó que tuviera que poner en funcionamiento mis células grises, como si fuera un émulo de Hercules Poirot, no para solucionar el caso sino para que ella pensara que estaba en vías de solución.

—Por mí encantado —le dije, y no sabía ella lo sincero que era en esos momentos—, ya sabes que tus deseos son órdenes, pero ¿para qué quieres que nos quedemos en Madrid? ¿Te apetece visitar, acaso, el Museo del Prado y el monasterio de El Escorial? ¿O contemplar el «Guernica» en el Reina Sofía?

Me miró como extrañándose de que yo pudiera achacarle veleidades artísticas y culturales antes de decirme que no, que no estaba para esas chorradas.

—Pero creo que deberíamos volver al barrio en el que vivía Edson Arantes con su familia —me dijo—. ¿Te acuerdas del vejete xenófobo que no dejaba de criticar a los sudacas y se pasó todo el rato motejándolos de navajeros y delincuentes? Pues, independientemente de sus opiniones, daba la impresión de ser uno de esos tipos que se entera de todo y a los que les gusta hablar de ello. Podríamos volver hasta allí y hacerle unas cuantas preguntas.

—Sí, ya lo había pensado —mentí como un bellaco para que no pareciera que iba a remolque, y o lo hice muy bien o Karmele había decidido darme una tregua, ya que no se mostró escéptica ni desconfiada—, pero no te lo he propuesto porque ese tipo de viejos no son de fiar. Con tal de que les escuches, son capaces de decirte que saben quién mató a Prim.

—Bueno, eso es lo de menos porque con el tiempo que ha transcurrido seguramente ese crimen estará ya prescrito, pero creo que deberíamos intentarlo. Es posible que tengas razón —curioso el matiz lingüístico que imprimió a su comentario. No dijo «seguro que tienes razón», que hubiese sido lo correcto, sino «es posible que tengas razón»—, pero por probar no se pierde nada.

Hice como que sopesaba profundamente su propuesta y finalmente le dije que aceptaba.

—Pero con una condición —añadí—. Los cincuenta euros que haya que pagarle al delincuente juvenil de antes para que vuelva a cuidarnos el coche saldrán de tu bolsillo esta vez.

—De eso nada —me contestó—, que aquí el de la pasta eres tú. Y si no estás de acuerdo, ya lo sabes, vete al Caribe hasta que haya pasado todo.

Otra vez el puto Caribe de los cojones. Me juré a mí mismo que cuando todo acabara me iría a Alaska, en caso de hacer falta, pero jamás, jamás, jamás, pondría allí mis pies. Aunque bien mirado, entre el frío glacial del estado más al norte de los

USA y el clima del Caribe, pues seguramente tendría que replantearme mi decisión en el futuro. No sería la primera vez ni tampoco la última que cambiaba de opinión si me convenía. En fin, a lo que iba. Finalmente mi conato de rebeldía fue sofocado y acepté apoquinar con el costo del guardacoches. De todos modos se había hecho tarde y cuando volvimos al barrio el viejo ya no estaba. Seguramente se había retirado a su domicilio, donde le esperaba un brasero y una caliente sopa de ajo. O lo que coman los jubilados con sus recortadas pensiones de mierda.

Nosotros también nos retiramos al apartamento que teníamos alquilado, en el que había una inmensa cama de matrimonio, pero cuando se lo comenté a Karmele me indicó que también se encontraba a mi disposición un hermoso sofá en el que podía dormir y reponer fuerzas antes de volver a la carga el día siguiente. Cuando protesté diciéndole que no me sentía cansado y, por tanto, no necesitaba reponer fuerzas, mi amiga me dijo que ella sí y me cerró la puerta, sin siquiera darme un casto y honesto besito de buenas noches.

En principio no teníamos ninguna prisa, ya que no habíamos pensado ninguna hora específica para volver de nuevo al barrio a buscar al vejete, pero eso no fue obstáculo para que Karmele madrugara y, lo que es mucho peor, me hiciera madrugar despertándome de mala manera, dando grandes voces y llamándome «gandul» y «perezoso». No es que esos epítetos me afectaran, a lo largo de mi vida me han llamado cosas mucho peores, pero cuando uno está plácidamente dormido que te despierten gritando, pues jode, vaya que si jode.

Una vez que me vio bien despierto me dijo que iba a ducharse, y al ver la sonrisa libidinosa que apareció en mi cara añadió que como el baño era muy pequeño y no cabíamos los dos, lo mejor sería que me vistiera y bajara a un bar que había en la esquina de la calle, donde se fijó el día anterior que ponían unas porras muy hermosas y que subiera unas cuantas para desayunar, con lo que consiguió, al mismo tiempo, que la erección que empezaba a notarse bajo mis calzoncillos desapareciera a la velocidad de la luz y desayunar posteriormente como toda una señora de las de antes. Como siempre, pagaba el pringado. O sea, yo.

Ya bien desayunados y despiertos cogimos el coche y nos fuimos en busca del yayoflauta racista, aunque según Karmele a un tipo así no podía adjudicársele ese calificativo, más bien propio de jubilados progres que se habían unido a sus nietos cuando las algaradas del 15-M. Pues bueno, pues muy bien, como ella quisiera, a mí esas disquisiciones semánticas y políticas siempre me la han sudado.

Afortunadamente en esta ocasión el yayoflauta, o el fachaflauta, si lo prefieren, se encontraba donde le habíamos visto el día anterior, sentado en una silla en el exterior de una taberna que no me atrevería a decir que había conocido mejores tiempos por miedo a equivocarme del todo, ya que después de echarle un vistazo parecía imposible que hubiese podido disfrutarlos. No se veía, en cambio, al delincuente juvenil del día anterior, lo que fue mucho peor, porque el caché del chaval que tuvimos que contratar en su lugar para que nos cuidara el vehículo era mayor, y

tuvimos, bueno, tuvimos no, tuve que desembolsar cien euros para asegurarme de que cuando volviera a subirme a él tendría todavía, por lo menos, un asiento en el que posar el culo. Supongo que para los apologetas del neoliberalismo patrio esa diferencia entre lo que cobraban los dos significaba que el libre mercado funcionaba a la perfección y si uno de esos delincuentes juveniles me cobraba más que el otro sería porque, seguramente, me daba un mejor servicio, pero en esos momentos no me encontraba yo en la mejor de las disposiciones posibles para disfrutar de las teorías económicas de san Milton Friedman y sus jodidos profetas de la escuela de Viena.

En fin, solventado ese problema logístico en condiciones francamente desfavorables para mi bolsillo, por fin pudimos acercarnos hasta el vejete y preguntarle si se acordaba de nosotros.

—¡Pues claro que me acuerdo! —chilló casi ofendido porque no nos fiáramos de su memoria, sin soltar el palillo ennegrecido que asomaba por la comisura de sus labios, seguramente era el mismo que chuperreteaba incesantemente el día anterior—. Ustedes son los gilipollas que no supieron poner ayer en su sitio a ese desgraciado sudaca que se estuvo riendo todo el rato de los españoles. ¡Si yo hubiese tenido veinte años menos!

Seguramente con veinte años menos el vejete tendría aún más de setenta, así que poco podría haber hecho contra el joven colombiano, pero me abstuve de indicárselo y, hábilmente, intenté llevar la conversación a mi terreno.

—En realidad sí les hemos puesto en su sitio —le dije finalmente bajando la voz, como si lo que fuera a contarle estuviese clasificado como de alto secreto, mientras le mostraba fugazmente mi carné de abogado colegiado, tan fugazmente que lo mismo podría haber pensado el carcamal que era la tarjeta que me acreditaba como agente del CNI—. Confío en su buen criterio y patriotismo para que no se lo cuente a nadie, pero sus vecinos no llegaron al aeropuerto de Barajas. Unos compañeros nuestros los detuvieron y ahora están ingresados en un centro de internamiento secreto que tenemos en Moratalaz.

Lo de Moratalaz lo dije para darle cierto viso de credibilidad a lo que parecía más una historia de Mortadelo y Filemón que a algo serio, pero de todos modos el dinosaurio ese me creyó. Y es que eso era algo que había visto a menudo a lo largo de mi carrera como abogado. Por gorda que sea la mentira, si la gente está dispuesta a creérsela, se la cree. Y ese viejo estaba dispuesto a creerse todo lo que le contáramos sobre sus exvecinos colombianos. Ni siquiera la cara que puso Karnele cuando escuchó lo que estaba diciendo, solo le faltaba que, como en las mismas historietas de los personajes de Ibáñez, le salieran rayos, calaveras y puñales por los ojos, le hizo dudar lo más mínimo sobre la veracidad de lo que le estaba diciendo.

—Excúseme si no puedo explicarle todo lo que gira alrededor de esa familia... —añadí con mi mejor tono conspirativo.

—Claro, claro, lo entiendo —me interrumpió el viejo, aunque yo seguí hablando, como si no le hubiese escuchado.

—... pero se trata de una investigación policial, o mejor dicho, que atañe directamente a la seguridad del estado, por lo que no puedo explayarme, como usted comprenderá. El mayor inconveniente, de todos modos, es que en quien de verdad estábamos interesados era en el cabeza de familia, pero desgraciadamente está muerto. No sé si lo sabe, pero se suicidó hace poco tiempo, en la cárcel de Valdemoro, donde le recluyeron por haber matado a un compatriota.

—Sí, claro que estoy al tanto —contestó muy ufano el tipejo—. Y si les soy sincero, no me extraña nada lo ocurrido.

—Por lo que usted dice, debo suponer que el padre era un tipo conflictivo.

—¿Quién, Edson? ¡Qué va!, si era una mosquita muerta... Aunque seguramente debía ser una pose, pero a mí no me la dio, sabía que antes o después acabaría así.

—Usted parece conocer todo lo que ocurre en el barrio —le halagué tanto que Karmele no pudo evitar que nuevamente apareciera una mueca de desagrado en su cara, pese a haber sido idea suya hablar con el contemporáneo de Matusalén—, así que seguramente estará al tanto de por qué el señor Rodríguez asesinó a su compatriota, un tal Willy Orlando. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —me contestó muy seguro—. Está claro por qué lo hizo, porque eran mala gente.

—¿También el hombre asesinado? ¿Le conocía usted?

—No, ni falta que me hacía. Eran extranjeros, sudamericanos. Gente acostumbrada a solucionar sus problemas a punta de pistola o de navaja. Con eso tengo más que suficiente, no necesito saber nada más. ¿Para qué? Si nada más verles se daba uno cuenta enseguida de que eran unos delincuentes.

Tal y como se estaba desarrollando la conversación nos dimos cuenta de que no íbamos a sacar nada provechoso del viejo. Le gustaba hablar, eso era más que evidente, pero por el mero placer de escucharse y de que le escucharan, no porque tuviera algo que decirnos. Bueno, si intentaba buscarle un lado positivo, siempre podría reprocharle a Karmele que su idea había resultado ser baldía, como le vaticiné yo en un intento por no parecer que iba a remolque de sus propuestas. Mirado desde ese punto de vista, la visita sí que había sido fructífera para mí. Pero había llegado el momento de despedirnos del viejo y así intenté hacérselo saber, aunque sin mucho éxito, porque el hombre cogió carrerilla y pese a nuestro firme y correcto «adiós, muchas gracias, nos ha sido muy útil», siguió hablando, como si no nos hubiera escuchado.

—Miren si serían unos auténticos delincuentes que, por no ser, ni siquiera eran católicos, como la mayoría de los sudamericanos. Algo bueno que tiene esa gentuza y que, sin embargo, no tenían esos desgraciados.

—¿No? ¿Qué eran entonces, si no eran católicos? —preguntó Karmele que, por primera vez, parecía estar interesada en la conversación, pese a haberla propuesto ella.

—Pues que iban a ser —farfulló el viejo—. ¡Testículos de Jehová!

—¿Testigos de Jehová, quería decir? —más que preguntarle, lo que hizo Karmele fue corregirlo.

—Sí, eso, claro, Testigos de Jehová, la gente esa que no acepta transfusiones de sangre. Por mí de puta madre, así se mueren todos y nos dejan en paz a los españoles que seguimos profesando la única religión verdadera.

El émulo tardío de Daoiz y Velarde había pasado de echar pestes y culebras contra los extranjeros a mostrar su animadversión contra todos aquellos que no fueran católicos, y si podían combinarse ambas cosas tanto mejor, pero no estábamos para escuchar sandeces, así que nos despedimos deseándole suerte en su cruzada para limpiar España. Bueno, se lo deseé tan solo yo, ya que Karmele no estaba por la labor. Por lo que sí estaba, en cambio, era por seguir la pista de los Testigos de Jehová.

—¿De qué pista me hablas? —le pregunté tras abonar los cien euros de rigor al delincuente juvenil que nos había cuidado el coche y recuperarlo, aparentemente intacto—. ¿Qué crees que tienen que ver los Testigos de Jehová con lo que estamos investigando? ¿Acaso tenía Aurelio relación con esa secta, iglesia, confesión religiosa o como quieras que la denomine para que no me critiques por ser incorrecto políticamente?

—Que yo sepa, nada. No creo que mi padre tuviese ninguna relación con los Testigos de Jehová, salvo por el hecho de que era extremadamente paciente y amable y si una pareja tocaba el timbre de su puerta para darle la chapa les habría atendido con toda la educación del mundo y les habría despedido con buenas palabras, pero sin dejarse convencer. Ya sabes que no era un hombre excesivamente religioso.

—Entonces, ¿para qué quieres seguir lo que tú llamas «pista de los testigos de Jehová»?

—Joder, Markel, pareces tonto. Si Edson Arantes era testigo de Jehová, seguramente tendría confianza con los pastores o curas o, bueno, no sé cómo se llaman los dirigentes de esa religión, ni si tienen algo parecido a nuestra confesión, pero en caso de existir alguien así, quizás podría contarnos algo más sobre él.

Era curioso, aunque Karmele, lo mismo que yo, hacía tiempo que dejó de frecuentar las iglesias, la educación recibida le hacía hablar de «nuestra confesión», como si todavía se considerase católica. Quién sabe, quizás aún lo era a su modo pecador y follador, hoy en día nada es lo que parece. De todos modos yo no confiaba mucho en que eso sirviera de nada, pero tampoco tenía sentido oponerme. Al fin y al cabo cuando empezó todo esto yo mismo me entrevisté en Bilbao con el párroco católico del barrio en el que vivía Aurelio Mentxaka y negarme a hacer lo propio aquí, en Madrid, con el párroco o equivalente de la familia Rodríguez hubiese sido algo así como reconocer que, según el caso, utilizo dos varas diferentes de medir. En lugar de eso, decidí apabullarla con mis conocimientos, adquiridos cuando tuve que asesorar a una de sus congregaciones. Y es que a la hora de aceptar clientes nunca han sido obstáculo mis inexistentes creencias políticas, religiosas o de cualquier otro

tipo. Si se vislumbra dinero en lontananza, soy un buen ciudadano y jamás discrimino a nadie.

—Se llaman ancianos. Los pastores o curas de los testigos de Jehová se llaman ancianos, y se reúnen semanalmente en lo que llaman «salones del reino», que son el equivalente a las iglesias o templos católicos. En cuanto a lo de si tienen un equivalente al sacramento de la confesión, creo que no, pero no lo puedo asegurar.

Karmele me miró con una cara en la que podían verse tanto retazos de admiración como de escepticismo, como si pensara que ya había vuelto a consultar la Wikipedia, pero tras asimilar la información que acababa de proporcionarle me pidió que buscara en Internet dónde se encontraba el salón del reino más cercano al domicilio de Edson Arantes Rodríguez. No estaba muy lejos de allí, así que nos pusimos nuevamente en marcha.

Tuvimos suerte, porque aunque en los últimos tiempos este parece el país de la cita previa, ya nadie te recibe sin llamar antes a uno de esos teléfonos que dicen «si quiere hablar con Administración marque el 1 y espere sentado, si quiere hablar con Información marque el 2 y cárguese de paciencia, si quiere que le resolvamos un problema marque el 3 y jódase, porque no estamos para esas chuminadas», encontramos a uno de los ancianos, o al único de ellos, no lo sé ni lo pregunté, en el entresuelo de un viejo edificio que hacía las funciones de salón del reino, que se mostró dispuesto a atendernos, eso sí, después de que hiciéramos un donativo para la congregación. En eso no se diferenciaban para nada del resto de confesiones religiosas. Incluso podría decirse que tampoco se diferenciaban de las confesiones ateas. Y es que cuando hay dinero de por medio, la existencia o inexistencia de Dios es algo contingente, no necesario.

—¿Qué es lo que desean saber exactamente de Edson Arantes y su familia? —nos preguntó el anciano una vez nos hubimos acomodado en las sillas que puso a nuestra disposición, aunque lo de «acomodados» era un eufemismo ya que las sillas debían estar fabricadas a posta para conseguir que las visitas pesadas e inoportunas se largaran cuanto antes—. Debo decirles que lamenté mucho lo ocurrido, si bien tampoco me extrañó demasiado.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Acaso era un hombre violento? Hasta ahora todo el mundo nos ha dicho lo contrario, que era un hombre extremadamente pacífico.

—Bueno —se revolvió incómodo el anciano en su silla, pese a que tenía aspecto de ser mucho más cómoda que las nuestras, lo que por otra parte tampoco era muy difícil—, no se trata de eso, nunca dio señales de ser un hombre violento, pero cuando la gente se aleja del mensaje de Dios, ya saben lo que les pasa.

La verdad es que no lo sabía. De hecho, yo me había alejado hacía mucho tiempo de ese mensaje y, hasta esos momentos, no podía quejarme de cómo había transcurrido mi vida, así que le solicité que fuera más concreto.

—En realidad jamás tuve ninguna queja de él, pero cuando uno se suicida..., en fin, supongo que en la mente de un suicida puede haber muchas cosas que nosotros



no comprendemos que le hayan obligado a tomar la decisión, pero si Dios nos da la vida está claro que el suicidio es un acto contra el mandato divino. Solo Dios nos dio la vida y solo él nos la puede quitar.

Sí, por supuesto, y el cáncer, y un coche que no respeta el paso de cebra, y un marido celoso, no te jode. Aunque claro, para el anciano eso, en todo caso, solo sería una muestra de las herramientas de las que puede valerse Dios para putearnos de un modo definitivo e irreversible.

—Pero aparte de eso —continuó—, es verdad que se trataba de un hombre pacífico y que para mí, como para el resto de la congregación, fue una sorpresa que asesinara a un hombre. Jamás me lo hubiera imaginado, aunque bueno —sonrió—, eso es lo que dicen siempre los vecinos y conocidos de una persona a la que detienen por asesinato, que jamás se lo hubieran imaginado, ¿no es cierto?

—El hombre asesinado, ¿era también testigo de Jehová? —intervino por primera vez Karmele.

—Que yo sepa no —contestó el anciano—. Al menos, en caso de serlo, no pertenecía a nuestra pequeña comunidad. De todos modos, nuestros fieles no tienen la costumbre de matarse los unos a los otros.

—Ya, lo entiendo, aunque imagino que tampoco tendrán la costumbre de matar a gente de otras creencias —no pude evitar que el comentario me saliera una pizca irónico.

—Por supuesto que no, pero es que yo creo que el señor Rodríguez se había alejado ya de nuestra fe, me imagino que por eso hizo lo que hizo. Y eso que cuando nos enteramos de lo ocurrido intenté ponerme en contacto con él, por si podíamos ayudarle en algo. Entiéndame, no se trataba de ayudar a un asesino, sino de intentar que, en la medida de lo posible, fuera consciente de la monstruosidad de lo que había ocurrido y que volviera al buen camino. Pero se negó a recibirme y hablar conmigo.

—¿Y con la familia? ¿Se puso en contacto con la familia? —preguntó, a su vez, Karmele.

—Lo intenté también, pero sin mucho éxito. En realidad su mujer nunca fue una auténtica creyente, yo creo que nos despreciaba casi tanto como despreciaba a su marido. No ponga esa cara, señorita —se dirigió a Karmele, que había torcido el morro al oír lo anterior, de nuevo la solidaridad entre las hembras de la especie—, usted me ha hecho una pregunta y yo le he respondido. Esa mujer era perversa, un auténtico diablo, créanme. Nos utilizó cuando los problemas le desbordaban, pero luego no supo corresponder cuando le sonrió la fortuna. Un auténtico pozo de egoísmo, eso es lo que es esa señora —al pronunciar esta última palabra, «señora», un gesto de asco y desdén apareció en su cara, como si pensara que utilizarla para hablar de la mujer del difunto Edson Arantes fuese una auténtica blasfemia.

—¿A qué tipo de problemas se refiere? —volvió a preguntar Karmele.

—Bueno, en primer lugar los problemas a los que se enfrentan todos los inmigrantes, supongo que ustedes también habrán pensado en ello: la residencia, el

trabajo, los problemas económicos. En fin, lo de todos los días. Nosotros intentamos ayudar en lo que podemos, que desgraciadamente es muy poco, no somos tan ricos como la Iglesia católica —no parecía decirlo en tono de crítica, sino con envidia—. Y luego está lo de Héctor Melquíades, el hijo pequeño.

—¿Qué problema tiene Héctor Melquíades? Aparte del nombrecito, por supuesto, que hay que tenerlos muy bien puestos para poner a un hijo ese nombre, incluso aunque sospeches que tu mujer te la ha pegado con el repartidor del Carrefour —pregunté, ganándome una furibunda mirada de Karmele. Como si ella en el fondo no pensara lo mismo, la muy hipócrita.

—¿No lo saben? —preguntó asombrado. Estuve a punto de decirle que si lo supiera no se lo hubiese preguntado, pero me abstuve de hacerlo. Una de las cosas que he aprendido a lo largo de mi vida es que no hay que enemistarse con el clero, aunque sea el clero de los Testigos de Jehová—. El pobre chico tiene el síndrome de Tourette.

—¿Cuál? ¿Ese que hace que insultes a todas horas a todo el mundo? —no pude reprimir el deseo de impresionar a Karmele con mi vasta y enciclopédica cultura—. No me extraña que la madre le dé unas hostias como unos panes —aproveché que no estaba hablando con un cura católico para utilizar esa expresión tan castiza sin que me cayera un nuevo chorreo— cada vez que el chaval abre la boca.

—Sí, bueno, ya le he dicho anteriormente que la madre es un bicho, pero el crío no tiene la culpa. En fin, intentamos ayudarlo en lo que pudimos, pero poco se puede hacer ya, ahora que se han vuelto a su país. Y ni siquiera nos han hecho un miserable donativo. Ya ven, así de desagradecida es la gente. Cuando no tenían ni un miserable euro les ayudamos en todo lo que pudimos, pero cuando les cambió la fortuna se olvidaron de nosotros.

—¿El señor Rodríguez padecía también de ese síndrome? —preguntó Karmele.

—No, todo lo contrario, era un hombre muy educado. Entiéndame, quienes sufren ese trastorno no es que vayan insultando a la gente por ser maleducados, no, es algo que no pueden evitar, pero es que se trataba de un hombre extremadamente amable. Aunque está claro que nunca conocemos del todo a las personas.

Coincidimos con el anciano en tan sagaz apreciación y al de pocos minutos nos despedimos de él, ya que no conseguimos sacar nada más en claro ni ninguna información que pudiera resultarnos de utilidad. O eso era lo que pensábamos en aquel momento.

Volví a acordarme de esos detectives de novelas o películas a los que, de repente, les viene algo así como una momentánea ráfaga de inspiración al cerebro gracias a la cual, si no en ese mismo instante —hay que mantener el suspense del espectador o lector—, unos fotogramas o páginas más tarde recuperan lo que estaba cruzando por su cabeza y solucionan brillantemente el crimen. Algo así necesitábamos nosotros, pero ni en mis más profundos sueños conseguía vislumbrar un remoto esbozo de lo que estaba buscando. Y aunque todavía no lo sabía, iba a necesitarlo lo más pronto

posible. Porque no hay que ser un fervoroso creyente en las leyes de Murphy para saber que si algo puede empeorar, empeorará inexorablemente. No sé si ese tal Murphy era o no un buen tipo, aunque seguramente sus familiares y amigos le tendrían cariño, pero de lo que sí estoy seguro es de que tenía que ser, sí o sí, un auténtico tocapelotas.

El problema estribaba en que de todos modos, con Murphy o sin Murphy, si no me venía algún tipo de inspiración no me quedaba más remedio que reconocer que me encontraba en «stand by». O para que me entiendan mejor los que no tienen ni repajolera idea de inglés, que me encontraba en la puta inopia. Pero la inspiración no llegaba. Y eso que lo intenté con ganas, incluso empecé a decir eso de «ommmm» mientras cerraba los ojos y extendía los brazos a los costados, como si pidiera a todas las deidades hindúes que se apiadaran de mí, pero nada, no hubo manera, ni siquiera llegué al nirvana. O esa técnica dhármica (no, no soy tan culto, simplemente manejo bien el buscador de Google) era un auténtico engaño o yo no tenía la suficiente fe ni confianza y por eso mis resultados eran baldíos.

De todos modos no estoy seguro de si cerré del todo los ojos o si los crucé a lo Marujita Díaz, ya que Karmele me preguntó si me había vuelto bizco, antes de decirme que daba igual, que de lo que estaba segura era de que no me encontraba en mis cabales. Lo que según se mire era cierto, claro, ¿cómo podía estar en mis cabales si me encontraba totalmente perdido y metido en un asunto que podría hacer peligrar mi vida? Joder, no iba a estar dando saltos de alegría, precisamente. Que bizqueara un poco o incluso que durante segundos se me fuera la olla a otras dimensiones astrales era lo menos que me podía pasar. Aunque reconozco que hablar de nirvana, técnicas dhármicas o dimensiones astrales no era, al menos en mi caso, un síntoma de lucidez mental.

—No me ocurre nada —le contesté, finalmente, a Karmele, haciendo ímprobos esfuerzos por volver al planeta Tierra—, simplemente estaba concentrado.

—Pues vaya modo de concentrarte que tienes, chiquillo. Pensaba que ibas a echar espuma por la boca en cualquier momento. Y qué, ¿has sacado algo en concreto de tanta concentración?

Iba a contestarle con algún exabrupto, la verdad es que se lo tenía más que merecido, cuando algo que vi en la calle me hizo cambiar rápidamente de pensamiento y, sobre todo, de palabra, que no de omisión, ya que prácticamente chillé casi sin ser consciente de que lo hacía.

—¡El móvil! —grité, para luego volver a repetir con voz más baja aunque la expresión fuese más contundente—. El puto y jodido móvil.

—¿El móvil? —repitió Karmele, entre extrañada y esperanzada—. ¿Acaso conoces ya el móvil de los asesinatos? Al final va a resultar que eres todo un Sherlock Holmes.

—No, no me refiero a ese tipo de móvil —le contesté—, sino al del teléfono.

Hasta que no había visto, hacía unos segundos, a una chica con más *piercings* clavados en sus cejas que todas las flechas que los sioux utilizaron en la batalla de Little Big Horn, cuando mandaron a tomar por saco al coronel Custer y el Séptimo Regimiento de Caballería, teclear como una posesa en su teléfono móvil a un ritmo

más veloz, con un solo dedo, que mi secretaria en el ordenador con todos los suyos, no me había dado cuenta de que el teléfono móvil no me había sonado en todo el día.

—¿Y eso te preocupa? —me contestó más que preguntó, con tono indignado, Karmele—. Deberías estar contento. Eso del móvil, aunque tenga su utilidad, en el fondo no deja de ser una esclavitud. No está mal que por un día te dejen tranquilo. El mío tampoco ha sonado, pero porque lo he desconectado a propósito.

—No lo entiendes —le dije al borde de la angustia—. Para mí el móvil es como una segunda oficina. Sin él estoy perdido. Ojo —intenté arreglarlo sin mucho éxito—, no le busques tres pies al gato, no es que esté enganchado a él, sencillamente es una herramienta más de trabajo, y del mismo modo que no puedo prescindir del despacho, del ordenador ni de mis empleados, tampoco puedo prescindir del móvil —finalicé en el tono más digno que pude, aunque ni siquiera a mí me pareció convincente lo que acababa de decir.

—Pues no te agobies más, chico. El asunto tiene fácil solución. Sácatelo del bolsillo, o de la chaqueta, o de donde lo lleves, y échale un vistazo, a ver qué es lo que ha ocurrido.

Desde luego, no seré yo quien niegue el pragmatismo que parece inherente a los seres humanos de género femenino, así que le hice caso y cogí mi móvil. Resultó que no se me había estropeado, sino que estaba sin batería. Enfrascados como estábamos en averiguar lo que había ocurrido con el bueno —y difunto— de Edson Arantes Rodríguez, se me había olvidado cargarlo. Afortunadamente tenía fácil solución, le comenté a Karmele. No teníamos más que volver al coche, a fin de cuentas ya no había nada que nos retuviera en aquel barrio, y cargarlo mientras nos dirigíamos hacia el apartamento que habíamos alquilado para los días que íbamos a estar en Madrid.

Volví a acordarme de Murphy y de la madre que lo parió, seguramente una buena mujer, pero que no tuvo la inteligencia de estrangular a su retoño cuando lo trajo al mundo, porque el coche que también habíamos alquilado para lo que suponíamos una breve estancia en la capital de España no poseía un cargador de móvil. Si en lugar de alquilar un vehículo en una agencia de esas que en sus prospectos publicitarios ofrecían todos los servicios imaginables e inimaginables, como si en lugar de dedicarse a arrendar coches sin conductor fuesen clubes de alterne de carretera, hubiésemos robado uno a nuestro gusto, nos habría ido mucho mejor. El problema estribaba en que yo no sabía cómo abrir un coche sin llaves ni tenía la menor idea de cómo se hacía un puente, así que en su momento deseché esa idea tan pronto como me vino a la cabeza. Seguramente Karmele sí que era capaz de hacer ambas cosas, pero opté por no preguntárselo. Digamos que en contadas ocasiones tiendo a ser prudente. Por lo que pueda pasar. O puedan contestarte.

Entendámonos. Era cierto lo que le acababa de decirle a Karmele, no soy ningún colgado del móvil ni ningún adicto a las redes sociales, pero era también cierto que debido a mi profesión resulta una herramienta de trabajo no solo útil sino

imprescindible. De hecho no recordaba ni un solo día en los últimos años en los que no hubiera recibido alguna llamada, SMS o whatsapp importantes. También recibía mucha basura, como todo el mundo, pero no hacía ni caso, aunque en ocasiones hasta que no contestas la llamada o lees los mensajes no sabes que lo son. Y puesto ya a autojustificarme, tengo que decir así mismo que nunca he sido supersticioso, entre otras cosas porque trae muy mala suerte. Sí, lo admito, es un chiste tan viejo como malo, pero qué le vamos a hacer, no se puede ser ingenioso y original las veinticuatro horas del día. A lo que iba, que aunque no me considero una persona supersticiosa ni sugestionable, el percatarme de que llevaba más de un día sin tener noticia alguna del mundo exterior me sumió en una profunda desazón, como si presagiara que algo malo estaba ocurriendo. Y cuando el lado racional de mi personalidad intentaba controlar tan lúgubres pensamientos, aparecía el cabrón de Murphy para susurrarme al oído, en voz bajita, eso de que no me hiciera ilusiones, que estaba completamente jodido, porque cuando algo puede ir mal, seguramente irá mal.

Afortunadamente llegamos enseguida al apartamento. Me imagino que el hecho de saltarme tres semáforos en rojo ayudó bastante, pero ¿a quién le importa incumplir unas nimias ordenanzas de tráfico cuando están en juego cosas mucho más importantes? Eso es, al menos, lo que le contesté a una histérica Karmele cuando me recriminó que había puesto en peligro nuestras vidas, sin conseguir convencerla. Subí las escaleras de tres en tres, sin esperar al ascensor, lo que por otra parte no tiene mucho mérito ya que el piso que habíamos alquilado estaba ubicado en la primera planta, y en cuanto encontré un enchufe puse a cargar la batería, sin quitarme la chaqueta ni los zapatos. En el estado de ansiedad en el que me encontraba no estaba yo cómo para ponerme a hacer un amago de *streak-tease*.

Aun así tuve que esperar un tiempo que se me hizo eterno, ya que al quedarse sin batería el móvil se apagó, y no me quedó más remedio que encenderlo de nuevo, teclear el pin y aguardar a que el aparatito me anunciara, con su absurda música, que ya estaba disponible. Como ya me lo había imaginado, la pantalla estaba totalmente llena con los avisos de las llamadas perdidas y los mensajes que el teléfono había ido recibiendo mientras lo tenía fuera de servicio.

Me disponía a abrirlos para saber de qué trataba cada uno cuando el sonido de llamada me interrumpió. Durante unos pocos instantes pensé no cogerlo, e ir mirando por orden los recibidos anteriormente, pero en la pantalla apareció una fotografía de Pilar, mi secretaria, y su número de teléfono. La fotografía no era nada favorecedora, pero eso no me extrañó, una de las pocas certezas universales en las que yo creía era, precisamente, que ninguna fotografía podía favorecer a Pilar. Y no es que estuviese mejor al natural, es que estaba igual de mal en fotografía que en persona. Pero como no la había contratado por sus cualidades físicas, sino por las profesionales, decidí dejar para más tarde la lectura de los mensajes pendientes y contestarle. Entre otras cosas, porque tenía contabilizadas veintisiete llamadas perdidas suyas.

—¿Qué ocurre, Pilar? ¿Qué es tan urgente que no has dejado de llamarme a todas

horas? Con una llamada es suficiente, ya sabes que siempre te las devuelvo lo antes posible.

Intenté que mi tono, sin dejar de ser lo más cordial posible en esas circunstancias, sí dejara bien claro quién estaba al mando, pero en ningún momento pretendí lastimarla u ofenderla, por eso me quedé totalmente estupefacto cuando, en lugar de unas palabras de excusa, Pilar era muy proclive a excusarse ante mí, incluso aunque no hubiese cometido ningún fallo, lo que percibí a través del móvil fueron unos sollozos entrecortados e hipidos que pronto se transformaron en una llorera de esas que uno solo cree posible en los bebés a las tres de la madrugada, cuando tú estás sumergido en el mejor y más profundo de los sueños y la pequeña bestezuela intenta decirte, de ese modo tan estridente y jodedor, que ha llegado el momento de cambiarle el pañal y limpiarle el culo.

—Pero bueno, Pilar —estallé—, ¿quieres dejar de llorar y decirme de una santa vez qué es lo que ocurre?

Lo de «santa vez» era un eufemismo, por supuesto, pero es que no me gusta pronunciar exabruptos delante de mis empleados. Con despedirles fulminantemente sin derecho a indemnización creo que es más que suficiente, no hace falta ser grosero ni utilizar para nada la violencia verbal, no es mi estilo. De todos modos no conseguí que se calmara ni se explicara, así que Karnele, que estaba casi igual de intrigada que yo, me quitó el teléfono aduciendo eso de que entre mujeres se entienden mejor, pero debió de salirle el tiro por la culata ya que en lugar de pasarme por los morros eso de cómo funcionaba la complicidad femenina me devolvió el teléfono entre confundida y enfadada.

—Ha dejado de llorar —me dijo—, pero en lugar de explicarme el motivo de sus llamadas ha dicho que yo era una zorra redomada y una puta con estudios. Joder, no lo entiendo, ¿qué puede haber de malo en tener estudios?

Intenté explicarle que Pilar estaba enamorada perdidamente de mí y que la veía a ella como a una rival peligrosa, pero ante la extrañeza de Karnele, que no entendía que mi secretaria, habiendo convivido conmigo todos los años que había convivido, pudiera albergar sentimientos positivos hacia mi persona, opté por no insistir y de nuevo me puse en contacto con mi empleada. Una cosa buena había tenido su corta aunque lapidaria conversación con Karnele y era que había vuelto en sí y estaba dispuesta a hablar. Se ve que lo mismo que un clavo saca otro clavo, un *shock* saca otro *shock*. Pero lo que por fin pude escuchar no me aclaró gran cosa.

—Jefe, júreme por lo que más quiera que no ha sido usted, júremelo —repitió incesantemente durante dos o tres minutos, hasta que no me quedó más remedio que preguntarle qué era lo que tenía que jurarle.

—Pues qué va a ser —me explicó, entre digna y atemorizada—, que no ha sido usted el que ha ordenado quemar el despacho.

—¿El despacho? ¿Qué despacho?

—¿Pues cuál va a ser, jefe? El suyo. El de «Markel Zugasti Abogados».

—¿Mi despacho? ¿Quemado?

Había llegado mi turno de ponerme histérico y lo aproveché a conciencia, tanto que durante mis buenos cinco minutos no dejé que Pilar intercalara ni una nueva palabra. Finalmente, aprovechando que paré unos segundos para respirar, me explicó lo que había sucedido. La noche anterior las oficinas en las que se encontraba mi bufete habían ardido, no dejando ni un mueble sano, mucho menos un papel. Eso último no me importaba demasiado, en la era de la Informática toda la información que me interesaba conservar para la mejor llevanza de mis negocios la mantenía a buen recaudo por medios electrónicos, pero el asunto olía mal, muy mal, y no precisamente por culpa del humo que habría generado el incendio. Además, según un primer informe evacuado por el Cuerpo de Bomberos —transcribo literalmente lo que me dijo mi secretaria—, el incendio se originó simultáneamente en cuatro puntos distintos del despacho. O sea, que fue provocado. Y para colmo de desgracias, o de desatinos, según se mire, la Ertzaintza sospechaba que había sido yo el autor de los incendios.

—Pero eso no es posible —farfullé más que hablé—. Tú misma sabes que llevo varios días lejos de Bilbao, en Madrid concretamente, y además puedo probarlo.

—Sí, ya sé, con ese putón verbenero que se hace pasar por cliente suya, aunque a mí no me la da, pero eso no tiene la menor importancia. Podría haber contratado a unos sicarios para que hicieran el trabajo mientras usted estaba en Madrid, todo el rato dale que te pego.

Lo de esta chica empezaba a ser obsesivo, pero obviamente ese era el menor de mis problemas. Por otra parte, al percatarme del tipo de lenguaje que acababa de utilizar, estuve tentado a prohibirle que viera series policiales en la televisión o leyera novelas policíacas, pero no me iba a hacer ni caso. Además, el único modo de controlar que cumpliera con ese mandato consistiría en irme a vivir con ella y, sinceramente, antes preferiría comprobar las bondades y virtudes del voto de castidad. Despedirla tampoco era una solución interesante por dos razones. La primera, profesional, porque Pilar era una estupenda secretaria y excelente trabajadora que pese a su fijación con mi persona, o quizás gracias a ella, me había sacado las castañas del fuego en más de una ocasión. La segunda, más pragmática y menos sentimental, estribaba en que si empezaba a despedir al personal del despacho, las absurdas sospechas de la Ertzaintza seguirían siendo absurdas, pero se acrecentarían aún más si cabe.

Cuando, tras hercúleos esfuerzos, conseguí tranquilizar a Pilar y convencerla de mi inocencia, corté la comunicación y me puse en contacto con mi compañía de seguros. Fueron muy educados y discretos, pero lo que vinieron a decirme fue que, de momento, me olvidara de cobrar ni un misérrimo céntimo de euro por el siniestro y, aunque muy veladamente, me comentaron que me preparara porque no sería nada extraño que incluso acabaran querellándose contra mí por un presunto delito de estafa. Cuando, en un intento de responder a su amabilidad de una manera igual de



exquisita, les recordé que en mi poder obraban documentos que podrían dejar en muy mal lugar a la compañía, me replicaron diciendo que las cosas estaban como estaban y que no tenía que considerarlo como algo personal, incluso insinuaron algo así como que debía tomármelo con más deportividad, momento en el que corté la comunicación.

Se me antojaba imperioso actuar y adelantarme, dentro de lo que fuese posible, a los acontecimientos, así que intenté ponerme en contacto con Leopoldo de Marcos, pero no me fue posible. Ni telefónicamente ni de ningún otro modo. Recordé de repente, con un escalofrío, que entre los clientes de mi detective de cámara se encontraban varias compañías de seguros, algunas de ellas gracias a mi recomendación y buenos oficios. Busqué en el móvil la página web de «Leopoldo de Marcos y Asociados, SL, Asesoramiento General e Informes Confidenciales» y en el enlace en el que, a modo de publicidad, aparecían las empresas que contrataban habitualmente sus servicios estaba mi compañía aseguradora, en el caso de que aún pudiera considerarla como mi compañía, pero había sido eliminada toda referencia a «Markel Zugasti Abogados». La situación debía parecer muy negra cuando las ratas empezaban a abandonar el barco. Y el hecho de que el capitán también fuera una rata, quizás la más ponzoñosa, como me recordó dulcemente Karmele, no era ninguna excusa.

De todos modos no me dio tiempo a flagelarme excesivamente, ya que aprovechando que la conexión había sido recuperada, una nueva llamada entrante apareció en mi móvil. Estuve tentado de cortar la comunicación cuando vi que en la pantalla aparecía «Ander González Ertzaina», pero de nuestra primera, y por el momento única, conversación salí con la idea de que era un madero tenaz y persistente que no aceptaba nunca una negativa por respuesta y que, como a veces se representa a ese tipo de policía en las caricaturas, era lo más parecido a un sabueso que no suelta el hueso una vez que lo ha agarrado con sus dientes.

—¿Qué desea, oficial? —le pregunté nada más dar paso a su llamada, aunque sabía perfectamente qué era lo que el *ertzaina* deseaba o, al menos, por qué quería hablar conmigo.

—Ya era hora de que contestara, señor Zugasti. Llevo todo el día intentando hablar con usted.

—Lo siento, pero me quedé sin batería y hasta hace poco no he cargado el móvil, por lo que he estado aislado del mundo. Aunque antes de que me lo pregunte tengo que decirle que sí, que estoy al tanto de lo que ha ocurrido en mi bufete. Y también me ha comunicado mi secretaria que el incendio ha sido intencionado y que se sospecha que he sido yo el autor del mismo. Es totalmente absurdo, cualquiera que me conozca sabría perfectamente que en mi caso no gano nada con el incendio, sino que me perjudica no solo económica sino también profesionalmente.

—Ya veo que efectivamente está al tanto de todo. Del mismo modo que veo que su estancia en Madrid mientras ocurrían los hechos le proporciona una estupenda

coartada. Aunque, por usar sus mismas palabras, cualquiera que le conozca sabría perfectamente que usted nunca se ensucia las manos en persona y que, llegado el caso, no tendría problemas para conseguir que otras personas le hicieran el trabajo.

Me quedé helado al oír las palabras de González. No por lo que acababa de insinuar, al fin y al cabo tanto Pilar como el empleado de la aseguradora ya me habían comentado que era el primer sospechoso en la lista de la Ertzaintza, sino porque acababa de confesarme que sabía dónde me encontraba en esos momentos, pese a que yo no se lo había dicho a nadie y había procurado no dejar ni el menor rastro de mi visita a la villa y corte. Además, no creía que el decírmelo abiertamente hubiese sido un desliz del *ertzaina*. Le conocía desde hacía muy poco tiempo, pero aun así le tenía catalogado como un tipo astuto e inteligente.

—¿Acaso me están siguiendo o interceptando mis comunicaciones? Supongo que sabrá que eso es ilegal, si no lo autoriza un juez.

—Por favor, señor Zugasti, jamás se nos ocurriría hacer algo ilegal. Somos la Ertzaintza, ¿sabe?, nosotros somos los buenos —me pareció adivinar, en la distancia, que González se estaba riendo de mí—. Digamos que de momento ningún juez le ha colocado en su punto de mira, pero que a pesar de ello, casualmente, nos hemos enterado de dónde se encuentra en estos momentos. Y es que, a pesar de lo que a veces la gente cree, la policía no es tonta. Pero dejémonos de florituras dialécticas y vayamos al grano; ¿cuándo piensa regresar a Bilbao?

Decidí ganar tiempo e intenté convencerle de que no me iba a ser posible ya que había tenido que llevar mi coche a un garaje porque habían surgido unos problemas en la dirección y no sabía cuándo me lo iban a poder entregar.

—Déjese de historias, señor Zugasti, que ya le he dicho que en la Ertzaintza no nos chupamos el dedo —a pesar del sentido de sus palabras, no parecía enfadado sino que tenía toda la pinta de estar divirtiéndose a mi costa—. Sabemos que su coche, sus dos coches para ser más exactos, se encuentran en perfecto estado en el aparcamiento del Azkuna Zentroa, en el que usted posee dos plazas, y que para trasladarse a Madrid alquiló un vehículo a nombre de Karmele Mentxaka Olabe. Y también sabemos que la compañía que le alquiló el vehículo tiene oficinas en Madrid, así que puede devolvérselo nada más finalizar esta conversación y dirigirse, en cuanto hayan hecho su equipaje, al aeropuerto de Barajas. Hemos comprobado que a las ocho de la tarde sale un avión para Bilbao y lo hemos arreglado todo para que les reserven dos plazas. Eso sí, más le vale llamar antes de una hora si no quiere que sean anuladas. Lo que no sería nada conveniente, ni para nosotros ni, sobre todo, para usted. ¿Lo entiende?

Lo entendía perfectamente y así se lo dije, quizás porque por primera vez en mi vida desde que me colegié como abogado, estaba tan estupefacto que no tenía palabras ni argumentos para oponerme a lo que, sin la menor duda posible, no era un ruego ni una sugerencia sino una orden taxativa.

—Así me gusta, señor Zugasti. Ah, se me olvidaba. Tenemos la suficiente influencia como para conseguir que le reserven dos billetes de avión para Bilbao,

pero nuestro presupuesto es bastante escaso, así que los billetes deberá pagarlos usted de su bolsillo, confío en que este pequeño detalle no le incomode. Pero como compensación, no tendrá que gastarse ni un euro en autobús o taxi, le estaremos esperando en Loiu, en el área de llegadas. Eso sí, no desplegaremos un cartel que muestre su nombre, pero no se preocupe, porque le reconoceremos sin ningún problema.

A la hora prevista aterrizamos en La Paloma y, como me había indicado González, un par de *ertzainas* me estaban esperando. Por lo menos tuvieron la delicadeza de ir vestidos de paisano, sin uniforme, aunque desprendían tal aire de madero que supongo que todas las personas que se encontraban transitando en ese momento por el aeropuerto tuvieron que darse cuenta de cuál era su oficio. De un modo cortés se disculparon con Karmele por no poder llevarla en coche hasta el centro de la ciudad ya que, al parecer, solo les habían ordenado que me transportaran a mí, en un coche sin ningún tipo de distintivos. Pese a que lo pregunté en reiteradas ocasiones, mis custodios no me explicaron si estaba o no detenido, aunque cuando les dije que, en ese caso, les agradecía el viaje, pero que deseaba apearme del vehículo policial, se sonrieron y me aconsejaron que no hiciera el gilipollas ni me pasara de listo. Por fin, poco tiempo después de ese amago de rebeldía rápidamente cercenado por los representantes del orden público, me depositaron en la comisaría que la Ertzaintza tiene en Ibarrekolanda.

Una cosa tengo que decir en favor de las fuerzas policiales de mi ciudad, no me hicieron esperar ni un segundo una vez me trasladaron a la comisaría. Yo pensaba que, como sucede en las películas, me iban a tener aburrido durante tres o cuatro horas hasta que alguien se dignara a atenderme, para ver si así me ponía nervioso y, como se suele decir, me cocía en mi propia salsa, pero al parecer el oficial González no era de esos a los que les gusta perder el tiempo y nada más ser informado de nuestra llegada salió a recibirme y tras darme la mano muy sonriente y agradecerme hipócritamente que hubiera acudido tan pronto a su llamada, como si no fuera él quien lo había urdido todo en ese sentido, me escoltó hacia una dependencia que, para mi sorpresa, no era una sala de interrogatorios sino su propio despacho. Curiosamente ese hecho no me tranquilizó. En la sala de interrogatorios tenía derecho a asistencia letrada y la conversación se grabaría de acuerdo con los protocolos de actuación en vigor, pero escuchar eso de que «tan solo se trata de tener una charla informal, como amigos», según me dijo el *ertzaina*, me produjo malas vibraciones. Y no solo porque no fuéramos amigos, ni yo deseara que lo fuéramos, sino porque ya me había percatado, en nuestro anterior encuentro, de que González era un cabrón que no daba puntada sin hilo.

—¿Desea tomar algo? —me preguntó, una vez acomodados ambos en su despacho—. Lamentablemente no puedo ofrecerle ninguna bebida que contenga alcohol, pero sí café, té o refrescos.

—Olvidémonos de los preámbulos y vayamos al grano —le contesté, sin añadir

que hablando de granos él era uno que me había salido en el culo. Con los policías es mejor no hacer bromas, habitualmente no suelen tener sentido del humor. De todos modos aceptó mi envite y sin más contemplaciones me hizo una pregunta directa.

—¿Por qué se trasladó a Madrid hace unos cuantos días y ha permanecido allí hasta ahora, señor Zugasti?

—Por turismo. Es una ciudad encantadora, no sé si la conoce, con su Museo del Prado, el Reina Sofía, la Plaza Mayor, el Rastro, la Puerta del Sol, la lotería de Doña Manolita, el Santiago Bernabéu. En fin, lo típico y tópico.

—Comprendo —dijo sonriente González. Eso fue lo que más me acojonó, que en lugar de enfadarse me sonriera—. Dichoso usted que tiene tiempo para hacer turismo. Dichoso y afortunado, porque gracias a su estancia en Madrid no vivió en directo el incendio producido en su bufete.

—Sí, en eso tiene razón —hice como que estaba de acuerdo con él, aunque intuía por donde iban los tiros—, fue una auténtica suerte. No quiero ni pensar lo que me podría haber ocurrido de haberme encontrado trabajando en el despacho en esos momentos.

—Sí, es cierto —asintió el inspector González—, aunque no me estaba refiriendo a eso exactamente. Más bien quería decir que, al encontrarse usted en Madrid, es más difícil relacionarle con el incendio que, como ya le dije cuando hablamos por teléfono, fue provocado. Más difícil, pero no imposible. Sabemos que no pudo ser el autor material del incendio, pero pudo ser perfectamente su inductor.

—¿Me está acusando de un delito, oficial? Porque en caso de ser su respuesta afirmativa creo que esta conversación «amistosa» debería acabarse en este mismo momento y si quiere proseguir el interrogatorio, leerme mis derechos y permitir que llame a un abogado.

—No me sea melodramático, señor Zugasti. Ya le he comentado que esta es una conversación informal. Además, aunque evidentemente también trabajamos con esa hipótesis entre otras, ya que como usted seguramente sabe al principio de una investigación no debemos desdeñar ninguna, no creo seriamente que sea el responsable del incendio de su propio bufete. Esa ha sido una idea sostenida tan solo por su compañía de seguros, con la legítima intención de ahorrarse la indemnización pactada, pero no es algo en lo que nosotros estemos trabajando. Aunque, como ya le he dicho, de momento no podemos descartarla oficialmente.

—¿Y en qué están trabajando? —pregunté.

—Todavía en nada —respondió con los ojos brillantes mientras sus hombros se echaban hacia adelante, como si quisieran llegar a un contacto físico conmigo—. Por eso quería hablar con usted, para saber en qué línea tendríamos que trabajar.

Se acababa de producir una variante curiosa e inesperada en nuestra relación. Mientras yo creía que era sospechoso del incendio me encontraba tranquilo. Podía llegar a ser una situación molesta, pero de escaso recorrido, tanto policial como judicial. Pero ahora que González acababa de confirmarme que yo no era sospechoso

fue cuando empecé a sentir miedo, cuando me di cuenta de que el *ertzaina* había dejado de sonreírme y me miraba con un gesto que no podría describirse exactamente como hostil, pero en el que no parecía tener cabida ningún sentimiento amistoso.

—¿Qué es eso de que les indique yo en qué línea tienen que trabajar? Ustedes son los profesionales, los que cobran por defender nuestras libertades y protegernos — intenté que me saliera un discurso irónico, pero más bien fue melodramático—. Deberían saber mejor que nadie qué línea seguir.

—Y lo sabemos, pero hasta el momento no nos ha conducido a nada. Entre otras cosas porque usted se ha negado, en todo momento, a colaborar con nosotros.

—¡Eso no es cierto! —protesté intentando ser convincente, aunque sin conseguirlo.

—Deje de hacer teatro, señor Zugasti, que no está ante ningún juez ni ningún jurado —me contestó imperturbable—. Cada vez que le hemos preguntado qué estaba haciendo, o en qué trabajaba, incluso si tenía sospechas, por leves que fueran, acerca de lo que estaba ocurriendo, nos ha mentido, ha callado o ha echado balones fuera.

—No sé si lo recuerda, pero ya le he dicho que soy abogado y si hay algo sagrado para un abogado es la confidencialidad de su relación con los clientes.

—Sí, nos lo ha dicho en más de una ocasión —no tuvo más remedio que reconocer—, pero no se trata de sus clientes, se trata de usted. Creo que usted, señor Zugasti, es en realidad su principal cliente. Y ya sabe lo que se dice del abogado que se defiende a sí mismo, que tiene por cliente a un tonto.

—Se vuelve a equivocar, tengo un cliente...

—Sí, también lo sabemos —me cortó—, la señora Mentxaka. Pero la verdad es que lo que más le preocupa, o debiera preocuparle en estos momentos, es su propio culo. Han asesinado a su padre. Y además le han asesinado por culpa de un lamentable error, ya que es usted la persona a la que querían liquidar. Y por si eso no fuera suficiente, han quemado su bufete. ¿Qué más necesita para comportarse con sensatez y colaborar con nosotros?

González tenía más razón que un santo, pero por algún motivo que a mí mismo se me escapaba no me apetecía dársela, así que volví a repetirle que estaba equivocado.

—Es posible —me contestó tranquilo, sin el menor ápice de irritación o enojo—, pero si yo estoy equivocado no pasará nada. No siempre se puede tener razón. Y si además eso significa que usted, como parece creer, no tiene nada de lo que preocuparse, ni siquiera aparecerá mencionado en mi expediente como un trabajo defectuoso o inacabado, así que no me causaría ningún problema, al menos profesionalmente. No constituirá una mancha en mi hoja de servicios. Pero si quien se equivoca es usted, las cosas serían diferentes, muy diferentes. Es su propia vida la que está en juego. Si gana su apuesta, estupendo. Pero ¿y si pierde? ¿De verdad cree que le merece la pena hacer una apuesta de tan alto riesgo?

Era un cabrón ese González. Un cabrón que sabía cómo meterte miedo en el cuerpo. Aunque ya lo tenía metido antes de hablar con él. Aun así no di mi brazo a

torcer, pero de todos modos le pedí protección policial.

—Lo siento, señor Zugasti, pero no va a ser posible. Nuestro presupuesto, como seguramente ya sabrá, es cada día más escaso. Una más de las lamentables consecuencias de la crisis, qué le vamos a hacer. Tan solo si tuviéramos sospechas fundadas de que alguien desea acabar con su vida podríamos hacer algo, pero claro, para eso necesitaríamos una declaración bien detallada sobre las circunstancias del caso, que hasta el momento se ha negado a proporcionarnos. Por supuesto, no tiene por qué ser en este mismo momento, puede hacerlo cuando lo desee. Sería mucho mejor que no dejara transcurrir absurda y peligrosamente el tiempo, no me cabe la menor duda, pero la decisión es suya y solo suya.

—Le prometo que lo pensaré —le contesté, dando por zanjada nuestra conversación.

—De acuerdo —me dijo estrechándome con fuerza la mano—, pero como le acabo de decir, no pierda mucho tiempo pensárselo. Si hay algo que no le sobra en estos momentos es, precisamente, tiempo.

Cuando abandoné la comisaría volví a reflexionar sobre los posibles caminos a seguir y me di cuenta, de nuevo, de que el tema me sobrepasaba y necesitaba la ayuda de un profesional. Pero por cabezonería, aunque no solo por ese motivo sino también por precaución, ya que no me apetecía entregarme de hoz y coz en sus manos, había decidido no colaborar con la Ertzaintza. La otra alternativa consistía en contratar a un detective, pero no sabía con quién tratar. Leopoldo de Marcos me había dejado tirado como una colilla y Mikel Goikoetxea, un exertzaina al que ninguno de mis colegas, como tampoco nadie que perteneciera a las carreras judicial o fiscal, apreciaba lo más mínimo, pero del que todos decían que era el mejor, debía tener un extraño sentido de la moralidad que le impedía trabajar para gente como yo. La única opción que me quedaba era buscar uno en las páginas amarillas o en Internet y, las cosas como son, aunque no desdeño navegar por la red, de hecho, entre mis muchas habilidades se encuentra la de ser un experto a la hora de encontrar páginas porno gratuitas, no acababa de convencerme eso de ponerme en las manos de un tío al que solo conocía gracias a una web en la que, por supuesto, se daba tanto autobombo —lógico por otra parte, uno no va a montar una cosa de esas para ponerse a sí mismo a parir— que acababa por producir náuseas.

Había, de todos modos, otra posibilidad. Pedirle a González que me recomendara a uno de su confianza. Si lo que dicen las novelas y las películas es cierto, cosa que por sistema pongo siempre en duda, pero en esos momentos estaba dispuesto a asirme al primer clavo ardiente que apareciera en mi camino, muchos de los detectives son antiguos policías que por problemas de alcoholismo, insubordinación, corrupción — que no sé por qué tiene que considerarse un problema el que alguien quiera ganarse unos euros extras— o un divorcio muy costoso, tienen que abandonar su cuerpo respectivo, me refiero al policial, no al de su excónyuge, y buscarse la vida en el sector privado. Corría el riesgo de ponerme en manos del *ertzaina*, pero de algún

modo ya estaba en su punto de mira, así que de perdidos al río. Y pese a mi consuetudinario escepticismo y a que tenía miedo de que nuevamente volviera a reírse de mí o me echara otra bronca de esas que tanto le gustaba endilgarme, el bueno de Ander González me recomendó a un conocido suyo, un antiguo compañero llamado Patxi Díaz Uribe, del que hizo grandes elogios pese a que era muy joven, como me adelantó para que no me extrañara cuando me entrevistara con él. Es cierto que era bastante joven, pero su juventud, al parecer, no le impedía comportarse como muchos vejstorios que yo conocía, porque después de asegurarse de mi solvencia, para lo que previamente me exigió que le hiciera un adelanto de esos que sirven para que te retires aunque no tengas un plan de pensiones privado, me dijo que aceptaba el encargo y que no me arrepentiría de haberle contratado, porque iba a dedicarse a mi caso en cuerpo y alma.

—Incluso haciendo cosas que..., bueno, seguramente ya se lo imagina porque tiene pinta de hombre de mundo..., me entiende, ¿no?

Entendía, claro que entendía. Pero no me importaba. Me extrañaba que González me hubiese recomendado a un tipo que a las primeras de cambio me insinuaba que era capaz de pasarse por el forro todas las leyes habidas y por haber, pero ese ya no era mi problema, en todo caso sería el del *ertzaina* y su excompañero, así que por mi parte no iba a ponerle ningún inconveniente. Además, para ser sincero, el hecho de que el tipo demostrara no tener muchos escrúpulos hacía que, además de sentir una extraña afinidad con su modo de entender la actividad profesional, me sintiera mucho más seguro. O quizás, simplemente, deseaba engañarme a mí mismo.

De todos modos, una vez pasada la euforia inicial, empezaron a surgirme dudas, muchas dudas. A fuer de sincero no me queda más remedio que reconocer que me encontraba perdido, muy perdido y que dudaba mucho que las gestiones del nuevo detective que había contratado fueran a surtir efecto. Incluso dudaba que ese detective, pese a los desmedidos elogios que de él me hizo Ander González, fuera a realizar las gestiones que le había encomendado y por las que le aboné una buena cantidad de euros de curso legal. Y no solo por una simple cuestión de desconfianza innata, esa desconfianza que en multitud de ocasiones me había servido para no posar el pie sobre tierras movedizas, sino porque para cuando quise averiguar algo más sobre él resultó que ninguno de mis colegas le conocía, pese a que la mayoría de ellos en más de una ocasión había contratado los servicios de un detective. Y no solo eso, sino que ni siquiera tenía una página web como Dios manda. Además, tras cobrar el sustancioso adelanto que me exigió antes de que aceptara trabajar para mí, desapareció misteriosamente y no conseguí ponerme de nuevo en contacto con él. Llamé a González para comentárselo, pero me dijo que no me preocupara, que era su manera de trabajar, que él no iba a enviarme a un estafador y que lo único que tenía que hacer yo era dejarle trabajar y esperar a que obtuviera resultados. Esperar sentado, añadió con sorna.

Esperar. No hacer nada y esperar. En mi opinión era un consejo de mierda, pero por otra parte era lo único que podía hacer. Eso o seguir los sabios consejos de Karmele y poner tierra de por medio, rumbo al Caribe o a cualquier otro lugar paradisíaco en el que esconderme hasta que la tormenta pasara, si es que pasaba. Incluso lo del Caribe podía no ser una buena idea. He visto las películas suficientes como para saber que cuando quieren y tienen poder suficiente, los malos siempre encuentran al bueno se esconda este donde se esconda. No dejaba de ser paradójico que en esa película a mí me correspondiera officiar el papel de bueno, pero así de enmarañadas y retorcidas estaban las cosas. Quizás en lugar de un destino tan recurrente y archiconocido como el Caribe, Groenlandia fuese una elección más adecuada, aunque por otra parte es dudoso que entre sus habitantes pudiese mantener el anonimato y creo que por allí nieva la mayor parte del año.

Además, Karmele, aunque insistía para que me fugara, mucho más tras contarle cómo transcurrió mi entrevista con la Ertzaintza, se negó en redondo a acompañarme, por enésima vez. En el fondo lo entendía, seguramente era su manera de devolverme todas las putadas que yo le había hecho con anterioridad, pero su actitud me dolía y, hasta cierto punto, fue el motivo de que no me animara a dar el salto. Sabía que antes o después tendría que darlo, siempre que no acabara previamente metido en un hoyo, pero me resistía a hacerlo. Era algo ilógico e irracional, soy un cobarde que lo que más aprecia en el mundo es, precisamente, su vida y su seguridad, pero no acababa de decidirme a hacer lo único verdaderamente sensato, huir con el rabo entre las piernas.



Por lo menos, mientras tuviera rabo. Y por eso me encontraba aquella tarde en un lugar tan previsible y fácil de localizar como mi domicilio, bebiendo cerveza tras cerveza y viendo un absurdo programa de televisión en el que una serie de personajes denominados tertulianos hablaban de lo divino y lo humano como si fuesen especialistas en todas las artes y ciencias que hay en el mundo e incluso en planetas alejados a eones luz del nuestro. Pero curiosamente fue ese programa el que, de algún modo, me sirvió de inspiración. De un modo muy rebuscado, eso sí, como ya explicaré en breve, pero hasta cierto punto también muy eficaz.

Iba a abrir mi octavo botellín de cerveza cuando me fijé en el tipo que estaba hablando en ese momento. No recuerdo su nombre, pero sí que en la pantalla aparecía, sobreimpresionada, su condición de catedrático de Epistemología Cognitiva y Conductual del Medio Ambiente Humano, o algo de ese estilo, de la Universidad Complutense. No sé si fue por la impresión que me causó el que hubiese expertos en materias de nombre tan alargado y rebuscado o porque estaba aburrido y no tenía nada mejor que hacer, el caso es que me puse a escuchar con atención las palabras que el fulano catedralicio iba desgranando.

—Desengañaros, queridos amigos —empezó a decir con un fuerte tono de voz que parecía imposible en alguien que podría haber servido como modelo para la portada de una reedición facsímil del Quijote, de enteco y desparramado que era—, lo que une a todo el mundo, a toda la gente, no son las ideologías, ni las religiones, ni siquiera, como suelen decir las aspirantes a Miss Socuéllamos, la paz del mundo, no. Al fin y al cabo cada uno tiene su religión o sus ideas, y el método para alcanzar la paz es diferente. No, esos conceptos no unen, como aventurada y frívolamente, perdonarme que lo califique de ese modo, han defendido algunos de mis contertulios a los que, por lo demás, reconozco su erudición y preparación. No. Es otra cosa la que nos une a todos.

Aprovechando que el catedrático quijotesco había parado un momento, no estaba claro si para que sus últimas explicaciones calaran más hondo en la audiencia o, simple y llanamente, para respirar, otro de los contertulios, que no se parecía en nada a él ya que había rebasado con creces los límites de la obesidad y lucía una poblada barba pelirroja, le espetó que seguramente estaba hablando de la muerte. Y en un alarde de cultura y pedantería al cincuenta por ciento, le recordó los versos que don Jorge Manrique dedicó a la muerte de su padre, cuando hablaba de que llegado ese momento final no había diferencias entre poderosos y menesterosos: «allegados, son iguales los que viven por sus manos e los ricos».

—Muy ingenioso, querido Bernabé —por lo que parecía, el gordo respondía al nombre de Bernabé, aunque también podría haberse llamado Bernardo, ya he dicho que llevaba un montón de cervezas encima y no lo recuerdo todo con claridad—, pero erróneo, completamente erróneo. Es cierto, y jamás ha escapado a mi percepción cognoscitiva, que la imaginería popular sostiene eso de que la muerte nos iguala a todos, pero nunca hubiera sospechado, estimado Bernardo —¿o era Bernabé?— que

tú pudieras caer en ese topicazo. ¿De verdad crees que la muerte nos iguala a todos?

—No solo lo creo, sino que lo sostengo y lo mantengo —replicó Bernardobé, pausado y tranquilo, sin mostrar la menor irritación ante las aparentemente ofensivas palabras de su contertulio, como si quisiera estar a la altura de ese otro tópico que dice que quienes tienen sobrepeso no son proclives a enfadarse, quizás no tanto porque dispongan de un mejor carácter que el resto de los seres humanos, sino por el esfuerzo físico y gestual que requiere mostrar un sentimiento tan negativo—. Digas lo que digas, es un hecho innegable. La muerte nos iguala a todos. A todos y a todas —recalcó, por si no hubiese quedado totalmente claro, aprovechando también para añadir una cuña demostrativa de que no era machista, seguramente en la creencia de que eso le haría subir puntos con el público femenino, en el dudoso caso de que las mujeres, que por mucho que nos joda suelen ser más inteligentes que los hombres, se complacieran en contemplar un bodrio televisivo como ese—. Es algo sobre lo que no tengo la menor duda —finalizó complacido y con la autoestima por las nubes.

—Pues debieras dudar, caro amigo, debieras dudar —le replicó el catedrático—, porque eso de que la muerte nos iguala a todos es una falacia como un castillo. Yo no sé si has pisado en tu vida muchos cementerios, pero si paseas por alguno de ellos podrás comprobar que mientras algunos difuntos apenas pueden colocar sus huesos en nichos excavados en las paredes, otros gozan de suntuosos panteones en los que podría vivir una familia de clase media compuesta por el padre, la madre y dos hijos. Chico y chica, por supuesto. Y que mientras algunas tumbas tienen grabados, en exquisito mármol, los nombres de quienes reposan en su interior, otras parecen haber sido decoradas por grafiteros de segunda división. Eso por no hablar de las coronas de flores que embellecen algunas de ellas, mientras que otras no son adornadas ni por un simple ramillete de perejil. No, la muerte no iguala a las personas, sino que en la mayoría de las ocasiones remarca y reafirma las diferencias que ya preexistían entre ellas en vida.

»Pero es que además —prosiguió el fulano, encantado de ver cómo todos sus contertulios escuchaban sus palabras con suma atención—, mientras que una buena parte de los fallecidos son enterrados en lúgubres hoyos excavados en la tierra o hermosos panteones de alabastro, otros son quemados, incinerados, y sus restos microscópicos y polvorientos introducidos en una urna o esparcidos, ora en un escarpado monte, ora en un mar bravío o, quizás, en el estadio de fútbol en el que juega el equipo de quien, en vida, fue su fervoroso hincha. Pero da igual, sea incinerados, enterrados o arrojados al mar en una ardiente balsa, como hacían los antiguos vikingos, que mira que ya son ganas de desperdiciar un bien tan valioso como en aquella época debía ser una balsa, los muertos marcan ya sus diferencias en la propia muerte y, mecidos cada uno en su propio y privativo lecho mortuorio, no se relacionan entre sí, como no se relacionan el rico y el pobre, el monarca y el súbdito o el presidente del gobierno y el militante de base de su partido.

Se produjo, al finalizar su intervención el eminente profesor, una intensa

discusión de la que no me enteré en demasía, en parte por la cacofónica algarabía que se montó, ya que serían todos ilustres intelectuales, pero no se cortaban a la hora de interrumpirse mutuamente, y en parte porque la abundante ingesta de cervezas a la que me había sometido mientras veía la televisión me obligó a ir rápidamente al baño, si no quería mearme en los pantalones y, lo que es aún peor, en la costosa alfombra persa que mis padres adquirieron hacía ya muchos años, cuando en el país asiático todavía no mandaban los ayatolas.

Afortunadamente cuando regresé comprobé que no me había perdido nada sustancial del debate, ya que continuaban hablando todos al mismo tiempo, lo que me evitó tener que escucharles y me permitió abrir un nuevo botellín de cerveza. Pero como no hay dicha que cien años dure, de repente se hizo el silencio y uno de los participantes en ese elevado debate le formuló al catedrático de la Complutense la pregunta que, sin duda, este estaba esperando.

—Entonces, en su autorizada opinión, ¿qué es lo que de verdad une a la totalidad de los seres humanos?

El tipo era un rebuscado. Con lo fácil que hubiera sido decir: «entonces, para ti, ¿qué coño es lo que une a los hombres?». En fin, supongo que por detalles como ese es por lo que yo no aparezco en las tertulias televisivas y sí los catedráticos de la Complutense y otras universidades del territorio patrio. Pero se formulara como se formulara la pregunta, era evidente que la contestación le iba a suponer al preguntado su momento de mayor gloria, como así lo hacía entrever la sonrisa que apareció en su cara antes de responder.

—La mierda —dijo finalmente—. Sí, señoras y señores —añadió, aunque entre los contertulios no se hallaba ninguna mujer—, lo que de verdad une a los hombres y mujeres de este mundo es la mierda. La mierda que expulsamos por los esfínteres —se creyó en el deber de puntualizar, por si alguno de sus oyentes, presenciales o televisivos, albergara la más pequeña duda sobre si sus palabras tenían un sentido metafórico o real.

Las protestas del resto de los participantes no se hicieron esperar y supongo que todos los que estaban viendo el programa desde sus casas también se ofenderían por la escatológica afirmación. Incluso yo mismo podría haberme escandalizado, si no fuera porque con toda la mili que llevaba encima ya no me asustaba prácticamente por nada y también porque el consumo de cerveza había embotado, hasta cierto punto, mis facultades mentales o, como dirían los televisivos tertulianos, mis capacidades cognitivas. Además, el profesor universitario que acababa de proclamar solemnemente tal aserto, en lugar de cohibirse o acojonarse pasó al contraataque mientras en sus labios aparecía una ostensible sonrisa de autosuficiencia.

—No os quedéis en lo superficial, por favor, y escuchadme. He dicho que lo que nos iguala a todos los seres humanos, al menos a los que vivimos en la misma ciudad, pero en ese sentido todas las ciudades son iguales y, por tanto, podemos extrapolar las conclusiones, es la mierda y lo mantengo. Ya os he demostrado que la muerte, pese a

lo que se dice habitualmente, no nos iguala. Y es obvio decirlo, tampoco nos igualan nuestra posición social, nuestras aficiones o nuestras habilidades. Los hay ricos y pobres, gordos y flacos, altos y rubios. Sí, es posible que haya gente muy similar, pero similitud no es identidad. De dos personas rubias, una puede ser alta y otra baja. Y si las dos son altas, una puede pesar cien kilos y otra sesenta. Y si las dos pesan cien kilos, una de ellas puede ser perito agrónomo y otra empleada de una compañía de seguros. Y si los dos son peritos agrónomos, uno puede estar casado y el otro seguir soltero. Y así podría continuar hasta el infinito. No, señores, no, la igualdad que predicán algunos de nuestros filósofos y políticos bienintencionados no es más que eso, un catálogo de buenas intenciones, pero no se corresponde la realidad. Por eso digo, afirmo, aserto, asevero, proclamo y defiendo que lo único que nos une a los seres humanos es la mierda.

»Pensadlo bien. Muchos de vosotros habréis oído en alguna ocasión, y seguramente la habréis repetido viniera o no al caso, esa expresión de Clint Eastwood de que las opiniones son como los culos, todo el mundo tiene uno. Pues bien, mi admirado Harry el Sucio se equivoca en la mitad, al menos, de su famosa frase. No todos los seres humanos, vosotros lo sabéis seguramente por experiencia, son capaces de tener una opinión propia, ni siquiera sobre el más banal o baladí de los temas, pero acierta en la otra parte de la frase: efectivamente, todos tenemos un culo. ¿Y qué hacemos habitualmente con el culo, sobre todo aquellos que compartimos las opciones sexuales mayoritarias y más convencionales? Pues cagar, amigos míos, simplemente cagar. Para eso es para lo que nos sirve el culo, para cagar. ¿Y cómo llamamos al producto de esa acción tan natural y necesaria, aunque algunos de vosotros os escandalicéis hipócritamente al escuchar mis palabras? Pues mierda, se llama mierda. Y ahí quería llegar yo, a la mierda.

—¿De verdad querías llegar ahí, a la mierda? —le interrumpió, riéndose e intentando poner una nota de escepticismo intelectual el tertuliano obeso sobre cuyo nombre, Bernardo o Bernabé, todavía no me había aclarado.

—Sí, ahí quería llegar y llegaré si no vuelves a interrumpirme —le contestó mientras intentaba fulminarle con la mirada. No consiguió reducirle a cenizas, como en las películas sobre extraterrestres o seres con poderes paranormales, pero sí que se hundiera en su asiento y pareciera haber perdido, de repente, casi cien kilos. Al parecer la mirada del catedrático era más efectiva que la dieta Dukan—. No solo nos iguala a los hombres, sino que nos conecta a los unos con los otros. Retomemos, por ejemplo, la idea de la muerte. Sí, es cierto, salvo en el supuesto de las incineraciones, cuando nos entierran nuestros cuerpos entran en descomposición, el polvo del que surgió la vida, en palabras de la Biblia, vuelve a ser polvo y de nosotros apenas quedan los huesos y unos fluidos de aspecto francamente desagradable, dicho sea en honor de la verdad. Pero los fluidos y los huesos de un cadáver no interconectan, no se comunican, con los huesos y fluidos de otro cadáver. Incluso en los emotivos casos de los miembros de una familia cuyos restos van a parar al mismo panteón, tampoco

se relacionan entre ellos, ya que cada uno reposa, por así decirlo, en su propio féretro, personal y exclusivo. La muerte, por tanto, ni nos iguala a los seres humanos ni consigue que nos relacionemos entre nosotros.

»En cambio —prosiguió con ojos febriles, consciente de que dominaba la situación y todo el mundo, tertulianos ojipláticos y telespectadores boquiabiertos, nos encontrábamos pendientes de sus palabras—, olvidad vuestros prejuicios y pensad en el destino final de los excrementos que expulsamos al defecar. Aunque el hecho de hacerlo, cada uno en la taza de su baño, es un acto individual y, por lo general, efectuado en la más absoluta de las soledades, ¿a dónde va nuestra mierda? ¿Dónde desemboca? En las redes de saneamiento que la inmensa mayoría de las ciudades civilizadas, bueno, quizás sea exagerado denominarlas civilizadas, digamos que con unas normas higiénicas mínimas, gestionan precisamente para su eliminación. Y ahí sí, ahí es donde todo el mundo acaba estableciendo una conexión. Ahí toda la mierda se unifica y nadie es capaz de separar la que procede de un hombre rico de la de un indigente, la de un universitario o la de un analfabeto, la de un blanco o de un negro, ni la de un hombre de la de una mujer. Sí —finalizó, convencido y convincente—, lo único que de verdad es indistinguible en cualquier ser humano y nos conecta a todos nosotros, lo que nos hace verdaderamente a todos iguales, más que las proclamas de la Constitución o la Declaración Universal de los Derechos Humanos es la mierda. Simple y llanamente la mierda. *Quod erat demonstrandum* [4].

Tengo que reconocer que, tras su disertación, el resto de los tertulianos se rindió a sus pies y reconocieron, olvidadas sus anteriores reticencias, que el catedrático de Epistemología Cognitiva y Conductual del Medio Ambiente Humano de la Universidad Complutense les había apabullado intelectualmente con sus razonamientos. Seguramente también habría apabullado mi intelecto en caso de haberlo tenido en forma, pero las cervezas ingeridas me estaban sumiendo en un estado de sopor muy cercano a la somnolencia, así que mi cerebro no fue afectado en exceso por su verborrea. Además, decidí cambiar de mierda, perdón, quería decir de canal, y antes de que Morfeo me acogiera en sus brazos estuve viendo un programa en el que un cantante metido a entrevistador acogía en su casa a un personaje famoso y mientras le animaba con gritos de «campeón, eres un fenómeno, pero qué jodío es el tío», y cosas de ese jaez, jugaban al fútbolín o al *ping-pong* o se preparaban una fabada. De sobre, por supuesto. Pero aun así el tío ese, que por cierto era más largo que una semana sin pan, me pareció que poseía más filosofía en su caletre que el pedante del escatológico catedrático complutense.

Me desperté al de un par de horas con un considerable dolor de cabeza, pero también con la sensación de que quizás fuera cierto eso de que en sueños uno podía encontrar la solución al caso. Aunque hubiese preferido que dicha solución no conllevara el que un taladro intentara horadar mi cerebro. Además, no es que fuera la solución *stricto sensu* [5], como ven yo también sé usar latinajos, como el profesor mierdero, sino que era el cable ardiente al que quizás tendría que agarrarme. La

referencia a la unidad, lo que a todos nos une. En este caso, lo que unía a ambos asesinos suicidas, Aurelio Mentxaka y Edson Arantes Rodríguez. Que no era precisamente la mierda, aunque no me quedaba más remedio que reconocer que me llegaba hasta el cuello, sino otra cosa, otro hilo del que tirar. No estaba seguro de si con eso desenredaría el ovillo o lo haría aún más complicado. Pero era lo único que podía hacer. Eso, y recuperar hasta cierto punto la forma física. Una ducha de agua fría y dos aspirinas contribuyeron a una mejora si no muy ostensible, sí lo suficiente para que pudiera dedicarme a pensar sobre el asunto y trazar un plan de actuación que no pareciera excesivamente descabellado.

Lo primero, por tanto, era aclarar qué tenían en común el bilbaíno Aurelio Mentxaka y el sudamericano residente en Madrid Edson Arantes Rodríguez. En primer lugar lo que ya sabía casi desde el principio. Ambos eran personas a las que se les podía describir con el adjetivo de intachables, pero sin embargo ambos habían cometido un asesinato y, en los dos casos, el asesinato resultó ser un peligroso delincuente. Además, tanto Aurelio como Edson se suicidaron estando en prisión, dejando una buena herencia a sus familiares más cercanos, gracias a unos billetes de lotería premiados que se habían vendido en localidades en las que jamás habían estado con anterioridad.

Para empezar no estaba mal, si lo único que quería era sistematizar lo sabido hasta el momento, pero necesitaba algo más, tenía que haber más nexos en común. De repente me vino a la cabeza la frase que el viejo xenófobo soltó, lleno de rabia, al hijo mayor del colombiano: «todos vosotros sois unos delincuentes y unos navajeros, eso es lo que sois. Y lo mismo tu padre, que yo no me chupo el dedo. Mucho decir que murió de cáncer, pero todos sabemos que murió en la cárcel, como el criminal que era». El vecino de Edson tenía razón al decir que Edson Arantes murió en la cárcel, la clave estaba en saber si efectivamente, como al parecer explicaron sus allegados, padecía también de cáncer. Eso sería un nuevo nexo de unión con Mentxaka, pero ¿qué significaba? En el caso, por supuesto, de que significara algo.

Otra frase vino, repentinamente, a mi cabeza, como si una idea llevara a la otra, del mismo modo que en un crucigrama, si resuelves la frase horizontal, tienes algunas letras que te ayudan a completar las verticales. Se trataba de una de las frases que había pronunciado su hijo pequeño mientras el mayor se enfrentaba con el vecino, unos minutos antes de que la madre lo metiera, a empellones, en el interior de la limusina: «no importa tener cáncer, el cáncer lo cura todo».

No importa tener cáncer, el cáncer lo cura todo. Una frase curiosa a la que en un primer momento no le di importancia, ya que estaba más pendiente de que su hermano no navajeara al anciano que de cualquier otra cosa, pero que ahora parecía tener otro significado, y no precisamente místico, como en un principio pude imaginar, y más teniendo en cuenta la exuberante religiosidad de nuestros hermanos del otro lado del océano. El cáncer lo cura todo. ¿También el asesinato? Recordé lo que nos dijo el anciano de los Testigos de Jehová acerca del chico. Que padecía del

síndrome de Tourette. En un primer momento lo relacioné con el trastorno que prácticamente obliga a quienes lo sufren a insultar a todo aquel que se les pone por delante, pero me pareció recordar que había otro síntoma curioso relacionado con ese síndrome. Un paseo por Internet confirmó esa sensación. Efectivamente, una de las manifestaciones más típicas de quienes lo padecen son los tics que a menudo les aquejan, entre ellos uno de tipo verbal denominado ecolalia (palabreja que ni siquiera sabía que existía hasta ese momento), consistente en repetir lo que se oye. Y si el chaval repetía lo que había oído decir a su padre, parecía claro que esa frase que revoloteaba mi cabeza, «no importa tener cáncer, el cáncer lo cura todo», había sido pronunciada previamente por su progenitor. Tendría que contactar nuevamente con mi fiel amiga Laura Santolalla, para ver si podía confirmármelo por medio de su colega madrileño, pero aun así lo tenía bastante claro. Otro nexo de unión entre Rodríguez y Mentxaka era que ambos padecían de la misma enfermedad, cáncer. Me pregunté a mí mismo si el del colombiano también sería terminal, pero no pude responderme. ¡Qué le vamos a hacer!, soy alto, guapo, inteligente y rico, pero no tengo respuestas para todo. Intuía que sí, que seguramente la enfermedad que padecía era terminal, pero como abogado no acostumbro a trabajar con intuiciones, sino con hechos, así que lo anoté como otra de las cosas que tenía que pedirle a Laura que me aclarara. Además, como solo se trataba de confirmar algo que ya sabía de antemano —al menos así se lo iba a plantear—, confiaba en que mi mastodóntica amiga me hiciera un precio más ajustado que en otras ocasiones, aunque con ella nunca se sabía. Bueno, sí, una cosa sí que sabía con total certeza, que gratis no me iba a salir nunca.

Seguía sin tener gran cosa, lo admito, pero ya eran excesivas coincidencias como para pensar que detrás de esos dos buenos hombres convertidos en asesinos había una inequívoca relación. Cuál era ella, no lo sabía de momento, pero como solía decir un famoso personaje de novela policial creado por la gran dama del crimen, la señora Agatha Christie, era cuestión de poner mis células grises a trabajar. Bueno, las grises, las rojas, las verdes, las azules, todas las que tuviera independientemente de su color. Me iba la vida en ello.

El esfuerzo realizado para activar mis células multicolores fue tan intenso que me volvió el dolor de cabeza. Y justo cuando iba a tomarme un par de aspirinas empezó a sonar mi móvil, horadándome el cerebro con una canción de Bruce Springsteen que había elegido como tono del mismo. Me encanta el Boss, pero en esos momentos me acordé de todos sus muertos, e incluso de todos sus vivos. Estuve tentado de estampar el teléfono contra la pared, pero afortunadamente recordé que se trataba de un aparato de quinta, sexta o séptima generación, ha habido ya tantas que no recuerdo cuál exactamente, y que en su momento me costó un pastizal, así que reprimí mis primigenios instintos y opté por comprobar quién osaba perturbar mi maltrecha cabeza. Cuando vi que se trataba de Karnele, no lo dudé ni un instante y di a la tecla verde.

—Karmele, no te lo vas a creer —le dije, a sabiendas de que, efectivamente no se lo iba a creer, pero pronunciando las palabras que todos pronunciamos en casos similares—. Precisamente en estos momentos estaba pensando en ti y te iba a llamar en unos segundos. ¿Qué querías? ¿Por fin te has animado a venir conmigo a alguna paradisíaca playa caribeña?

—Ni en mis peores pesadillas —me contestó.

Pese a sus palabras, su tono no era cortante ni agresivo, sino más bien preocupado, por eso, olvidándome de su inexplicable rechazo a una oferta tan generosa, le pregunté para qué me llamaba.

—Tú sabías que mi padre estaba jubilado, ¿no?

—Sí, claro. Bueno, no lo sabía, pero cuando estuvimos revisando sus papeles pude ver que se había jubilado hacía unos pocos meses.

—Y también sabías que desde que hace un montón de años empezó a trabajar por su cuenta, cotizaba al régimen especial de autónomos de la Seguridad Social.

—Sí, claro, es el que le correspondía. No soy especialista en temas sociales ni laborales, pero es algo archisabido por toda la población. ¿Qué tiene eso de raro? —le pregunté, ya que no entendía a qué venían esos comentarios.

—Porque ayer me acerqué al domicilio de mi padre, para limpiar un poco la casa, ya que he decidido venderla o alquilarla, aún no lo tengo claro, y recoger la correspondencia que hubiera en su buzón, que cada vez es menor, lógicamente. Y entre las cartas que había recibido estaba un T-10, ya sabes, el documento que deben presentar a Hacienda los trabajadores por cuenta ajena en el que consta lo que han cobrado el año anterior y las retenciones que se les ha hecho. Pues bien, según ese documento mi padre estuvo trabajando unos meses por cuenta ajena. Y lo más extraño de todo no solo es que estuvo haciéndolo para una empresa de limpieza, sino que no me contó nada, como si se avergonzara de ese trabajo. Joder, no lo entiendo. Cada día que pasa descubro nuevas cosas tuyas de las que no tenía ni puta idea.

—¿Has dicho que estuvo trabajando en una empresa de limpieza? —le pregunté, repentinamente excitado.

—Sí, en una empresa de limpieza. ¿Qué pasa, que tú también eres de esos que piensa que hay trabajos poco dignos?

—No, no, no se trata de eso. Pero prefiero no hablar del tema por teléfono. ¿Vas a estar en casa? Estupendo, porque ahora mismo salgo para allí. Espérame, por favor. No tardo ni quince minutos en llegar.



En realidad tardé algo más de media hora. Aquella mañana estaba lloviendo en Bilbao y, claro, todo el mundo tuvo la genial idea de desplazarse en coche, con lo que se formó un atasco de esos que salen en los telediarios cuando no hay un caso de corrupción política que llevarse a la pantalla y los redactores, desesperados, no saben qué noticia colocar de relleno. Por suerte Karmele no tenía pensado moverse del piso de su padre, así que a pesar de que no se privó del placer de decirme que mi puntualidad no era precisamente británica, tuvo la paciencia de esperarme. Supongo que más que por mis cualidades intrínsecas y extrínsecas, que de ambas soy poseedor, porque estaba intrigada por mi reacción.

Como era consciente de que Karmele me había dicho todo lo que sabía, no perdí el tiempo haciéndole ninguna pregunta, sino que directamente le pedí que me enseñara el T-10 que habían enviado al difunto Aurelio. Allí aparecía claramente el nombre de la empresa: «Limpiezas La Académica Española, SLU». Un rápido vistazo en Internet me permitió averiguar, además de que sus publicitarios tenían muy poco sentido de la originalidad, ya que su lema era «limpia, fija y da esplendor en todo tipo de recintos y edificaciones», que tenía su sede en Madrid y que contaba con sucursales en las capitales de todas las comunidades autónomas de España así como en algunas otras ciudades que no disfrutaban de esa condición. Como, por ejemplo, Orihuela y Getafe. Curioso, muy curioso. Y seguramente también muy significativo, aunque de momento se me escapara el significado exacto de todo aquello. Sobre todo porque había encontrado otro lazo de unión entre el padre de Karmele y el inmigrante colombiano, ya que este último también trabajaba, desde poco tiempo antes de que ocurrieran los hechos que le llevaron primero a la cárcel y luego al suicidio, en una empresa de limpieza.

Desconocía el nombre de la empresa para la que estuvo trabajando el difunto Edson Arantes, y como su familia había regresado a su país natal, era prácticamente imposible ponerme en contacto con ella, aparte de que, visto lo visto, seguramente no me hubiese proporcionado la más mínima información a ese respecto. Bueno, a ese respecto ni a ningún otro. Por suerte, aunque mi cualificación profesional como detective ya he dicho que era nula, como abogado había hecho los contactos suficientes para conseguir los teléfonos de los vecinos del inmueble en el que, hasta hacía muy pocos días, habían residido la mujer y los hijos de Edson Arantes Rodríguez. Me salió mucho más barato que si la gestión la hubiese hecho a través de la mujer de mi vida, Laura Santolalla, pero tuve que exigir a un antiguo cliente que me devolviera un gran favor que le hice en su momento. No le gustó ni un pelo mi petición, pero la satisfizo, aunque fuese a regañadientes y protestando porque, en su opinión, los favores se hacen de manera desinteresada. ¡Sería infeliz el tío!, no me explico cómo, con esas ideas, había llegado a tener un importante puesto ejecutivo en una compañía telefónica. Lo que es yo, siempre acostumbro a cobrarle los favores

que hago. Eso sí, cuando más me conviene. Y en aquellos momentos me convenía, vaya que si me convenía.

Durante un buen rato Karmele se hizo pasar por mi secretaria y estuvo llamando a los vecinos. No era una cuestión de machismo, sino de estrategia. Si ya de por sí la gente se acojona cuando le llama un abogado, si quien llama no es el propio abogado, sino un empleado o, en este caso, empleada por ser lo que tenía más a mano, para decirle que espere un momento, que le voy a pasar con el señor González de Iturrigorri y O'Donnell, de la sucursal madrileña del Bufete Internacional O'Donnell, Remington & Co. —obviamente no quería identificarme, y aproveché la ocasión para ver si funcionaba eso de los nombres rimbombantes, y vaya que si funcionó—, pues el acojono es aún mayor. La historia era sencilla, les contaba a los vecinos si podían darme la nueva dirección de la familia de Edson Arantes Rodríguez, ya que el bufete al que yo pertenecía quería ponerse en contacto con alguno de sus miembros por unas cuestiones de herencias, y cuando me decían que no lo sabían, les preguntaba si, al menos, podían decirme en dónde había estado trabajando el señor Rodríguez, ya que quizás algún excompañero podría facilitarme esa información. El balance no fue del todo malo. Cuatro me colgaron el teléfono nada más soltarles yo el rollo, cinco me dijeron que lo lamentaban, pero que no sabían nada de nada, una señora me replicó, indignada, que ella no era de las que se pasaban todo el día cotilleando, para preguntarme seguidamente si no había ninguna ley que prohibiera dejar las ventanas abiertas mientras se cocinaba berza, porque la del Segundo B se pasa todo el día cocinando ese plato y nos atufa a todos, además se piensa que no nos hemos dado cuenta, pero todos sabemos que la berza la consigue gratis porque mientras su marido se está deslomando en la fábrica ella se tira al recadista de la frutería de la esquina. Era un dato muy interesante, no voy a negarlo, y así se lo dije antes de cortar la comunicación, pero que no me servía para nada. Hubo incluso quien, antes de colgar, llegó a decir con voz en la que se le notaba la envidia, «lo que les faltaba a esa panda de hijos de puta, ahora van a cobrar una herencia», y otra vecina, que debía gozar de la confianza de la señora Rodríguez, me proporcionó su nueva dirección en Colombia, lo que agradecí con entusiasmo aunque, como ya he comentado antes, prefería no tener que ponerme en contacto con la viuda, que seguramente, se negaría a hablar conmigo. Por fin, cuando Karmele y yo empezábamos a pensar que nuestros esfuerzos iban a resultar infructuosos, una última vecina nos dijo que desconocía a dónde se habían ido la mujer y los hijos, pero que su difunto marido y padre había estado trabajando en una empresa de limpieza. ¿Y ya han adivinado cuál era el nombre de esa empresa? ¡Bingo! Efectivamente, la denominación social de la compañía para la que trabajaba Edson Arantes Rodríguez era «Limpiezas La Académica Española, SLU».

—No quiero ser aguafiestas —me dijo, sarcástica, Karmele—, pero ¿se puede saber por qué estás tan contento?

—¿No lo entiendes? Tu padre y Edson trabajaban para la misma empresa.

—Sí, lo sé, y es muy raro, lo admito, pero no sé en qué puede ayudarnos ese dato.

—Está claro que no puede ser una coincidencia.

—Las coincidencias existen, aunque... No sé, seguramente tienes razón, hay muchas cosas en común entre mi padre y el colombiano. Cada una de ellas, aisladamente, podría ser considerada como una simple casualidad, pero todas juntas no, lo admito. El problema es que no sé qué significan. ¿Has podido sacar tú algo en claro?

—Creo que sí. Mira, Karmele, ya sé que tú crees que soy un inculto que no ha leído nada en su vida, salvo los libros contables de las empresas que cotizan en bolsa...

—No, por Dios, cómo se me va a ocurrir pensar eso de ti —me interrumpió sarcástica, pero continué hablando como si no la hubiese escuchado.

—... pero en mi juventud leí, obligado por mi padre, eso sí, todos los relatos de Gilbert K. Chesterton sobre el padre Brown, ese curita católico de la vieja Inglaterra que era más sagaz que todos los agentes de Scotland Yard cuando de investigar un crimen se trataba. Pues bien, en uno de esos relatos ninguno de los testigos ha visto nada, nadie se ha fijado en nadie, pero nuestro clerical detective descubre al criminal, que resulta ser el cartero. Una persona a la que todo el mundo había visto, pese a que nadie recordó haberlo hecho. ¿Y sabes por qué? Porque estaba integrado de tal modo en el paisaje, era tan habitual ver al cartero por las cercanías, que nadie lo consideró como algo extraño, por eso todos los testigos se olvidaron de él. No mentían, simplemente lo consideraron del mismo modo que podían considerar al árbol de la esquina, algo que estaba siempre allí y que, por eso mismo, no tenía la menor importancia.

—Plas, plas, plas —dijo Karmele mientras hacía, con parsimonia, el gesto de aplaudirme—. Muy bien, acabas de apabullarme con tu erudición chestertoniana, pero aún no sé a dónde nos conduce eso.

—¿Sigues sin verlo? Mira, una de las cosas más extrañas, tanto del asunto de tu padre como del de Edson Arantes, es la facilidad con la que dos hombres pacíficos, que nunca habían matado ni a una mosca, pudieran asesinar a dos personajes como Dominique Le Ferrand y Willy Orlando, que además de ser avezados delincuentes seguramente desconfiaban del todo el mundo y no me los imagino bajando la guardia ante nadie. Pero dos trabajadores de una compañía de limpieza... En el fondo es como en la historia de Chesterton. ¿Quién se fija en el cartero? ¿Quién se fija en la persona que barre el suelo y vacía de colillas tu cenicero?

—Sí, podría ser como tú dices —aceptó finalmente, tras pensárselo durante un buen rato—, pero no es el mismo caso. Los testigos que no vieron a tu cartero...

—A mi cartero no, al de Chesterton —esta vez había llegado mi turno de interrumpir.

—Como quieras. Los testigos que no vieron al cartero de Chesterton y el padre Brown eran, seguramente, ciudadanos corrientes y molientes, que no estaban en

contacto con el mundo de la delincuencia ni consideraban necesario, por su propia seguridad, desconfiar de todo aquel que se les acercara, al contrario que Orlando y Le Ferrand.

—Sí, esa es una objeción muy inteligente por tu parte —cuando llegaba el momento, sabía ser versallesco como el que más—, pero yo no he dicho que lo tuvieran fácil. Supongo que los dos hombres asesinados, antes de dejar entrar en sus domicilios a tu padre o a Edson Arantes, los investigarían a fondo y comprobarían que se trataban de buenas personas, incapaces de hacer daño a nadie.

—Sí, pero muy capaces de matar —me respondió con un deje de amargura.

Durante unos minutos habíamos estado considerando el asunto casi exclusivamente como un problema intelectual, pero de repente había vuelto a darme cuenta, con toda su crudeza, que estábamos hablando de su padre. No supe qué responderle a eso, así que continué con mi explicación, diciéndole que además, seguramente hasta que no se habituaron a la presencia de Aurelio y Edson, los hombres asesinados no bajaron su guardia.

—Ten en cuenta que dada la naturaleza de su trabajo, su carácter apacible, que saltaba a la vista en el caso de tu padre y supongo que también en el del colombiano y, sobre todo, que antes de dejarles entrar en sus domicilios les habrían investigado a fondo, y hasta ese momento no habían matado a nadie —esto último lo dije con cierta sorna—, una vez que les dieron el visto bueno para ellos, en el mejor de los casos, ambos serían como el cartero del cuento del padre Brown o ni siquiera eso, serían como muebles, parte del paisaje del que no se desconfía jamás.

—De acuerdo, de acuerdo, te creo, pero eso no responde a la cuestión más importante. ¿Por qué dos personas tan buenas acabaron convirtiéndose en asesinos?

—Eso solo lo sabremos cuando averigüemos qué o quién les obligó a actuar como actuaron. Cuál fue, por decirlo de algún modo, el agente desinhibidor.

Cada vez estaba más convencido de que ese agente tenía que ver con la enfermedad que ambos sufrían. La frase pronunciada reiteradamente por el pequeño Héctor Melquíades, el hijo de Edson Arantes con síndrome de Tourette, «el cáncer lo cura todo», era la clave de la pregunta de Karmele, pero no me pareció oportuno comentárselo, ya que seguramente tan solo generaría nuevas preguntas por su parte, preguntas para las que yo no tenía respuesta. Además, ni yo mismo estaba seguro de tener razón y prefería no aventurarme con algo que pudiera resultarle doloroso sin tener una certeza si no absoluta, si al menos bastante probable.

Me despedí de ella diciéndole que aún tenía que hacer algunas gestiones en las que no podía ayudarme, para evitar su insistencia en acompañarme, y prometiéndole que le tendría al corriente de todo lo que me enterara, pero lo primero que averigüé no fue muy tranquilizador. Alguien me estaba siguiendo. No estaba seguro al cien por cien, quizás fuese tan solo que me estaba volviendo paranoico, pero en más de una ocasión, mientras conducía de vuelta a mi domicilio, tuve esa sensación. Aunque por otra parte era algo absurdo. Quienes tenían motivo para seguirme sabían, con toda

seguridad, dónde vivía y dónde podían encontrarme en todo momento. Era posible que la muerte de mi padre me hubiese concedido una tregua, pero después de quemarme el despacho parecía claro que habían elevado el montante de las apuestas. Además, entre los servicios que había pactado con Díaz Uribe, el recomendado del inspector González, se encontraba el de una discreta vigilancia y protección. Tan discreta que por más que lo intentaba era incapaz de descubrir a mis protectores ya que el detective me explicó que, para mayor seguridad de todo el mundo, era mejor que no los conociera. Tal vez fuera para mayor seguridad de todo el mundo, pero era yo quien pagaba por esa seguridad y quien, en teoría, debía estar protegido. En fin, como ya he dicho anteriormente, no tenía más remedio que confiar en su palabra y en que el *ertzaina*, al recomendármelo, no me hubiese gastado una broma pesada. El cerebro me decía que eso era imposible y que no debía volverme paranoico, al menos no más de lo que ya estaba. Pero no siempre es el cerebro el que acierta. Quizás tuviera razón después de todo el catedrático de la Complutense y nos iría mejor pensando con el culo. Muchos ya lo hacen y no les va del todo mal en la vida. Filosofías aparte tal vez, si lo pensaba detenidamente lo de esconderme en el Caribe, aunque fuese solo, sin la compañía estimulante de Karmele, no era tan mala idea.

De momento, parecía que lo mejor era olvidarme de la protección que había contratado, en el caso de que ese misterioso Díaz Uribe fuese una persona de fiar, lo que no tenía nada claro, e intentar ocultarme hasta que pudiera pensar con tranquilidad sobre cuáles debían ser mis siguientes pasos. El problema es que seguía sin saber qué camino debía tomar. Si intentaba refugiarme en un hotel tendría que mostrar mi documento nacional de identidad, y posiblemente mis perseguidores tenían medios suficientes para detectar dónde me alojaba. Eso sin contar mis tarjetas de crédito o el móvil. Si las series americanas protagonizadas por el CSI y similares no mentían, pagar con la tarjeta o efectuar una llamada era un método infalible para ser detectado. Pero no podía prescindir de ninguna de las dos cosas, así que a pesar de mis temores decidí volver a mi casa y emborracharme a fondo. Si a la mañana siguiente me despertaba con resaca eso significaría, al menos, que aún continuaba vivo. Y si no, pues bueno, no soy un tipo valiente ni temerario, pero quizás si la muerte me llegaba en un estado etílico avanzado, no me enteraría de nada y no sufriría. Ya lo dice el refrán, si con barbas, San Antón, y si no, la Purísima Concepción.

Cuando me desperté a la mañana siguiente comprobé dos cosas: la primera, que aún seguía vivo. La segunda, que quizás había sido demasiado optimista al pensar que era mejor tener una buena resaca que estar muerto, porque la que yo padecía era de campeonato. No sé cuánto tiempo estuve en la ducha, intentando que el agua fría me despejara, sin mucho éxito, por lo que recurrí nuevamente al café solo, bien cargado, y a un cóctel de aspirinas que, sin devolverme a mi estado habitual, paliaron un poco el intenso dolor de cabeza que atenazaba mis sienes y, en general, todo mi cuerpo.

Lo sé, lo sé, había actuado como un gilipollas, y más en la situación en la que me encontraba, en la que necesitaba estar con la mente bien despierta y mis facultades funcionando al máximo de revoluciones, pero qué le vamos a hacer, nadie es perfecto, ni siquiera yo.

Quizás porque aún tenía la cabeza embotada decidí bajar a la calle y darme una vuelta para despejarme, aun a sabiendas del riesgo que corría. Quería comprobar si, en efecto, alguien me estaba siguiendo. Cuando volví a casa, sano y salvo, no estaba seguro del todo. Pensaba que sí, que me habían estado vigilando, pero si alguien me hubiese preguntado a qué se debía esa sensación no habría sabido contestarle. Salvo eso mismo, que se trataba tan solo de una sensación, pero que no podía asegurarlo ni, mucho menos, probarlo.

Entre las muchas cualidades que atesoro, aparte de no sucumbir a los cantos de sirena de una falsa e innecesaria modestia, se encuentra mi capacidad para trabajar incluso en esos momentos en los que mi cuerpo lucha desesperadamente para deshacerse del alcohol ingerido durante la noche anterior. Es algo que debo, sin duda alguna, a la práctica. Por eso me dediqué durante toda la mañana a investigar sobre la empresa en la que tanto Aurelio Mentxaka como Edson Arantes Rodríguez trabajaban cuando cometieron sus inexplicables asesinatos.

Limpiezas La Académica Española, SLU era, como sus propias siglas comerciales indicaban, una sociedad limitada unipersonal. Para los legos en materia jurídica tengo que indicar que, como seguramente ya habrán adivinado, una sociedad unipersonal es la compuesta por una sola persona. Paradójico, ¿no? Una sociedad de una sola persona. Pero así es el mundo del Derecho, capaz de proporcionar soluciones imaginativas a cualquier problema que se te ponga por delante. Y la persona que ostentaba la condición de socio único de la compañía de limpieza era, lógicamente, una persona jurídica, otra sociedad limitada unipersonal. Pero si había algo en este mundo que yo controlaba era, precisamente, ese tipo de enjuagues mercantiles, ya que en más de una, y de dos, y de tres ocasiones, había desempeñado para mis clientes ese tipo de trabajo, el de camuflar las identidades de los propietarios de una sociedad a través de sociedades intermedias.

Mi abuelo solía decir, creo que ya lo he comentado con anterioridad, que hay que tener amigos hasta en el Infierno, y aunque él lo decía en el sentido de que la amistad está por encima de todo, yo asimilé su consejo en un sentido diferente. Es bueno tener cogidos por los huevos a diversas personas o, en su defecto, que te deban más de un favor, porque siempre llega un momento en el que hasta los más tontos pueden ser útiles. Por eso, pese a la intensa resaca que seguía sin disiparse, me acordé de mi viejo compañero del colegio Martín Intxausti. Si hubiera sido norteamericano todo el mundo le habría considerado un «nerd», pero como era deustoarra lo que se decía de él es que era raro de cojones, así que cuando se convirtió en un afamado *hacker* a nadie le extrañó, ya que parecía una actividad creada *ex professo* para él. Convencido de las bondades del consejo de mi ilustre antepasado, mantuve el contacto con él y

hasta le ayudé con unos problemillas jurídicos que tuvo. Incluso en una ocasión le presté una cantidad de dinero que no me devolvió, entre otras cosas porque no se lo exigí. Y es que una de las cosas que he aprendido a lo largo de los años es que hay que saber distinguir entre gasto e inversión y Martín Intxausti era para mí una inversión. Una inversión a la que todavía no le había sacado excesivo jugo, pero que sabía que estaba ahí, como una bala en la recámara. Y había llegado el momento de usar esa bala.

Curiosamente Intxausti me tenía aprecio. Todo lo que sabía de ordenadores lo desconocía de las personas y pensaba, de buena fe, que en el pasado yo le había ayudado de un modo totalmente generoso y desinteresado. Es emocionante comprobar que todavía quedan imbéciles de ese tipo por el mundo. Así que cuando le dije lo que necesitaba no lo dudó ni un momento y se presentó en mi domicilio al poco tiempo con tres ordenadores portátiles y otro tipo de artefactos que me considero incapaz de describir. El caso es que en unas pocas horas, y tan solo a base de tazas de Cola-Cao, creo que se tomó ocho, y un paquete entero de galletas María, consiguió lo que a mí me hubiera costado toda una vida, y seguramente habría necesitado un tiempo adicional: poner ante mis ojos la relación de propietarios de la empresa. Entre sus nombres, por supuesto, no aparecía el de Pierre Mamadaliev, ni yo me lo esperaba. Desde el principio tenía claro que quienes figuraran como últimos accionistas no serían más que testaferros de los auténticos dueños, pero era un comienzo. Aún no sabía de qué, pero era un comienzo.

El siguiente paso era más fácil, y seguramente podría haberlo efectuado en persona, o al menos podría haberlo intentado, pero Intxausti, convencido de que yo era un patoso para eso de la navegación por Internet, me disuadió de hacerlo y se puso de nuevo manos a la obra, gracias a lo cual tuve una relación detallada de a qué se dedicaban esos socios, con quién estaban casados o emparejados, si tenían hijos, una casa en Marbella o un perro e incluso si usaban lentillas o tenían una vista de águila. Aparecieron tantos datos que estuve a punto de marearme. Ni siquiera sabía si iba a ser capaz de procesarlos en mi mente, pero en el punto en que me encontraba un exceso de información siempre era preferible a no tener ni puta idea de nada.

Una vez acabada su tarea, Intxausti se despidió de mí dándome un fuerte abrazo y negándose a cobrarme ni un euro por su trabajo. Supongo que tendría que haberle insistido, pero decidí no hacerlo. Al fin y al cabo si no quería que le pagara, era su decisión y a mí no me quedaba más remedio que respetarla. Además, al no insistir, seguramente le hice un favor. Quizás si un día reflexionaba sobre el tema se diera cuenta de que había hecho el gilipollas y que si no facturaba los trabajos realizados jamás saldría de la miseria. Claro que para eso tenía que ser capaz de reflexionar y, para ser sinceros, yo tenía bastantes dudas acerca de que algo así fuera posible. En fin, que bastante tengo con lo mío como para preocuparme de lo de los demás.

Ya tenía los datos en la pantalla. Y también sobre la mesa, convenientemente impresos, porque a mí eso de leer en el ordenador me fatiga mucho, lo reconozco. El

problema es que tenía demasiados datos, excesivos, e internarme en esa maraña para ver si podía desbrozarla y sacar algo útil iba a ser un trabajo titánico, así que decidí dar una vuelta para ver si se me despejaba la cabeza. No lo conseguí del todo, pero cuando volví a casa la resaca había cedido ante la renovada sensación de que alguien seguía mis pasos. Habría sido incapaz, si alguien me lo hubiese solicitado, de señalar a la persona o personas que lo hacían, pero pese a no parecer algo tangible, el convencimiento de que mis pasos eran continuamente vigilados seguía instalado firmemente en mi subconsciente.

Aprovechando que mi paseo me había llevado hasta la calle Autonomía, entré en el Rossli y me hice con un par de bocadillos de merluza que Emilio y Mila, su mujer, preparaban de un modo insuperable, ya que llevaba bastante tiempo sin meterme a la boca ningún alimento de fuste. La merluza contribuyó a asentar mi estómago y empecé a ver las cosas de un modo mucho más positivo. ¡Si es que los vascos somos muy primarios!, ya podemos estar muy agobiados que no hay problema que no seamos capaces de solucionar comiendo en el txoko con los amigos. En mi caso, como no era cuestión de convocar a las amistades para explicarles lo que me ocurría mientras cenábamos, procedí en solitario, pero los efectos fueron los mismos. Los mismos o incluso mejores, porque entre todos los datos que el bueno de Intxausti había puesto a mi disposición, encontré uno que me pareció ser, si no definitivo, tampoco deseaba hacerme excesivas ilusiones, sí muy importante. Tenía que moverme con rapidez, ya que si mis paranoias no lo eran sino que respondían, efectivamente, a una desgraciada realidad, no podía perder ni un segundo de mi tiempo, por eso, cuando de nuevo me puse en contacto con Laura Santolalla, le dije que si me proporcionaba los datos que necesitaba en una hora le haría llegar tres mil euracos en metálico y de un modo indetectable para los inspectores de Hacienda.

—¿Tú estás loco? ¿Me estás pidiendo que te consiga en menos de una hora el historial médico de un tal Edson Arantes Rodríguez?

—Compruebo con satisfacción que tus orejas son igual de perfectas que el resto de tu exquisita persona.

—Adúlame todo lo que quieras —me respondió sin captar la ironía que subyacía en mis anteriores palabras—, pero eso no va a convertir en más factible tu petición.

—Vamos, Laura, no te me hagas la estrecha. Seguro que tus contactos en Madrid pueden hacer eso y más. Inténtalo al menos, te lo pido como un favor persona.

—¿Un favor más? Me debes ya muchos, cariño, recuérdalo.

—Lo recuerdo, lo recuerdo —asentí en contra de mis más íntimos deseos. ¿Cómo podía tener tanto rostro la tiparraca? Los favores que me hizo en el pasado se los había pagado con creces y además a un precio de escándalo, pero preferí no herir su amor propio, que lo tenía aún más inmenso que su desparramado cuerpo.

—Bueno, veré qué puedo hacer —dijo finalmente de un modo magnánimo y condescendiente—. Te llamo en quince minutos y te digo lo que hay.

Veinte minutos más tarde Laura volvió a ponerse en contacto conmigo y me dijo



que sí, que su amigo madrileño había aceptado el encargo.

—Pero igual le lleva algo más de tiempo, me ha dicho que entre dos o tres horas.

Acepté, porque no me quedaba más remedio, aunque hoy en día ese tipo de gestiones, si se pueden realizar, no llevan más que unos pocos minutos, el tiempo necesario para localizar a la persona indicada y que esta teclee en su ordenador los datos precisos. Algo más si prefiere teclear desde un ordenador ajeno y con una cuenta de correo creada tan solo para ese envío, pero muy poco más. Supongo que era parte de la escenificación que tenían que montar para decirme que, en lugar de los tres mil euros que le había ofrecido a Laura, la factura ascendería a seis mil.

Acepté al momento, sin calcular cuánto dinero llegaba gastado hasta entonces, ya que en caso contrario no iban a necesitar mis perseguidores contratar a un matón para que me descerrajara un tiro, yo mismo me pondría la escopeta en la boca y apretaría el gatillo.

En fin, disquisiciones filosóficas aparte, una cosa tengo que decir en favor de Laura. Si se compromete a hacer algo en tu favor (previo pago, por supuesto), siempre cumple lo que promete. Por eso, dos horas y cuarenta y siete minutos después de que yo aceptara el precio establecido, tuve en mi poder el informe solicitado. Todo parecía concordar, solo me faltaba por hacer una nueva comprobación y confiaba en que el doctor Antúnez, el médico de siempre de la familia Mentxaka, se acordara de mí y accediera a facilitarme el siguiente paso que tenía pensado dar. Tuve suerte, porque su memoria no había flaqueado con el paso de los años y gracias a que recordaba que había estado visitándole hacía unos pocos días, en compañía de Karmele, la hija de su viejo amigo y paciente, accedió a ponerme en contacto con el doctor Sánchez Etxanobe, el médico que había tratado a Aurelio de su cáncer.

El oncólogo fue un hueso más duro de roer, pero finalmente accedió también a hablar conmigo, más que nada por el respeto que sentía por Antúnez, al que consideraba un excelente médico de familia y, sobre todo, me recalcó en varias ocasiones, una muy buena persona. Si mi padre viviera me habría dicho, «¿lo ves?, a las buenas personas se les abren todas las puertas», a lo que yo le habría contestado «y también a los que saben manipular y manejar a las buenas personas», como era mi caso. Pero ni mi padre vivía ni había llegado el momento de cambiar mi forma de ver la existencia, así que me limité a aprovecharme de la ingenuidad, ¿o tendría que decir «bondad»? del viejo médico, para conseguir que Sánchez Etxanobe se dignara a hablar conmigo más de media hora. Al parecer, aunque fuese del tipo receloso, una vez que lograbas que confiara en ti no le importaba dedicarte el tiempo que hiciera falta.

Cuando dejé de hablar con él y cotejé algunos datos en Internet empecé a ver las cosas más claras; sin embargo no tenía más que una hipótesis, una hipótesis que preferí guardármela para mí, ya que parecía bastante descabellada, pero era mucho más que lo que había tenido hasta ese momento y, si tenía que seguir pedaleando para

no caerme de la bicicleta, era el único sillín en el que podía apoyarme.

En el Código Civil español, recuerden que lo mío es el Derecho, se dice que para que pueda considerarse que hay jurisprudencia sobre un asunto, el Tribunal Supremo tiene que dictar idénticas sentencias de un modo reiterativo. Bueno, no lo dice de ese modo, pero esto no es un tratado jurídico. Y normalmente con dos sentencias parece ser suficiente, pero siempre es mejor si hay más. Yo tenía dos casos prácticamente idénticos. ¿Sentaba eso jurisprudencia en el asunto que me ocupaba? En eso fundamentaba la hipótesis que empezaba a revolotear en mi cabeza, pero pensé que no estaría de más comprobar si había más «sentencias» del mismo tipo. Sentencias a la pena capital, pensé haciendo un chiste macabro. Así que volví a llamar a Intxausti, que de nuevo estuvo encantado por devolverme el favor que le hice en el pasado. Ese hombre no aprendía, pero a mí me venía muy bien su despreñada y positiva actitud, para qué negarlo.

En esa ocasión, además, ni siquiera tuve que afrontar un gasto extra de galletas o colacaos, ya que cuando le expliqué lo que deseaba de él me dijo que lo haría desde su propio domicilio, una especie de batcueva maloliente en la que nadie, salvo él mismo, se atrevía a penetrar si no deseaba ser ingresado automáticamente en una unidad de Cuidados Intensivos del hospital más cercano. Y de nuevo mi friki favorito me alegró el día. Obviamente los datos que pudo proporcionarme no fueron tan extensos como los relativos a Aurelio Mentxaka y Edson Arantes Rodríguez, pero al parecer había más casos, en todo el país, de personas sin antecedentes que habían cometido algún asesinato sin motivo aparente y que luego, en el interior de la prisión en la que estaban reclusos, habían fallecido, bien por su propia mano o por un oportuno —el calificativo es de mi cosecha— accidente. Y aunque no era sencillo profundizar en esos casos, ni yo lo pretendía, sobre todo por falta de tiempo, Intxausti me aseguró que al menos en un par de casos los interesados sufrían una penosa enfermedad —no se especificaba que fuese un cáncer, pero hace tiempo que no me dejo engañar por los eufemismos— y en otro caso que trabajaba en una empresa de limpieza. Una llamada a un contacto que tenía en la Tesorería de la Seguridad Social me confirmó que ese individuo había estado desempeñando sus funciones laborales en una empresa denominada Limpiezas La Académica Española, SLU No teníamos tiempo, ni quizás medios, para averiguar si también había billetes de lotería premiados, pero a pesar de eso, ya no tenía la menor duda. Había jurisprudencia, vaya que si había jurisprudencia. ¡Me encanta el mundo del Derecho!

Con esos datos en la mano la hipótesis que había forjado empezaba a cobrar fuerza. No seguía siendo más que una simple hipótesis, aún no tenía ninguna prueba que, llegado el caso, podría ser presentada ante un juez, pero sí tenía la solidez suficiente como para seguir por ese camino y poder culminar sin más demoras la investigación. O hacer eso o comportarme de un modo sensato y marcharme al Caribe. Pero si desde que me sumergí en toda esta historia no había derramado ni un gramo de cordura, ahora que al menos tenía un plan de acción no era el momento más

idóneo para presumir de cerebro bien amueblado.

Aunque lo del Caribe seguía siendo una idea atractiva, muy atractiva. Por eso decidí hacer un último intento, como quien se lo juega todo a cara y cruz, y de nuevo contacté telefónicamente con Karmele para preguntarle si había recapitado y estaba dispuesta a acompañarme a alguna isla paradisíaca.

—Ni en sueños —me contestó, sin pensárselo ni un segundo—. Creo que eso había quedado bastante claro.

—Bueno, cuando mataron a mi padre me dijiste que estabas dispuesta a venir conmigo en un viaje alrededor del mundo —intenté apabullarla con mi buena memoria y un poco de chantaje sentimental.

—Sí, lo recuerdo, pero afortunadamente pospusiste el viaje y eso me dio tiempo a recapitar, por usar la misma palabra que tú has empleado, y a darme cuenta de que hubiera sido un error, un inmenso error. Mira, esa es una de las pocas cosas que tengo que agradecerte —finalizó irónica.

No era cierto, me estaba jugando el cuello porque su padre había sido tan estúpido como para asesinar a una persona y luego suicidarse, y así me lo pagaba. De todos modos el instinto de conservación, ese instinto que hasta los más gilipollas poseemos, me obligó a callarme tan certeros pensamientos. Más bien al contrario, una vez que mi última gestión a ese respecto había sido infructuosa intenté mostrarme conciliador. Además, seguía necesiéndola.

—De acuerdo, de acuerdo, tú ganas, no nos vamos juntos al Caribe. Pero ¿qué me dices de Madrid? ¿Volverías a acompañarme a Madrid?

—¿A Madrid?

—Sí, a Madrid, a la capital del reino.

—Pero si acabamos de volver.

—Lo sé, hicimos el viaje de regreso juntos —yo también puedo ser irónico si me lo propongo—, pero creo que la clave sigue estando allí y espero poder demostrarlo.

Tras decir esto último se interpuso entre nosotros un silencio tan espeso que tuve que preguntarle si seguía al otro lado de la línea.

—Sí, es que..., estaba pensando. ¿Cuándo tendríamos que ir?

—Cuanto antes mejor. Antes de salir quiero hacer unas cuantas gestiones, pero si pudiéramos salir mañana por la mañana, a eso de las seis, para estar en Madrid más o menos a las diez, sería estupendo.

—Sí que parece urgente —me dijo Karmele.

—Lo es.

—De acuerdo, entonces. Mañana, a las seis en punto de la madrugada, te estaré esperando. Procura ser puntual, ya sabes que no me gusta que me hagan esperar.

—Pero bueno —estalló Karmele, cuando solo llevábamos media hora de viaje—, ¿me puedes decir de una vez de qué va todo esto?

—¿Es que ya no te fías de mí? —contesté sonriendo, pero sin mirarla, ya que toda mi atención estaba puesta en el tráfico de la autopista.

La verdad es que se lo puse a huevo, por eso cuando me increpó diciéndome que debía ser más gilipollas de lo que aparentaba si pensaba que alguien podía fiarse de mí, no me lo tomé a mal sino que le dije, con aire displicente, que estuviese tranquila que enseguida se enteraría de todo.

—Si sale bien, claro —suspiré, ya que no las tenía todas conmigo. Bueno, ni todas, ni parte, ni siquiera unas pocas. Lo que pensaba hacer era una locura, un disparo al vacío por si, por pura casualidad, daba en el blanco. Pero claro, si se lo confesaba abiertamente no solo no disminuiría su enfado, sino que seguramente saldría del coche inmediatamente, sin pararse a pensar que circulábamos por la autopista e íbamos a ciento veinte kilómetros por hora.

Debió leerme el pensamiento, porque me amenazó con hacer eso, precisamente, si no satisfacía de inmediato su curiosidad.

—No importa —le respondí, esta vez sí, mirándola de esa manera que en las películas hace que las mujeres se te derritan. Pero claro, las películas y la vida real no siempre coinciden—. Tengo puesto el bloqueo de protección infantil.

—No sabía que fueras padre —me respondió, sardónica—. Aunque claro, con la vida que llevas, tampoco me extrañaría que tuvieras unos cuantos retoños esparcidos a lo largo y ancho del universo.

Preferí no contestar a ese comentario. Sobre todo porque esa era una de mis pesadillas recurrentes, que algún día se presentara en mi despacho una antigua amante con un mocoso en brazos, exigiéndome que me hiciera la prueba del ADN para interponer en mi contra una demanda de paternidad, como si fuera un cantante o torero famoso. Así que me limité a decirle que se dejara de niñerías, expresión que me venía al pelo, y que si deseaba algo de distracción encendiera la radio del vehículo.

Pensaba que iba a conectar con una de esas emisoras en las que un grupo de roqueros afónicos se desgañitan para cantar de tal manera que sus letras sean incomprensibles, no por fallos de sintaxis, que también, sino simplemente por una vocalización digna de mejores causas, pero en lugar de eso se dedicó a buscar una en la que dieran constantemente noticias, como si me importara una higa los intentos de los diversos partidos políticos por denigrarse unos a otros antes de presentarse mutuamente ofertas para llegar a un gobierno de coalición.

—¿No te aburren ese tipo de programas? —le pregunté, no por llevarle la contraria, sino por iniciar una conversación.

—Algunas pensamos que en la vida hay algo más que ganar dinero y follar.

Le agradecí la información, aunque no fuese nueva para mí. Siempre había sido consciente de que hay personas extrañas que tienen lo que ellos llaman «valores», y que no son precisamente los que a mí me van, los del Íbex 35, pero aun así seguían pareciéndome tan sorprendentes como encontrarte por la calle a un unicornio bailando claqué, y el hecho de que la propia Karmele me lo restregara no me iba a hacer cambiar tan fácilmente de opinión.

Además, qué cojones, estaba hecha una hipócrita, porque no digo yo que lo del dinero sea para ella algo excesivamente importante, aunque tendrá que pagar sus caprichos y necesidades como todo el mundo, pero en lo del sexo, bueno, en lo del sexo..., ¡cómo podía tener el rostro de decirme que en la vida hay algo más importante que follar! Ni que ella fuera una monja. Porque una cosa es que siempre se hubiese resistido a hacerlo conmigo, lo que no deja de ser un fenómeno tan inexplicable como el de las líneas de Nazca o el de esos campos de trigo o cebada que aparecen con extraños círculos a su alrededor, y otra que no se lo haya montado con tíos que no me llegan ni a la suela de los zapatos.

No tendría que haber pensado en esas cosas, porque lo único que estaba consiguiendo era ponerme progresivamente de mala hostia y aumentar imprudentemente la velocidad del vehículo que estaba conduciendo. Si los radares funcionaban bien acabaría empapelando el despacho con todas las multas que me estaba ganando a pulso, pero de repente desaceleré al escuchar una noticia que atrajo mi atención, entre otras cosas porque el hecho del que hablaba el locutor se había producido a la salida de Bilbao y estaba involucrado un vehículo que, según la descripción dada por la Ertzaintza, no es que se pareciera al mío como dos gotas de agua o, por darle a la comparación un tono más científico, como dos gemelos monocigóticos entre sí, sino que su matrícula coincidía con la del mío. Vamos, que era de mi propio coche del que estaban hablando a través de las ondas hertzianas.

Quizás en los últimos tiempos me había vuelto paranoico, pero es que la situación no era para menos. Y además, la situación se me había ido de las manos. Habían asesinado a mi padre por error, al confundirlo conmigo, me acababan de quemar el despacho y ahora, pensando que quien conducía mi coche era yo, un vehículo lo había embestido y si no hubiese sido por la providencial intervención de la policía, que por una vez estaba cerca cuando sucedieron los hechos, bueno, no cerca precisamente, sino detrás, podrían haber fallecido tanto el conductor como su copiloto, dos jóvenes con un montón de antecedentes policiales según el locutor, y que si podían contarle era, curiosamente, gracias a su peor enemigo, la Ertzaintza. Si de verdad existe Dios, tengo que admitir que tiene un elevado, aunque extremadamente retorcido, sentido del humor. Tan retorcido que a mí no me hacía ni puñetera gracia.

Antes de salir hacia Madrid, movido por mi galopante paranoia que, al parecer, estaba plenamente justificada, decidí pedirle prestado su coche a un colega en lugar de usar el mío. El colega de los cojones demostró estar a mi altura, ya que el

préstamo no fue ni gratuito ni barato, pero no me quedó más remedio que aceptar el trato, cosa de la que en esos momentos me alegraba. Porque no albergaba ninguna duda acerca de que habían embestido mi vehículo pensando que era yo quien iba dentro. Y no se trataba de meras suposiciones. El mismo locutor que había dado la noticia añadió, con la misma voz con la que podía radiarnos el último gol de penalti marcado por Cristiano Ronaldo, que cuando la Ertzaintza dio el alto al coche agresor, desde este último se les respondió con una rociada de tiros (juro por Snoopy que eso dijo el locutor, «una rociada de tiros»), que no era una salva de honor, precisamente, antes de huir sin dejar rastro alguno. Ni siquiera en el vehículo que utilizaron, que posteriormente abandonaron y que había sido robado previamente. Aunque de ese último dato me enteré, obviamente, mucho más tarde.

Si dos y dos son cuatro y el caballo blanco de Santiago no es de color negro zaíno, con la misma lógica tuve que deducir que si la Ertzaintza se encontraba cerca de mi vehículo cuando este fue embestido, se debía a que me estaban vigilando. ¡Qué cabrones! Me controlaban sin decirme ni pío y el capullo de González me había hecho gastar una pasta gansa en un detective que no me servía para nada. Instintivamente miré para atrás, por si podía descubrir algún vehículo policial siguiéndome, pero no me sirvió de nada. Me temo que aunque me hubiesen estado pisando los talones Eliot Ness y sus Intocables, seguramente no habría vislumbrado su presencia. Es lo que tiene el no estar entrenado para este tipo de trabajo.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó de repente Karmele, a la que parecía habersele pasado el enfado. Supongo que a ello contribuyó el que me hubiese quedado lívido y agarrara el volante con unas manos tan agarrotadas que en cualquier momento podría haberlo roto. Afortunadamente las aflojé a tiempo. Era lo que me faltaba, tener que pagar un plus a mi amigo por joderle el volante de su coche.

Mentirle no iba a servir de nada, así que le conté la verdad. Si pensaba que con eso la iba a impresionar estaba muy equivocado, ya que se limitó a asentir mis palabras con gesto serio y a decir que la situación era más grave de lo que parecía a simple vista, como si fuese un cirujano que acaba de decirle a la futura viuda que la operación no ha ido mal, porque le han quitado a su marido la fístula que tenía, pero que el cáncer de caballo que detectaron nada más abrirle se lo llevaría seguramente en dos semanas, cuatro días, quince minutos y veinte segundos. Más o menos, ¿eh?, que esas cosas nunca se pueden afirmar con total seguridad.

Y sí, coño, la situación era más grave de lo que parecía, admití, aunque aproveché la ocasión para responsabilizar a la propia Karmele por haberme metido de hoz y coz en una aventura que podía costarme la vida. Pero si pensaba que con eso la iba a ablandar, volví a equivocarme.

—A mí no me echas la culpa de tus desgracias —me dijo la muy cabrona—. Tú eres el único responsable de lo que te está ocurriendo.

Tras escuchar esas palabras tan poco caritativas consideré que había llegado mi turno de enfadarme así que me negué a decir nada más hasta que enfilamos la entrada

a Madrid. Entonces volví a hablar, aunque no para explicarle a Karmele a dónde íbamos ni para qué, sino para imprecisar e insultar a la manada de conductores que circulaban a su bola, sin marcar el intermitente ni respetar la mayoría de las señales viarias que encontraban en su camino. Curiosamente eso, en lugar de irritarme, me relajó y contribuyó a que recuperara el buen humor, por lo que poco después de adentrarme en la capital de las Españas recuperé las ganas de hablar. Es que en el fondo soy un tipo muy sociable y parlanchín, qué le vamos a hacer.

—Pues bien, ya estamos en Madrid —dije alegremente. Admito que decir algo palmario y que saltaba a simple vista no me iba a convertir en el alumno más espabilado de la clase, ni siquiera en el empleado del mes, pero era un modo como otro cualquiera de retomar la comunicación entre ambos, si bien no pareció dar buen resultado ya que Karmele se limitó a decir:

—Ya.

Para luego añadir:

—Gracias por la información, no me había dado cuenta.

Y finalmente acabar con estas palabras:

—Como sigas así te van a dar el Premio Nobel a las Ciencias, las Letras y todo lo susceptible de ser «nobelizado».

Soy inmune a los sarcasmos, así que me limité a decir, cuando llegó mi turno:

—Pues sí, estamos en Madrid.

Durante unos instantes pensé que le iba a estallar la cabeza. Sin embargo lo que ocurrió fue que de nuevo me encontré con la Karmele alegre y jocosa de nuestros tiempos jóvenes, cuando yo todavía no había jugado sucio con ella y su padre aún vivía e irradiaba bonhomía y felicidad, porque lo que de verdad estallaron fueron sus risas.

—De acuerdo, tú ganas —dijo cuando acabó de reír—, estamos en Madrid. ¿Y puedes decirme ahora qué vamos a hacer en Madrid?

—Jugar a los médicos —contesté.

—¿Jugar a los médicos? —repitió, en tono de pregunta, Karmele—. Joder, Markel, cada día que pasa estás más chalado. Si llego a saberlo me traigo mi colección de barbies.

—Tú nunca has tenido barbies. Siempre has sido demasiado feminista para eso.

—Te sorprendería saber lo que nos puede gustar a las feministas. Ya veo que eres un ser primario, con una sola neurona que siempre está pensando en lo mismo.

—Oye, yo, yo, esto... ¡joder!, no empieces otra vez con esa cantinela, que yo no soy así. De acuerdo, en ocasiones me comporto como un auténtico hijo de puta —ante la mirada de Karmele rectifiqué y dije «en casi todas las ocasiones»—, pero jamás he discriminado a la hora de putear y joder a mis semejantes, siempre me ha dado igual que fueran hombres o mujeres si podía sacar algún beneficio. Pero estos últimos días he cambiado, ya lo sabes.

—¿De verdad? ¡Estoy impresionada!

Ya podía estar impresionada, ya, entre otras cosas porque no era cierto. O eso deseaba yo en el fondo, que no fuese cierto. De acuerdo, últimamente me había ablandado, e incluso había empezado a sentir algo puro por Karmele. Yo, que cuando usaba anteriormente la palabra «puro» era para referirme a los cohibas que me fumaba cuando cerraba un negocio. Incluso estaba poniendo en riesgo mi vida por ayudarla a desentrañar qué había tras el asesinato cometido por su padre y su posterior suicidio, si bien confiaba en que todo ello fuera algo transitorio y poder volver pronto a mi primigenio ser y mi auténtica vida, esa en la que era un cabrón con pintas, sí, lo reconozco, pero un cabrón con dinero, éxito y todas las mujeres que me apeteciera.

De todos modos no era el momento más adecuado para que se me aparecieran los fantasmas de las navidades pasadas, presentes y futuras, así que volvimos a centrarnos en lo que de verdad nos importaba y Karmele me preguntó nuevamente y con esa delicadeza femenina que la caracterizaba, qué coño estábamos haciendo en Madrid.

—En cierto modo antes te he dicho la verdad —respondí—. Vamos a visitar a un médico. A un oncólogo más concretamente.

Karmele me miró como se mira a un árbitro novato que acaba de pitar un penalti injusto contra nuestro equipo antes de preguntarme de qué iba.

—¿A un oncólogo? —añadió—. ¿Has dicho que a un oncólogo?

—Sí, he dicho que a un oncólogo. Y no pongas esa cara, tú me has hecho una pregunta y yo te he respondido.

—De acuerdo, de acuerdo, pero es que no lo entiendo. Tras el suicidio de mi padre descubrimos que estaba enfermo de cáncer, pero quien le trató fue un médico de Bilbao, no uno madrileño.

—Sí, así es —le contesté escuetamente. Prefería que ella sacara por su cuenta sus propias deducciones. No para afianzar su autoestima, ya muy elevada de por sí, sino para que se abstuviera de chillarme nuevamente.

—Un momento, un momento —daba la impresión de que, como en los tebeos, se le había encendido una bombilla en la cabeza—. Edson Arantes, el hombre que al igual que mi padre asesinó a un delincuente antes de suicidarse, ¿también tenía cáncer? ¡Joder!, tiene que ser eso, ahora cobran sentido las palabras de su hijo, esas acerca de que el cáncer lo cura todo. ¿Se trata de eso?

—Sí, así es —me repetí, pero qué le vamos a hacer, no me había preparado excesivamente bien las respuestas para ese tipo de preguntas tan obvias.

—Entonces —me contestó Karmele, entusiasmada al comprobar la habilidad que mostraba en sus deducciones—, ¿vamos a hablar con el oncólogo que trató a Edson Arantes?

—Negativo —volví a responderle escuetamente. A pesar de la gravedad de la situación, tengo que admitir que estaba disfrutando de esos momentos.

—¿Me vas a decir, entonces, para qué hemos venido a Madrid?



—Por supuesto. Para entrevistarnos con el doctor Cuevas, Daniel Cuevas Gallardo, una auténtica eminencia en su campo.

Viendo que le estaba dando la información con cuentagotas Karmele se desentendió de mí y sacando su iPad de ultimísima generación empezó a teclear como una loca, hasta que llena de satisfacción se dirigió de nuevo a mí con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Te refieres al doctor Cuevas Gallardo que es miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Euroamericana de Oncología, profesor invitado en varias universidades de los Estados Unidos, antiguo subsecretario en el Ministerio de Sanidad y colaborador de un famoso programa de divulgación científica en una cadena pública de televisión?

—Veo que has hecho los deberes —continué en mi línea de no malgastar excesivas palabras.

—Sí, los he hecho, aunque el profesor no me haya explicado el tema sobre el que versa la lección de hoy. ¿Vas a dignarte a explicármelo de una puta vez?

—Por supuesto, aunque no hace falta que utilices ese tipo de expresiones para pedírmelo. Pero ahora no tengo tiempo, ya hemos llegado a nuestro destino —finalicé mientras aparcaba el vehículo.

—Pero esto —dijo Karmele, dubitativa—, es la Universidad Complutense.

—En efecto, la facultad de Medicina. No sé si te habrá dado tiempo a leer ese dato, pero el doctor Cuevas es catedrático emérito de esta universidad y, por la información que tengo, en estos momentos se encuentra en su despacho.

—¿Y se puede saber por qué tenemos que hablar con ese doctor?

—Ya te he dicho que ahora no tengo tiempo para explicártelo, pero si me acompañas te enterarás de todo —dije sin mirarla, adelantándome varios pasos en dirección a la entrada de la facultad.

Esperaba que siguiera hablándome, incluso no me hubiese sorprendido nada que hubiese vuelto a increparme a causa de mi discreción y renuencia a decirle lo que quería saber, pero en lugar de ello estuvo callada unos cuantos segundos, dando sentido a esa expresión tan tópica que en unas cuantas ocasiones había escuchado sin darle más importancia que la de un recurso expresivo, la de que entre ambos se alzó un «silencio opresivo». Pero cuando ya estábamos en el pasillo en el que se encontraba el despacho que andaba buscando, fue mi brazo derecho el que notó una opresión diferente, la de los dedos de Karmele que se incrustaron en él con tanta fuerza que me obligó a parar.

—¡Joder!, ¿qué quieres? Me estás haciendo daño —protesté, pero en voz tan baja, para no llamar la atención, que mi queja pareció perderse en el vacío.

Por toda contestación me enseñó nuevamente la pantalla de su iPad. Bueno, decir que me la enseñó es quedarme corto, prácticamente me la metió por los ojos.

—Es por esto, ¿no? —me dijo con tono preocupado.

—Sí, así es, en efecto —volví a repetirme, pero en esta ocasión no como una

estrategia para no darle más información, sino porque era lo único que podía decirle.

Estuvimos allí, quietos, en medio del pasillo, sin decirnos nada, hasta que nuevamente Karmele tomó la palabra.

—No tienes nada contra él, ¿verdad? Nada práctico, quiero decir.

Volví a darle la razón.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?

—No lo sé, jugármela el todo por el todo, supongo. No soy detective ni criminólogo, he estado llevando este asunto a tuestas y a ciegas, pero soy un abogado experto y, créeme, el mundo de las finanzas puede ser a veces más despiadado que el de los criminales de navaja y escopeta de cañones recortados. En ocasiones he tenido que fiarme de mi intuición y nunca me ha fallado, aunque yo prefiero decir que en lugar de en una etérea intuición me he basado siempre en la experiencia y mi conocimiento del ser humano. Pues bien, utilizando esa palabra sin absurdos eufemismos, mi intuición me dice que tengo razón. Lo que quizás no sea suficiente. Es o eso o el Caribe. Y aunque esto último es mucho más apetecible, tampoco es una garantía de nada, así que no me queda más remedio que intentarlo.

—¿Intentar qué?

—Si te lo dijera procurarías disuadirme —esta vez llegó mi turno de agarrarla fuertemente por las muñecas—. Entre otras cosas porque el primero que piensa que es una locura soy yo. Como ya te he dicho, no tengo más que una intuición. Es como si tuviera una sola bala en la recámara y disparara contra cien mil globos que sobrevuelan por el cielo con la esperanza de darle al único que lleva en su interior una pajarita de papel. Pero es lo único que puedo hacer y voy a hacerlo. Aunque puede ser peligroso, muy peligroso, así que lo mejor será que te quedes por aquí, en el pasillo.

—De eso nada. No he venido hasta Madrid tan solo para hacerte de copiloto —contestó con tono firme y resuelto.

—No te entiendo. Te niegas a venir conmigo al Caribe, pero en cambio no dudas en arriesgarte acompañándome a una entrevista que puede ser peligrosa.

—Pues si no lo entiendes es tu problema. Pero dejémonos de chácharas y vayamos al grano. ¿Cómo has quedado con el doctor Cuevas?

—No he quedado de ningún modo —le respondí—. Seguramente no hubiese accedido a reunirse conmigo, pero incluso en el dudoso caso de que sí lo hubiese hecho, habría perdido el factor sorpresa por mi parte. Por eso estamos en la universidad. En su consulta o su domicilio habría sido muy difícil que nos dejaran pasar, pero aquí es distinto, no es nada raro que los estudiantes acudan a los despachos de sus profesores para hacer consultas, presentar trabajos, reclamar exámenes suspendidos, etc. Así que lo único que tendremos que hacer es empujar su puerta y...

—¿... y?

—Meternos dentro e improvisar.

—Me gusta el plan.

Le gustara o no el plan, era lo que había. Además ella no tenía ninguno mejor, así que o hacíamos lo que le había dicho o nos volvíamos a Bilbao con el rabo entre las piernas y una espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Planteado así el asunto, no le quedó más remedio que admitir que yo tenía razón.

Llegado a ese punto, me dio todo un subidón de adrenalina y, como si fuera un comando de los GEO o de las fuerzas especiales del ejército norteamericano, cuando estuvimos ante la puerta del despacho del doctor Cuevas le dije que entraríamos cuando acabara de contar hasta tres.

—Uno —empecé, pero no pude proseguir, porque Karmele golpeó con los nudillos la puerta y cuando oyó que desde el interior le decían «adelante» la abrió y penetró en su interior, obligándome a hacer lo mismo.

—Pasen, pasen —se oyó decir afablemente al doctor Cuevas, que en esos momentos se encontraba confortablemente sentado detrás de su mesa de despacho—. Señor Zugasti, señora Mentxaka, les estaba esperando. Es un auténtico placer poder conocerles en persona.

Creo que le había hablado a Karmele del factor sorpresa, ¿no? Pues mejor olvidarlo. O quizás no, porque tengo que aceptar que a mí sí que me sorprendió Cuevas con tan afectuoso recibimiento. Evidentemente nos estaba esperando. O, al menos, parecía claro que sabía quiénes éramos y que nuestra entrada en su despacho, sin haber tenido previamente la deferencia de avisarle, no le había extrañado lo más mínimo.

Haciendo caso omiso de la cara que seguramente se me había quedado, levantándose de su silla se acercó hasta mí y me estrechó calurosamente la mano. Hecho esto, agarrándola por los hombros, procedió a darle sendos besos a Karmele en cada una de sus mejillas.

—Como acababa de decirles —tras volver a sentarse, una vez acabado el ritual de recibimiento, el doctor Cuevas volvió a hablarnos, con una sonrisa en los labios—, tenía muchísimas ganas de conocerles en persona. A usted —señaló hacia donde se encontraba Karmele—, porque siempre es un placer conocer a una mujer guapa e inteligente. Y en su caso, señor mío —aunque no dejó de mirar a mi amiga supuse que, puesto que no había ningún otro hombre más en la sala, el «señor suyo» era yo —, porque en los últimos tiempos ha sido, y discúlpeme la expresión tan soez que voy a proferir, una auténtica mosca cojonera.

—Queda usted disculpado —le contesté, que a mí, a educado y relamido, si llega el caso, no me gana nadie—, pero convendrá conmigo en que es mejor ser una mosca cojonera que un asesino. O eso, al menos, dice nuestro vigente Código Penal.

—Por favor, señor Zugasti, no me sea usted tan vulgar y no empiece a hablarme de códigos penales y zarandajas jurídicas por el estilo, del mismo modo que yo prometo no apabullarle con mis conocimientos sobre tumores, linfomas o células cancerígenas. Creo que de ese modo será más fácil entendernos.

—¿Entendernos? ¿Entendernos? No sé en qué tenemos que entendernos, señor Cuevas. Acaba usted de hablar de células cancerígenas. Pues bien, yo creo que aquí la única célula cancerígena que hay es usted.

—¿De verdad cree usted eso? —me contestó imperturbable—. ¿Y a qué se debe tan inusitada creencia?

La impasibilidad de Cuevas empezaba a ponerme nervioso. Yo había contado con que se derrumbara al entrar inopinadamente en su despacho y lanzarle a la cara todas mis sospechas y acusaciones, pero tanto el hecho de que nos estuviera esperando como la calma con la que me hablaba acababan de destrozar mi absurdo y ridículo plan. Y lo peor de todo es que no tenía ninguno alternativo.

—Lo sabe usted muy bien —contesté casi gritándoselo a la cara, aunque conseguí contenerme y no dar la apariencia de ser un orate, como seguramente estaba pensando Karmele.

—No, no lo sé —me llevó la contraria el doctor Cuevas, sin perder su sonrisa—. ¿Sería usted tan amable de explicármelo?

Si hay algo que sé hacer, como todos los abogados del mundo, es explicarme. Y aunque en esos momentos más que de abogado tenía que hacer de fiscal, la técnica es la misma, así que no desperdicié la oportunidad que se me ofrecía para explayarme.

—Imagínese, señor Cuevas —estuve a punto de decir «ilustres miembros del jurado», pero me percaté a tiempo de que no estaba ante un tribunal—, un jefe del crimen organizado, llamémosle, por hacerlo de algún modo, Pierre Mamadaliev.

—Me gusta el nombre —me interrumpió Cuevas—. Pierre Mamadaliev. Suena bien esa mezcla entre lo francés y lo soviético. Es usted un hombre ingenioso inventándose nombres, señor Zugasti.

—Muchas gracias, doctor Cuevas. Ahora, si me lo permite, continuaré.

—Continúe, continúe.

—Pues bien, como le iba diciendo, imaginémonos a un jefe del crimen organizado llamado Pierre Mamadaliev que, como mucha gente cuyos negocios son ilícitos y se encuentran, habitualmente, en el lado opuesto al de la ley, tiene poderosos enemigos. Enemigos que no pestañearían un momento si tuvieran la oportunidad no solo de hacerle caer en desgracia, sino de enviarle directamente al otro barrio.

—Es apasionante lo que usted cuenta y, sobre todo, cómo lo cuenta —volvió a interrumpirme el doctor—. Esta noche no necesitaré ver en la tele CSI o Mentas Criminales. Con recordar su charla tendré más que cubierto mi cupo de emociones fuertes.

Inmune a su sarcasmo, hice como si no hubiese escuchado nada y continué hablando.

—Ese supuesto Mamadaliev, al verse en peligro, posiblemente utilizaría esa máxima futbolística que antiguamente, antes de que las tácticas defensivas se propagaran como una plaga, decía que la mejor defensa es un buen ataque. Por eso decidiría adelantarse a sus hipotéticos enemigos e ir eliminándolos uno por uno. Pero para cubrirse las espaldas, en lugar de recurrir a los matones que seguramente tendría en nómina, es posible que se valdría de un sistema algo más sofisticado, como por ejemplo, servirse de ciudadanos intachables que jamás habrían roto un plato ni cruzado un semáforo rojo en su vida y, por tanto, estarían libres de toda sospecha.

—Un método muy ingenioso, ciertamente —la cara de sorpresa e interés del doctor Cuevas parecía genuina—, pero difícil de llevar a cabo, ¿no? Entiéndame, no es que desee llevarle la contraria, pero parece raro imaginarse a ciudadanos honestos, a honrados contribuyentes sin mácula alguna en su historial, reconvirtiéndose en asesinos a sueldo.

—Raro sí, imposible no. Tendría que tratarse de personas que ya no tienen nada que perder porque son conscientes de que a ellos mismos les queda muy poco tiempo de vida, que creen que con su acción podrían dejar en buena posición económica a sus familiares más directos —al escuchar esto Karmele esbozó un gesto tan rápido que no supe detectar si era de desagrado o de simple tristeza— y, sobre todo, que estén convencidas de que con su acción no causarían un daño irreparable a alguien

que no se lo mereciera sino, más bien al contrario, que eliminarían a personas extremadamente nocivas para la sociedad y dañinas para sus semejantes. Con todo eso junto, posiblemente desaparecerían sus escrúpulos iniciales. Si, además, sus enfermedades terminales les colocaran en situación de ser fácilmente sugestionados por alguien en quien confiaran, un médico importante por ejemplo, lo que en un primer momento podría parecerse raro y casi imposible, resultaría no serlo tanto.

Unos fuertes aplausos, procedentes de las manos del doctor Cuevas, saludaron el final de mi perorata.

—Tengo que admitir que estoy impresionado, señor Zugasti, totalmente impresionado —dijo cuando finalizaron sus aplausos—. ¡Qué imaginación más portentosa la suya! ¿Ha pensado en escribir novelas o guiones para la televisión? Seguramente ganaría más que como abogado.

—Déjese de chorradas, doctor —le contesté bruscamente—. Usted y yo sabemos que todo lo que le he contado no es producto de mi imaginación. Pierre Mamadaliev existe y ordenó el asesinato de Marcel Dupont, más conocido como Dominique Le Ferrand. Y quizás también el de Willy Orlando, de eso no puedo estar completamente seguro, pero en todo caso lo habría ordenado otro criminal peligroso. Otro de sus clientes, querido doctor. Porque es usted el proveedor de esos asesinos aparentemente inocuos de los que se sirvió Mamadaliev y quizás muchos otros gerifaltes del crimen nacional e internacional.

Estaba lanzado, así que ni siquiera la escéptica sonrisa que apareció en los labios del eminente doctor Cuevas consiguió pararme.

—Una de las cosas que más me intrigó en su momento —proseguí—, fue comprender por qué, si tenían sicarios suficientemente eficaces, como lo demuestra, por ejemplo, el asesinato de mi padre, recurrieron a personas que jamás habían tenido relación, ni de lejos, con el mundo del crimen, hasta que me di cuenta de que siendo las dos víctimas a su vez peligrosos y escurridizos delincuentes, no iba a ser nada fácil acercarse a ellos. Para ello parecía imprescindible que acabaran confiando, o al menos no recelando de ellas, en personas intachables que jamás hubiesen cometido delito alguno. Algo difícil de conseguir, pero no imposible, sobre todo cuando se tiene paciencia y medios. Y la capacidad de influir en unas personalidades débiles o a las que la enfermedad les ha debilitado. Y usted era un elemento clave en ese plan —le señalé con el dedo al doctor Cuevas, en un gesto que pretendía ser efectivo, pero que resultó ser, más bien, ridículo.

Para ello se sirvió de dos enfermos terminales de cáncer que, aunque no estaban directamente bajo sus cuidados médicos, sí que trataron con usted. Hablo de Aurelio Mentxaka y de Edson Arantes Rodríguez. Dos personas que trabajaban, curiosamente, para una empresa de limpieza, «Limpiezas La Académica Española, SLU», de la que usted es consejero delegado, pese a que jamás habían estado empleados en ese sector. Ese hecho facilitó, además, que pudieran acercarse sin problemas a sus víctimas. ¿Cómo iban a recelar de dos hombres de avanzada edad,

que además se dedicaban a un oficio tan humilde como ese y a los que, seguramente, habían estado viendo durante varios días seguidos hasta que su presencia se les hizo tan habitual que ni siquiera reparaban en ellos?

Durante unos segundos, tras formular esa última pregunta que no requería respuesta, estuvimos los tres ocupantes del despacho callados. Karmele porque, aunque seguramente intuía lo que yo iba a decir, todavía lo estaba asimilando. Yo, porque creía llegado el momento de pasarle la pelota al doctor Cuevas y este porque, casi con toda seguridad, estaba buscando los términos más adecuados para replicarme.

—Entiendo, por sus palabras —dijo finalmente—, que me está acusando de ser la persona que provee al señor Mamadaliev y a otros de su calaña, de sus asesinos a sueldo. Si no fuese una teoría tan absurda y rebuscada, sería totalmente ofensiva. Creo que su imaginación ha llegado demasiado lejos, señor Zugasti. Usted es abogado y sabe que si le pongo una querrela por injurias o calumnias tendría todas las de perder. No tiene nada en qué basarse para sustentar sus acusaciones.

—¿Eso piensa, doctor? ¿Me cree tan tonto o tan ingenuo como para venir aquí, a explicarlo todo esto a pecho descubierto, sin haberme preparado para evitar esas consecuencias de las que usted me está hablando? —Sí que lo era, pero no veía ningún beneficio para mí en confesárselo—. El simple hecho de que usted, nada más vernos llegar, supiera quienes éramos así lo avala. Soy bastante vanidoso, lo admito, pero no tanto como para creer que todo el mundo me conoce. Y usted me conocía perfectamente, así como a la señorita Mentxaka. Ese conocimiento e interés por nuestra persona, en alguien de su posición, solo puede deberse a un motivo, a que sabía perfectamente que estábamos metiendo las narices en sus asuntos.

El silencio que siguió a mis palabras me demostró que había dado en el clavo. Ya lo esperaba de antemano, por supuesto, pero siempre es reconfortante comprobar que uno tiene razón. Nunca viene mal que se reconozcan los méritos personales de uno. Y mucho más cuando alguien como Karmele está al lado, para comprobarlo en vivo y en directo. En un par de ocasiones me dio la impresión de que el doctor iba a hablar, pero no llegó a hacerlo. Aunque, como dice el refrán, a la tercera fue la vencida.

—Sí, es cierto —admitió finalmente, con semblante serio—, tengo que reconocer que no solo ha metido sus narices en mis asuntos, sino que se ha portado durante todo este tiempo como una auténtica mosca cojonera, como creo que le he dicho al inicio de esta amistosa conversación. Una mosca molesta, muy molesta. Pero simplemente una mosca, fácil de aplastar. Basta con un simple manotazo.

—¿Debo considerar eso como una amenaza? —la pregunta era absurda, claro que se trataba de una amenaza, pero se supone que me tocaba decir eso.

—¿Una amenaza? No, por Dios, ¿qué se ha creído que soy, un mafioso de película?

—Tengo que admitir que esa idea ha pasado por mi cabeza. ¿Por qué será? —le interrumpí, un tanto socarrón.

—Pues no, no lo soy. Soy un médico que desde siempre se ha dedicado a luchar por sus pacientes, sin descanso, sin la menor queja. Ya sé que para algunos de mis colegas, muchos, por desgracia, esta maravillosa profesión es una oportunidad para ganar dinero, pero para mí es casi un sacerdocio. No se ría —ahora parecía no solo convencido de lo que me estaba diciendo, sino auténticamente enojado—. No tiene usted el menor derecho a reírse. Sé quién es y cómo es, un abogado de esos que denigran su profesión, un hombre que no se para en barras para obtener un beneficio, caiga quien caiga, joda a quien joda.

—Mira, en eso tiene razón el doctor —aproveché Karmele para restregarme por los morros lo que pensaba de mí.

—¿Lo ve? —dijo triunfal el doctor Cuevas—, hasta su propia compañera se avergüenza de usted. Sabe que no es más que un vulgar delincuente.

—En eso se equivoca, doctor —ahora el que estaba enojado era yo—. Primero, no soy nada vulgar, así que difícilmente podría considerárseme como un «vulgar delincuente». De serlo, sería un delincuente fuera de lo común. Pero no lo soy. Es cierto que jamás me he parado en barras, como usted dice, para conseguir mis objetivos, pero nunca he infringido la ley —eso no era exacto, pero no iba a alegar en mi defensa que nunca me habían pillado— y, sobre todo, no tengo las manos manchadas de sangre, como usted.

Karmele nos miraba expectante, como si de repente nuestra conversación se hubiera convertido en una pelea entre dos machos alfa para ver quién la tenía más grande. En sentido figurado, por supuesto, porque estoy convencido de que el doctorcito no podría competir conmigo ni de lejos.

—¿Cómo se atreve a decir eso? Usted, usted, que no es, que no es..., que no es..., más que un miserable gusano, eso, un miserable gusano.

—Me atrevo a decirlo porque usted ordenó los asesinatos de Dominique Le Ferrand y de Willy Orlando. Y de alguna manera indujo al suicidio a Edson Arantes Rodríguez y Aurelio Mentxaka. O propició su asesinato, en el fondo es lo mismo. Y eso que nosotros sepamos, porque seguramente habrá muchos más.

Cuando oyó mencionar a su padre, Karmele se bajó de la nube en la que estaba instalada como si fuera una simple espectadora de nuestra contienda dialéctica y, volviendo a la realidad, con los ojos furiosos, dio un paso hacia el doctor, que debió sentirse amenazado porque, dirigiéndose a ella, le dijo que sentía lo ocurrido.

—Pero no puede culparme a mí, como ha hecho el señor Zugasti —añadió—, del suicidio de su padre. Le quedaba muy poco tiempo de vida y, antes de fallecer, rindió un servicio a la sociedad, eliminando a un peligroso delincuente. Créame porque es la verdad. Ustedes han venido aquí para hacerme unas graves acusaciones sin saber lo que hay detrás de todo. ¿Qué tiene de malo liberar a la sociedad de tipos como Orlando o Le Ferrand? Si ustedes, como parece, han estudiado mi currículum, sabrán que dirijo una fundación que mantiene un centro de investigación y una clínica que han hecho mucho bien a la gente, una clínica en la que no cerramos las puertas a



quienes no tienen economía suficiente para pagarse el tratamiento. Pero eso cuesta dinero, mucho dinero, y el dinero no sale de las piedras. Ni siquiera de los donativos de particulares o de las subvenciones, que cada vez son más escasas. Así que, ¿qué tiene de malo que acepte encargos para retirar a gente como esos delincuentes? ¿Y qué tiene de malo hacer que enfermos terminales, a los que les queda muy poco tiempo de vida, hagan un último servicio a la sociedad cargándose a esos indeseables y, de paso, dejen en buena situación económica a sus familias? Contéstenme a eso, ¿qué tiene de malo?

El tío lo decía en serio. Al parecer debía considerarse como una reencarnación tardía de la madre Teresa de Calcuta, solo que en lugar de aliviar del dolor a sus semejantes se dedicaba a enviarlos al otro barrio. ¿Qué se le podía decir a alguien que pensaba de ese modo? Al parecer Karmele sí tenía muchas cosas que decir, porque me dio la impresión de que iba a replicarle, pero le corté a tiempo hablando yo antes, no por mala educación, sino porque no me parecía el mejor momento para mantener una discusión de contenidos éticos y filosóficos. Lo que a mí me interesaba era otra cosa.

—Entonces, reconoce que es usted quién estaba detrás de los asesinatos de Le Ferrand y Orlando —dije utilizando el mismo tono que utilizan los fiscales cuando quieren convencer al jurado—, y que para eso se valió de su ascendencia sobre dos inocentes que estaban a punto de morir.

—Es muy esquemático lo que usted dice, y además lo expresa como si yo, en lugar de haber realizado un servicio a la sociedad, hubiese cometido un crimen contra la humanidad, pero sí, lo reconozco.

—Hombre, doctor, que lo suyo no fue un gesto altruista, que cobraba, y supongo que muy bien, de otro reconocido delincuente, Pierre Mamadaliev. ¿Lo admite también?

—Sí, lo admito, pero es algo inevitable. Si quieres limpiar la basura, tienes que introducirte en el basurero.

Las cosas estaban siendo fáciles, demasiado fáciles, por eso cuando le pregunté si estaba dispuesto a declarar lo mismo ante un juez o en una comisaría de policía, se rio de un modo ostensible. No se lo reproché, yo en su lugar habría reaccionado de la misma manera.

—Está usted loco —respondió cuando dejó de reírse—. O quizás piensa que el loco soy yo. En fin, eso es lo de menos. Como bien puede comprender, no estoy por la labor de que la policía me detenga y la prensa amarilla eche lodo sobre mi buen nombre. Lo que he hecho está penado por la ley, soy consciente de ello —no pude evitar hacer una reverencia al escuchar esto último. Quizás pueda parecer una frivolidad, pero es que hay que ponerse en situación para entenderlo—, pero lo he hecho por un fin noble, recaudar el dinero que, como ya he explicado, necesito para mantener en pie la clínica y la fundación que dirijo y que tanto bien ha hecho a los enfermos de cáncer de este país. No, no puedo permitirme poner en peligro toda esa

gran labor por una estupidez como esa.

—Me temo que no va a ser posible —llegó mi momento de gloria—. Acaba de confesar su participación en los asesinatos de Dominique Le Ferrand y Willy Orlando y esa confesión será más que suficiente para que la policía actúe en consecuencia.

—¿De verdad he confesado algo? —preguntó zumbón—. En todo caso, querido amigo, sería su palabra contra la mía y, las cosas como son, entre creer a un médico abnegado, querido por todo el mundo, colaborador de un montón de asociaciones benéficas y organismos internacionales, o a un abogado marrullero, cuyo único objetivo en la vida es acumular riqueza y dinero, sin preocuparle el método utilizado para conseguirlo, yo no tengo ninguna duda sobre quién de los dos saldría victorioso. ¿No está de acuerdo conmigo?

La verdad es que, planteado de esa manera el tema, seguramente el buen doctor tenía razón, pero no iba a dársela así como así, no solo porque me jode salir perdiendo en un combate dialéctico o de cualquier otro tipo en el que me embarco, sino porque no era tan tonto como para pensar que solo con mi testimonio iba a poder demostrar la implicación del doctor Cuevas en los asesinatos.

—No creerán mis palabras, pero sí las tuyas, que tengo grabadas en mi móvil. Así que, querido doctor, me temo que, efectivamente, hay una confesión que le incrimina.

Miré hacia Karnele, confiando en que en su cara aparecieran signos de admiración por mi ingenio, incluso de arrobamiento, pero lo que pude percibir fue una sonrisa preñada de escepticismo. Y lo peor no fue eso, lo peor fue que esa sonrisa desapareció cuando Cuevas sacó de un cajón una pistola, o un revólver, no soy experto en armas y desconozco la diferencia entre ambos artilugios. Lo que sí parecía es que llevaba un silenciador. Nunca había visto ninguno, pero por su forma y tamaño me daba esa impresión.

Tecnicismos aparte comprendí que estábamos jodidos cuando se acercó a Karnele y apuntándola a la cabeza amenazó con matarla si no le entregaba el móvil.

—No se atreverá a hacerlo —intenté resistirme.

—¿De verdad quiere apostar por ello? Piense que lo que está en juego es la vida de su amiga. Y luego la de usted, por supuesto.

—Estamos en el interior de una universidad prestigiosa, en un despacho conocido por todos los estudiantes. ¿Cree que puede asesinarnos impunemente y salirse de rositas?

—No solo lo creo, estoy convencido de ello. Con el silenciador no se oirá nada fuera, bueno, un sonido un tanto apagado al que nadie dará importancia. Y en menos de media hora vendría aquí gente de confianza que tiene experiencia en solucionar esos problemas. Uno no se mete en estos líos, como ustedes comprenderán, sin tener en nómina algún que otro policía capaz de arreglar el escenario del crimen. Se dice así, ¿no?

El muy cabrón estaba disfrutando, pero nos estaba ganando la partida. Y lo que decía era lógico, nadie se embarca en un negocio como ese sin tener cierto tipo de

«apoyos», por decirlo de algún modo. Además, no podía arriesgarme. Ya lo había hecho anteriormente y me había salido mal la jugada, saltaba a la vista. Pero ¿quién iba a pensar que el bueno del doctor Cuevas pudiera tener un arma de fuego escondida en un cajón y supiera manejarla? ¿Y que esa pistola o revólver dispusiera de un silenciador? De acuerdo, tendría que haberlo pensado yo, pero no lo hice y en el castigo llevaba la penitencia, no era necesario flagelarme mentalmente como al imbécil que había demostrado ser.

—Muy bien, usted gana —dije finalmente, entregándole el móvil—. Ahora, ¿nos dejará ir?

—Me temo que no va a ser posible.

—Pe-pero, pe-pero —tartamudeé innoblemente—, usted dijo que nos dejaría marchar si le entregaba el móvil.

—Parece mentira, señor Zugasti, que un abogado tan competente como usted cometa un error de percepción tan grave. Yo jamás dije que les dejaría ir si me daba usted el móvil, sino que no mataría a su amiga. Ni a usted, por supuesto —se sonrió nuevamente—. Me he pasado toda la vida luchando por salvar vidas humanas como para cercenar alguna por mi propia mano, aunque sepa que es inevitable en aras de un bien mayor. Sí, ya sé que no le voy a convencer —sonrió tristemente—, pero así están las cosas, créanme cuando les digo que lamento que las cosas hayan llegado a este extremo. En fin, como les he dicho, no voy a hacerles ningún daño, salvo que intenten resistirse a mis órdenes, por supuesto, pero lo que hagan unos buenos amigos cuando se hagan cargo de ustedes —añadió cogiendo el teléfono y, sin dejar de apuntarnos, empezó a marcar un número— no es de mi incumbencia, aunque posiblemente no se limitarán a darles unas palmaditas en la espalda mientras les piden amablemente que sean buenos y dejen de meterse en asuntos que no les incumben.

»Quizás se hayan sentido ustedes seguros —prosiguió tras cortar la breve comunicación telefónica que acababa de tener— al enterarse de lo sucedido con su vehículo y la precipitada fuga de quienes arremetieron contra él. En realidad tanto quienes lo robaron como sus agresores trabajaban para la organización con la que colaboro. Los primeros son dos raterillos a los que se pagará generosamente por sus molestias. En cuanto a los segundos, saben desenvolverse muy bien y ya estarán lejos de esa policía de opereta que tienen ustedes en las Vascongadas.

Supongo que en ese momento yo debería haber saltado en defensa del buen nombre de la Ertzaintza, pero sinceramente, no me encontraba ni con ganas ni con fuerzas de hacerlo, así que pasé por alto el ofensivo comentario. Además, el doctor Cuevas siguió hablando, así que tampoco tuve ninguna oportunidad de intervenir.

—De hecho no solo saben desenvolverse tan bien que ya han eludido la persecución, sino que como se les asignó a ellos el trabajo, con sus inconvenientes, de vigilarles mientras estaban ustedes en Bilbao, creo que a ellos les corresponde también hacerse cargo de ustedes en estos momentos. Es lo justo, ¿no les parece?

Como no era cuestión de volver a discutir con él sobre su sentido de la justicia, optamos por permanecer callados, para disgusto de Cuevas, que continuó hablando en un ímprobo esfuerzo por intentar autojustificarse sin que en ningún momento ni Karmele ni yo le dirigiéramos la palabra. Digna actitud que sabíamos que no nos iba a servir para nada, pero así estaban las cosas.

Transcurrieron unos minutos, quizás no demasiados aunque se nos hicieran eternos, hasta que el móvil del doctor Cuevas sonó y este nos dijo, muy ufano, que ya no tendríamos que esperar más, que en unos segundos conoceríamos a sus amigos.

—Acaban de llegar —nos dijo—. Están aquí mismo, al otro lado de la puerta.

Luego, con voz diáfana y clara, aunque no estridente, dijo, como hubiera dicho a unos estudiantes que estuvieran golpeando la puerta para llamar su atención, «pueden pasar».

Nada más pronunciar esas palabras desde fuera empujaron la puerta y dos hombres desconocidos para mí penetraron en el interior del despacho.

Cuando me fijé en ellos pude comprobar que los dos invitados del doctor Cuevas, aunque físicamente no se parecieran en nada, daban la impresión de ser clones. Ambos correctamente trajeados y rasurados, los dos con aspecto serio, totalmente musculados, tanto que los trajes que llevaban parecían estar a punto de romperse por sus costuras, y de similar altura, su aspecto patibulario parecía corresponderse al de los típicos gánsteres de los tebeos, con la diferencia de que iban afeitados y no lucían unas patillas de esas que hubieran sido la envidia de un torero de finales del siglo XIX.

Afortunadamente para mí enseguida comprobé que el tono sombrío que se vislumbraba en sus rostros no se debía a un requisito de su oficio, sino a que se encontraban esposados con las manos por detrás de la espalda y a que venían acompañados por cuatro hombres más que no se despegaban de ellos y que inmediatamente se identificaron como policías. No hizo falta que nos enseñaran sus placas aunque uno, por si acaso, nos permitió ver cómo en su mano derecha llevaba la que supuse que era su arma reglamentaria.

La verdad es que siempre me habían parecido unas fantasmadas esas películas en las que cuando el bueno de la historia estaba a punto de palmarla aparecía alguien salido de la nada que le rescataba. Pero en esos momentos lo que menos me importaba era pensar que parecía el protagonista de una película de serie B, sino que esos argumentos tan fantasmagóricos podían funcionar en la realidad. Y vaya que si funcionaban, podría jurarlo ante mil biblias.

Lo que vino después también parecía sacado del guión de una película, lo que se repite continuamente en multitud de novelas y películas: «queda usted detenido por los asesinatos de Willy Orlando y Dominique Le Ferrand, no puede ser, tiene que haber un error, más le vale no oponer resistencia, esto es un atropello, no saben ustedes quién soy, eso a nosotros nos da igual, cuénteselo al juez, y más le vale buscarse un buen abogado». En fin, lamento no recordar literalmente el tenor de la conversación de alto contenido intelectual que mantuvieron los policías y el detenido, pero soy de esas personas que tienen una memoria selectiva y, sinceramente, una vez a salvo, lo que se dijera en aquel despacho, mientras no me afectara, me interesaba menos que nada.

Sobre todo porque toda mi atención estaba puesta en Karmele, que sonriendo se acercó a una de las personas que acababan de rescatarnos, y en la que no me había fijado hasta entonces, y hablando con él le dio las gracias por su labor.

—Aunque si quiere que le sea sincera, señor Díaz Uribe, hubo un momento en que pensé que la locura a la que, con su consentimiento, me había arrastrado este gilipollas —me señaló con el dedo, añadiendo al insulto verbal una palpable demostración de mala educación gestual— podía haber acabado con mi vida.

De repente, obviando lo injusto de las descalificaciones con las que me había

obsequiado mi vieja amiga, caí en la cuenta del apellido que acababa de pronunciar. ¿Señor Díaz Uribe?, ¿señor Díaz Uribe? Cuando le reconocí finalmente, me quedé de piedra. El tipo con el que estaba hablando Karmele era el detective que me había recomendado Ander González, el *ertzaina* que investigaba el asesinato de mi padre, cuando le pedí protección. ¿Y de qué iba eso de que Díaz Uribe le había dado su «consentimiento» para que me acompañara? Estuve tentado de preguntárselo, pero no tuve ocasión, ya que un agente que se identificó como el subinspector Jesús Pereira, del Cuerpo Nacional de Policía, me invitó amablemente, aunque sin darme opción a una negativa, a acompañarle a una comisaría para tomarme declaración.

Entre que llegamos a la comisaría, metieron al doctor Cuevas en el calabozo y nos interrogaron a Karmele y a mí transcurrieron varias horas en las que, además de aburrirme como una ostra, tuve tiempo de pensar en lo sucedido y llegar a varias conclusiones.

La primera, que yo tenía razón y pese a que era una hipótesis cogida con alfileres, la clave de todo lo sucedido estaba en el doctor Cuevas. La segunda que quizás Karmele también tuviese razón y me había comportado como un auténtico gilipollas, poniendo nuestras vidas en peligro. No pensaba reconocerlo delante de ella, pero hubiese sido absurdo engañarme a mí mismo. La tercera consistía en que, pese a mi afición por las películas de serie B, e incluso por las de serie A, C y Z, siempre había sabido que los milagros no existían. Que cuando lo tienes todo en tu contra y estás a punto de pal marla, sí o sí, nadie va a aparecer en el último segundo para rescatarte y que puedas besar a la chica mientras un gigantesco «The End» aparece en pantalla. Pero, curiosamente, y en contradicción con lo anterior, sí que había ocurrido. Me refiero a lo del rescate, no a lo del beso. Ahí el guionista se había quedado corto. O me tenía una manía del copón, lo que también era posible.

Juntando todo lo anterior no me quedaba más remedio que llegar a una cuarta y última conclusión: todo el caso me sobrepasaba y no me había enterado de nada. Incluso eso me conducía a una cuarta bis: ¿me habían estado tomando el pelo? O por decirlo de una manera más melodramática, ¿me habían estado utilizando? Parecía evidente que la policía estaba al tanto de lo que se cocía en el despacho universitario del doctor Cuevas y que tuvo la suficiente información como para interceptar a sus hombres y así poder intervenir en el momento adecuado. Hacía tiempo que había dejado de creer en las casualidades y cuanto más pensaba en ello más creía que estaba en lo cierto, pero no tenía nada consistente a lo que aferrarme. Además, teniendo en cuenta que estaba vivo, no podía quejarme. Y menos delante de quienes me rescataron. Aunque lo hice, vaya que si lo hice.

Cuando salí de la comisaría madrileña comprobé que Karmele me estaba esperando. Y no solo ella, ya que la acompañaba Patxi Díaz Uribe, el detective que contraté para que me protegiera, a instancias de la Ertzaintza. Aún me encontraba en un elevado estado de perplejidad, por lo que no sabía cómo dirigirme a él ni qué decirle, así que me limité a agradecerle su participación en la acción policial que nos

había salvado la vida.

—¿Fue usted quien avisó a la policía? —le pregunté finalmente.

—No exactamente —me contestó con una sonrisa un tanto enigmática—. Han transcurrido ya unas cuantas horas desde que ustedes llegaron a la universidad y se iniciaron los acontecimientos que hemos vivido, así que seguramente tendrán hambre. Creo que lo mejor será que vayamos a comer algo y cuando estemos sentados en la mesa responderé a todas sus preguntas, que seguramente tendrá que hacerme muchas.

No sé si Díaz Uribe conocía ya esa zona de Madrid, o los agentes de la comisaría en la que nos habían estado tomando declaración le indicaron dónde podíamos comer bien, el caso es que al de un rato nos encontrábamos sentados en el interior de una tasca especializada en paella que, las cosas como son, no era la típica paella para turistas, sino un auténtico manjar a la altura de los paladares más exigentes. Tras pedir, sin preguntarnos si estábamos de acuerdo, tanto la comida como el vino, Díaz Uribe, volviendo a sonreírme de una manera un tanto inquietante, me preguntó si no me importaría hacerme cargo de la cuenta.

—Es que con las dietas que cobro no me va a llegar para invitarles —añadió, sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que pagaré la comida, es lo menos que puedo hacer —contesté—, pero no entiendo eso de que no le llega con las dietas. No tiene más que enviarme una factura por sus servicios. Aparte de que le di un adelanto extremadamente generoso, si no le parece mal que se lo recuerde.

—Claro que no me parece mal —me respondió el detective—, porque además tiene usted razón, fue un adelanto muy generoso, pero lamentablemente tendré que devolvérselo. Sí, es algo muy lamentable —meneó su cabeza en señal de tristeza—, pero es lo que tengo que hacer y lo haré.

—No lo entiendo —fue mi turno de mostrar extrañeza—. Es cierto que estamos hablando de mucho dinero, pero tengo que reconocer que se lo ha ganado. No le he exigido que me lo devuelva ni creo que deba hacerlo.

—Desde su punto de vista tiene razón —me contestó—, pero en la Ertzaintza tenemos prohibido quedarnos con dinero ajeno, así que mañana mismo le haremos una transferencia por la misma cantidad que usted me abonó hace unos cuantos días.

—¿En la Ertzaintza? —Se me abrió tanto la boca, del estupor provocado por las palabras de Díaz Uribe, que podía haberme entrado entero y de una sola tacada todo el contenido del plato que tenía encima de la mesa—. ¿Qué quiere decir con eso de la Ertzaintza?

—¡Joder, Markel! Espabila, que pareces tonto. ¿Todavía no te has dado cuenta de que Díaz Uribe es *ertzaina*, no detective?

—¿*Ertzaina*? —balbuceé más que pregunté.

—Así es —reconoció el aludido—, me temo que tenemos que disculparnos ante usted por esta pequeña farsa, que por otra parte ha sido totalmente necesaria. Por eso

tengo que devolverle el dinero que me adelantó creyendo que contrataba a un detective.

—Entonces, ¿González me engañó? ¡Esto es inaudito! —protesté—. Inaudito y ofensivo. Me temo que no me va a quedar más remedio que denunciarles por lesionar mis derechos y libertades.

—¿De qué derechos y libertades hablas?, imbécil, que eres un auténtico imbécil —volvió a intervenir Karmele en la conversación—. ¿Del derecho a que te maten por obrar como un gilipollas que se mete en la boca del lobo sin tener un plan de actuación? Si no hubiera sido por Díaz Uribe y sus colegas de la policía española nos hubieran matado a los dos. Aunque en tu caso seguramente no habría sido una gran pérdida.

—Bueno, como todo ha finalizado felizmente para todos, creo que es mejor no ponernos nerviosos —intervino, conciliador, Patxi Díaz Uribe— y brindar por el feliz desenlace del asunto.

Como si no hubiera ocurrido nada, tanto Karmele como yo hicimos caso a las palabras de Díaz Uribe y chocamos nuestras copas entre nosotros y con el *ertzaina*, como si con eso hubiésemos sellado un pacto de no agresión.

—Lo que no entiendo —le dije al policía— es que cuando le pedí a su superior que me otorgara protección policial se negara y, en cambio, me recomendara que acudiera a usted, haciéndome creer que era un detective. No veo la necesidad de un engaño tan burdo.

—No debió ser tan burdo cuando funcionó —me rebatió, sin perder su sonrisa, Díaz Uribe—. Mire, señor Zugasti, usted no se mostró colaborador en ningún momento. Cada vez que le pedíamos que nos contara lo que estaba ocurriendo o, al menos —añadió, comprendiendo que yo iba a protestar, y adelantándose a mi acción—, lo que usted sabía o sospechaba, siempre tiraba balones fuera. Así que no teníamos ningún motivo para justificar, ante nuestros superiores, el dispendio presupuestario que supone destinar un par de *ertzainas*, o quizás algo más, al servicio de protección de un ciudadano. Pero, por otra parte, pese a su escasa, por no decir nula, colaboración, éramos conscientes de que, efectivamente, su vida corría peligro, por eso hicimos que me contratara como detective. De ese modo tendríamos acceso a la información que usted nos estaba negando y esa misma información nos permitía justificar que se le protegiera y siguiera día y noche, sin que usted fuera consciente de ello, por supuesto.

—Tal y como está usted planteando la situación, hace que me sienta como un perfecto idiota.

—Seguramente porque lo eres —volvió a terciar en la conversación Karmele.

—¿Sospechaban ustedes del doctor Cuevas? —pregunté a Díaz Uribe, haciendo caso omiso del último comentario de mi amiga.

—La verdad es que no, lo reconozco —nos confesó el *ertzaina*—, pero cuando nos enteramos de sus sospechas, empezamos a investigar y a contrastar información



con nuestros compañeros del Cuerpo Nacional de Policía, con los que llevábamos tiempo en contacto, no debe usted creerse al cien por cien esa leyenda urbana acerca de la competencia y desconexión entre los cuerpos policiales, lo que nos condujo a la conclusión de que usted estaba en lo cierto.

—¿Cuando se enteraron de mis sospechas...? ¿Significa eso que me estaban vigilando?

Aunque gracias a la actuación policial seguía con vida, no me estaba gustando nada el giro que había dado la conversación. Me habían engañado, tomado el pelo, manipulado, utilizado y, además, vigilado. Creo que tenía motivos más que suficientes para sentirme vejado y enfadado, y así lo expresé.

—En realidad, como ya le he explicado anteriormente, no le estábamos vigilando, sino protegiendo —contestó Díaz Uribe, sin perder la calma—. Además, contábamos con la preceptiva autorización judicial para intervenir sus comunicaciones. Me temo, señor Zugasti, que aunque es usted un abogado de éxito, o quizás por eso mismo, no despierta muchas simpatías en el estamento judicial, por lo menos entre algunos jueces a los que no les gusta demasiado su forma de trabajar. Por eso cuando solicitamos la orden, no nos pusieron muchas pegas para entregárnosla. Eso, sin contar con la valiosa colaboración de la señorita Mentxaka.

—¿Se puede saber de qué colaboración me está hablando? —Aunque la pregunta parecía estar dirigida a Díaz Uribe, mis ojos se posaron en Karmele, que fue quien contestó.

—Desde hace unos días llevo un micrófono incorporado gracias al cual la Ertzaintza ha podido escuchar íntegramente todas nuestras conversaciones.

—¿Tú, tú has hecho eso? —De la indignación que sentía mis palabras casi no se entendían, tal era el tono entrecortado con el que las pronunciaba—. Es una bajeza, una auténtica bajeza, algo imperdonable.

—¿De verdad? ¿Hablas de una bajeza imperdonable? ¿Tú, un auténtico miserable, especialista en bajezas de lo más ruin? ¿Quieres que te recuerde cómo empezó todo esto?

Bajé la cabeza compungido y sinceramente avergonzado. Lo que decía Karmele, pese a que había intentado enmendarlo en los últimos tiempos, era cierto, así que protestar por lo que acababa de escuchar podía parecer, además de inútil, hipócrita.

—De todos modos, señor Zugasti, independientemente de cómo sean las relaciones entre la señorita Mentxaka y usted —por su tono me dio la impresión de que estaba al tanto de todo—, debería darle las gracias por lo que ha hecho. Si no nos hubiese permitido escuchar la conversación que sostuvieron con el doctor Cuevas, no habríamos podido avisar a nuestros colegas de Madrid de lo que estaba ocurriendo y, por tanto, no se habría montado el operativo necesario para interceptar a los matones del oncólogo y rescatarles a ustedes sanos y salvos. Y así acaba la historia. Al menos en lo que a usted respecta.

—¿Y qué pasa con Mamadaliev? Porque Cuevas trabajaba para él.

—¿Mamadaliiev? Pues de momento seguiremos investigándole. Aún no puedo asegurarle si será detenido y juzgado o seguirá libre, para dirigir desde París sus lucrativos negocios. Todo depende de la información que nos proporcionen Cuevas y los demás detenidos que vayan cayendo. Pero, al menos, es un informe más que añadir a su expediente y antes o después caerá.

—¿Está seguro de eso?

—En esta vida no se puede estar seguro de nada —respondió Díaz Uribe, moviendo escépticamente los hombros.

—De algo sí que estoy yo segura. Segurísima —intervino nuevamente Karmele.

—¿De verdad? ¿Y de qué estás tan segura? —le pregunté.

—De que dentro de cuarenta y ocho horas estaré tumbada al sol, en una paradisíaca playa caribeña.

Nada más escuchar eso se me iluminaron los ojos y le dije que me alegraba que hubiese recapacitado.

—Pues sí —confesó—, tanta insistencia en hablarme del Caribe despertó mi interés por esa zona del mundo tan turística y, ahora que todo este enojoso asunto ha acabado, me apetece conocerlo. Lo he hablado con Patxi —dijo mirando al agente Díaz Uribe a los ojos—, y como él tiene todavía unos cuantos días de vacaciones y sus jefes están muy satisfechos con el trabajo que ha realizado, vamos a darnos el gustazo. No te lo había comentado hasta ahora, pero entre nosotros ha surgido algo en estos últimos tiempos en los que nos hemos tratado e irnos juntos a una playa paradisíaca nos dará la oportunidad de conocernos mejor.

—Así es —asintió con entusiasmo Díaz Uribe, pese a que nadie le había dado la palabra.

Estuve a punto de mostrar mi desagrado, pero me contuve a tiempo. Además, desde que la cagué con mi innoble añagaza para acostarme con Karmele, sabía que no tenía ninguna posibilidad. Las ocasiones posteriores en las que sí que nos habíamos acostado juntos lo hizo para utilizarme, era perfectamente consciente de ello. Y el pequeño resquicio de mi ser que recordaba cómo eran las personas decentes no podía dejar de entender que mi vieja amiga tenía razón al actuar como actuaba, así que tragando saliva les di la enhorabuena por su reciente relación sentimental y les deseé que tuvieran un feliz viaje y mejor estancia.

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas estuve pendiente de las noticias de radio, televisión e Internet para no perderme, si mis deseos más íntimos se cumplían, la gratificante noticia de que un vuelo con destino a la República Dominicana procedente de Madrid se había estrellado en pleno vuelo, o al aterrizar, qué más daba, sin que hubiese habido ningún superviviente, pero desgraciadamente no ocurrió nada de eso. Qué le vamos a hacer, el destino no siempre nos es favorable. Aunque quizás mejor así. Tendría que haber ido al funeral de Karmele y, sinceramente, el negro me sienta fatal.

Así que aquí estoy, de nuevo en el bufete, retomando mis viejas prácticas. He

decidido seguir llevando mis asuntos como siempre, y cuando digo como siempre, me refiero a continuar trabajando del modo que Karnele tanto desapruera. Total, a ella qué más le da. Que se quede con su *ertzaina*, que el Caribe siempre estará allí, para que yo vaya cuando quiera y con quien quiera. Aunque sin Karnele no será lo mismo. Pero bueno, la vida sigue. Que es lo que decimos siempre que la vida nos hace una putada. Sí, la vida sigue.



JOSÉ JAVIER ABASOLO (Bilbao, 1957) irrumpió en el mundo literario como ganador del Premio de Novela Alba/Prensa Canaria 1996 con *Lejos de aquel instante*, que fue también candidata al Premio Hammett 1977 de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela policíaca publicada originalmente en español.

Recientemente ha sido designado vocal de la Asociación Española de Escritores Policiacos; ha ejercido de abogado, secretario de Juzgado de Instrucción y jefe de negociado en los Servicios del DNI de Bilbao y en el Gobierno Civil de Bizkaia. Actualmente trabaja para el Gobierno Vasco.

# Notas

[1] Seguramente, en su ignorancia y chulería autosuficiente, el autor intenta referirse a Gregorio Samsa, el protagonista de *La metamorfosis*, la obra de Franz Kafka (*Nota del corrector*). <<

[2] Egun on. Buenos días, en euskera. <<

[3] On egin!. ¡Buen provecho!, en euskera. <<



[4] Como se quería demostrar. <<

[5] En sentido estricto. <<